

Primavera en Júpiter



Dona Ter

Dame la mano y veamos cómo es la primavera en Júpiter

Primavera en Júpiter

Dona Ter

Primavera en Júpiter; Dona Ter.

© Registro nº: REGAGE23e00071556625

Diseño de portada: Dona Ter

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita y legal de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler, envío por email o préstamos públicos.

Índice

<u>ÍNDICE</u>	
<u>SINOPSIS</u>	
<u>NOTA DE LA AUTORA</u>	
<u>PRÓLOGO</u>	
<u>1 LUNÁTICA</u>	
<u>2 BRIGHID</u>	
<u>*3 RITUAL DE NOVILUNIO</u>	
<u>4 UN DÍA EN JÚPITER</u>	
<u>5 LA ASOCIACIÓN</u>	
<u>6 LIMPIAR Y LIBERAR</u>	
<u>7 AMIGOS</u>	
<u>8 DIOTIMA</u>	
<u>**9 RITUAL DE LUNA NUEVA</u>	
<u>**10 IMBOLC</u>	
<u>11 PRESENTACIÓN</u>	
<u>*12 RITUAL DE ATRACCIÓN</u>	
<u>13 EL AMOR ES UNA AVENTURA</u>	
<u>14 JUPITERIANO</u>	
<u>15 EFECTO STREISAND</u>	
<u>16 SOLA</u>	
<u>*17 PIEDRAS DEL CAMINO</u>	
<u>18 PLOT TWIST</u>	
<u>19 CONSECUENCIAS</u>	
<u>20 LOS REED (JUSTICE)</u>	
<u>21 LAS BRIAND</u>	
<u>22 SAN VALENTÍN</u>	
<u>23 UN TROPIEZO DE BOCAS</u>	
<u>24 ENTENDER LO INEXPLICABLE</u>	
<u>25 UN BESO</u>	
<u>26 EL ARTE DE LA GUERRA</u>	
<u>27 LUPERCALIA</u>	
<u>28 NUEVA VECINA</u>	
<u>29 JUSTY</u>	
<u>30 PROTECCIÓN</u>	
<u>31 AMENAZA QUE HUELE A PIZZA</u>	
<u>32 ALEA IACTA EST (JUSTICE)</u>	
<u>33 LA GILIPOLLEZ MÁS COHERENTE DE LA HISTORIA</u>	

34 EL FINAL DE ALGO ES EL INICIO DE OTRA COSA (JUSTICE)

**35 LUNA DE NIEVE

36 MUEVE EL ELEFANTE

37 LA FUERZA

38 SÍNDROME DEL SALMONETE

39 ¿Y AHORA QUÉ? (JUSTICE)

40 MARTE Y VENUS

41 HAZ EL AMOR Y NO LA GUERRA

42 UNA DECISIÓN ATRAGANTADA

43 VER

44 PRECIOSA

45 PROHIBIDO... HASTA AHORA (JUSTICE)

46 PRIMERA RONDA

47 SEGUNDA RONDA

48 TAURO

49 TERCERA RONDA

50 MARTES DE MIERDA Y SIN BESO

51 UNA RANA DEFENDIENDO A SU PRINCESA (JUSTICE)

52 RECUERDOS QUE NOS PROTEGEN

53 EL OLOR DE LA LOCURA

54 LA PRIMERA CITA

**55 RITUAL DE LUNA MENGUANTE

56 EL SABOR DE LA LOCURA

57 SEGUNDA CITA

58 DESPERTARES

59 INESPERADO (JUSTICE)

60 MI MOTIVO

61 LA VERDAD NOS HACE CULPABLES

62 FAMILIA (JUSTICE)

63 ¿CONTINUAMOS?

64 ACOJONADA

65 HUMANA (JUSTICE)

66 EL TIEMPO

67 LA CULPA ES DEL CÓCTEL

68 NOTA

69 LA CASA DE LA BRUJA

70 REPRIMIRSE (JUSTICE)

71 MAGIA NEGRA

**72 LA NOCHE DE LAS PALABRAS

73 INCERTIDUMBRE (JUSTICE)

74 PAZ

75 ABRIR LA VEDA (JUSTICE)

76 PRONOIA (JUSTICE)

77 POR SI NOS VEN

78 LA FAMILIA (JUSTICE)

79 TE VEO

[80 EXCUSAS \(JUSTICE\)](#)
[81 EL REGALO](#)
[82 JUSTICE LEWIS Y CORNELIA BRIAND](#)
[83 JUSTICIA](#)
[84 LUZ \(JUSTICE\)](#)
[85 LIAR](#)
[86 LOS SECRETOS DEL UNIVERSO](#)
[87 BESOS DE TRILOGÍA](#)
[88 HANNAH](#)
[89 ES IMPOSIBLE ODIARTE](#)
[90 VÉRTIGO \(JUSTICE\)](#)
[91 *LOVE IS IN THE AIR*](#)
[92 LUNA CRECIENTE](#)
[93 CREO](#)
[94 DUÉRMETE \(JUSTICE\)](#)
[95 PRESENTIMIENTO \(JUSTICE\)](#)
[96 JUNO](#)
[97 ALERTAS](#)
[98 TIEMPO](#)
[99 KARMA \(JUSTICE\)](#)
[**100 RITUAL DE PODER](#)
[101 ATRACCIÓN O RECUERDOS](#)
[102 SAN PATRICIO](#)
[103 ELENA](#)
[104 ELECCIÓN \(JUSTICE\)](#)
[105 UN MOMENTO](#)
[**106 LUNA DE GUSANO](#)
[107 OSTARA](#)
[108 *PER ASPERA AD ASTRA*](#)
[109 LA LOCA \(JUSTICE\)](#)
[110 PRIMAVERA EN JÚPITER](#)
[EPÍLOGO](#)
[SERIE JÚPITER](#)

Sinopsis

En Florida no todo es sol, playas y jubilados. También hay un pueblo llamado Júpiter. Cerca de la calle principal, hay una tienda de esoterismo, Lunática, y su propietaria es Neli. También hay un nuevo jefe de policía, Justice.

Los dos forman parte de una de esas peleas entre familias que duran décadas y que son el cotilleo por excelencia de la gente del pueblo. Creen que su destino es odiarse, pero parece que las estrellas tienen otros planes.

Una foto a traición, un malentendido y un toque de magia son los ingredientes de esta comedia romántica. Ya lo cantaba Sinatra: «Dame la mano y veamos cómo es la primavera en Júpiter».

En Spotify encontrarás una lista de reproducción
([Primavera en Júpiter](#))
con las canciones que se citan en el libro.



A todos los que miran al cielo
buscando respuestas.

A todos los que creen
que el amor es pura magia.

Per aspera ad astra.

Nota de la autora

Como dice en la sinopsis, Júpiter existe. Es una ciudad con canales de agua, campos de golf (gracias por el paseo, Google Maps), es la residencia de algunos famosos, como Céline Dion, y grande, muy grande.

No sé si lo has pensado alguna vez, pero ser escritor se asemeja bastante a ser un tipo de dios (que va en pijama la mayor parte del tiempo y bebe café a todas horas) que crea mundos a su antojo. Como esto es una historia *romcom*, y sabemos que el tamaño sí importa (me refiero a la extensión del libro, por supuesto), por la «magia» que me otorga ser la madre que parió esta historia, la ciudad se ha encogido hasta el tamaño de un pueblo costero lleno de encanto. Espero que me permitas este minúsculo detalle. Acomódate y disfruta del buen tiempo que hace en Florida a principios de año.

Prólogo

Hola, me llamo Cornelia, vivo en Júpiter y soy bruja.

Ah..., me encanta cuando me presento y dejo a la gente con cara de «está loca», porque puedo parecerlo, pero todo lo que te he dicho es cierto. En Florida, además de sol, playas y jubilados, también hay un pueblo, Júpiter. Me llamo Cornelia, como mi bisabuela, aunque la gente me conoce como Neli. Soy bruja, toda mi familia lo es. No tengo ninguna verruga en la nariz ni una escoba voladora, pero mi ADN está vinculado a la Madre Tierra y al cosmos. No, no puedo hacer que llueva, ni convertir a tu ex en un sapo —no será porque no lo haya intentado—, solo conozco las fuerzas que nos rodean y sé cómo beneficiarme de ello.

Tengo treinta y dos años y soy la orgullosa propietaria de una tienda de esoterismo muy rentable. La gente cree en Dios, algunos juegan a la lotería y otros me compran velas para atraer la abundancia o el amor. Otros buscan alguna pócima para que a su jefe le salga una hemorroide del tamaño de Saturno —conocido como el señor del karma—, y no, no creas que hablo de un caso aislado.

Soy escorpio con ascendente acuario y la luna en piscis. Sí, soy intensita. Apasionada, para lo bueno y lo malo. De mente abierta, curiosa y muy soñadora, lo que me da capacidad para adaptarme a diferentes situaciones. Soy demasiado sensible y emotiva, algo dada al drama cuando los sentimientos me desbordan. También soy empática, lo que me suele llevar a meterme en líos muy a menudo. Mi abuela me llama Salmonete porque dice que siempre voy a contracorriente; y no digo que no tenga razón solo para ir en contra, la verdad es que soy una persona con las ideas claras y a la que le gusta hacer las cosas a su manera. También adoro bailar bajo la lluvia y caminar descalza. El café frío es otra de mis debilidades.

¿Te he dicho ya que vivo en Júpiter, el mejor lugar del universo?

1 Lunática

Martes, 1 de febrero del 2022

Imbolc. Luna nueva en acuario. ¡Ahora sí que podemos decir que empieza el año! ¿Notas el aire fresco? Trae con él nuevos pensamientos y estímulos para este mes y también para el año. Es hora de hacer la lista de propósitos.

En Júpiter, paralela a la costa, está la calle principal donde se encuentra la mayor concentración de negocios, casi todos enfocados al turismo y al ocio. Justo a la altura de la pastelería de Piper —te recomiendo su *chiffon pie*, es como (imagino que es) morder una nube y el mejor que he probado en toda mi vida— y siguiendo las indicaciones para ir a la biblioteca, verás un callejón estrecho y peatonal con jardineras rebosantes de color que invitan a entrar. Para mí, es uno de los rincones con más encanto del pueblo. Los primeros en recibirte son la cafetería de Logan y la floristería de Maggie. Después viene mi negocio. En el pasado fue un reputado establecimiento de telas. Tengo el recuerdo de venir con mi abuela a menudo, me acuerdo especialmente de una tela blanca con un estampado de mariquitas con el que me hizo un vestido para mi séptimo cumpleaños. Al lado, tengo a Felicity, con sus joyas de autor. Al fondo, está la tienda de música de la señora Fletcher; es la que lleva más tiempo aquí, la inauguró en la década de los sesenta. Me gusta tener las puertas abiertas y oír cómo el aire me trae sus notas al piano. No imagino mejores vecinos. El único local que hay cerrado es el que queda justo delante del mío. Es el taller de cerámica de Jack, en septiembre se fue de vacaciones y aún no ha vuelto. Sé que está bien porque habla a menudo con Logan, pero parece que todavía no ha terminado su viaje por Sudamérica.

Vendo magia. Vendo poder. Vendo autoestima. Sé que muchos no creen que por encender una vela el amor de tu vida llamará a tu puerta o te vas a curar de alguna enfermedad. Tampoco es mi rol convencerlos de lo contrario; pero lo que es innegable es la importancia de la predisposición. Abrir tus canales y dejar que las fuerzas que nos rodean puedan intervenir. Sintonizar con la naturaleza. Con el universo. Somos energía, eso todos lo tenemos claro, el problema es que no

sabemos cómo canalizarla y beneficiarnos de ello.

Mi tienda se llama Lunática; se lo puse porque creo firmemente que la luna y la mujer están unidas. Las dos somos cíclicas. Aunque no siempre le prestemos atención a los cambios emocionales y físicos que experimentamos durante el período, su influencia es innegable. Ignorar este hecho y no buscar entenderlo para beneficiarnos me parece tan grave como un pecado capital. Si aprendiéramos a escuchar a nuestro cuerpo, no necesitaríamos ni la mitad de las medicinas que tomamos. Las mujeres conectadas a la Tierra tienen su menstruación sincronizada con las fases de la luna. En la luna nueva se produce la menstruación. Nos apetece acurrucarnos, dejar que el cuerpo se vacíe y limpie. Queremos silencio, es un momento de reflexión e introspección. De confiar en el instinto e intuición. Es justo donde me encuentro.

Me gusta salir de casa a primera hora de la mañana, ir andando sin prisas a trabajar y ver cómo se va despertando el pueblo para un nuevo día a ritmo de [Lovely Day](#). El ruido de las persianas de los negocios alzándose perezosas, el rin-rin de las bicicletas de los repartidores de periódicos, el olor que sale de la panadería de la esquina y hace que despierte mi estómago. Pero hoy, cuando ha sonado el despertador, lo he escondido en el cajón de las bragas, me he dado la vuelta y me he tapado con la colcha hasta las orejas.

Cuando llego a la tienda, los diarios ya están distribuidos, los hornos de la panadería ya están apagados y Maggie ya ha regado las jardineras del callejón. La saludo desde la puerta al ver que tiene un par de clientes, meto la llave y le doy un par de vueltas hacia la derecha para que suba la persiana. Enciendo las luces y, cinco minutos después, estoy delante del ordenador para ponerme al día con los últimos pedidos que he recibido por la web.

2 Brighid

Cuando oigo la campana de la puerta y miro hacia ella, sonrío y mi estómago ruge feliz.

—Son casi las diez de la mañana y aún no has pasado a por tu ración de cafeína —me saluda Logan, el propietario de la cafetería Cafetosaurios, que está pegada a la tienda. Es un exmilitar y hará poco más de un año que se vino a vivir aquí y abrió su negocio. Normalmente, antes de ir a la tienda, paso por su local a desayunar, pero hoy iba con el tiempo justo y he venido directa.

Sobre el viejo mostrador de madera que quise conservar, igual que las altas estanterías donde se guardaban las telas, deposita una taza y un táper donde descubro un *muffin* de zanahoria y nueces. Logan es un *eco-friendly* y, para los clientes habituales, tiene tazas y platos de latón, típicos de *camping*. Se las devolvemos cuando terminamos... o nos acordamos.

—Gracias, eres mi héroe —digo antes de darle un sorbo al café y ver que está frío. Confesión número 1: No soporto que esté caliente, me... aligera el vientre—. Si te pidiera que te casaras conmigo, ¿implicaría que me trajeras el desayuno cada mañana? —Quien habla son mis sentimientos que, con la regla, están a flor de piel y, por lo visto, se vuelven de lo más primarios.

—Si nos casáramos, podría obligarte a venir a la reunión.

Su respuesta hace que junte las cejas y deje de masticar por un instante la esponjosa masa. Me había olvidado completamente de su petición para que lo acompañe a la reunión de la Asociación de Comerciantes. Cada seis meses se escoge un nuevo presidente y ahora le ha tocado a él. Es su primera asamblea desde que ocupa el puesto y es donde se discutirá acerca de la estrategia de *marketing* para este año. Me ha insistido un par de veces en que vaya para apoyarlo. Formo parte de ella, pero odio ir. Aparte de ser un coñazo, siempre salgo con dolor de cabeza; tanto ego y prepotencia me absorbe toda la energía.

—Por fin los valores de la sociedad están cambiando y un anillo no implica obedecer las órdenes de nadie. Y si esto es para persuadirme, no va a funcionar. —Señalo mi desayuno. Devolverlo cuando ya casi me lo he terminado no tiene sentido, así que pienso en algo para compensarlo—. Si te doy una idea, ¿te olvidarás de mí?

—Uno, yo no puedo olvidarme de ti y dos, por intentarlo no pierdes nada.

Ignoro su coqueteo inofensivo porque entre nosotros no hay química. Soy de las que creen que no hay ningún obstáculo para que un hombre y una mujer sean amigos. Desde que abrió la

cafetería nos vemos cada día y nos hemos vuelto cercanos. Logan, más conocido con el apodo de Chispas, porque durante su paso por el ejército era el especialista en desarticular bombas, tiene cuarenta años y está divorciado. Según él, se casó solo por tener a alguien a quien escribir durante las largas temporadas que pasaba lejos de casa. Su historia duró poco, aunque no conozco todos los detalles porque es un tema del que no le gusta hablar. Ronda el metro ochenta y es de complexión cuadrada, desde las piernas hasta la mandíbula. Sigue llevando el pelo muy corto y hace un par de meses que se ha dejado perilla. Para mi gusto, está mejor sin ella. Tiene los ojos pequeñitos, de color miel, y piel clara. Creo que con el nombre de la cafetería y su trabajo queda claro que le encanta la química y que tiene una «pequeña» afición a los dinosaurios. Nadie del pueblo duda de que era él quien se escondía en un traje de T-Rex el Halloween pasado, por mucho que mi vecino lo niegue. Es de Michigan y se vino al sur en busca de sol y buen tiempo.

—Aprovechando que llega San Valentín, sortead un viaje por las compras en los negocios locales.

—Es buena idea —chasquea la lengua—, pero nada novedosa.

—Está muy vista porque funciona, de nada. —Me dirijo hacia el escaparate para continuar con mi tarea de decorarlo antes de que él llegara.

—¿Qué es todo esto? —pregunta mientras toca la cabeza de una oveja hecha de papel maché tan alta que me llega a la cintura. Reconozco que cuando la compré por internet no me fijé mucho en sus medidas, pero es tan *cuqui* que, a pesar de ocupar demasiado espacio, he decidido quedármela.

Confesión número 2: Tengo una pequeña adicción a las compras por internet, sobre todo de chorradas, según mi padre, de decoración.

—Hoy es Imbolc. Es la celebración de la diosa Brighid —respondo agradecida por el cambio de tema, aunque sé que no he ganado. Empiezo a conocerlo y a su testarudez, también.

En la puerta, para dar protección, he colocado una cruz de Brighid hecha con juncos y, de momento, en el escaparate hay una olla de hierro que contiene siete velas, blancas y rojas. Encima del mostrador tengo unos cestos de mimbre con semillas y bulbos que colocaré en los cuatro puntos cardinales y que, la semana que viene, plantaré en el huerto como manda la tradición.

—En cristiano —me pide desde su escepticismo, y mi primera respuesta es un gruñido parecido al que hace un cachalote.

—Es una de las cuatro festividades más importantes del calendario celta y uno de los ocho *sabbat* para los paganos. Se celebra el fin del invierno y la llegada de la primavera. Que cada vez los días son más largos, es la hora de despertar y preparar la tierra para la siembra. Una fiesta de la luz, asociada a la fertilidad.

—La Candelaria.

—Ya te he contado en otras ocasiones que muchas de las fiestas «cristianas» tienen su origen en las viejas culturas. La iglesia no ha hecho más que adaptarlas a sus santos y cristos.

—¿Y por qué una oveja? ¿No sería mejor una marmota?

—Imbolc viene de *i-mbolg*, que en irlandés antiguo significa «en el ombligo», y está relacionado con el periodo de gestación y lactancia de las ovejas. Su leche y derivados es una de las comidas típicas de esta fiesta. Y lo de la marmota es un invento de nuestro país; no me hagas pensar que eres tan necio.

Pone la boca de piñón para evitar reírse y se apoya con el hombro en la pared, cruzando las piernas. Es un provocador. Es un claro ejemplo de un aries con ascendente capricornio. Su personalidad es una mezcla interesante entre impulsiva y aventurera con disciplina y autocontrol. Su trabajo en el ejército como experto en explosivos lo dice todo de él. Tengo un don, suelo percibir la energía que desprende la gente. Desde el día en que lo conocí, comparé la suya con un riachuelo. Es como sentarse en una roca saliente y oír cómo canta el agua bajando entre las piedras.

—Oye, ¿y las fiestas paganas son como imagino?

—¿Qué imaginas? —Es fácil saber cuál va a ser su respuesta y supongo que se asemeja mucho a la que tú también tienes en mente.

—De noche, una gran hoguera, mucho alcohol, gente bailando desnuda, orgías...

—Claro, pero te olvidas de las setas y hierbas alucinógenas.

—¿En serio?

—*Cristiano* —pronuncio intentando copiar su acento de los Grandes Lagos—, nunca lo sabrás.

—Si te libero de mi petición de acompañarme, ¿me llevarás a una de esas fiestas? —susurra, inclinándose hacia mí.

La campanita anuncia la llegada de una clienta e interrumpe nuestra charla en el mejor momento.

—Necesito tu ayuda, me han cambiado el día del examen de conducir, ¡es hoy! —Resopla en busca de aire, como si hubiera venido corriendo.

—Hola, Skylar; adiós, Chispas.

El dueño de la cafetería alza las manos en señal de rendición, pero, justo cuando creo que se va, se da la vuelta y me pregunta:

—¿Tenemos trato?

—No —respondo rotunda y seria.

—Yo de ti iría con cuidado, no es bueno enfadar a una bruja —bromea la recién llegada, pero en lugar de asustarlo consigue que los tres soltemos una carcajada.

Skylar tiene dieciséis años y es la persona más lista que conozco. Es superdotada, y eso, en vez de hacerle la vida más fácil, diría que se la ha complicado. No acaba de encontrar su lugar en el mundo y, aunque es algo habitual entre jóvenes —y adultos—, a ella le supone estrés. Llegó a mi tienda buscando libros que pudieran dar respuesta a las preguntas que la ciencia no es capaz de dar. Desde entonces, acude cada dos por tres.

La energía que desprende suele ser como una bombilla, cálida y permanente. Ahora mismo es como estar bajo un foco achicharrante. Enciendo un par de velas, una blanca para que la calme y una amarilla para neutralizar el miedo; cojo el aceite de bergamota, que mejora y alivia el estrés, y le añado unas gotas de lavanda para hacerle un masaje de manos. Cuando veo que por fin respira algo más sosegada, le preparo una infusión de valeriana y pasiflora con agua de luna y la invito a que me ayude con la decoración como modo de distracción.

—Deséame suerte —me pide en cuanto mira el reloj y ve que ya ha pasado una hora.

—Dame un minuto. —Voy hasta la estantería que queda justo al lado de la cortina que lleva a la trastienda y cojo una de las cajas de madera y otra de las que tengo en la estantería, detrás el mostrador. Bajo su atenta mirada, le hago una pulsera de hilo y una piedra mientras le pido a Brighid que la proteja—. Es una hematita —le digo cuando se la abrocho en la muñeca izquierda—, favorece la concentración. A veces, la suerte no es más que confiar en ti mismo.

A última hora de la mañana entra Marie, la cartera y una de mis clientas. Es un par de años mayor que yo, la recuerdo de la escuela. Era del equipo de animadoras y, en verano, trabajaba en el puesto de alquiler de patines del paseo marítimo. Sí, es la típica Barbie Malibú que imaginas. Es divertida, una de esas personas que son atentas y con las que es fácil hablar; además, es una gran aficionada a la magia. Suele venir a menudo a comprarme todo lo que necesita para sus hechizos. Normalmente, la energía que emite Marie es una vibración constante, pero hoy es distinta. Mmm... ¿Cómo decirlo? Es... inestable, con grandes subidas de tensión algo chirriantes.

Me trae un regalo, una muñeca de Brighid hecha con cáscaras de maíz para celebrar el Imbolc, y me cuenta que su aquelarre, Las hijas de Lilith, lo festejará el viernes en Palm Beach. Me pregunta por mis planes y le digo que ceno en casa de la abuela con mis tías, y que mis padres vienen el fin de semana y, entonces, lo celebraremos juntos. Pienso en el *crumble* de moras, los bombones de Baileys y el pan trenzado untado con la mantequilla de hierbas que prepara Nunú, mi tía... Se nota que es mediodía, solo pienso en comer. Saco la cerveza y el queso de mi almuerzo y lo reparto con ella. Brindamos por la luz. Es emocionante sentir que volvemos a estar en el inicio de un nuevo ciclo de la vida.

Por cierto, Skylar me ha llamado: ¡ha aprobado!



***3 Ritual de novilunio**

Cada luna nueva nos brinda la posibilidad de volver a empezar. Esta fase es propicia para los rituales de siembra de intenciones que madurarán con la luna creciente.

Ha comenzado la noche dándose un baño de limpieza. Le gusta tanto que ya forma parte de cada ceremonia. Una vez llena la bañera, añade pétalos de rosa, un puñado de sal del Himalaya y el jugo de tres limones. Enciende unas velas e incienso de jazmín. Se sumerge. Deja que el agua la limpie y serene para el próximo paso. Cuando el agua se enfría, sale y se viste con la túnica de seda.

Cada día se siente más fuerte. Durante mucho tiempo solo fue un pasatiempo, pero desde hace unos meses ha cogido valor. Es en lo único que piensa y dedica toda su vida. La magia es agradecida; si tú la mimas, ella te da lo que más anhelas. Ya ha cumplido su deseo. Ha conseguido que vuelva, algo impensable unos meses atrás. Toca avanzar, es la hora de pasar a la siguiente fase del plan. Por un momento se despista y se deja llevar por ese sueño final, disfrutando del triunfo. Sacude la cabeza y se centra. Aún queda camino.

Se arrodilla delante de su altar, con el humo de la salvia blanca, purifica el espacio sagrado. Después enciende una vela blanca en honor a la luna. Saca de su caja papel y la pluma. Dibuja lo que anhela, lo hace con tanta fuerza que la tinta salpica dejando pequeñas estelas negras rodeando su deseo. Cierra los ojos, esperando a que se seque mientras lo visualiza. Lo siente bajo la piel, es cálido y vibrante. Después lo dobla con suma delicadeza, como harías si tuvieras el futuro entre los dedos.

—Que la luz de la luna te ilumine y me veas. Que tu pasión brille y tu fuego crezca por mí. Soy la única que puede calmar tu deseo.

Coge un par de hojas de laurel y pone una a cada lado para tapar el papel. Lo guarda en su frasco, que coloca estratégicamente junto a la ventana para que la energía del universo lo atrape sin impedimentos.

4 Un día en Júpiter

Miércoles, 2 de febrero

Esta mañana, cuando llego al Cafetosaurios, veo que Maggie, la de la floristería, ya está sentada en *nuestra* zona de la barra. ¿Te has dado cuenta de que las personas tendemos a apropiarnos de lugares públicos y hacerlos nuestros? Nos gusta sentir que ese rincón es algo nuestro. Si coges un transporte público cada mañana, verás que la gente suele sentarse en el mismo asiento. Tenemos muy desarrollado el sentido de territorialidad, como si eso nos diera alguna especie de seguridad. Está tan concentrada dibujando en su cuaderno que no se percata de que he llegado.

—Buenos días —susurro para no asustarla.

Si algo caracteriza a Maggie es que suele estar tan centrada en sus pensamientos que se aísla de lo que la rodea, por eso es tan fácil sobresaltarla. Cuando reacciona, ladea la cabeza hacia mí y envuelve su saludo con una sonrisa. Tiene cincuenta y cuatro años. Estar cerca de ella es lo más parecido a hacerlo de una abuelita adorable, que con solo su presencia ya te sientes segura y arropada. Es bajita y redondita; tiene una risa escandalosa, de esas horribles —parece un cerdo al que le hacen cosquillas—, pero que al mismo tiempo son tan contagiosas. Lleva el pelo muy corto y teñido en rojo cereza. Me encanta que huela a flores y que sus uñas siempre estén teñidas porque odia usar guantes.

—¿Qué te parece? —me pregunta, arrastrando el cuaderno sobre la madera de la barra para que pueda observar su obra—. He pensado en innovar un poco para este año. Ir algo más allá de las rosas rojas para San Valentín.

No solo es introvertida, como buena cáncer, también es leal, hogareña y con una gran capacidad artística e imaginativa.

—Me encanta la idea y lo que has diseñado.

Son ramos llenos de color y mezclas que hasta ahora parecían no tener sentido. Flores silvestres con hojas exóticas, diferentes tamaños y texturas en monocromo.

—No crees que son muy... ¿atrevidos?

Estudio página por página. Soy de esas personas sensibles al arte, siempre que veo una obra

mi cuerpo reacciona a él, y delante de estos dibujos me embarga la felicidad. Sutil y refrescante.

—Lo son, pero también creo que necesarios. Quien quiera las típicas rosas rojas las tendrá, pero quien busque algo novedoso, original y diferente, también. La diadema y el collar al estilo hawaiano me encantan. —Paso las hojas del cuaderno hasta dar con la corona de pequeñas margaritas amarillas.

—Están pensados para todas esas personas a las que les gusta presumir de regalo y se pasean todo el día con él. Así será más práctico.

—¿Cuánto llevas con esto?

—Desde anoche. —Es de esas personas que duermen poco, con cinco horitas le es suficiente. Su móvil vibra y, al consultarlo, se pone en pie—. Nos vemos después, Olsen está a punto de llegar y es de los que odia tener que esperar.

Me despido y mis palabras esconden una carcajada. La frase correcta sería que es ella la que no puede esperar.

—¿Dónde va con tanta prisa? —me pregunta Chispas.

—Olsen.

Es el transportista, pero los dos sabemos que no son las flores lo que la ha hecho salir corriendo. Estos dos llevan años con un coqueteo inofensivo que les alegra los miércoles y tiran del recuerdo el resto de la semana.

Bromeamos unos minutos sobre ellos mientras le pido un trozo de tarta de chocolate y un Velociraptor T-Rex. Siguiendo con la temática del nombre de la cafetería, todas las consumiciones tienen nombre de dinosaurio. Un Velociraptor es un café. Luego está el Diplodocus que es con leche, un Triceratops que sería el capuchino y el chocolate, un Brontosaurus. Los batidos también, aunque confieso que ni me he molestado en aprendérmelos. Luego están los tamaños: T-Rex es extragrande, el mediano es Centrosaurus y en pequeño, un Nanosaurus. Al principio, fue raro oír esos nombres, pero con el paso de los meses ya forman parte del día a día de Júpiter, y nuestra cultura sobre estos «animalitos» ha aumentado considerablemente.

—La respuesta sigue siendo no —digo cuando me sirve el desayuno.

—Aún no te he preguntado nada. Por cierto, el café ya está frío, te lo he guardado de la cafetera anterior.

—Los dos sabemos que esto —señalo con el tenedor una porción del pastel— es un cacho extra y huele a soborno.

Primero se hace el ofendido, pero sus ojos empiezan a reír y luego todo su rostro se transforma. Hay días, como hoy, que el ruido que hace «su río» es como el de después del deshielo, lleno de energía y estruendoso.

—Venga, por favor. —Junta las manos en forma de plegaria y pone cara de niño bueno.

Hago como si me lo pensara mientras doy un trago al café y pruebo el pastel. Si me pidiera ayuda con la cafetería, no dudaría en ponerme un delantal y servir café o fregar platos. Si me pidiera que le echara una mano con una mudanza y hasta cargar con un piano, tampoco. Si me llamara porque está tirado en una carretera a tres horas en coche y que fuera a buscarlo en mitad de una tormenta, iría corriendo. Siempre estoy disponible para un amigo, pero él me está pidiendo que lo acompañe a una tediosa reunión de la que estoy un doscientos por cien segura de que saldré con una horrible migraña.

—Dijiste que, si te daba una idea, me libraba de ir.

—Tú lo dijiste, yo solo te dejé hablar —ríe y yo gruño.

Durante unos instantes, tenemos una de nuestras conversaciones en ese dialecto con el que no tengo claro si parecemos un cromañón o un wookiee. O una mezcla horrenda de los dos.

Pasarse horas buceando en tiendas *online* de decoración hace que siempre tenga ideas que almaceno en una sección específica de mi corteza temporal.

—Y si te doy otra, esta es muy pero que muy buena, ¿hay trato? —Su respuesta es un bufido que interpreto como un «inténtalo»—. Grandes globos en forma de corazón colgados por el pueblo como el muérdago de Navidad. En las farolas, en el faro, la biblioteca o la plaza de la iglesia... Puntos donde besarse y que los enamorados se declaren amor eterno.

Tarda un largo instante en contestar, se toca la perilla sopesando mi propuesta, al final asiente con la cabeza. De menos a más... Ni que estuviera escuchando un solo de Angus Young.

—Es genial, por eso tienes que venir.

—Sabes que lo odio.

Confesión número 3: La asociación me parece imprescindible para fomentar el negocio local. Montar y organizar cosas me gusta y de ideas voy sobrada. Lo único que hace que huya es *quien* la dirige.

—Es mi primera reunión como presidente, tienes que estar a mi lado. Necesito tu apoyo moral.

—Te informo, por si no te ha quedado claro, que quien manda es Evelyn, la secretaria. Tú solo eres el peón que ponen como cara visible.

—No me acojones... Para que lo sepas, voy a llevar café y galletas de nata.

—¿Ves?, ahora sí empiezas a convencerme. —Río porque, en el fondo, verlo tan nervioso me ablanda. Los amigos están para lo bueno y para lo malo. Y también para lo insoportable—. Irá bien, estate tranquilo.

—¿Cómo lo sabes? ¿Lo has visto en la bola?, ¿te lo han chivado tus cartas?

—No voy a molestarlas para algo así. Confío en ti.

—Venga, suéltame una de esas frases sobre astros, casas y planetas de los que no entiendo nada, pero que, inexplicablemente, me hacen sentir bien.

—Estamos en luna nueva, que es propicia para nuevos proyectos. Además, si no recuerdo mal, tu carta astral tiene el Sol en la casa diez, eres un líder nato.

Cojo el tenedor y, cuando el chocolate explota en mi boca, se abre la puerta y, a continuación, se oye un ligero zumbido, como cuando te acercas a una colmena de abejas. No puedo entender qué dicen, pero, sin girarme, intuyo quién acaba de entrar, un individuo de la familia Reed. Hay cosas que se saben sin tener nada que ver con poderes mágicos.

—Hola, vengo a buscar el pedido —saluda Justice con su voz gutural.

No me atrevo a mirarlo, por lo que solo su olor me avisa de su acercamiento. Una fragancia fresca que recuerda a las montañas y que me choca porque, normalmente, los hombres de aquí utilizan perfumes con un toque marino.

Hace algo más de un mes que ha vuelto al pueblo y es la primera vez que nos vemos.

—¿Mandan al jefe? —bromea Logan.

—Mandan al novato —responde él en el mismo tono.

—Dame un minuto. —Se gira y empieza a servir los cafés mientras le dice a Bob que prepare la caja para la policía. Desde la cocina oímos un «marchando».

—Gracias.

Se sienta a dos taburetes de mí, no sé si se ha dado cuenta de quién soy, pero los feligreses sí y se hace el silencio, a la espera. Como si se jugara el último set que dará la victoria del Grand Slam a una de las hermanas Williams. Puede que eso lo ponga en guardia, ladea la cabeza hacia un lado y luego al otro; cuando me ve, observo cómo se mueve su nuez de Adán en un gesto de incomodidad.

Justice. Ahora el jefe de policía. También conocido como Justice James Collins. Su familia y la mía llevan enemistadas desde la Segunda Guerra Mundial y aquí seguimos nosotros, mirándonos de reojo y poco más. Con el resto de los clientes de la cafetería pendientes de nosotros como en un campo de batalla. Reed, su bisabuela, contra Briand, mi bisabuela.

—Bienvenido. —No sé de dónde sale este saludo, lo he hecho sin pasar por el filtro de mi cerebro. Voy a culpar a mi instinto de que, aprovechando la luna nueva y su influencia para eliminar lo negativo e iniciar nuevas metas, ha creído que es el momento oportuno para hablar por primera vez en nuestra vida.

Nota: Justice tiene treinta y cuatro años, dos más que yo. Siempre ha estudiado fuera del pueblo, en un internado. Solo venía por vacaciones y, como nos relacionábamos con gente distinta, casi nunca coincidíamos, y cuando eso sucedía, nos ignorábamos.

—Buenos días —responde en un hilo de voz que muestra que lo he dejado sin palabras.

—Me voy, apúntamelo en la cuenta —le pido a Logan, una vez de pie y con la taza en la mano.

—Ven y queda saldado.

—Por Marte en tu séptima casa, ¿te han dicho alguna vez que eres una pesadilla? Está bien, iré solo para dejar de oírte. Solo esta vez. —Oigo una risa nueva para mí; es rasgada pero tiene un deje sensual. No sé por qué me viene a la cabeza Bruce Springsteen en su entrada en la canción coral de [*We are the world*](#)—. El jefe de policía es testigo del acuerdo. —Lo señalo y, de nuevo, actúo sin pensar en mis actos.

Lo miro un instante, escuchando con atención su energía. Cerca de su madre o su abuela siento como si tuviera una excavadora haciendo un túnel en mi cabeza. Es pesada y desagradable. Lo único que deseo es alejarme lo máximo de ellas. Junto a él, en cambio, es como estar flotando en medio del mar. Un oleaje peinado por la brisa. Es un vaivén que transmite paz y me deja completamente desconcertada.

—No tengo ni idea de qué habláis, pero mi puesto de trabajo me obliga a ser neutral. —Alza las manos, y en sus labios prende una suerte de media sonrisa. Me lanza una mirada fugaz que, como una estrella, deja una estela tras su paso.

No sé qué esperaba al iniciar esta conversación, pero me alegra ver que la confusión se ha evaporado rápido y me ha seguido el juego. Supongo que solo los astros sabían cuándo, pero intuía —y deseaba— que este día llegaría. Uno en el que un Reed y una Briand pudieran hablar sin querer arrancarse los ojos. Uno sin rencor ni rabia de por medio.

—Shhh —lo silencia Chispas—. Ha dicho que vendrá, no le demos tiempo a cambiar de opinión.

5 La asociación

Jueves, 4 de febrero

Días para actividades que tengan que ver con la creatividad y el futuro. Las facultades mentales se activan. La frialdad y la rebeldía complican las relaciones.

¿Sabes el ruido que hace un helicóptero sobrevolándote? Pues eso es lo que experimento cuando Evelyn entra en la sala de actos donde se reúne la Asociación de Comerciantes. Es la madre de Justice, la secretaria y la dueña de la funeraria más antigua de la ciudad. También es un vampiro psíquico, esas personas que te chupan la energía hasta dejarte agotada. Ella es el hándicap por el que no quiero venir a las reuniones. Ella es el único motivo que me impide involucrarme más en este proyecto. Es el efecto que tienen las Reed en una Briand. Antes solía alejarme nada más verla, pero me di cuenta de que eso solo la hacía más fuerte. «Solo te hacen daño si se lo permites», repetía siempre la bisabuela, y como dicen en *Lost in translation*, «cuanto más sabes quién eres y lo que quieres, menos te afectan las cosas». Desde hace algún tiempo ya no huyo, al contrario, me gusta provocarla y ver cómo esa rabia va aumentando. Aunque eso implique que termine con una insoportable migraña.

Si Justice y yo siempre nos hemos mostrado neutrales, no es el caso de su familia. Recuerdo ir de paseo de la mano de mi abuela y, al encontrarnos con la de Justice, verla cruzar la calle para no pasar por nuestro lado; o de oír comentarios como «huele a bruja quemada» de su madre en la cola del súper. Mi familia no entra en el juego, pero tampoco se deja intimidar. La bisabuela Cornelia decidió quedarse a pesar de todo y aquí seguimos. No pensamos darles el gusto de marcharnos.

Mi plan perfecto para esta noche sería un buen baño y una copa de vino, o aún mejor, una cita con un tipo interesante. Ha pasado demasiado tiempo desde que quedé con alguien y mucho más que fuera interesante, pero aquí estoy, colocando bien las galletas en las bandejas que con el viaje se han amontonado. La gente va llegando, se sirve un café y se sienta. Al sonido de la campanita, la reunión empieza puntual.

Me siento en la última fila, con Maggie a mi lado. Desprende un agradable olor a peonías que me relaja; me ha contado que se ha pasado toda la tarde montando ramos para una boda. Hablan del calendario y de las fiestas, la más cercana es San Valentín. Logan comenta la idea de los globos y le añade una cucharada más que la hace aún mejor.

—Podría ser como una yincana. Que las parejas que se fotografíen en todos los puntos y lo suban a las redes ganen algo simbólico o entren en un sorteo para una velada romántica. Que Júpiter se convierta en un lugar para celebrar esta festividad.

La propuesta gusta, va a votación y sale por mayoría. Logan me guiña un ojo y yo lo imito. A su lado, Evelyn, que está atenta a todo, nos ve y aprieta la mandíbula y el helicóptero aterriza en mi cabeza. Me da igual que sepa que una parte de la idea es mía, ahora ya se ha votado y ya no puede hacer nada.

Siguen las propuestas y desconecto mirando los dibujos de Maggie. Ella tampoco es muy amiga de estos encuentros, solo ha asistido porque esta mañana he insistido en que me acompañara con la excusa de apoyar a Logan. Ahora está diseñando las jardineras que adornan la callejuela. Viendo las flores y el abanico de lápices de colores en su mano izquierda me viene algo en mente.

—Primavera en Júpiter —murmuro. O eso creo hasta que me doy cuenta de que se ha hecho el silencio y todos me miran.

Confesión número 4: A veces, no controlo muy bien el *mute* y suele pasarme en los peores momentos.

—Cornelia —me nombra Evelyn—, ¿alguna sugerencia? —pregunta con prepotencia, al creer que me ha pillado desprevenida, como un profesor a un alumno que no se sabe la lección.

—Sinatra —digo, después de ponerme en pie.

Maggie se sorprende con mi movimiento y se le caen todos los lápices al suelo. Se muerde el labio para esconder la risa, pero el sonido es peor, y me tengo que clavar las uñas en la palma de la mano y pensar en algo triste, como un bosque en llamas, para aplacarlo. Mueve la silla en un chirrido y luego se agacha a recogerlos. Si intentaba pasar desapercibida, no lo ha conseguido. Piper y Leslie, que están sentadas delante de nosotras, la ayudan a recoger el amarillo mantequilla y el malva que han rodado hasta sus pies.

—Querida, murió hace años —me corta Evelyn, y por mucho que quiera sonar amable no engaña a nadie. De fondo, se oyen algunas risitas, no tengo duda de que son las estiradas de sus amigas.

—Eso ya lo sé, *querida* —repito, remarcando las vocales tal como ha hecho ella—. Me refería a [*Fly me to the moon*](#). Podríamos utilizar la estrofa de «dame la mano y veamos cómo es la primavera en Júpiter».

Un par de voces empiezan a entonar la melodía y chasquean los dedos para darse el ritmo. No

me molesta que me interrumpen, al contrario, lo agradezco porque así tengo tiempo de prepararme para extender la idea. Son las hermanas River, que tienen una frutería y que forman parte del coro de góspel de la iglesia. La sala entera se les suma en el famoso estribillo.

La campanilla suena y suena, Evelyn la utiliza como si fuera un juez con su martillo. Cuando se hace el silencio, escucho a Maggie dar las gracias en susurros y preguntar si alguien ve el color esmeralda que le falta. Quiero agacharme y buscarlo yo misma, seguro que ha aprovechado el despiste para escapar por la ventana y ahora está ahí fuera, disfrutando de la brisa vespertina, viendo cómo las estrellas aparecen en el cielo.

—¿Qué propones exactamente? —Su tono revela irritabilidad.

Cierro los ojos y visualizo los dibujos de la florista. Hablo de un festival relacionado con la primavera.

—Cualquier cosa que atraiga a otro tipo de turismo que no sea solo el que busca sol y playa.

A mi alrededor hay cabezas asintiendo y, cuando alzo la vista hacia la mesa presidencial, veo a Chispas riendo, con los pulgares levantados. A su lado, Evelyn se ha convertido en un tarsero filipino con estreñimiento.

Confesión número 5: Soy pacifista. Nunca busco un enfrentamiento, y menos con una Reed, pero eso no implica que no disfrute de la fugaz satisfacción de ganarles.

—No sé si podremos conseguir los derechos para el eslogan.

—No creo que haya problema, pero lo consultaré y os digo algo —se ofrece Leslie, una conocida abogada.

La sala se llena de propuestas, el volumen va en aumento. La campanilla sigue dale que dale hasta que todo el mundo se calla. Va a votación y también se aprueba por unanimidad. Se acuerda que las ideas se manden por *email* para poder hacer una lista de todas ellas y estudiarlas a fondo en la siguiente reunión, que se hará de forma extraordinaria el martes que viene, hay muy poco tiempo. Estamos a inicios de febrero y la primavera está a la vuelta de la esquina.

6 Limpiar y liberar

Chispas

¿Dónde estás?

Neli

Llegando a casa.

Me he escapado antes de que mi vida peligrara.

Chispas

¡No digas tonterías!

La gente está entusiasmada con tus ideas.

Neli

Lo de la yincana es tuyo y es muy bueno.

Chispas

Estoy aprendiendo de la mejor.

¿Te recojo en un rato y te invito a cenar?

Tengo que compensarte.

Neli

Lo único que me apetece es un baño.

Mejor lo dejamos para otro día.

Chispas

Ahora Evelyn no me habla.

Ha mandado a Felicity para decirme que me mandará por e-mail el acta de hoy.

Neli

Siento que te veas involucrado.

Con las Reed es así,
o estás de su parte o eres el enemigo.

Chispas

Pensaba que me había alejado de la guerra.

Neli

Lo siento, de verdad.

Hablamos mañana, respetaré lo que decidas.

Chispas

No tengo que pensar nada ni decidir.

Mi café es neutral y yo también.

Eres mi amiga y no pienso alejarme para gustarle a ella.

Descansa, nos vemos mañana.

Me digo que no es nada nuevo. Que las Reed no pierden la oportunidad de joder a una Briand. Me recrimino haber ido a la reunión sabiendo que saldría de allí con migraña y sin fuerzas. Me enfado más conmigo misma por este último pensamiento. ¡Tengo tanto derecho como cualquiera a estar en la asociación y participar! De aportar ideas. Lo sé. Lo sé. Pero cada vez encuentra un poro por donde colar su veneno. Siempre buscando aliados. Siempre buscando enemistarme. Odio con todas mis fuerzas que la gente que se me acerca se vea involucrada en esta estúpida rivalidad.

Aunque casi he llegado a casa, doy media vuelta y mis pasos me llevan a mi cala. No es mía, claro, pero todos tenemos un rincón donde nos sentimos protegidos. Aquí siento que conecto con la Madre Naturaleza. Está apartada y escondida del pueblo, lo que la hace perfecta para, entre otras cosas, poder observar el cielo de noche. No hay luna y es imposible distinguir la línea del horizonte. El océano y el universo se mezclan en una oscuridad que me engulle. El cielo está sembrado de diminutos parpadeos. No puedes sentirte solo ante tanta estrella.

Me desnudo y me meto en el mar. Las olas me invitan a adentrarme, pero no lo hago, hay corriente de resaca. Me sumerjo para coger arena del fondo y me froto el cuerpo con ella. Poco a poco, voy liberándome de esa madeja nociva que me rodeaba y me asfixiaba. La ausencia de luna es un momento de introspección, de hurgar dentro y expulsar los pensamientos negativos que arrastramos y no nos dejan fluir. Recito en voz alta todas las cosas de las que quiero desprenderme y le pido a la luna que me libre de estos pesares.

7 Amigos

Viernes, 4 de febrero

Mercurio vuelve al movimiento directo, ¡se acabaron los obstáculos!

El Sol en conjunción con Saturno aporta compromiso y gran poder de logro.

Marte en sextil con Júpiter. Sentido práctico, así como la dignidad, heroísmo y espíritu de lucha, potencian este tránsito. Es un aspecto armónico, pero con el sextil los éxitos no son fáciles.

No he dormido muy bien. Me he pasado la noche dando vueltas y Juno, mi gata, harta de mí, se ha ido a acostar al sofá. Me levanto con las primeras luces del alba aclarando el horizonte. Quiero llegar pronto al Cafetosaurios para hablar con Logan.

Golpeo con los nudillos la puerta trasera justo cuando el campanario de la iglesia toca las siete de la mañana. Me abre Bob, un compañero de Chispas de su época de militar. Hace poco que ha llegado al pueblo y le echa una mano en la cocina. Es un hombre reservado, de los que han visto y oído tanto que se han vuelto callados. Ese tipo de personas discretas que parece que viven de puntillas. Al verme a estas horas, su cara pierde todo el color al imaginar que ha ocurrido algo.

—No ha pasado nada. Solo quiero hablar con Logan.

—Aún no ha llegado, pero no creo que tarde. Pasa y espéralo dentro.

—Gracias.

Chispas aparece cuando el hielo se ha derretido y, por fin, doy un sorbo al café que me ha ofrecido Bob. Al verme, deja las cajas sobre el mostrador y se sienta a mi lado.

—Dime que no estás preocupada por lo de ayer.

Me encojo de hombros y lanzo un suspiro que él imita exagerando sus movimientos en busca, simplemente, de esa minúscula sonrisa que brota de mis labios. Desde los altavoces nos llegan las primeras notas delicadas de la guitarra de Sym1 y su [Girl](#).

—Siento que te veas involucrado en este tipo de jaleos. Sé que has venido aquí buscando tranquilidad.

—Shhh... —me silencia—. Es que ni lo pienses, ¿me oyes? Esa vieja amargada no me va a

decir con quién me relaciono o con quién no. Somos amigos. Punto.

—Puede amargarte...

—Deja de preocuparte por mí —me interrumpe—. Prométeme que no volveremos a hablar de este tema.

Alarga la mano para sellar el acuerdo, pero yo me lanzo a su cuello y lo abrazo. Lo curioso de él es que no solo su energía me recuerda a un río, es que huele como un arroyo a su paso por una pradera alpina.

Se sirve un café y le pide a Bob que nos prepare algo de comer mientras hablamos de la reunión y de la idea del festival.

—Ahora entiendo mejor tu reticencia a acompañarme, siento haber insistido tanto para que vinieras.

—Pensaba que no querías hablar más del tema.

—Yo también necesito liberar peso.

—Es culpa de la luna nueva.

Normalmente soltaría alguna de sus burlas, pero solo hace una mueca rara, frunciendo la boca hacia un lado; suele hacerla cuando quiere decir algo pero se censura.

—Tienes grandes ideas y no puedes dejar que...

—Lo sé —ahora soy yo quien lo corto—. Creo que con lo de ayer fue suficiente por una temporada larga.

Cuando salgo de la cafetería lo hago sonriendo, en paz y con el estómago lleno de tortitas de plátano y pepitas de chocolate.

8 Diotima

Es casi la hora de cerrar cuando la campanilla suena y anuncia la llegada de mi mejor amiga, Siobhan. Hemos sido uña y carne desde secundaria. Éramos dos chicas que vivían en su propia burbuja y eso nos acercó. Ella era la rara porque siempre ha encontrado más interesante un libro que cualquier charla que pudieran tener nuestras compañeras de clase, y yo porque era la bruja. Siempre hemos respetado la independencia de la otra. Lo que para algunos son rarezas, para otros son cualidades.

—¡Pero mira quién ha salido de la cueva! —la saludo en cuanto se me echa a los brazos. Siobhan es de naturaleza cariñosa, como indica la posición de Júpiter en piscis en su carta astral. Logan la llama Abracitos.

Hace días que no nos vemos. Sé que ha estado ocupada siendo jurado en un premio literario. Los libros siempre han sido su mayor pasión, así que no es de extrañar que estudiara filología. Hace años empezó a escribir un blog en el que daba opinión sobre sus lecturas. Hoy, es lectora profesional para diferentes editoriales y tiene una columna en el *Sun Sentinel*, el diario más leído de Florida.

—Necesitaba aire puro y un Brontosaurio del tamaño T-Rex.

Me tiende una de las tazas de latón con un dinosaurio dibujado. Mientras le echo el azúcar a mi café, ella da un sorbo a su batido de chocolate.

—Para llevar días sin salir, te veo... bien.

Siobhan es de ascendencia irlandesa, es pelirroja, con una larga cabellera ondulada y preciosa que tiene el envidiable don de bailar hasta con la mínima brisa; es hipnótico, como si se meciera a cámara lenta para que disfrutes con su movimiento. De ojos verdes y pequeñitos, y piel lechosa. De las pocas personas que conozco que no esconde ni una de sus pecas. Es algo más bajita que yo y, como suele bromear, «Dios no le dio altura porque prefirió darle tetas».

Siobhan es géminis con ascendente virgo. Dos signos mutables a los que les encantan los cambios porque suelen aburrirse fácilmente y buscan estímulos intelectuales. Es cariñosa e inquieta. Es hogareña, como los que tienen a Venus en la casa cinco.

—¿Qué ves? —pregunta ansiosa, y eso hace que me salten las alarmas.

—¿Qué estás tramando? —replico, observándola. La energía de Siobhan es como el sol de

invierno, suave y agradable, pero ahora mismo es como mirar al astro un día de verano.

—¿Cómo sabes...? —refunfuña—, olvidaba con quien hablo.

—Suéltalo.

—Quiero enseñarte algo.

Me coge la mano y salimos de la tienda. A estas horas, hay mucha gente paseando. Hay dos niños sentados en uno de los bancos mirando unos cromos y, desde la tienda de Fletcher, nos llegan las notas que se hicieron famosas por la saga *Crepúsculo*, [*River flows in you*](#), de Yiruma. Del bolso, saca una carpeta y extrae una hoja de papel traslúcido, la mueve para que el dibujo se solape justo encima de los edificios de enfrente. Es el esbozo de una tienda, con grandes escaparates de cristal. Sobre la fachada hay un rótulo en el que se lee Diotima. Se me acelera el pulso y mis labios dibujan una sonrisa. Creo que dice mucho de una amistad cuando no solo sabes si es más de batidos que de café, que delante de un chico rubio y con melena, sus ojos hacen chiribitas y saca pecho al instante, o cuando conoces sus secretos y deseos más viejos como si fueran tuyos.

—Dime como amiga que esto es una buena idea. Dime como bruja que los astros lo apoyan y tengo su bendición —me pide con voz vacilante pero llena de emoción.

Cojo su mano y se la aprieto sin dejar de observar el dibujo.

—Por Plutón, ¡dime que es lo que imagino!

Hace años, cuando nuestro cuerpo era una hormona andante, soñaba con abrir una librería. Una de segunda mano. Con historias clásicas y otros tesoros olvidados. Tenía claro hasta el nombre: Diotima. La sacerdotisa y maestra de Sócrates.

—Sí. Hace unos días me encontré con Leslie en la estación de tren y me dijo que su primo Jack no va a volver. Le encargó cerrar la tienda y alquilar el local. Entonces vi la luz y entendí que es mi oportunidad. Seguiré con la columna y, poco a poco, iré dejando los informes de lectura. Estoy hasta el moño de leer por encargo, me están matando la pasión. Quiero vender libros, buenos momentos. Si hay un lugar perfecto para Diotima, es en este callejón.

—Solo diré... ¡oráculo de la galleta!

—¡Es verdad! Me salieron rubitas, crujientes y de forma perfecta.

Debía de tener unos quince años cuando encontré en el «libro de las sombras» de la abuela una fórmula para hacer galletas en Yule, el solsticio de invierno, y que profetizaban cómo sería el siguiente año.

Nota: Un libro de las sombras es el diario personal de una bruja, su propio libro mágico. Con sus pensamientos, hechizos... Un lugar en el que plasmar su camino, su aprendizaje.

Desde entonces, las hacemos cada diciembre. Algunos años nos salieron tostadas; otros, blandengues... Siempre es la misma receta y el mismo tiempo de cocción, pero nunca salen iguales. Si Sio confía en algo, es en el oráculo de la galleta. Por si te lo preguntas, mi hornada

salió uniforme. De las trece que horneé, se unieron todas formando una sola. Chamuscada de la parte inferior y perfecta por encima. Aún hoy me pregunto su significado.

—Dime, ¿hay que sacrificar a un cactus, a qué planeta tengo que rezar para que este sueño crea en mí?

—¿Has dicho sacrificar un cactus? —repito sin poder parar de reír—. ¿Eso cómo se hace, quitándole las espinas una por una?

—No te burles. Estoy acojonada, pero llevo tres días sin poder pensar en otra cosa. —Y aquí aparece su lado más géminis y su indecisión, sumado a que tiene a Quirón en tauro, cosa que la hace tan insegura.

Hace años mi madre le dijo que hay que creer en los sueños, aunque ellos también tienen que creer en ti. He crecido rodeada de pócimas y ungüentos, mi familia me ha enseñado que la magia es poderosa, sin embargo, no le gusta trabajar sola. Quiere compañerismo. Realiza un hechizo, pero no olvides añadir un buen puñado de «mueve el culo» para obtener lo que desees.

—¡Esto hay que celebrarlo! —grito con el optimismo de un sagitario.

—Espera, no sé ni qué tengo que hacer para abrir una librería, ni siquiera si ya lo ha alquilado... —resopla mientras se ríe y me contagia.

Sé muy bien lo que siente ahora mismo, es un puñado de miedo mezclado con dos de ilusión. Es el estómago en un constante vuelco y el corazón latiendo a mil. Es la cabeza llena de ideas, de listas de libros que quiere tener, de cómo decorar el espacio y, al mismo tiempo, empiezan a surgir números y presupuestos.

—Frena, por partes —la interrumpo—. Como empresaria te aconsejo que te pongas en contacto con Leslie, deja que ella se ocupe del papeleo, permisos y esas cosas. Es cara, pero es eficaz y perfeccionista como una virgo. Como amiga, te digo: «¡joder, vamos a ser vecinas!», y te pido que esperes a que cierre y te invito a cenar en casa. Y, como bruja, te digo que el Sol está en conjunción con Saturno y habla de grandes logros, y te prometo que pediremos a la luna que tu proyecto sea un éxito.

☾●☾**9 Ritual de luna nueva

Si la primera noche de luna nueva la dedicamos a purificar y a eliminar lo negativo, las dos siguientes, con el inicio de su fase creciente, las aprovecharemos para rituales de crecimiento personal y también para obtener la bendición de los nuevos proyectos.

El primer paso para cualquier ritual en casa de las Briand es empezar con una ofrenda. Han servido una copa de vino a la dama de la noche y un trozo de tarta de queso a las hadas porque saben que les pirra lo dulce. La amiga de la bruja nunca ha sido muy creyente, pero le encanta seguirle el juego. Lo hacía a los trece y lo sigue haciendo casi veinte años después. Si hay que salir al jardín y bailar descalzas para sentir la hierba bajo los pies, lo hace. Si hay que mirar hacia el este y recitar su sueño de la librería siguiendo el paso que marcan unos tambores, lo hace. Y no sabe si es ese destilado de hierbas y miel que están bebiendo, la botella de vino no ha llegado ni a los postres, que le saca la vena poética, pero diría que sus palabras salen con rima y todo. Cuando esa noche se tumbe en la cama, justo antes de cerrar los ojos, sentirá que su sueño ha sido escuchado y bendecido.

☾●☾**10 Imbolc

Sábado, 5 de febrero

La abuela y mis tías viven justo al final de mi calle, a unos escasos dos minutos a pie. Mis padres compraron la casa cuando se casaron, querían vivir cerca, y justo a la mañana siguiente de decidirlo, vieron el cartel de «se vende». Es un barrio tranquilo, con casas parecidas de dos pisos y un porche que las rodea hasta el patio trasero. Desde hace trece años vivo sola. Ellos se mudaron a Los Ángeles. Papá es un sastre reconocido y mamá una gurú de los famosos. Quisieron que los acompañara, pero preferí quedarme. Me gusta demasiado mi pueblo, aquello no es para mí. Me gusta ver las estrellas en el cielo, no en el suelo.

Después de cerrar la tienda, voy directa a casa de la abuela, escuchando la canción [We Will go home](#); si cierro los ojos, siento que camino por un valle de las Tierras Altas escocesas. Entrar aquí es como hacerlo en una cápsula del tiempo. Las vistas de la laguna son impresionantes y el jardín es tan grande y frondoso que da la privacidad perfecta.

Al primero que encuentro es a mi padre, Larry Evans, que está en el cobertizo. En cuanto oye mis pasos, se gira y abre los brazos. Corro y me agarro a su cuello como un koala. Lo hacía con cuatro años y continuó con treinta y dos. Dice que se mantiene fuerte para poder levantarme hasta su último día.

Papá es sastre y la persona más metódica y responsable que conozco. Tiene un gran sentido del deber. Este comportamiento tan típico de un virgo se equilibra con sus emociones dominadas por su ascendente en cáncer. Es capaz de gestionar sus sentimientos con objetividad, pero con nosotras, su familia, demuestra su cariño sin reparo.

Al oírnos, de la cocina, salen las cuatro mujeres más importantes de mi vida. Mi pilar. La abuela Nancy y mi madre, Liza, seguidas de mi tía Clarisse y su mujer, Agatha, aunque para mí siempre será Nunú porque fue mi cuidadora desde que nací. Cuando tenía cuatro años, hicieron oficial que eran pareja y llevan juntas desde entonces.

Poco después ya estoy con el delantal puesto y amasando un pan de avena con semillas. Se han pasado el día limpiando las casas y purificándolas, utilizando escobas trenzadas con ramas

de romero y de albahaca. También han adecuado la decoración para recibir la primavera. Para el mundo celta, esta festividad simboliza la importancia de las mujeres. Es el momento de celebrar la fertilidad y feminidad. Suele festejarse lejos de los hombres, por eso mi padre pasará la noche en nuestra casa. Cada una está atareada con una receta; mi tía con su mantequilla de hierbas, Nunú con el *crumble* y la abuela con el puré de patatas y col. Cantamos canciones que han pasado de generación en generación, el aire huele a especias y solo con esto ya soy feliz. Mi madre, que a mi lado prepara las fuentes con el queso y las frutas, me pregunta cómo estoy y si hay novedades. Les hablo de la reunión de la asociación, lo del festival les parece una gran apuesta. Se alegran de que me atreviera a ir y exponer mis ideas. El lema de esta familia es que una Reed no te impida hacer lo que quieres. Todas se quedan en silencio cuando les cuento que me crucé con Justice en la cafetería y que lo saludé.

—¿Y cuál fue su reacción? —pregunta la abuela.

—Al principio se sorprendió, pero luego me respondió con un «buenos días».

—Siempre he dicho que ese chico no tiene la maldad de su familia —recuerda mi madre.

—No me fío —termina mi padre, que se ha acercado para servirse un vaso de té frío antes de marcharse. Habla el desconfiado que lleva dentro.

—No sé muy bien por qué lo hice, la verdad, yo solo quiero acabar con esto. Si es por mí, no seguiré alimentando más esta rivalidad.

—Ninguna Briand lo ha querido nunca —me corrige la abuela.

—Ojalá él piense igual —suspira Nunú.

Mi tía no dice nada y yo busco sus ojos, tiene el don de ver lo que los otros no sabemos observar. Sé que ha visto algo porque, cuando eso ocurre, se le inflama la carótida.

—Haz lo que sientas —me aconseja y se lleva la mano al corazón. De que confíe en mi instinto. Sea para bien o para mal, forma parte de mi camino.

Pongo fin a la conversación entonando mi canción favorita. La que habla de escuchar los campos susurrando que llega la primavera con su luz.

Después de ducharnos, nos hemos recogido el pelo en trenzas y decorado con flores, nos hemos vestido únicamente con las túnicas de lino. Es una fiesta a la luz, por eso hay una hoguera. Cada una de nosotras encendemos también una vela y otra para la diosa Brigid. Le ofrecemos avena y leche de oveja. Nos cogemos de la mano, rodeando la hoguera. La abuela toma la palabra:

—Oh, antigua doncella, generadora de la nueva luz que brota de las tinieblas. Esta es tu estación de la rueda del año, derrama tus bendiciones sobre la hierba. —Mi madre le ofrece el cáliz con el vino y vierte un poco sobre el fuego—. Oh, Madre Tierra, igual que tú serás

renovada, haced que mi vida sea fértil en perspicacia, salud, prosperidad y poderes mágicos. — Bebe un sorbo y se lo pasa a tía Clarisse, que está a su lado.

Cada una de nosotras repite las mismas palabras y bebe un trago, siempre procurando dejar un poco en el cáliz que verteremos después, junto al fuego, para los seres mágicos que se han acercado a la celebración.

11 Presentación

Martes, 8 de febrero

Luna creciente en tauro. Es el momento de avanzar con los proyectos iniciados durante la luna nueva. Marte en capricornio en trígono con Urano en tauro. El trígono es el aspecto armónico más importante y está considerado muy benéfico. Momento positivo para innovar y asumir riesgos calculados.

Reconozco que me da cierta envidia la gente que vive en el norte, con sus inviernos fríos, la nieve y el placer de acurrucarse frente de la chimenea con un buen libro, pero vivo en Florida. A pesar de estar en febrero, a esta última hora de la tarde, la temperatura ronda los treinta grados. No es una queja, bueno, la humedad sí lo es, pero ya estoy acostumbrada.

Al abrir los sábados, cierro los lunes. Eso implica que los martes suela ser un día bastante caótico. Cuando llego, hay dos días de pedidos en la web esperándome. Solo hace falta echarles un vistazo por encima para percatarse de que pronto llega el día de los enamorados. Hay un incremento de packs de hechizos de amor y algún que otro aceite afrodisíaco, como el ylang ylang o el sándalo blanco. Me gusta saber que la gente va innovando y se sale de las rosas y los chocolates. El mejor regalo entre una pareja es ofrecerse unas horas a solas.

A media mañana, Marie me trae el correo y, antes de irse, compra velas rojas, salvia, lavanda, canela e incienso. Esos elementos me hacen pensar que va a aprovechar la luna creciente para hacer un hechizo de atracción; de amor, en concreto. Este ciclo es ideal para «sembrar» lo que queremos recoger en un futuro próximo. Sigue emitiendo esa energía intermitente, como a chispazos, pero ahora ya lo entiendo. ¡Creo que Marie está enamorada!

Por la tarde, para cambiar de tarea, después de haberme pasado gran parte del día haciendo paquetes, me dedico a quitar la decoración de Imbolc y sustituirla por la de San Valentín. Me gusta ir variando, cambiar el aspecto de la tienda en función de la fecha en la que estamos. En las

calles también empieza a respirarse el día más romántico del año. Los grandes globos en forma de corazón ya han llegado y adornan los puntos estratégicos del pueblo. Hay de todos los tamaños y colores. Me encantan. Durante mi paseo matutino, me he fijado en que muchos escaparates ya están preparados para la esperada fecha. Desde la pastelería hasta la frutería, donde frutas y verduras están expuestas también en forma de corazón. En el de la librería, hay una selección de libros; desde los más clásicos hasta los más modernos. Sonríe al ver que no todos tienen final feliz, porque eso no implica que dentro no escondan una historia de amor potente, de las que te calan muy hondo. Lo mismo ha hecho Joe en su videoclub con una sección de películas. Sí, sigue en pie, es una de las cosas por la que me gusta tanto este pueblo. Es capaz de convivir con lo antiguo y lo moderno. Al final parece que está de moda todo lo que sea *vintage*. Tengo la costumbre de ir los viernes y escoger una de esas pelis que sabes que te va a ofrecer pasar un buen rato y que es imposible encontrar en las nuevas plataformas digitales.

En el callejón no nos hemos quedado atrás. Maggie ha llenado las jardineras de color. En la que queda más cercana a su tienda, hay un Cupido de madera con la flecha a punto. Ya he visto un par de parejas fotografiándose con él, como si se le hubiera clavado la flecha en el pecho. Entre la puerta de la floristería y atada a la farola de enfrente, ha colgado un ramo boca abajo de orquídeas rojas y rosas blancas que simbolizan pasión y amor puro respectivamente, como si fuera una rama de muérdago. Logan ha copiado la idea y ha colgado a dos dinosaurios dándose un beso y yo, que no he querido quedarme atrás, he hecho un corazón con alambres y piedras de cuarzo rosa, amatista y ágata roja, todas ellas relacionadas con el amor. Desde el interior de la tienda, me llega Scorpions cantando su famoso tema [*Wind of change*](#). Sobre una escalera, termino de atarlo a la fachada y, cuando me dispongo a bajar, una voz me frena.

—Espera, deja que te ayude. —Es Justice. Aprovechando su casi metro noventa, estira los brazos para que le dé el otro extremo de la cuerda y, solo con ponerse de puntillas, lo ata a la farola.

—Gracias, jefe —digo una vez bajo y veo el resultado. Me encanta. Depende de cómo les den los rayos de sol, las piedras destellan luces de colores que amplían el efecto.

—Aún no me acostumbro.

—¿A qué? —pregunto, mirándolo directamente.

«¿A que podamos estar a menos de cinco metros y no nos matemos? ¿A que estemos conversando como conocidos? ¿A que simplemente hablemos?».

—Al «jefe», preferiría Justice.

«Ah... No es por ser egocéntrica y creer que todo gira en torno a mí, es que la situación es tan inusual que he pensado que a él también se le haría extraño».

Mi archienemigo es alto y corpulento. Tiene el pelo castaño claro y lo lleva ligeramente largo, lo suficiente para que esos mechones rebeldes vayan cada uno por un lado. Ojos verdes, grandes

y penetrantes, la nariz es un poco aguileña y le da un aire algo salvaje que le va perfecto a esa frente ancha y mandíbula hendida, tapada por una barba muy corta. Su sonrisa, algo avergonzada, es chocante y curiosa a la vez. Sé que fue jugador de béisbol profesional, su familia alardeaba de ello cada vez que tenían ocasión. Luego, a raíz de un accidente que le impidió seguir jugando, se hizo policía.

—Gracias por la ayuda, Justice. Por cierto, soy Cornelia, aunque todo el mundo me llama Neli.

En un pueblo, entre vecinos, no tienes almacenado el recuerdo de cómo os conocisteis, ni cuándo. Siempre han estado ahí, punto. Con gente de tu edad puedes tener instantes fugaces como de correr detrás de una cometa en el paseo marítimo, jugar en la arena del parque o intercambiar mocos y piruletas en parvulario, pero con Justice sé que no lo recuerdo porque nunca ha pasado.

—¿Te estás presentando? —Sonríe y arquea una ceja como si no acabara de entender si le estoy tomando el pelo o si detrás de este saludo hay algún fin macabro.

—Sí. Los dos nacimos aquí, pero, si no me falla la memoria, el otro día en la cafetería fue la primera vez que hablamos. Ahora somos adultos y me parece lo mínimo teniendo en cuenta que tú eres el jefe de policía y yo tengo un negocio.

Llámame interesada, pero prefiero una relación lo más cortés posible con quien vela por la seguridad. Alargo la mano y él me la estrecha, aunque duda, como si no estuviera muy seguro de mis intenciones. Su roce me hace pensar en el que das a un animal por primera vez, con precaución y atento al mínimo detalle.

Mis dedos desaparecen entre su mano. También mi anillo favorito, un óvalo azabache. Siempre me ha gustado cómo se forma este mineraloide. Un trozo de madera que cayó al río y este lo llevó hasta el fondo marino donde fue sometido hasta convertirlo en una roca. El calor se extiende y la presión que ejerce me temple como un chocolate caliente en una tarde de lluvia. Sus expresivos ojos verdes se enredan con los míos y algo cambia, aunque no sé decir el qué. Es una sensación extraña que me remueve por dentro. Si hablo sin pensar, diría que desde el cielo se ha oído un chasquido, como cuando rompes una galleta de la fortuna. Hasta los pájaros han dejado de cantar y el aire ha cambiado de dirección. Puede que solo sea hambre, no me hagas caso. Desde la cafetería llega el olor de tortitas recién hechas. Y Justice también huele muy bien, a cedro y madera ahumada, aunque eso me abre otro tipo de apetito.

—Un placer, Neli —murmura, baja la cabeza y me da un beso en la mejilla. Su energía, que el otro día comparé con un oleaje, se ha convertido en una gran ola de esas que no esperas y te arrastra con ella. Es fresca y algo salada, aunque admito que también es inesperadamente agradable.

Está visto que provocar y desestabilizar al otro se nos da muy bien a los dos. Ese beso me deja

descolocada. Cuando reacciono, él ya se ha ido. Y el mundo sigue igual. Nada se ha detenido ni ha explotado porque un Reed y una Briand se han acercado y dado la mano. Ni él se ha convertido en un demonio ni a mí me ha salido urticaria cuando sus labios han rozado mi mejilla. Todo sigue igual. Pienso en el efecto mariposa. Veo un aleteo de alas de colores sobre un lago rodeado de montañas nevadas. Veo esa brisa recorriendo valles y pueblos. Veo a una pareja muy mayor en Nueva Zelanda, sentados en un banco de un parque, cogiéndose de la mano por primera vez. Con la ternura de la vejez y el corazón latiendo como chiquillos. Sigo su viaje hasta Colombia, cómo la corriente de aire entra por la ventana y hace que la chica de la primera fila mire sobre su hombro hacia el fondo, donde está el chico «salvaje». Su corazón se detiene cuando ve que él también la está observando. Se quedan ahí, en ese hilo que los ata y los aleja del mundo. Hasta que él le regala una sonrisa llena de intenciones y ella le guiña el ojo, aceptando el juego.

Scorpions tiene razón, soplan vientos de cambio.



***12 Ritual de atracción**

El brillo de la luna aumenta en la fase creciente. Podemos aprovechar su luz y energía para canalizar la nuestra y reenfocar nuestro camino. Es un buen momento para crecer como ella.

Se sienta en medio del círculo sagrado, mirando hacia el sur. Ha encendido una vela roja y, junto a ella, tiene el dibujo que realizó en la luna nueva. No puede evitar sonreír ni pasar los dedos sobre los contornos hechos de tinta. La sutil caricia le provoca un cosquilleo en toda la piel. Ha tenido una idea. Recorta con precisión las viejas fotografías. Algunas son nuevas, las ha sacado de las redes sociales y las ha imprimido. Coge el dibujo que hizo y, sobre las líneas de tinta, pega los recortes haciendo un *collage*. En los extremos de la hoja, añade unas manos unidas, unos labios besándose, pecho con pecho. Le lleva buena parte de la noche crear momentos no vividos, pero que sueña con que se hagan realidad. Mientras lo hace, siente que vuelve a conectar con su ardiente deseo. Al terminar, lo rodea con piedras y plantas sagradas. Coge la daga y se hace un corte en la palma de la mano mientras recita:

—Toma mi sangre y escucha lo que anhelo con todo mi corazón. Que tu poder bendiga esta unión y tu luz la guíe hacia el camino de la felicidad.

13 El amor es una aventura

Miércoles, 9 de febrero

Cuando esa mañana llego al café, veo a Maggie en nuestro rincón, está charlando con una chica. Me la presenta como su sobrina, Poppy Carter.

—Ha venido para echarme una mano estos días.

Poppy me recuerda a la actriz Anne Hathaway. Es algo más joven que yo, tiene el pelo largo y oscuro como la noche y unos ojazos marrones, preciosos pero apagados. Igual que su energía, es titilante como la de una vela a punto de consumirse.

—No paro de repetirle que yo no tengo ni idea de ramos, pero ha insistido hasta la saciedad, ya la conoces —bromea. Viste acorde con esa sensación de apatía. Lleva el pelo recogido en una cola baja, camiseta y una chaqueta de lana en negro. Vaqueros anchos y zapatillas.

—Ni que te hubiera obligado —le responde su tía.

—Soy contable. —Se encoge de hombros—. No veo la relación entre los números y las flores.

Quiero hablarle acerca de la serie Fibonacci y la naturaleza. Cómo el número áureo se encuentra presente en las flores, hojas o moluscos. Que, para los griegos, la belleza residía en esa secuencia dorada. Que esta fórmula ha sido utilizada por muchos artistas, en especial por Gaudí.

—Lo que eres es la chica de los encargos —puntualiza la palabra con desprecio—. Esa empresa te degrada y no entiendo por qué lo permites.

—Esa empresa me ha dado unos días para venir a ayudarte.

La vela coge aire y la llamarada se intensifica. Está perdida, pero quiere encontrarse. Aún hay fuerza en su interior.

—Esa empresa —repite con retintín— te debe las vacaciones de los últimos tres años.

El tira y afloja continúa, se nota que tienen muy buena química entre ellas. Conociendo a mi vecina, estoy segura de que más que porque ella necesite ayuda estos días lo ha hecho porque no hace falta ser ni vidente ni médico para darse cuenta de que Poppy está pasando por una mala racha.

Logan está ocupado sirviendo una mesa donde Bethany, la farmacéutica, y Margot, la directora del banco, mantienen una acalorada conversación sobre recetas de cocina; en concreto, si la salsa de arándanos es mejor con canela o sin. Mientras, nosotras seguimos hablando hasta que suena el teléfono de la florista.

—¿Ya se han ido? —pregunta cuando termina y me sirve un café.

Le entrego una bolsa de tela de las que tengo en la tienda con el eslogan «Eres magia» con cinco tazas en su interior.

—Es miércoles.

Día de Mercurio. Día para los sueños. Día de reparto. Día de Olsen.

—Oh, sí, claro. ¿Quieres comer algo?

—Ponme un trozo de pan de plátano, tiene muy buena pinta.

—Marchando.

Me sirve el desayuno y, en lugar de ponerse a hablar conmigo como de costumbre, se seca las manos con el paño que siempre lleva colgado de la cintura del delantal. Después, coge la tableta y suspira, acompañándolo con un movimiento de hombros.

—¿Es por la asociación? —Sé que ayer por la tarde se reunieron de nuevo todos los del comité—. ¿Qué tal fue?

—Hemos decidido organizar actividades cada fin de semana que empezarán para el equinoccio, que cae en domingo. Hay multitud de propuestas: Talleres de huerta y jardinería, cultivo y cocina con hierbas, secar flores, otro de jabones y de cosmética natural. Un ciclo de música y cine al aire libre, salidas en barco de noche para la observación de estrellas, un concurso de pintura mural con la idea de que algunas fachadas luzcan un dibujo sobre la temática. Uno de poesía... La lista es infinita.

Percibo que no es nada de eso lo que tiene en la cabeza. Con el tiempo he descubierto que es reservado —haciendo honor a su ascendente capricornio— y que él marca cuándo y qué cuenta. Sigo comiendo en silencio. Sabe que, si me necesita, estoy aquí.

—Creo que ya estoy listo —murmura. Dudo de que sea por si alguien nos oye, es, más bien, como si no estuviera muy seguro ni de contármelo ni de lo que dice. Cuando ve que tiene toda mi atención, se aclara la garganta y habla sin titubear—. No sé si es la influencia de San Valentín, pero creo que ya estoy preparado para volver al mercado. He pensado en abrirme un perfil en una de esas webs para encontrar pareja.

—Es una excelente idea, pero por tu cara no parece que vaya muy bien.

Creo que la predisposición es la base para todo. Dar el paso y abrirte a nuevas experiencias y relaciones es positivo. Sobre todo, teniendo en cuenta que el amor al inicio suele ser una mezcla de emoción y nervios que nos vuelve un poco locos. Lo miro curiosa, expectante, hoy «su río» es uno cubierto de hielo, lo oyes fluir en un murmullo y lo sientes vibrar bajo los pies.

—¿Qué dicen los astros?

—¿Sobre qué?

—Sobre el amor para un aries, ascendente capricornio y lunar... Ya lo he olvidado.

—Ese signo no me suena.

—Burlarse de los amigos no está permitido —gruñe cual wookiee.

—Reírse con los amigos es obligatorio.

—Venga.

—Para no creer, siempre estás dispuesto a preguntarme por ellos.

—Eso no implica que sienta cierta curiosidad.

—El solar, que es el signo que todos conocemos, habla de cómo nos vemos a nosotros mismos. El ascendente es cómo nos ven y el lunar es cómo nos expresamos. Los arianos con ascendente en capricornio sois comprometidos, entusiastas y apasionados. Leo dominando tu lunar te da confianza en ti mismo. Irradias luz, utilízala bien y no se te resistirá nadie. Y supongo que ya lo sabes, pero no hay mayor afrodisíaco para un aries que una discusión.

Asiente y me guiña el ojo.

—«Busco pareja para discusiones con el fin de conseguir todo el sexo de reconciliación posible», no creo que sea muy buena carta de presentación.

—No lo descartes tan rápido. —Lo señalo con el dedo y, por toda respuesta, recibo una media sonrisa llena de socarronería.

Deja la tableta a un lado y apoya los codos en la barra, enfrente de mí. Logan huele a desayuno, una mezcla deliciosa entre dulce y el aroma tostado del café.

—No sé qué escribir, ¿tú te has inscrito alguna vez en una de ellas?

—No.

Admiro a la gente que lo hace, pero no se me ha pasado nunca por la cabeza. No me va nada lo de exponerme en una vitrina. Soy más del cara a cara y las sensaciones del primer contacto.

—Si no buscas, no lo encuentras —añade Bob, que sale de la cocina con una nueva bandeja de *muffins* de chocolate blanco.

—No se busca, aparece —le respondo. Creo firmemente en que todo tiene su momento y, aunque no lo busques, él te encuentra.

—Cuando volví de la guerra y dejé el ejército, fui a terapia. He necesitado un tiempo para saber quién soy ahora. Estoy feliz con mi vida y quiero algo más. De eso a definirme... no sé ni por dónde empezar —resopla.

—Pon que eres guapo, aventurero, responsable, tenaz... Queda mejor que decir que eres un auténtico grano en el culo cuando quieres conseguir algo de alguien. Buen amigo y buen conversador. No sé, habla de cómo sería tu cita perfecta... o qué esperas de la persona que buscas.

—¿De verdad crees eso de mí?

—Es internet, todo el mundo miente.

Se oye una risa, de esas que brotan sin control y rebotan en las esquinas del local. Y de mi útero. Hago girar el taburete para darme la vuelta y es entonces cuando me percató de su presencia. Justice. Es sorprendente, pero no sabría decir el tiempo que lleva aquí. Si ya estaba cuando he llegado o si él lo ha hecho después. Sobre su mesa hay una taza de café, un vaso de agua y un plato con los cubiertos encima. Justice es de los que les gusta el salado para desayunar. Echo un vistazo al resto del local, aparte de Larry, el viejo conserje de la escuela, y nosotros tres no hay nadie más.

—Chispas, no me reía de ti. —Alza las manos mientras se acerca a nosotros—. Da igual si es verdad o mentira, como ella dice, es internet y está lleno de locos.

—¿Hablas por experiencia? —le pregunta—. No creo que necesites una web de citas para ligar.

—Mi problema no es ligar, es mantener una relación. —Ahora soy yo la que suelta una inesperada carcajada que suena a cascabeles navideños, y su mirada verde se fija en mí—. Buenos días, Neli.

—Buenos días, jefe. —Hace una mueca, y me corrijo—. Justice.

—Tenía un compañero en los Jays que decía: «Primero la magia y después la desgracia».

—Eso llegará en 2023 con la retrogradación de Venus. Vais a ver cómo aumentan los divorcios.

—A lo mejor no es tan buena idea que empiece a buscar pareja —sopesa en voz alta.

—Tío, tienes un año por delante —dice Bob—. Te da tiempo de enamorarte y desenamorarte como mínimo un par de veces. Tú pregúntales si van al baño con regularidad, la gente que caga bien es más feliz.

El local se llena de una cacofonía de risas.

—Claro y, de paso, si se masturban con frecuencia. Los orgasmos también evitan el mal humor —le responde Chispas. Seguimos con un ataque de risa del que parece que somos incapaces de salir.

—Me encantaría continuar con este debate... tan interesante y útil, pero me esperan. —Justice se saca la cartera para pagar. No intervengo, pero no pierdo ni un detalle.

Confesión número 6: Disimulo fatal. Por eso no es de extrañar que, cuando se va con mis ojos cubriendo su espalda y culo, Chispas se burle de mí.

—¿A qué ha venido eso? —me pregunta una vez desaparece.

Confesión número 7: Tiene un culo digno de ser mirado. Y tocado.

—¿El qué? —Me termino el último trozo de la mezcla de plátano, chocolate y avena.

—Ese buen rollo —especifica, señalando la puerta con un golpe de mentón.

—¿Qué entiendes por buen rollo?

Suelta un bufido, pero la curiosidad le puede y, en lugar de mandarme a la mierda por hacerme la tonta, cambia de táctica. Coge el carrito y una bayeta y se pone a limpiar las mesas.

—Jefe, Justice... El repaso que acabas de darle y ayer os vi atando el corazón.

—Solo pasaba por allí y me echó una mano.

—Cosa que podía haber hecho yo perfectamente si me hubieras pedido ayuda.

—¿Estás celoso? —Me bajo del taburete y lo sigo.

—¿Hay algo de lo que estar celoso?

Por Marte, cómo le gusta enredar las cosas. Y cómo me gusta eso de él.

—Solo soy simpática con el jefe de policía.

—Con el que tu familia lleva peleada desde no sé cuántos años.

—Demasiados. Y contigo... —Me detengo al no saber cómo continuar.

—¿Y conmigo? —Lanza la bayeta sobre la mesa y se cruza de brazos.

—Logan, yo... te aprecio, pero no te veo más allá de un amigo.

—Cornelia —dice con retintín y se acerca. Sabe que no me gusta que me llamen por mi nombre completo, siento que no me representa—, te estaba tomando el pelo. Eres mi amiga y quiero que siga siendo así. Algún día tendrás que explicarme qué ocurrió exactamente con vuestras bisabuelas.

—Invítame a comer, hazme una de tus famosas paellas y te lo contaré todo.

—Hecho. —Sigue con sus quehaceres y yo camino hasta la puerta—. ¿Crees de verdad lo que has dicho antes?

Al oírlo, me giro y vuelvo sobre mis pasos.

—Sí. Saca esa seguridad en ti mismo que sé que tienes. Los aries, con eso de ser el primer signo del zodiaco y uno de los cardinales, os encanta iniciar cosas, los desafíos y el amor solo es otra aventura más de la vida.

14 *Jupiteriano*

Jueves, 10 de febrero

¿Sabes esa sensación de que todo el mundo te mira? Como cuando sales del baño y te ha quedado un trozo de falda por dentro de las bragas. Sí, hablo por experiencia. Pues esta mañana me ocurre eso. Estoy acostumbrada a oír un rumor cuando me cruzo con según qué personas, sobre todo si son amigas de las Reed, pero lo de hoy es distinto, hay algo más, un descaro a la hora de mirar y los comentarios ya no se hacen con los labios apretados.

En cuanto llego a la esquina del callejón, respiro hondo, como si hubiera cruzado las murallas del castillo y me sintiera segura. La sensación dura poco porque, al entrar en el Cafetosaurios, vuelve la maldita angustia. Maggie y su sobrina están hablando con la alcaldesa en una de las mesas pegadas al escaparate, las saludo con la mano y me acerco a nuestro rincón en la barra.

—Los amigos no se mienten. —Chispas se seca las manos con el trapo y me mira con el morro torcido.

—¿De qué hablas? —Echo un vistazo al local por encima del hombro. Si digo que el ochenta por ciento de la gente que está desayunando está pendiente de mí, no estoy exagerando. Cuando vuelvo a mirar a Logan, su expresión cambia. Deja la altivez y se acerca a mí, apoyando los brazos en la barra.

—Por tu cara, deduzco que no has visto el diario.

—¿Qué? —siseo.

—El *Jupiteriano*. —Niego con la cabeza.

Es semanal y habla del pueblo, de las actividades, recuerda hechos importantes y hay mucha publicidad. Fue un proyecto del instituto que presentó Kennedy Thompson el año pasado y que al final se hizo oficial. Sueña con irse el año que viene a Nueva York y estudiar periodismo. Fui yo quien le dio la idea de sacarlo los jueves, aprovechando que es el día de Júpiter.

Chispas me lo pasa como si fuera droga y murmura con los labios apretados que es en la portada. Yo, por el contrario, lo cojo y lo desdoblo para verlo bien. Es un *collage* de las calles engalanadas para San Valentín y el título es «El amor está en el aire». Hasta ahí todo normal. Justo

cuando voy a alzar la cabeza para preguntarle a qué viene tanto revuelo, lo veo. O mejor dicho, nos veo. En la foto central, la más grande, estamos Justice y yo muy cercanos. Fue el martes pasado cuando me ayudó. Justo después de presentarme y él se inclinó para darme un beso en la mejilla. La foto es buena, juega con la luz y las sombras del final del día, con una pareja bajo un corazón que lanza destellos.

El artículo habla de la iniciativa de la Asociación de Comerciantes. De la yincana y del premio —unas tazas a juego—, que ganarán todas las parejas que suban a sus redes un beso en todos los puntos. Además, entrarán en un sorteo de un vale de trescientos dólares para gastar en el comercio local. Habla de los menús de los restaurantes, de la entrada gratuita en la sala de baile o de la opción de alquilar un barco y cenar en alta mar viendo la puesta de sol. No se nos cita, ni hace falta. Solo fue un inocente beso, pero la gente ve lo que quiere y hace tiempo que el pueblo está tranquilo de chismorreos. Desde que el farmacéutico se fugó con el teniente de alcalde, y eso ocurrió el verano pasado.

—Es mentira —grito. Pero por sus caras nadie me cree.

—¿De verdad? —susurra Chispas, ofreciéndome un *muffin* de arándanos y mi taza de café.

—Dijiste que nos viste mientras me ayudaba a colgarlo y luego me presenté oficialmente. Somos la generación más joven y quiero librarme de esta rivalidad.

—¿Y él?

—Aunque creo que mi cordialidad lo ha pillado desprevenido, ya lo has visto. Parece que tampoco quiere continuar con este ridículo rifirrafe.

—Pues olvídate de la gente, ya se les pasará.

¿Por qué se nos da tan bien opinar y dar consejos sobre la vida de los otros?

¿Por qué nos cuesta tanto mantener la cabeza fría cuando hablamos de nosotros mismos?

15 Efecto Streisand

Ya en la tienda, lo primero que hago es volver a mirar el diario, pero la campanita me interrumpe y, al levantar la vista, veo que es Poppy. No sé qué la trajo aquí, si fue una propuesta de su tía para que cambiara de aires o todo son circunstancias, pero el resultado es que solo lleva dos días aquí y la llama es más fuerte. Me gusta ver que gana fuerza y vitalidad. Se le nota al andar; cuando llegó, parecía que la ropa le pesara, como si la hubiera pillado un aguacero. Hoy, toda ella se mueve más ágil. Y hablando de ropa, hasta en eso hay un cambio. Viste con un floreado vestido largo y lleva el pelo suelto. Son detalles, pero hablan de cómo se siente uno. Cuando estás de bajón, una tarea tan simple como peinarte se convierte en un suplicio que suele terminar con un moño sin siquiera mirarte al espejo.

—Me manda mi tía, tenemos una propuesta para ti —dice con la ilusión de una quinceañera a la que han dado permiso para ir a un concierto.

—Soy toda oídos.

Se les ha ocurrido aprovechar el fin de semana para montar unos puestecitos en el paseo marítimo. Los beneficios se donarán a una asociación de mujeres maltratadas. Era lo que estaban hablando antes con la alcaldesa.

—Me parece una gran idea. Contad conmigo. Lo que no sé es cómo organizarme para el sábado sin cerrar la tienda. Lo de estar en dos sitios a la vez aún no lo controlo. —Se ríe tapándose la boca, como suele hacer la gente que ha llevado *brackets* y se avergüenza—. ¡Lo tengo! Hablaré con Skylar y, además, se lo propondré a mi tía Clarisse.

Me sorprende que nadie de mi familia haya dado señales. No dudo de que, a pesar de estar a cientos de kilómetros, la noticia que llena la primera página del *Jupiteriano* ya les ha llegado. Mucho me temo que son capaces de coger el primer vuelo disponible desde Los Ángeles y pedirme explicaciones de cara.

—¿La clarividente?

—¿La conoces?

—No, pero Maggie me ha hablado de ella.

—Se fueron el domingo a Los Ángeles con mis padres y no sé cuándo tienen pensado volver, pero se lo preguntaré igualmente, una tarotista siempre atrae público.

—Excelente. —Aplaudes. Me gusta la gente que es capaz de mostrar sus emociones con la chispa inocente de un niño—. Cuanta más variedad, mejor. Voy a seguir preguntando quién más se apunta. Gracias.

—Pídeselo a Piper, la de la pastelería de la calle principal, estoy segura de que le gustará la idea.

—Ahora me paso. Por cierto, tengo un mensaje de Maggie para ti: «Me debes una explicación».

Suelto una carcajada y sacudo la cabeza, estoy por hacer un audio y mandarlo a todos mis contactos con un mensaje que diga: «Esta es mi declaración oficial».

—Dile que mañana nos vemos para desayunar.

Después de que se marche, mando un mensaje a Skylar para proponerle que me ayude en la parada; imagino que estará en el instituto y ya me contestará cuando pueda. También recibo una llamada de alguien que busca velas para hacer amarres. Eso ya son palabras mayores y, aunque no tenga en *stock* pero sepa cómo conseguirlas, me niego a vendérselas a un desconocido. Hay cosas con las que ni se juega ni se bromea. Es un grave error creer que la magia es inofensiva.

Oigo unos golpes, al principio no sé qué son, tardo lo que me parece una eternidad en entender que hay alguien llamando en la puerta trasera. Casi nunca la utilizo, da a un estrecho callejón sin salida que comunica todos los negocios y en el que hay cubos de basura y un par de gatos callejeros que son los amos del lugar. Hace un par de años cogí una gripe de esas que te dejan en la cama una semana, la fiebre no me dio tregua y en un delirio vi a esos gatos montando un espectáculo a lo *Cats*. Una gata atigrada cantaba la famosa melodía de [Memory](#) y su voz era tan dulce como la de Barbra Streisand.

Paso el cerrojo y, al abrir la puerta, veo a Justice; por su cara de circunstancia, imagino que viene por lo del diario.

—Hola, *novio* —lo saludo en tono burlón y me aparto para dejarlo pasar.

—¿Te hace gracia? —pregunta, áspero.

Entra y cierro la puerta. Me encantan los gatos, pero no quiero que se metan en la tienda.

—Ya veo que a ti no. —Me cruzo de brazos, sin saber muy bien qué hacer. Nunca he estado a solas con un Reed y, aunque mi primer pensamiento sea estar a la defensiva, hay algo en Justice, un velo en su mirada, que no me intimida, a pesar de que ahora mismo su mar se asemeja al de antes de la tormenta, ha crecido el oleaje y el cielo se ha encapotado.

—¡Salimos en el puto diario! ¡Dicen que somos pareja!

—No lo dicen, solo lo insinúan. Y, en este pueblo, un cotilleo entre las Reed y las Briand es

como una final de la Super Bowl.

—Odio todo esto.

—En eso estamos de acuerdo. —Chasqueo la lengua.

—¿En serio no te jode? —gruñe, apretando los dientes. Mira de nuevo la publicación que aún lleva en la mano. Me dan ganas de alargar el brazo y tocarlo, asegurarme de que realmente hay un Reed en mi tienda.

—¿La verdad? No sabría decirte —confieso—. Desde que me he enterado, he pasado por todos los estados de ánimo posibles. Primero me ha sorprendido, luego enfadado y ahora creo que prefiero que me haga gracia. Este pueblo está loco.

Observa cada rincón, no sé si es pura curiosidad o es su ojo de policía quien inspecciona el lugar.

—He hablado con Kennedy y dice que solo son fotos de las calles. Que en el artículo no se nos cita ni se hace referencia a nosotros.

—Y tiene razón. Estoy segura de que escogió la foto a sabiendas de lo que provocaría. Con esto le convalidan, como mínimo, un par de asignaturas de la carrera. «Tú pon el anzuelo, los lectores ya se encargarán del resto». Deberíamos pedir una comisión, no hay duda de que será el número más vendido.

—Ahora en serio —resopla.

—Llevo hablando en serio desde que has llegado —aclaro—. Mira, adoro vivir aquí. Me gusta Júpiter, no tanto ciertos habitantes, pero es el precio que hay que pagar. Has pasado gran parte de tu vida fuera y estás falto de costumbre, así que te aconsejo que aprendas a convivir con ello.

Se queda en silencio, pasea de arriba abajo y yo cruzo los brazos, a la espera. Lleva el pelo bastante alborotado, como si se hubiera pasado la mano y tirado de los mechones una y otra vez desde que ha visto la noticia.

—Así que vamos a hacer como si nada para evitar un efecto Streisand.

—Exacto. —Afirmo con la cabeza—. A veces, la censura o ir en contra es aún más perjudicial. Deja que crean lo que quieran.

Va a decir algo, pero la campanita avisa de que ha entrado un cliente.

En cuanto paso la cortina y veo a la recién llegada, me paro en seco. Cuando creía que el día no podía sorprenderme más... ¡Ahora mismo hay dos Reed en la Lunática! Me pica la piel y noto que se me cierra la garganta. ¿Una persona te puede provocar un choque anafiláctico?

—¿Se puede saber qué clase de hechizo le has hecho a mi nieto? —escupe Dorothea, con rabia.

Va vestida con un traje de chaqueta negro, camisa de un tono rosa palo y un collar de perlas. Su pelo, una media melena rubia perfectamente peinada, brilla bajo los focos por la tonelada de

laca que lleva encima. Huele a flores, excesivo, y a rancio. Es como meter la nariz en un invernadero que hace años que no se utiliza.

—¿Perdón?

—Sé que lo has embrujado, ¡hija de Satanás!

Qué manía tienen en emparentar a las brujas con el diablo. Que si son sus amantes, sus hijas... El rey del infierno no es más que una invención del catolicismo, y una bruja cree en la madre naturaleza y en las antiguas religiones.

Podría enfadarme y encararme a ella. Podría ignorarla y echarla de la tienda. Pero decido que estoy harta y que, a veces, la mejor respuesta y la única opción para desestabilizar a tu contrincante es seguirle el juego.

—Le prometo que fue sin querer, pero ya he sacrificado una rana con una aguja de ganchillo y me he comido trece orugas. En cuanto me lleguen las babas de dragón chino que he pedido por AliExpress sigo con el conjuro.

—¡Y encima te burlas de mí! ¡Malditas brujas! Tenías que ser una Briand, os creéis con derecho sobre todo. Me da igual lo que hagas, pero deshazlo o...

—¿O qué, abuela? —Justice abre la cortina y camina hasta quedarse a mi lado.

—¿Qué haces aquí? —tartamudea Dorothea, y por primera vez, la veo sin esa altivez que la caracteriza.

—La pregunta no es qué hago yo, sino ¿qué haces tú? —insiste él y su tono suena a poli malo enfadado.

Confesión número 8: Su voz se vuelve más rasgada y mucho más sexi.

—Cree que te he embrujado. —Quiero sonar indignada, pero todo es tan surrealista que solo puedo reírme.

—Lo he oído. —Pone los ojos en blanco y niega con la cabeza. El tono que han tomado sus mejillas es por pura vergüenza. Es curioso ver su piel mostrar sus emociones.

Confesión número 9: Es adorable.

—¡Es indignante! Como si necesitara la magia para que un hombre se fije en mí.

—Lo siento —murmura. Y por un instante me olvido de que en la tienda no estamos solos y que él y yo somos de clanes enemigos.

—Me debes más que una disculpa. Quiero que me prometas...

—Abuela, me disculpaba con Neli, no contigo —la interrumpe—. Venga, te llevo a casa. — La coge del brazo y la guía hacia la puerta, pero ella se suelta y se recoloca el traje chaqueta.

—¿Neli? —repite con cara de repugnancia—. ¿Es ella de quien nos has hablado? ¡Por eso no querías decirnos ni siquiera su nombre! No puedes salir con una Briand, ¿es que te has vuelto loco? ¿Es que no respetas a tu familia? Tu bisabuela debe de estar retorciéndose en la tumba.

Parlotea rápido y con tanta ira que no entiendo nada. Pero es de esas veces que la expresión

corporal lo dice todo. La de Dorothea es como un muñeco de cómic, un demonio rojo de ira del que salen chispas, y la de Justice es la imagen de la vergüenza ajena.

—Deje a los muertos descansar tranquilos. —Si hay algo que respeto es la paz de las almas.

¿Sabes esos antros nocturnos donde el aire es solo humo, en los que te cuesta hasta respirar y el ruido es tan atronador que te retumba dentro y te cambia el latido? Pues la tienda se ha convertido en eso. Esa mujer, llena de brillo por fuera, es pura maldad y odio por dentro.

—Tú cállate —me replica con esa asquerosa prepotencia que suele tener la gente con dinero que se cree por encima de los demás.

Me echa un vistazo de arriba abajo. Desde mis pies descalzos —sí, tengo la costumbre de ir siempre que puedo descalza, necesito esta conexión con la naturaleza para descargar y obtener su energía—, sube por los *leggings*, la camiseta, la chaqueta, mi pelo... Todo es estudiado como si delante tuviera a un extraterrestre.

Cojo aire y lo suelto lentamente. Cuando hablo, articulo cada palabra de forma pausada, como si fuera una cuenta atrás antes de explotar.

—O la sacas ahora o le pongo una denuncia por allanamiento. Por insultos, amenazas... No sé, tú eres el experto.

—Efecto Streisand, recuerda —susurra Justice, después de un profundo suspiro.

—Largo, los dos. YA.

Una vez se van, abro la puerta de par en par y cojo un manojo de salvia blanca mezclado con palo santo y el quemador. Después de semejante visita, limpiar y purificar la tienda me va a llevar todo el día.

16 Sola

Al cerrar la tienda he visitado la floristería. Maggie no estaba, había salido a repartir unos pedidos, y Poppy me ha vendido un ramo precioso lleno de color y flores silvestres. Imagino que son probaturas que está haciendo su tía para el lunes que viene. Lo de cortar flores no me va mucho, prefiero verlas en el jardín o tener una planta en una maceta; pero hoy he pensado que es el día perfecto para hacer algo distinto. Para mimarme y compensar la negatividad del día. También me he acercado a la librería y he vuelto a casa con tres novedades que estoy deseando empezar. He ido al supermercado y he comprado todos los ingredientes para hacer mi plato favorito, espaguetis al limón. Al llegar a casa, pongo el vino y la tarta en la nevera. Sí, también he pasado a ver a Piper y me he llevado un trozo de *lemon pie*. Soy de las que el día que deciden hacer algo, lo hacen a lo grande. Cojo un jarro con agua y coloco el ramo en la mesa baja de la sala de estar. Escojo un vinilo de Meltdown, y las primeras notas de [Better days](#) rebotan por las paredes, enciendo unas velas y me voy a dar un baño.

Durante décadas —y siglos— nos han machacado con la idea de que vivir sola o estar soltero era un error. Nos han inculcado que no encontrar el amor nos hace una persona defectuosa. Como si lo único que importara fuera tener dos cepillos de dientes o mezclar ropa en el tendedero. Sin tener en cuenta si eso aporta felicidad o esa relación solo es un *post-it* más para encajar en la sociedad. Ahora, por fin, parece que nos vamos desprendiendo —muy (muy) lentamente— de esos cánones. Creo firmemente que todo el mundo debería vivir una temporada solo. Saber convivir contigo mismo es la relación más complicada a la que nos enfrentamos. Puedes tener una cita un jueves anodino contigo mismo y ser una gran noche.

Soy de las que disfrutan de las pequeñas cosas, encuentro placer en cocinar mi plato favorito. Trocear el ajo, exprimir el limón y servirme una copa de vino mientras. En cortar un poco de pecorino mientras espero a que el agua empiece a hervir. Sigo paso a paso la receta que me enseñó Georgia, la chef de mi restaurante favorito.

Suena el teléfono y lanzo un suspiro. Han tardado doce horas en llamar, me parece todo un logro. Me fastidia porque, por alguna ridícula razón, pensaba que ya me había librado de ellas por hoy. Pero me equivocaba. Me sirvo un poco más de vino mientras le doy al botón verde. Una vez, hablando con Siobhan acerca de la intuición dijo algo que me gustó: «Solo es el destino

haciendo *spoiler*», y creo que esta velada era mi subconsciente preparándome para lo que se viene. «Neli, toma un baño y relájate, que te espera un riguroso interrogatorio. Compra vino y tarta, serán tus aliados».

—¿A eso te dedicas cuando estás sola en casa? —pregunta mi madre mientras oigo a mis tías y mi abuela cuchichear por detrás.

Está con el manos libres. Lo de las videollamadas es algo que en esta familia llevamos regular. No nos acostumbramos a hablar delante de una cámara.

—No me vengáis con que estáis preocupadas, que seguro que lo sabéis desde primera hora de la mañana y habéis esperado hasta ahora.

—Queríamos darte tiempo para confesar —me responde.

—No hay nada que confesar. —Oigo la típica risa burlona de Nunú. Doy un largo sorbo de vino.

—Eso ya lo decidiremos nosotras —dice mi tía, sacando a la libra que lleva dentro.

—Ya os conté que nos vimos en la cafetería...

—Sí, y lo saludaste —me interrumpe mi madre, que nunca destacará por tener paciencia—. De eso a liaros en la calle...

Ignoro la pulla y les cuento lo ocurrido hasta la foto y el malentendido. También les comento su visita a la tienda y la de Dorothea. Cuando termino, la copa está vacía y los espaguetis se han pasado de cocción.

—¿Y por qué ha ido a verte?

—Él, para saber si ya había visto «la noticia» y para hablar de lo que íbamos a hacer al respecto, y su abuela, para recriminarme haber hechizado a su nieto.

—¡Como si necesitaras la magia para que alguien se fije en ti! —Aunque no puedo verla, imagino a mi madre con la espalda erguida, las manos en la cintura y el ceño fruncido como si fuera incapaz de contenerse.

—Eso mismo le dije yo —rio.

—Esa es mi chica. —Aplaudiva mi abuela.

Dejo el teléfono en la encimera con el manos libres y pongo la pasta a escurrir. Justo entonces es cuando me doy cuenta de un detalle que esta mañana no he percibido y ahora, al recordarlo, sí. Justice en ningún momento le ha dicho a su abuela que la noticia fuera falsa y que solo era un malentendido. Lo ha dejado en el aire y me pregunto por qué.

—Este pueblo cada vez está más loco —dice Nunú, y su voz me devuelve al presente.

—Vente —me pide mi madre, una impulsiva nata.

—No. No pienso huir. No he hecho nada malo.

—No es huir, es tomarte un descanso y dejar que te mimemos.

—Voy a realizar un hechizo de protección ahora mismo —anuncia mi abuela, que como tiene

la luna en capricornio, tiene esa necesidad de cuidar y proteger a los suyos por encima de todo—. No me fío de esa mujer.

—Por cierto, tengo una proposición que haceros: ha venido la sobrina de Maggie para ayudarla en San Valentín y han organizado un mercadillo para este fin de semana. —No me dejan terminar de contar los detalles que todas aplauden y aceptan la invitación. Por cierto, la proposición para ayudarme en el puesto le ha entusiasmado a Skylar.

—Mañana por la tarde estamos ahí —anuncia mi tía.

—Papá se queda aquí, ¡toca fin de semana de chicas Briand!

—¡Genial! —exclamo.

Es hablando con ellas que me doy cuenta de cuánto las echo de menos, sobre todo después de los últimos acontecimientos. Los enfrentamientos con las Reed no son nada nuevo, pero en días como hoy, cuando su ataque se multiplica, me reconforta saber que puedo contar con mi familia. Son mi red de seguridad. Donde llorar, encontrar consuelo y felicidad. Donde, cuando llega la hora, sacuden esa red para que rebote y pueda volar todavía más alto.



***17 Piedras del camino**

Está enfadada. Herida. Decepcionada. No sabe qué es lo que no está funcionando. Es como si la luna no la hubiera escuchado. Todo ha salido al revés. Tiene ganas de gritar, patalear, quemar cosas. Arde de rabia.

Quiere calmarse, sabe que así no conseguirá nada.

Inspira hondo.

Canaliza su ira y la deja a un lado.

Se centra.

Mira a la luna y, aunque tiene ganas de reprocharle su nefasta ineptitud, le dice que no pasa nada, que la perdona. Se sienta bajo su luz, en el regazo tiene su libro de las sombras. Repasa el diario con sus experiencias en busca del fallo. Toda meta requiere esfuerzos. La primera fase ha sido demasiado fácil y se ha dejado engañar. Ya no volverá a cometer ese error. Paso a paso. Se da cuenta de que hay que quitar las piedras que impiden el avance. Sea como sea, hay que eliminar los obstáculos. Inspira hondo y toma una decisión: no puede dejarlo todo a la magia, ella también tiene que pelear por ello.

18 *Plot twist*

Viernes, 11 de febrero

Mercurio en conjunción con Plutón. Es la oportunidad de hacer las cosas sin pensar, pero cuidado con la manipulación. Pueden producirse revelaciones con figuras de poder.

—¡Mira quién se ha levantado antes de mediodía! —saludo. Siobhan está sentada en uno de los taburetes de nuestra zona en la barra del Cafetosaurios.

—Que no te engañe, Abracitos ha venido a cotillear —dice Chispas.

Y para hacer honor a su apodo, mi amiga me abraza en cuanto llego a su lado. Ella es así, no pierde la oportunidad de echarle los brazos encima.

—Como todo el pueblo... —añade Maggie entre dientes.

—Creo que hoy el desayuno debería salirme gratis, te he llenado el local.

Chispas me saca la lengua como respuesta y rellena las tazas de ellas y sirve otra para mí.

—Anoche, cuando lo vi ya era demasiado tarde para llamarte, así que aquí me tienes.

—¿Cómo va Diotima? —le pregunto, retrasando el tema de forma descarada.

—Esta semana he hablado con Leslie. Tenías razón, es estupenda. Respondió a todas mis dudas con paciencia y me aconsejó un par de cosas en las que ni había caído. En una hora hemos quedado para visitar la tienda.

—Me alegro. ¿Y Poppy?

—Se ha quedado en casa. La han llamado esta mañana a primera hora por no sé qué de unos informes... —gruñe Maggie, recolocándose las gafas—. Y ella encantada de que no sepan hacer ni la o con un canuto sin su ayuda.

—Para según qué personas y según cuál sea su estado, es importante que te hagan sentir indispensable.

—¿Vas a hacer que te supliquemos? —insiste Siobhan, tamborileando con las uñas sobre la barra de madera.

Logan trae un plato lleno de tortitas. Cada una se sirve un par y al mío le añado un buen chorro de sirope de chocolate. Algo me dice que voy a necesitar ayuda para la charla que me

espera.

—Estamos en la era de las *fake news*.

A pesar de que asienten y me dan la razón, los tres se quedan esperando una respuesta más extendida. Resoplo y repito el mismo discurso de ayer con mi familia. Les hablo de cuando nos vimos aquí, del encuentro en el callejón donde me ayudó a atar el corazón y cómo, después, me presenté. Logan, que ya conoce esa parte, sigue con su trabajo, pero siempre con una oreja pendiente de mi relato. Cojo la taza de café y me bebo la mitad de un solo trago antes de seguir con la visita de Justice a la tienda y el momento estrella con la aparición de su abuela.

—Lo que no entiendo es que es una idea ridícula, pero parece que todo el mundo se la cree —termino, señalando con la cabeza al resto del local.

—Y yo que pensaba que este pueblo no podía sorprenderme más. —Se ríe Maggie.

—Chispas, por favor —le entrego el plato vacío—, pide a Bob que nos prepare otra ración de tortitas, la vamos a necesitar.

—A ver, es que es un *plot twist* impresionante —admite Siobhan, chupándose el dedo con restos de jarabe de arce.

—¿Un qué? —la interrumpe Chispas.

—Un giro de trama. Todos estaban esperando la guerra, la batalla final y, zas, en lugar de eso, ¡os enamoráis! Que digan lo que quieran, pero el amor es lo que vende.

—Júpiter convertido en el escenario de una obra shakespeariana —dice en tono dramático Maggie.

—No es ficción, es mi vida —protesto. Ya he agotado la poca energía con la que me he despertado y no son ni las nueve de la mañana.

A cada minuto que pasa, soy más consciente de la repercusión que ha tenido la maldita foto.

19 Consecuencias

—Hola, Neli, ¿buscas al jefe?

—Buenos días, Chad, vengo a poner una denuncia.

Mis palabras hacen eco en la sala diáfana en la que me encuentro. De repente se hace el silencio durante unos instantes para luego llenarse de una cacofonía de voces y de sillas chirriando sobre el suelo.

—¿Una denuncia?

—¿Te han entrado a robar?

Distingo algunas de las preguntas que me lanzan los policías. Aquí también está la sede de la patrulla marítima. Su forma de reaccionar revela que no suele pasar gran cosa, aparte de algún hurto o pelea entre vecinos.

Son las once de la mañana. Debería estar en la tienda, pero en lugar de eso estoy en la comisaría. El día se va torciendo por momentos. Hago un resumen mental rápido:

*La charla en el Cafetosaurios.

*Cuando hemos salido, ha sido Siobhan quien se ha dado cuenta de que ha desaparecido el corazón que colgué. Colgamos... En fin, ya sabes a cuál me refiero.

*Y una vez en la tienda, la guinda del pastel.

Voy a responder cuando a mi izquierda se abre una puerta, no sin dificultad. No soy una experta en bricolaje, pero diría que esas bisagras piden 6 en 1.

—¿Qué ocurre? —pregunta Justice.

—Ha venido a poner una denuncia —le informa Chad, antes de que me dé tiempo a responderle. Es el policía veterano, el que siempre ves patrullando. Sé que le ofrecieron el cargo de jefe, pero él se negó. Dijo que ni los despachos ni los papeles son lo suyo, él prefiere la calle y cuidar de su «rebaño».

Justice me mira un instante y, en un gesto casi inapreciable, asiente con la cabeza. Se gira hacia mí y me invita a acompañarlo.

—Pasa, por favor. Vosotros, a lo vuestro.

Lo sigo hasta su despacho y, una vez dentro, me quedo de pie. Él cierra la puerta y se sienta en su silla. Es pequeño y agobiante al estar rodeado de archivadores que huelen a polvo. Por

suerte, la ventana está abierta y la brisa sacude la persiana veneciana que está medio subida. Me deprimó solo con pensar en pasar el día encerrada en un lugar así.

—¿Estás bien? —Su pregunta me pilla tan de sorpresa que me desestabiliza.

—He tenido días mejores. —Tomo una profunda bocanada de aire y lo suelto despacio.

Abro el bolso y saco la carta. La que me he encontrado entre el correo de esta mañana. La que he abierto pensando que era una invitación de boda por la calidad del sobre y el color amarillo. Al abrirla, he entendido que no lo han escogido por ser un tono que recuerda el sol y la alegría, sino que simboliza la traición.

—Dile a tu abuela que no vuelva a amenazarme. No quiero pelear, pero todo tiene un límite.

—¿Qué dices?

Abro el sobre, desdoble el papel y se lo pongo delante de los morros.

«ALEJATE DE ÉL O ATENTE A LAS CONSECUENCIAS».

El papel es blanco, banal y las letras están recortadas de alguna revista. A veces no somos conscientes de hasta qué punto el séptimo arte nos deja huella. En las películas, este tipo de notas siempre son el inicio de algo fatídico y la música es de las que consiguen ponerte los pelos de punta. No tengo problemas en admitir que me he acojonado a pesar de que ahora mismo es la ira la que gobierna mi cuerpo. La suelto como si me quemara los dedos y cae sobre su escritorio.

—¿Tienes alguna idea de quién puede haber sido? —dice con la vista puesta en la hoja de papel, y no ve la mueca que hago. Supongo que es el procedimiento normal.

—Tu abuela.

—Lo pregunto en serio —insiste, levantando solo la mirada, verde y penetrante, de esas que consiguen que por un nanosegundo te olvides de pensar. Y de respirar.

—Lo digo en serio.

—Mi abuela no ha podido ser. —Su tono es engañosamente tranquilo, sus movimientos son certeros y pausados como los de un león preparándose para la cacería. Se incorpora para apoyar los codos en la mesa y clava la vista en mí. Por un breve instante tengo la visión de él saltando sobre mí con las zarpas a punto y los colmillos brillando bajo estos focos tenues de polvo.

—Pues tu madre. —Reconozco que no es mucho del estilo de Evelyn, pero entiendo que en casos inesperados, medidas exageradas.

—¿Por qué crees que ha sido alguien de mi familia?

Pongo los ojos en blanco y resoplo. Reconozco que no soy paciente y que sus preguntas me parecen tan ridículas que tengo ganas de sacudirlo. Pero me recuerdo que estoy en una comisaría, en el despacho del jefe de policía y mejor me guardo la rabieta para cuando esté en casa, con la única compañía de mi gata.

—Porque la primera pregunta en estos casos es si tengo enemigos y los dos sabemos que las Reed no soportan a las Briand. Y segunda, porque hacen una clara referencia a ti. —Señalo la carta justo donde pone «él».

Hace tiempo que no hay ningún «él» en mi vida con el que pueda confundirlo. Sus pupilas se han dilatado e imagino su mente yendo rauda de una hipótesis a otra, sopesando pros y contras. Va a decir algo, pero calla en el último momento. Sabe que tengo razón. Me cruzo de brazos y espero.

—La otra opción es que tengas alguna amante despechada por ahí que quiera vengarse de mí.

—Yo no tengo de esas cosas. —Es inevitable pensar a qué se refiere, si no tiene amantes o despechadas—. He vuelto al pueblo para estar tranquilo.

—Ya somos dos.

Justice coge la carta y vuelve a meterla en el sobre antes de entregármela.

—¿No vas a quedártela cómo prueba y buscar huellas?

—Esto no es *C.S.I.* —responde con un deje burlón que no pasa desapercibido.

No sé muy bien qué esperaba al venir aquí, pero está visto que no es esto. ¿Ya está?

¿No piensa hacer nada más?

¿Es porque soy yo, una Briand, o es un comportamiento habitual?

No es que esté muy habituada a recibir amenazas, pero esta me parece muy veraz. Acojonantemente real. Solo espero no volverme un caso de esos que terminan siendo portada en los periódicos y de los que todo el mundo habla. «Encuentran el cadáver de una chica ahogada, atada de manos y pies. Del cuello colgaba una soga atada a una piedra. Había indicios de amenaza, pero la policía no los tuvo en cuenta».

Confesión número 10: Soy escorpio y la luna en piscis, dos símbolos de agua, queda muy claro de dónde procede mi tendencia al dramatismo. Intento tenerlo controlado, pero no siempre lo consigo.

Confesión número 11: Aunque en este caso dudo de que sea por culpa del universo, sino más bien a que soy americana y creo que todo se debe a un excesivo consumo de *Made in Hollywood* desde muy temprana edad.

—No, pero parece una amenaza muy real. ¿Es que acaso no oíste a tu abuela llamarme bruja?

—La inquisición terminó hace siglos. —No sé si lo hace adrede, pero me ha sonado superficial y muy vacilón—. Además, es mayor, no se lo tengas en cuenta.

—¿Mayor? ¡Ja! Te aseguro que esa mujer desprende más energía que cualquiera de veinte. —En mi mente tengo la imagen de Poppy.

Lo observo esperando algo más, él me reta con esa maldita mirada. Estoy cansada. Si algo tienen los Reed, es que saben muy bien cómo dejarme exhausta. Justice no es diferente a su madre o a su abuela. No se había mostrado hasta ahora, pero es un vampiro psíquico como ellas.

A veces, en ocasiones como esta, odio tener el don de empatizar con la energía de los demás.

Cojo la carta de un arrebato y la guardo en el bolso. Pensándolo mejor, prefiero custodiarla yo. No tengo ninguna duda de que su familia tiene algo que ver con esto. No sé muy bien qué reacción esperaba al venir aquí, pero esto seguro que no. No hace falta llegar al extremo de ponerme un guardaespaldas, pero tampoco recibir este trato como si fuera una loca. Admito que en mi mente acuariana y pacifista yo venía aquí, le contaba lo ocurrido y él se disculpaba por su familia. Algo más sencillo. Ilusa.

Lo mejor es que me vaya y no insista más. Me doy la vuelta para abrir la puerta, ya con el pomo en la mano, cambio de opinión. No voy a montar un escándalo, pero no me puedo callar.

—Mira, ya sé que no es un robo con arma o algo mucho peor, pero soy una ciudadana. Entre nuestras familias hay una enemistad, pero yo tengo un negocio y tú eres el jefe de policía. Espero que por el bien de todos sepas dejar las reticencias a un lado cuando se trate de trabajo. Me voy a ir sin saber si lo que acaba de pasar es un comportamiento normal o es un claro ejemplo de ignorancia selectiva por ser bisnieta de quien soy. Espero que no tengamos que arrepentirnos ninguno de los dos. Por si no has entendido la frase, es una amenaza directa hacia mí porque creen que estoy contigo.

Suelto el aire y ahora sí abro la puerta con la suficiente fuerza como para arrancarla y huyo sin darle tiempo a replicar.

Las oficinas están en la primera planta, estoy llegando a los últimos escalones y veo la luz de la calle cuando oigo que la puerta de arriba se cierra de un golpe seguido de unos pasos que bajan estrepitosamente. Sé que es él y, aunque me doy prisa por salir, me atrapa.

—Cornelia, espera. —Si fuera el chico listo con el que creí toparme estos últimos días, sabría que lo que acaba de ocurrir no da buena imagen ni de él ni del puesto que ocupa—. Lo siento.

—¿Qué? —No es que no lo haya oído, es esa respuesta que sale involuntaria cuando tu cabeza está procesando lo que acaba de ocurrir. Pensaba que seguiríamos discutiendo, pero alguien que se disculpa nada más empezar tiene derecho a que, como mínimo, se le escuche.

—No es porque seas una Briand, siento si te he hecho creer lo contrario. Lo tomaremos como un aviso y estaremos al caso por si hay algo más. Si estoy así es porque hace una referencia a mí y, aunque recele de la idea de que haya sido mi familia, últimamente están teniendo un comportamiento tan psicópata que ya nada me sorprende. —Habla tan deprisa que me cuesta seguirlo.

Alza la cabeza hacia el techo antes de sentarse en el tercer peldaño. Es tan alto que sus pies tocan el suelo de la entrada. Su postura... impone y, al mismo tiempo, entenece. Como un oso polar que, a pesar de su envergadura, con esa carita —cuando no tienen la boca abierta, obviamente— y ese pelazo, dan ganas de achucharlo. Se pasa las manos por el pelo,

desordenándolo. Y así vuelve a parecer al Justice que se presentó la semana pasada.

«Mantén la calma», me repito. «No pidas al otro algo que tú misma eres incapaz de hacer. Escucha, piensa y luego actúa».

—Sé muy bien que no es el estilo de tu familia, pero después de la visita de tu abuela en la tienda... entiende que sea mi principal «sospechoso».

Asiente, solo un leve movimiento de cabeza, pero siento que es toda una victoria.

—Te pido disculpas por lo de antes y porque temo que todo esto es culpa mía. —Su voz suena distinta, ya no está a la defensiva. Tiene un deje suave y muy agradable.

—Solo fue una foto en el diario. La gente habla sin darles motivo.

—No es por eso —me interrumpe. Chasquea la lengua y suelta un suspiro de puro agobio—. Desde que he llegado, mi madre y mi abuela ya me han preparado tres citas a ciegas y me han invitado a no sé cuántas fiestas. La semana pasada me inventé una novia, les dije que pararan porque había conocido a alguien. Al ver el *Jupiteriano* han pensado que eres tú y de ahí no hay quien las saque.

Mi cerebro cortocircuita: «Tú y yo... error de conexión».

—Lo que faltaba.

Me siento a su lado, pero yo en el último escalón. Necesito un segundo para procesar lo que acaba de soltarme.

—Sé que fue una tontería, pero estaba hasta los cojones de ellas. Solo quería que me dejaran en paz.

—Pues el karma te la ha devuelto doblada.

—Siento que te hayas visto involucrada en este lío.

—Tú y yo siendo pareja... ¿Te imaginas? —No puedo frenar la carcajada. Es de esas que sientes como un estornudo, aparece y no puedes retenerlo. Lo que está ocurriendo es tan inconcebible que se me pasa por la cabeza que todo sea una cámara oculta.

Él también se ríe conmigo. Su rodilla choca con la mía y no sé si es un acto voluntario o un movimiento sin querer, pero se oye el chisporroteo en el aire. Como cuando tocas a alguien y te da un calambre para compensar y encontrar ese equilibrio eléctrico; aquí no es muy habitual porque el clima suele ser muy húmedo.

—El problema no es si yo lo imagino, ¡es que todo el pueblo lo cree!

—No me lo recuerdes —exclamo con los dientes apretados.

Nos sumimos en un silencio que, a pesar de las circunstancias, es agradable. Es el momento perfecto para marcharme.

—¿Estás más tranquila? —Él también se levanta.

—La verdad es que no. Está siendo un día de mierda, y ahora tengo que volver a hacer el corazón. ¿Sabes que alguien se lo ha llevado?

—¿El que colgamos? —Asiento—. Seguro que ha sido una chiquillada, un acto de amor.

«Colgamos», en plural. Un él y yo como un conjunto. Si me lo dicen unas semanas antes, hubiera jurado que estaban bajo el efecto de algún opiáceo. Ahora es tan real que me pregunto cómo hemos llegado a esto. Por un saludo. Por ser educada. Por romper una dinámica y no querer continuar con esa rivalidad.

Consejo: Cuando provoques un cambio, asume las consecuencias.

—Ya, pero solo se han llevado el mío y no los dinosaurios besucones de Chispas.

—Puedo mirar las cámaras que hay cerca, a ver si encontramos algo.

—Déjalo, prefiero no saber quién ha sido —lo interrumpo—. Quiero creer que ha sido un acto de amor y no de vandalismo. Pero me ha fastidiado; no solo por tener que hacer otro, es el simple hecho de hacerlo así. En mitad de la noche. Si a alguien le gustaba, al finalizar la festividad, se lo hubiera regalado sin ningún problema. Pero no, han tenido que robarlo.

Dicen que en el amor todo vale, es respetable mientras no jodan a un tercero. Si sé quién ha sido, sé que de alguna forma se lo tendré en cuenta y casi prefiero la ignorancia. Meto la mano en el bolsillo de la chaqueta de lana, en la acera he encontrado algunas piedras que, supongo, han debido de saltar.

—Si quieres me paso luego y te ayudo a colgarlo.

—Llamaré a Kennedy para que tenga la cámara a punto. —Me recuerdo que una buena actitud es la mejor forma de afrontar las cosas y evitar que te afecten lo máximo posible—. No hace falta, me las arreglaré.

—Te prometo que hablaré con ellas. No te preocupes por ello.

Ha tardado, pero por fin obtengo lo que esperaba. No quería más que esto, que se lo tomara en serio.

Ojalá pudiera decir que no me preocupa. Que paso de las Reed y de los chismorreos del pueblo. A veces consigo mantenerme alejada y que todo me patine, pero, en otras ocasiones, la coraza se agrieta.

Yo solo quiero vivir en paz, ¿es tanto pedir?

20 Los Reed (Justice)

Siempre me he tenido por una persona pragmática. Resolutiva. Mis padres son... ambiciosos. No me dieron amor, solo expectativas. Mi primer recuerdo es estar con la niñera —la que tenía más y mejores referencias—. A los seis años me llevaron al mejor internado. Volvía a casa para las vacaciones. Pero tampoco es que entonces tuviera mucho contacto con ellos. Su agenda siempre estaba llena de compromisos ineludibles. Como «buenos» progenitores, me apuntaban a campamentos y actividades para «mi propio bien». A todos los padres deberían darles un *Manual de buenas prácticas para ser un buen padre*, en el que, entre otras muchas recomendaciones, estaría la de que el mejor regalo para un niño es que le presten atención.

Mi familia, por parte de mi madre, siempre se ha dedicado a los muertos. No a matarlos, claro, me refiero a que son los dueños de una funeraria. Llevan en el sector más de cien años. Al fin y al cabo, si hay algo permanente, es la muerte. El negocio ha ido aumentando y se han ido extendiendo por los pueblos y ciudades colindantes. Por mucho que insistan, desde siempre, mi sueño nunca ha sido ocupar el puesto de mi madre como presidenta. A mí lo que realmente me llama es el cielo. Como mi bisabuelo, que fue piloto durante la Segunda Guerra Mundial y con el que también comparto nombre. Resulta que tengo un «pequeño» problema y es que me gusta, desde el suelo, mirar hacia arriba e imaginarme entre las nubes, pero una vez arriba... la cosa cambia. Se me revuelve el estómago, la vista se me nubla y en la peor versión acabo vomitando. En otras, directamente me desmayo. Así que solo me queda disfrutarlo a través de las pelis, a nadie le sorprenderá que entre mis favoritas esté *Elegidos para la gloria* o *Top Gun*. También me gusta jugar con el Flight Simulator. De forma virtual he volado por todo el mundo y he aterrizado en más aeropuertos de los que puedo contar. Es mi pasatiempo y la única forma que he encontrado de compensar mi acrofobia.

Desde enano he jugado a béisbol. En el instituto se hizo evidente que tenía un buen brazo lanzador y, además, calaba con facilidad a los bateadores. Entrené fuerte para ser el mejor pítcher y tuve la suerte de que un ojeador se fijara en mí. Fueron unos buenos años hasta que llegué a las Grandes Ligas. Joder, el día que pisé el terreno de los Giants de San Francisco fue uno de los mejores de mi vida. Aquel primer año, para que ganara experiencia, me cedieron al Toronto Blue Jays. Llevaba seis meses en Canadá cuando una tarde de invierno, al salir de un entrenamiento,

patiné sobre una placa de hielo y me jodí todo el hombro. Si es que soy de Florida, la nieve y yo no nos llevamos muy bien. Adiós, carrera. Hola, pesadilla.

Cuando te pasas años entrenando para ser uno de los mejores, cuando saboreas el éxito de la victoria y te ocurre algo así, el odio te embarga. Me costó tres años de terapia poder ver una pelota y no sentir ira. No es solo un deporte, es que realmente no sabía qué hacer con mi vida. Mis padres aprovechaban cada oportunidad para insistir en el negocio familiar. Yo respondía con un rotundo no. Un día, Will Mayers, un compañero al que le había pasado lo mismo —él fue en un accidente de moto, duplicaba la tasa de alcohol— me dijo que se iba a preparar para las pruebas para ser policía. Aunque en aquel momento ni me lo planteé, la idea se me quedó dentro y, de tanto en tanto, pensaba en ella. Hasta que solo le daba vueltas y me decidí. Pasé los exámenes y hasta hoy. Mi padre me dijo que el jefe Andrews se jubilaba y la oportunidad de volver a casa, en un lugar tranquilo y por fin asentarme, se hizo realidad.

Instalarme en Júpiter no ha sido fácil. Primero por habituarte al ritmo de un pueblo pequeño. La gente te para por la calle para quejarse, he acabado llevando siempre una libreta y bolígrafo para ir apuntándolo todo. Que muchas cosas serían para ir directos al ayuntamiento, pero el otro día hablando con la alcaldesa me dijo que a ella también le ocurre. Pero, sobre todo, ha sido complicado porque, si durante toda mi vida me había sentido apartado de mi familia, desde que he vuelto es todo lo contrario. Están pendientes de mí a cada instante. Encontrarme a mi madre en el apartamento ya no es una sorpresa, me burlo diciendo que parece formar parte de la decoración. Como llegar a casa y ver unas cortinas nuevas o un ambientador que me da arcadas cada vez que entro en el baño. Y que tiro cada vez, pero por arte de «magia» aparece de nuevo a los pocos días. Da igual que sea de diferente fragancia, los odio tanto o igual que las judías verdes. Sé que no es con mala intención, que es su forma de cuidarme, pero es que no lo han hecho hasta ahora y he aprendido a valerme siempre por mí mismo. Tanta atención me está amargando.

Mención aparte, su nueva afición a hacer de alcahueta, a la que se ha unido también mi abuela. La nevera está llena de *post-it* con números de teléfono a los que debo llamar sin falta esta semana, e invitaciones a eventos. Cada vez que una de ellas me habla de una chica, quiero huir. Hombres del mundo, venid a Júpiter, que está lleno de mujeres solteras que parecen ser la hostia de increíbles. No busquéis más, ¡están aquí!

La primera vez acepté, más que por buscar pareja, fue para conocer a gente. Mi círculo de amigos aquí, en el pueblo, son hijos de los conocidos de mis padres, con los que no siempre coincidimos en gustos ni pensamiento. Para pasar las vacaciones estaba bien, pero ahora espero encontrar gente afín a mí. Me llevo muy bien con algunos compañeros de trabajo. Dejé que mi madre me organizara tres citas, aunque a la tercera me negué a ir. Puede que sean mujeres

estupendas, no lo niego, pero con todas he tenido el mismo *feeling* que puedo tener con una ameba. Igual que a todas las invitaciones a eventos, fiestas o cualquier plan que empiece con un «acompañame a...». He acabado temiendo hasta la palabra «tintorería» porque siempre nos topamos «por casualidad» con una mujer; soltera, para más señas, con la que comparto alguna anécdota infantil como que, cuando teníamos cinco años, nos pasamos una tarde jugando en el parque. Resulta que yo tenía un camión de bomberos y ella quería jugar con él. Se lo dejé a cambio de que me diera su merienda. Para mi madre eso es una señal, para mí solo es que tenía hambre.

Que quede claro que no es que huya del amor, pero, según parece, se me da fatal lo de las relaciones. Una vergonzosa larga lista de exnovias lo corroboran. Hasta la semana pasada, que les pedí que ya no buscaran más, que cesaran en su tarea.

—He conocido a alguien y vamos en serio.

Les dije que no quería dar su nombre para que no me presionaran y funcionó. Me he repetido más de una docena de veces que se me podía haber ocurrido antes y todo eso que me hubiera ahorrado. El domingo pasado comimos juntos y me dijeron que me sentaba bien tener novia, que parecía feliz. Lo que me callé es que la razón era porque había podido disfrutar de un fin de semana sin preocuparme por una de sus llamadas.

Y, entonces, un día llego al Cafetosaurios y Cornelia me saluda. A la que nunca había mirado más de treinta segundos. No por nada en especial, sino por inercia. Te dicen: «Eso ni lo mires», y tú, que aún tienes los dientes de leche y te comes los mocos a escondidas, ni te preguntas por qué, solo lo interiorizas. Evitas, porque resulta que su bisabuela y la mía se odiaban. Mucho y muy fuerte.

Siempre hemos sido como dos extremos que se repelen, como dos planetas orbitando lejos el uno del otro, evitándose, hasta que con su saludo colisionan. Reconozco que hay poca gente que tenga el don de sorprenderme, pero ella lo consigue constantemente. Lo hizo en la cafetería y, días después, cuando pasé delante de la tienda y, en un acto de educación, la ayudé a atar el corazón a la farola y, a continuación, se presentó. Tenía razón, yo tampoco quiero seguir con esa vieja rivalidad, soy el jefe de policía y ya por eso debo ser neutral. Además, en este pueblo, la mayor amenaza a la que nos exponemos son los chismorreos.

La foto en el *Jupiteriano*, por mucho que Kennedy lo niegue, era una bomba de relojería. Ella no apretó la palanca, tampoco hizo falta. Un beso inocente en una mejilla, dos personas siendo educadas y... ¡bum!

¿Quién, aparte de Neli, la otra implicada, podía entender el cabreo cuando vi la publicación? Por eso ayer fui a verla. Y de nuevo me llevé una sorpresa, esta vez no por ella, sino por mi abuela. Confieso que sentí vergüenza por tener una familia tan desquiciada. No entiendo ese afán

por el mal, siempre pensando en cómo fastidiarlas. Joder, con lo bien que se vive en paz. Por suerte, en ese sentido he salido a mi padre, que lo único capaz de hacerlo reaccionar es cualquier cosa relacionada con sus caballos.

Y hoy aparece en comisaría con la carta. Sé que me he comportado como un capullo, pero es que, por mucho que lo haya negado, no me fío de que no haya sido la abuela. Voy comprendiendo que son capaces de todo. De mi madre dudo porque desde ayer están en la casa del lago comprobando las obras de restauración. Cuando me llamó por la noche ya me dijo todo lo que pensaba del tema.

Nunca sabes las consecuencias de tus actos hasta que ocurren. Me invento una novia, me pillan dando un beso a «mi enemiga» y nos hacen una foto. Uno más uno y, de repente, todo se vuelve un caos absoluto.

A la hora de comer voy a casa de la abuela. Saludo a Portia, el ama de llaves que lleva toda la vida allí y de la que he recibido tanto cariño como si fuera su nieto.

La encuentro en el jardín, resguardada del sol y del calor por la pérgola. Aparto la silla que queda justo enfrente de ella y me siento.

—¿A qué debo el honor de tu visita?

—Quiero que me digas que no has sido tú.

—Tu tono es acusador y no tengo ni idea de qué me culpas. —Si algo la caracteriza es que su semblante parece de cemento, incapaz de mostrar ningún tipo de sentimiento.

—Esta mañana Neli ha recibido una carta. Una amenaza.

—Lo que tenía que decirle, se lo dije a la cara, no necesito papeluchos.

—Ella cree que ha sido una Reed.

Mis palabras por fin parecen calar. Se quita las gafas de sol y, con toda la templanza posible, las guarda en el estuche. Luego, bebe un poco de lo que imagino es un *bloody mary*. Llevo años con la hipótesis de que el exceso de consumo de vodka es lo que la mantiene tan... viva.

—Claro, y tú la crees. ¿Quién dice que no es ella misma, en un juego psicológico, para hacerte creer que hemos sido nosotras? Te está poniendo en contra de tu propia familia, ¿es que no lo ves?

«Joder, vaya mente más retorcida».

—Deja tus teorías conspiradoras para vuestras charlas en el club de campo —la corto, poniéndome en pie—. Dejadnos tranquilos. Ninguno de los dos quiere seguir con esta guerra absurda.

—No sé cómo ha podido ocurrir algo entre vosotros, pero se tiene que acabar, ¿me oyes?

—¿De verdad crees que voy a dejar de verla porque me lo prohibáis?

—¡Tantas mujeres y tenías que fijarte en una Briand!

La imagen de Cornelia se aparece en mi mente y me recreo en sus rasgos. En su melena oscura recogida en una trenza y en sus curvas, que suele esconder bajo vestidos y faldas largas, en sus ojos grandes de ese color azul violáceo. La gente de aquí suele estar morena, pero ella no. Su piel es de nácar, como si fuera hija de la misma luna. Toda ella desprende ese matiz místico que atrae como la magia.

—¿Qué tiene de malo? Es guapa.

—¡Es una maldita bruja que te va a destrozar! —me interrumpe, dando un golpe en la mesa—. Seguro que solo se ha acercado a ti para hacernos daño. O por el dinero. Te ha hechizado con sexo y eres incapaz de ver la verdad.

Podría decirle ahora mismo que todo el mundo ha interpretado mal la foto, que entre Neli y yo no hay nada, pero eso comportaría dar el nombre o presentar de forma oficial a mi novia inventada. Salir de un marrón para meterme en otro... Tomo la vía fácil.

—Basta. ¿Hasta cuándo va a durar esta pelea? Han pasado cuatro generaciones y seguimos igual. Ha llegado la hora de ponerle fin.

—¿Quién te crees que eres para decidir algo así? Esa gente no tendrá nunca mi perdón.

—Pero ¿qué demonios ocurrió para que sea imperdonable? —Nunca me he preocupado por saberlo, pero ahora, con el giro de los acontecimientos, estoy deseando averiguarlo.

—No me gusta hablar mal de los muertos.

Me paso las manos por la cara y resoplo. Secretos y más secretos. No digo que en su día tuviera sentido, pero con el paso del tiempo me parece ridículo.

—Me voy, estoy cansado de todo esto.

—Nunca obtendrás mi bendición.

Quiero decirle que su opinión no va a gobernar mi vida, pero me abstengo de seguir discutiendo. Paso un momento por la cocina y me despido de Portia con un beso en la mejilla. Cuando salgo, lo hago con una caja de galletas de naranja y chocolate que hace ella misma y que sabe que me encantan.

21 Las Briand

Domingo, 13 de febrero

El fin de semana transcurre en un parpadeo. Me he pasado dos días arriba y abajo. El mercadillo en el paseo marítimo ha tenido una gran acogida y ya se habla de repetirlo el año que viene. Sin duda, tía Clarisse y su puesto de tarotista ha sido todo un éxito, es la que más ha recaudado. Mi madre se encargó de la tienda el sábado y yo, de la parada con Skylar. La abuela y Nunú han venido a ratos; aunque lo que han hecho sobre todo es hablar con la gente que se acercaba.

Hasta ahora la playa estaba teñida de colorido y voces, pero a medida que la noche avanza se va quedando solitaria y tranquila. Desde un chiringuito cercano llegan las notas de [Come with me](#) y la brisa nos trae su mensaje sobre liberarse de la monotonía y buscar nuevas aventuras y emociones. Maggie y Poppy ya hace horas que recogieron y se fueron a casa a recuperar fuerzas para mañana. La propuesta de las diademas y los collares ha gustado a grandes y pequeños.

Estamos llevando las últimas cajas al coche cuando noto un cosquilleo en la espalda, como si se posara una mariposa en mi hombro. Al mirar hacia el final del paseo, lo veo. Es Justice y está corriendo. Lleva un pantalón corto azul marino, una camiseta de tirantes amarilla y una gorra.

—¿Desde cuándo? —pregunta mi madre, apoyando la cabeza justo donde yo sentía el hormigueo.

Mi madre, Liza, es la persona más optimista que conozco. Es sociable, observadora y es muy buena dando consejos. No es de extrañar que le vaya tan bien en su negocio. Los famosos le pagan un pastizal por sus sesiones en las que mezcla sus conocimientos esotéricos con su carrera en psicología. También es impaciente e inconformista.

—¿Qué?

—Eso que te ronda en la cabeza —aclara, dándome con el dedo en la coronilla.

Me sacudo para librarme de su peso y ella se pone en pie sin objeción. Empujo las cajas y muevo algunas para encajarlas como en el Tetris. No entiendo cómo es posible que, para venir, hubiera cabido todo y ahora, a pesar de las ventas, no hay manera de que quepa. Es como la maldita maleta de viaje, que siempre se encoge a la hora de volver.

—Estoy demasiado cansada para tener algún pensamiento cuerdo.

Sueño con la hora de saber que está todo recogido, ir hasta la orilla, quitarme el vestido y lanzarme al agua. Me encanta bañarme con la llegada de las primeras estrellas, cuando todo está en calma, hasta el mar.

—Puedes estar agonizando y no por eso uno deja de pensar. —Pone las manos en las caderas y me mira fijamente, esperando.

Sabemos que las madres tienen un sexto sentido para detectar mentiras y, sobre todo, nuestro estado de ánimo; como si el cordón umbilical siguiera conectándonos de alguna forma. Encima, la mía tiene un don, no es mentalista porque no le funciona con todo el mundo, pero conmigo suele acertar casi siempre.

—Es imposible, tendré que hacer otro viaje —admito, ignorando a conciencia la conversación que quiere tener.

—Es guapo.

—¿Quién? —Las madres tendrán su poder, pero el de los hijos mejora con el tiempo, y evitar el tema y hacernos los ignorantes selectivos se nos da bastante bien. O eso nos hacen creer, cuando la verdad es que saben que les estamos tomando el pelo, pero les gusta dejarnos en ridículo para aprender que, ante ellas, no hay nada que hacer.

—¿En serio? —Tuerce la boca y mira al cielo.

—No es lo que crees. —Recoloco el maletero en un último intento, también es una forma de mantenerme ocupada mientras decido si contarle todo lo ocurrido. No es que quiera escondérselo, es que a veces necesitamos sentir que controlamos la situación por nuestros propios méritos—. El viernes recibí una carta. Una amenaza. Al verla, se la llevé a la comisaría. Justice asegura que no ha sido su familia.

Mis palabras hacen que se ponga recta de inmediato, alerta. Me pide que se lo cuente todo en detalle y lo hago. Ahora mismo, Justice es solo un diminuto punto en el horizonte, ha llegado al muelle que lleva al pantalán de los barcos turísticos. Supongo que irá hasta el faro, uno de los más antiguos de Florida y el sitio emblemático de Júpiter.

—¿Por qué no nos lo dijiste?

—Porque es una tontería. —«Porque no quería preocuparos».

—Una amenaza nunca lo es. Y con esa gente de por medio nada es una tontería.

—Lo sé. —Hay un historial de denuncias y calumnias que así lo atestiguan.

Lo busco de nuevo con la mirada, me cuesta un poco encontrarlo entre la gente que pasea a esta última hora de la tarde disfrutando de la brisa marina. Es rápido, ya ha rodeado el faro y está de vuelta. Hará poco más de un mes que Justice se ha mudado y hasta la semana pasada no nos habíamos cruzado, pero parece que la tendencia ha cambiado. Ayer nos encontramos en el súper, aunque ninguno hizo amago de acercarse al otro. Sé que me vio. Sé que sabe que lo vi; supongo

que los dos preferimos hacer como si nada. Y hoy aquí. Me acuerdo de Dorothea, de lo furiosa que se puso al creer que estábamos juntos. Pienso en mi bisabuela y cómo se hubiera reído con esta historia. Siempre repetía que la mejor arma es dejar que el enemigo se ponga en ridículo él mismo. No sé por qué eso me hace sonreír; y mi madre, que está pendiente de todo, se percata de ello.

—Iba a decir que te mantengas alejada, pero mi aviso llega demasiado tarde.

Justo cuando voy a replicarle, recuerdo a Borges: «No hables a menos que puedas mejorar el silencio».

22 San Valentín

Lunes, 14 de febrero

Mercurio en acuario. Buen momento para tratar asuntos que quedaron sin resolver durante la retrogradación de Mercurio en enero.

Puedes estar de acuerdo o no con que exista una festividad como San Valentín. Que te encante la idea o que la aborrezcas y creas que solo es una gran campaña de *marketing*, pero ¿sabes cuándo al inicio te hablaba de que somos energía? No necesitas tener mi don para sentir que hoy hay algo especial en el aire. Es más denso, como si te abrazara. Huele bien, tanto como para que sientas la necesidad de inspirar profundamente para que llegue hasta los recovecos más oscuros de tu interior. Genera endorfinas que te hacen sonreír y creer que todo es posible. Hasta los más pesimistas pueden sentir que aún hay algo de esperanza. La gente por la calle te saluda con un «feliz San Valentín». Piper, como cada año, tiene a un Cupido en la puerta de la tienda regalando bombones a los paseantes.

Cuando llego al callejón, hay una cola serpenteante de gente esperando su turno para la floristería. Los voy esquivando como puedo para poder entrar en la cafetería; ya veo mi destino, noto la madera del pomo de la puerta y, cuando tiro de ella, mi frente choca con algo duro, de algodón y que huele a abrir la ventana al amanecer en una cabaña en medio del bosque.

—¿Te has hecho daño? —Justice me coge del codo y evita que me caiga.

Como dije ayer, parece que nuestro destino es tropezarnos, nunca mejor dicho, cada dos por tres. Me incorporo con sus dedos todavía rodeándome.

—Buenos días, no ha sido nada.

—Hola, ¿alguna amenaza más?

—¿Omitimos que has estado a punto de derribarme?

En sus labios se cuela una sonrisa que acaba en carcajada, como si lo hubiera pillado desprevenido.

—Hablé con mi abuela. Niega que tuviera nada que ver.

—¿Y tu madre?

—No ha sido una Reed.

Es curioso que este enfrentamiento lleve los apellidos de nuestras bisabuelas, unos que se han perdido con las generaciones. Da igual que Justice sea Collins o yo Evans, para la gente del pueblo siempre seremos un Reed y una Briand.

—No sé si eso me tranquiliza. Si ellas no han sido, ¿entonces quién?

—Puede que fuera una chiquillada. O que ni fuera para ti... —dice, pero su voz suena lejana como cuando te dejas llevar por los pensamientos.

Mmm, voy a culpar a eso de que el amor está en el aire para hacer otra confesión. Confesión número 12: Me encantan los hombres bien vestidos, con camisa y pantalón. Y Justice, con su uniforme, me produce chiribitas en el estómago.

Alguien carraspea detrás de mí, me aparto para dejarlo pasar como si fuera una portera. No hago el amago de acabar de entrar ni el nuevo jefe de policía de marcharse.

—¿No tienes la sensación de que la gente está más pendiente de ti, que vigila cada paso que das? —murmura, acercándose a mí, sin dejar de mirar de reojo hacia el interior de la cafetería.

—No más que de costumbre. No parece que nuestra estrategia esté dando resultados.

—Eh, chicos, mirad arriba —me interrumpe Chispas, gritando, pero en lugar de hacer lo que nos pide, mis ojos viajan hacia él—. Los dinosaurios. —Con el dedo señala el techo y pone morritos.

«Por Saturno, te juro que algún día le lanzo un hechizo que lo deje mudo», pienso, soltando un suspiro.

La poca gente que no estaba pendiente de nosotros, ahora sí lo está.

—Maldito día, te juro que estoy deseando que termine.

—¿No crees en el amor o en San Valentín? —inquiero.

—Creo en el amor, pero esto es todo lo contrario. Hoy es el día de la falsedad. De desgastados y envenenados «te quiero», de...

—Otros lo pronunciarán por primera vez —lo interrumpo con un puñado de optimismo para contrarrestar—, otros muchos se dirán solo con la mirada, así es la vida.

—Supongo que sí. —Echa un vistazo hacia dentro del local, donde nos encontramos con Felicity y su hija, pendientes de la puerta, y dudo que sea mirando si llueve—. Si ahora nos besamos, les damos tema para una década. —Hay un deje socarrón en su voz que hace que mi atención se olvide de todo el resto y se concentre solo en él.

—Y a tu abuela la matamos del susto. —A ver, que yo a la susodicha no le deseo ningún mal, y menos la muerte, pero un sustillo de esos que le diera una buena jaqueca tampoco estaría mal. Comulgo con la idea de que el karma solo es el destino poniendo las cosas en su lugar—. No le tenía a usted por un temerario, señor jefe de policía.

—Solo soy un chico delante de una chica pidiéndole que lo bese.

Me echo a reír, a caballo entre un inesperado nerviosismo y algo que no sé muy bien cómo definir.

—¿Acabas de recitar una escena de *Notting Hill*? ¿Este truco te suele funcionar para ligar?

—¿Crees que intento ligar contigo? —Sus labios se retuercen en una sonrisa contenida. Una de esas es un plan infalible para conseguir lo que se proponga.

—La verdad es que no tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Ni por qué estamos aquí hablando, cuando nos odiamos, y con toda la gente pendiente de nosotros mientras discutimos si nos besamos o no.

—Tienes razón, es ridículo. —La última palabra rebota en mis labios y me roba el aire. Sin oxígeno, mi cerebro se queda en blanco y mi instinto reacciona en su busca, que por esas cosas de la vida lo encuentro en su boca.

Cuando alguien te gusta, el primer beso suele estar de forma presente —consciente e inconscientemente— en cualquier momento del día y de la noche. Si estás en una cita, piensas a menudo en ese instante; es una fantasía en la que te recreas y, solo con imaginarlo, ya notas ese cosquilleo vibrándote hasta en el interior de los huesos.

Puede que por eso, cuando nuestras bocas se encuentran, sienta ese chispazo. Como si me hubiera alcanzado un rayo. Porque no lo esperaba. Porque ni se me había pasado por la cabeza que un día sabría cómo saben los labios de Justice —a café muy dulce—. Es casto. Y largo, como si necesitáramos un tiempo extra para asumir lo que está pasando.

—Nada mal para una *bruja* —susurra cuando nos separamos.

Siempre he creído que el poder no está en la palabra, sino en cómo la pronunciamos. En los rituales, por ejemplo, no importa lo que recitas, simplemente indica un tempo. No me molesta el calificativo de bruja, al contrario, me gusta, y yo misma lo utilizo para describirme. Pero entre pronunciarlo como hizo Dorothea en la tienda, con ese desprecio y envolviendo las letras en ira, y como acaba de hacerlo su nieto hay un abismo. De la boca de Justice ha sonado bien. Demasiado bien, con un toque de misterio, coquetería y fascinación.

—Nada mal para un *poli*.

Doy un paso atrás y empiezo a darme la vuelta para ir hacia la tienda.

—Tú entrabas y yo salía... —se burla Justice, abriéndome del todo la puerta.

—Cierto —mascullo entre dientes. Parece que aún no me he recuperado de la hipoxia.

—Y la frase correcta es «se supone».

—¿Eh? —Sacudo la cabeza, esperando que, con la agitación, mis neuronas se activen de nuevo.

Se agacha lo justo para poder susurrarme al oído, y su olor a cedro es como la estela de una repentina brisa que me envuelve.

—Que «se supone» que nos odiamos, pero yo no lo hago. Buenos días, Neli.

23 Un tropiezo de bocas

Lo bueno de este estado de alelamiento pasajero es que los murmullos que me acompañan hasta que llego a la barra de la cafetería no penetran. Son solo un ruido de fondo sin más.

—Un día me propones matrimonio y al siguiente te besas con otro delante de mis narices. ¡Me has roto el corazón!

—No sé si a eso podemos llamarlo beso.

—¿Y cómo lo dirías tú? —Chispas se cruza de brazos y espera con una sonrisa arrogante.

—¿Un tropiezo de bocas?

Alza la mirada hacia el techo y cambia la carcajada por un suspiro.

—Pero ¿no os odiabais? ¿Me estoy perdiendo algo?

—No, no te has perdido nada. Y sí, nuestras familias se odian. Nosotros... nos ignoramos.

—Creo que tu concepto de «ignorar» —entrecomilla la palabra al aire— dista mucho de lo que entiende el resto de los mortales.

No sé qué contestar, así que opto por cambiar de tema y huir lo antes posible.

—Ponme un Velociraptor y un *muffin* de limón y semillas. Para llevar.

—Entonces, ¿no vas a explicarme qué ha sido eso?

—¡Tú nos has gritado que teníamos que besarnos por culpa de los dichosos dinosaurios!

—¿No has dicho que no era un beso? —No me deja tiempo a replicarle que ya me lanza otra pregunta—. Además, ¿tú siempre haces caso a todo lo que te dicen?

—Siempre he sido una niña muy obediente. —Me rio.

—Ya...

—Ni siquiera sé muy bien qué acaba de ocurrir —admito mientras juego con la punta de la trenza.

No es del todo cierto, el riego sanguíneo ha vuelto a su ritmo normal y la niebla se va disipando, por lo que cada vez soy más consciente de lo que he hecho.

—Que te acaban de dar un beso que te ha dejado medio atolondrada.

El murmullo que hay a mi espalda me hace pensar en Dorothea y Evelyn. Visualizo su rostro e imagino su reacción cuando se enteren.

Confesión número 13: Nunca me he tenido por una persona vengativa, pero provocarlas da

cierto gustirrinín.

—Solo te hemos seguido la corriente, ha sido un juego —murmuro para que todos esos oídos que están pendientes de nosotros no nos escuchen.

—Hay juegos que aparentan ser de lo más inofensivos y después resultan ser de los que te dejan marcado para siempre.

—Solo les hemos dado un poco de cuerda.

—¿Esa es la solución? ¿Alimentar a la bestia?, ¿no sería mejor que muriera de hambre?

Sacudo la cabeza, todo esto es demasiado para un lunes a primera hora de la mañana y después de estar el fin de semana trabajando.

—Siguiendo tu símil, o que reviente de tanto comer. Espero que un día, no muy lejano, se cansen y dejemos de ser el tema predilecto.

—Reza para que pase algo gordo. A la gente le encanta hablar de vosotros. Se oyen rumores de que Justice ha vuelto por ti.

Suelto una carcajada de esas que liberan. De las que, si buscas pasar desapercibida, hacen justo lo contrario.

—Es que lo tengo loquito por mis huesos.

—No conocía esta faceta tuya.

—He aprendido que la única forma de afrontar esto es con ironía. Su abuela cree que lo he hechizado, ¿recuerdas?

Me mira y yo se la mantengo en un pulso mudo para ver si seguimos con el debate o lo abandonamos. Niega con la cabeza y se da la vuelta para prepararme el desayuno.

—Añádeme dos cafés para Maggie y Poppy, creo que hoy los van a necesitar más que nunca.

—Hace rato que el goteo de gente es una constante. Entre hoy y Navidad deben de hacer el año.

—Y Todos los Santos. Tampoco olvides el día de la madre, y más eventos, como bodas y los ramos de perdón que compran los infieles.

—Está claro que me he equivocado de negocio.

Me tiende una bolsa de papel con mi pedido y prepara el otro.

—No te he preguntado más por el tema citas, ¿qué tal lo llevas, conseguiste escribir tu perfil?

—Lo he abandonado hasta pasar este día. No estoy tan desesperado.

—Lo importante es la actitud. Si te predispones, todo llega. —Saco el monedero y le doy un billete de veinte dólares.

—¿Algún conjuro para atraer el amor?

—Para eso hay que creer en la magia.

—Eh, que yo no es que desconfíe, es que me da miedo, la verdad. —Me sirve el pedido de nuestras vecinas y el cambio—. Ten cuidado —me dice cuando me despido.

—No lo derramaré —le prometo con una bolsa en cada mano y moviendo las caderas.

—No me refería a los cafés —me rebate, y hace que se me borre la sonrisa.

24 Entender lo inexplicable

En cuanto me siento en el viejo sofá que tengo en la trastienda, con el café en una mano y el *muffin* en la otra, todo me explota. Si solo ha sido un tropiezo de bocas, entonces, ¿cómo se explica que me haya dejado aturdida? ¿Y qué ha sido esa sacudida que he sentido bajo la piel?

Un tropiezo de bocas.

Un roce de labios.

Un leve intercambio de aliento.

La chispa de un preludio.

Puede que la sequía que llevo haya hecho que despertara mi deseo. La sacudida. El escalofrío que me ha recorrido la espalda y ha vibrado bajo la piel seguro que ha sido solo por el efecto sorpresa. Además, estoy ovulando. Esta fase en la que te sientes sociable y radiante. Llena de energía y vitalidad. En la que aumenta el deseo y hay un mayor impulso sexual.

Pero hay algo para lo que no tengo explicación. Es una sensación que he ignorado hasta ahora. Cuando todo ha pasado y solo estoy yo y el silencio. Una emoción que no he experimentado nunca. Lo he sentido al apartarnos y me he visto reflejada en sus ojos. Algo que sigue aún aquí, insistente. Un vínculo que va más allá de lo tangible y físico. Una conexión que tiene su origen en tiempos pasados donde se esconden los secretos del universo.

25 Un beso

«Oh, venga, Neli, déjate de excusas y acepta la verdad».

Justice me ha besado.

He besado a Justice.

Y ME HA GUSTADO.

26 El arte de la guerra

Lo curioso de las enemistades es la unión que se hace de los dos bandos. Hitler y el pueblo judío. Luke Skywalker y Darth Vader. Reed y Briand. A pesar de ser una persona pacifista, haber nacido en una familia que forma parte de uno de esos binomios me ha convertido en una experta en estrategia y tácticas defensivas. Podría mantener una interesante conversación con el maestro militar Sun Tzu, escritor del famoso libro *El arte de la guerra*, o con Judit Polgár, considerada la mejor ajedrecista de la historia; aunque nunca me ha gustado el ajedrez.

Por eso estoy aquí, tomando la iniciativa, y en lugar de esperar, llamo a mi madre y a mis tías en una llamada a tres. Confieso que una parte de mí deseaba que no estuvieran disponibles y librarme de la charla dejando un mensaje de voz, pero el destino tenía otros planes. Están las cuatro y escuchan atentamente mientras les cuento el encontronazo en la puerta y el beso.

—Por cómo lo dices parece algo malo, ¿es que tiene mal aliento? —pregunta mi tía.

—¡No! —Una sonrisa se enreda en mis palabras al recordar su sabor a café dulce. De nuevo, siento ese sutil cosquilleo bajo la piel.

—Ah, esa risa dice que es todo lo contrario —suspira Nunú con la voz soñadora y romántica, típica de una piscis.

—Está en la genética de las Briand. Nos ponen los hombres con uniforme —dice mi madre.

La bisabuela Cornelia se enamoró de Justice Lewis, un militar americano. La abuela Nancy lo hizo de William Davis, un director de banco. Mi madre, de Larry Evans, un sastre que suele vestir con trajes de tres piezas... No voy a ser yo quien les lleve la contraria.

—Es que me tiene descolocada. Cada vez que nos vemos, ocurre algo.

—Puede que ahora no tenga sentido, pero algún día lo tendrá —filosofa la abuela, sacando al acuario que lleva dentro.

Voy a empezar a creer a Logan cuando dice que el beso me ha dejado atolondrada porque no entiendo la reacción de mi familia. Puede que todas estemos tan deseosas de que termine esta rivalidad que cualquier acercamiento, sea el que sea, nos parece bien. Si hay que seguir besándose por la paz, pues haré el «sacrificio».

27 Lupercalia

Martes, 15 de febrero

Soy de esas personas que rara vez recuerdan lo que sueñan. Pero cuando me despierto como ahora, en mitad del sueño, se queda conmigo. Él y la sensación. Los latidos me retumban en el tímpano, me falla la respiración y, aunque esté a oscuras y cierre fuerte los ojos, sigue ahí. Es un teriocéfalo, un cuerpo de hombre con la cabeza de un toro. Está desnudo y en los brazos mece a un bebé. Le está cantando, es un murmullo, pero lo oigo tan nítido como para saber que es [*You are so beautiful*](#), de Joe Cocker. Me embarga una inmensa ternura a pesar de lo macabro de la imagen. No sé de dónde ha salido la criatura porque en mi sueño no estaba. Solo éramos él y yo, no estaba entonando ninguna canción, sino mirándome fijamente, con la lujuria brillando en sus pupilas y yo gritándole que no me haga esperar más. Mis músculos se tensan al revivir el instante, sigo excitada.

Doy un par de vueltas en la cama; con tanto movimiento, asusto a Juno, que me lanza un bufido y se va al sofá. No me puedo quitar la imagen de la cabeza. Soy de las que siempre busca una explicación a sus sueños, pero en este soy incapaz de encontrarlo. Decido levantarme, en nada amanecerá. Me visto con unos *shorts* y una camiseta de manga larga, me hago un moño y salgo a correr. El alba me encuentra en la cala, esperándolo para darle los buenos días.

El sonido de las gaviotas y de las olas chocando con la orilla, junto con el olor a salitre, me despeja la mente lo suficiente como para pensar. En la antigua Roma, del 13 al 15 de febrero se celebraban los lupercales, la fiesta de la fertilidad. Se sacrificaba una cabra y los hombres se pintaban la cara con la sangre derramada. Después, bailaban y se paseaban por el pueblo, desnudos, golpeando a las mujeres con la piel de animales sacrificados para propiciar la fertilidad. Puede que mi subconsciente lo haya recordado, haciendo su propia versión. Una que además se ha mezclado con otra tradición, esta de la época victoriana. En la víspera de San Valentín, se aprovechaba para hacer adivinaciones sobre el amor. A través de brebajes, se buscaba tener sueños premonitorios sobre futuras parejas. Si no recuerdo mal, había que dormir con tres almendras bajo la almohada. Ayer no hice nada de eso para interpretar que mi sueño era

un mensaje que me manda el universo. Puede que no esté relacionado y solo haya sido fruto del agotamiento que llevo encima.

Confesión número 14: No sé si ha sido premonitorio, pero admito que firmaría ahora mismo para que en mi futuro haya un hombre que me provoque tanta ternura y placer como él.

Nota: Omito expresamente recordar que tenía la cabeza de un toro. No me disgustan los hombres peludos.

—Pregúntaselo a ella —dice Chispas en cuanto me siento en un taburete, al lado de Poppy.

La mañana está tranquila, como suele estar a estas horas de un día cualquiera.

—¿Preguntarme el qué?

—¿Por qué será que su tía no quiere cerrar hasta el jueves?

—Se llama Olsen.

—¿Es una planta?

Tanto Logan como yo soltamos una carcajada. Me sirve una taza de café y yo le señalo el plato de Poppy, esos gofres tienen una pinta deliciosa.

—No, es el transportista. Pasa todos los miércoles. Creemos que tienen algo.

Abre los ojos y su boca dibuja una perfecta o.

—No me ha dicho nada.

—A nosotros tampoco. Solo hemos sacado conclusiones. Por cierto, ¿dónde está?

—Tenía que pasar por la iglesia, algo para la boda del domingo.

—Hablando de bodas... —Chispas vuelve de la cocina con mi desayuno y coge una bolsa que está colgada junto a los delantales—. Toma, te he guardado los dinosaurios, por si quieres ponerlos sobre la tarta nupcial.

—Idiota. —No hago amago de coger la bolsa y él la deja a mi lado.

—Yo creo que es un detalle muy bonito —afirma Poppy con un deje soñador en la voz.

—¿Ves?, una mujer que me comprende. —Chispas apoya las manos en la barra y se inclina hacia ella para preguntarle con voz sensual—: ¿Soltera?

—Sí —declara y esconde el color que ha prendido en sus mejillas detrás de la taza de café.

—Logan no solo es un hombre detallista, también es de los que te sobornan con pastel. ¡Lo tiene todo!

—¿Estáis juntos?

—No —negamos al unísono.

—Ella está con el jefe de policía. ¿No has oído lo del beso? —añade Chispas.

—Pensaba que era mentira.

—¡Lo es! —repito y alzo la voz sin querer.

—Fue real, yo estaba aquí y lo vi con estos preciosos ojitos.

—Él nos gritó que lo hiciéramos. —Lo señalo.

—Y ella hace todo lo que le dicen. —Logan me pilló el dedo y lo envuelve en su mano.

Poppy empieza a reírse y nos contagia. Tiene una risa escandalosa y graciosa, como la de su tía. Cuesta reconocer a la chica que llegó hace una semana. Es como si Maggie hubiera volcado en ella todos sus trucos de jardinería y en estos días hubiera revivido como una planta falta de sol, agua y mimos.

—Dios, cómo necesitaba esto. Lejos de hojas de Excel. —Hay un largo etcétera que no dice y que no hace ni falta porque su cara de puro hastío lo grita por cada poro.

—Quédate —dice Logan, rellenándole la taza.

—No me lo digas dos veces.

—Quédate. Quédate.

—No puedo —ríe algo cortada con la intensidad de Logan—, pero me halaga.

—¿Cuándo te vas? —pregunto.

—El viernes. Quiero estar en Jacksonville el sábado e ir preparando la vuelta con tiempo.

—¿Hacemos una cena de despedida? —propongo.

—Suena genial.

—¿Puedo? —pide Logan.

—¿Quieres apuntarte? —responde ella, sorprendida.

—¿A cenar y a bailar? Siempre. ¿O es un plan solo de chicas?

—¡No! Cuantos más, mejor.

28 Nueva vecina

Estoy saliendo de la cafetería cuando recibo un mensaje, saco el móvil del bolso y, en cuanto lo leo, suelto una carcajada.

Siobhan

¿Te besan en San Valentín
y tengo que enterarme por mi madre,
que se lo ha contado la panadera,
que se lo dijo su cuñada?

Neli

Haz el amor y no la guerra.

Siobhan

¿Os habéis acostado?

Me sorprende hasta a mí que el primer pensamiento no sea un «¿estás loca?», sino más bien un «ojalá». Supongo que aún no me he liberado de la excitación que me ha provocado el hombre toro.

Neli

NOO.

¿Se le ofrece algún cotilleo más?

Siobhan

Me han concedido el préstamo.
Así que todo sigue en marcha.

Neli

¡No me puedo creer que vayamos a ser vecinas!

Siobhan

¡Ni yo!

Neli

Vas a tener que peinarte y vestirme cada mañana.

Se acabó eso de pasarse el día en pijama.

Siobhan

Lo sé, pero hasta me apetece el cambio.

Por cierto, necesito que me des una fecha,
la mejor para firmar el contrato.

Neli

El jueves.

Además, estamos en luna llena y
tenemos a Júpiter en piscis
en sextil con Urano en tauro.
¡Lo tienes todo de cara!

Hay muchos detalles curiosos que forman parte de nuestro día a día, los cuales pasan desapercibidos sin que nos percatemos de ello hasta que llega alguien o algo que nos hace reaccionar. Por ejemplo, el jueves está dedicado a Júpiter. En astrología, es el planeta que gobierna nuestro potencial, el crecimiento personal, expansión y sabiduría. Es el día del dinero y de la prosperidad. Rige tu suerte. Así que tiene toda la lógica que sea el día en el que se celebran la mayoría de los sorteos.

Siobhan

Te aviso cuando sepa más.

Neli

El viernes hemos quedado para la despedida de Poppy.

¿Te vienes?

Siobhan

¡Claro!

Neli

Logan también se ha apuntado.

Siobhan

Me encantan las salidas de chicas ;)

29 Justy

La mañana es un goteo constante de clientes, algunos entran por primera vez y compran unas velas o incienso. Solo son curiosos. Lo sé por cómo contemplan la tienda o me miran a mí. No me molesta, al contrario, puede que así entiendan que soy una persona normal como ellos, que soy simpática y que siempre serán bienvenidos a Lunática. Si además de curiosear hacen aumentar la caja al final del día, mejor que mejor.

Marie llega con el correo y me pilla acabando de atender a un cliente que buscaba un juego de runas. He estado contándole la diferencia entre las celtas y las vikingas. Y cómo, aunque las dos comparten su origen en el dios Odín, las celtas son más completas porque tomaron todo lo que les enseñaron los vikingos y lo integraron a su propio conocimiento.

—Hola, hace días que no te veo.

—Hay mucho trabajo y he tenido que ir variando la ruta. —Me entrega un par de facturas de proveedores que se niegan a informatizar sus pedidos y ahorrar papel—. Así que Justy. —Arrastra la palabra como cuando te piden que sonrías para la foto y es lo último que te apetece.

—¿Justy? —repito despistada, en mi lista mental de tareas me apunto pedir algún libro que hable de las runas, acabo de darme cuenta de que no tengo ninguno en la sección de la librería.

—Justice. —Su tono es algo áspero, como la energía que desprende. Afilar un cuchillo suena a violines comparado con esto.

—Oh. Ya... —No sé cómo continuar y dejo la frase al aire.

—Sois la pareja de moda, todo el mundo habla de vosotros. Ha sido una sorpresa.

—Créeme si te digo que también lo ha sido para nosotros —admito.

—¿Sabes que salimos juntos un verano?

Si no me equivoco, tienen la misma edad y solían estar en el mismo grupo de amigos. Tampoco me sorprende que se liaran, ella tan rubia, tan guapa, tan animadora. Él tan guapo, tan jugador de béisbol... Si Justice hubiera ido al instituto del pueblo, seguro que los habrían escogido como el rey y la reina en el baile de fin de curso. Ella continúa, pero desconecto con la intención de silenciarla y alejarme de este ambiente nocivo. Mi mente busca una vía de escape y puede que porque estamos hablando de Justice me imagino el mar. Camino por la arena en una mañana fría de otoño y las olas avanzan hacia mí, juguetonas.

El afilador de cuchillos ha llegado hasta la playa.

—Me alegro de que haya vuelto para quedarse. Ya tocaba que vinieran solteros al pueblo. Aunque has sido rápida, no le has dado ni tiempo a mudarse que ya lo has pescado. Tienes que contarme cómo fue lo vuestro. —Su tono quiere parecer amistoso y gracioso, pero su cuerpo transmite todo lo contrario.

Por suerte, la campanita suena y entran un par de clientas que me libran de ella. Primero, porque me disgusta la vibración que me está llegando de Marie y lo último que me apetece es contarle nada; y segundo, porque tampoco sabría qué decirle. Evitar el efecto Streisand parece que no está dando muy buenos resultados. Vale, admito que nosotros tampoco ponemos de nuestra parte para evitar las habladurías y el beso ha incitado que todo empeorara. Soy muy consciente de que dejar libre albedrío a la gente es un error y deberíamos buscar la forma de terminar con esto, como por ejemplo salir en la CNN desmintiéndolo. Aunque mucho me temo que no les importa si es real o no, lo que ellos quieren es cotillear, crear hipótesis como la que me contó Logan de que Justice ha vuelto por mí.

30 Protección

Miércoles, 16 de febrero

Luna llena. Venus en conjunción con Marte. La energía de Marte es masculina mientras que la de Venus es femenina, por lo que se fusionan dos influencias opuestas que tienen en común el amor y el sexo. Tránsito especialmente intenso.

Odio la tecnología. Bueno, para ser exactos, la odio cuando no funciona. Cuando me hace sentir una inepta y en lugar de facilitarme la vida, la convierte en un caos. Ayer, al final de la tarde, mi proveedor de *hosting* me llamó para decirme que los han hackeado. No se puede acceder a la web, no recibo *e-mails* y los pedidos se han perdido en el ciberespacio. Esto es una pesadilla. La empresa solo me repite que lo tienen controlado, que hay copias de seguridad y ya lo han denunciado. Por muy simpático, paciente y agradable que sea el chico que me ha atendido de nuevo esta mañana, tengo esa sensación de que es un discurso aprendido y que lo repite como un loro; la verdad es que resulta ser de todo menos tranquilizante. No he pegado ojo en toda la noche y, visto cómo ha avanzado el día, tampoco creo que se solucione hoy. Esto ha acabado la poca energía que me quedaba. Además, desde ayer, me siento rara, como si estuviera incubando un virus. Ya sabes, esa sensación de cansancio cuando te duele el cuerpo y tienes la cabeza sumida en una niebla espesa típica de un valle de las Highlands.

La energía que desprendo debe de oler como los cubos de basura de un restaurante del puerto un domingo por la noche, porque mi tía me llama a media mañana para que vaya a comer a casa. Si dijera que me sorprende, mentiría. La conexión que tenemos entre nosotras es tan directa que suelen reaccionar antes que yo.

Siento que revivo en cuanto llego a casa de la abuela y me abrazan una por una. Como si al rodearme con sus brazos cada una me regalara un poco de su energía.

—¿Qué ocurre? —pregunta mi tía—. ¿Una nueva carta con una amenaza?

—Un ciberataque —digo, y les cuento lo ocurrido.

—Estamos en luna llena, es perfecta para un hechizo de protección —afirma la abuela.

—¿El poder de La Dama también es antivirus? —pregunta Nunú con la intención de sacarme una sonrisa, que obtiene sin esfuerzo.

—Y caza fantasmas si hace falta —le responde su mujer.

—No ha sido directamente hacia mí, ha sido a la empresa.

—Da igual cómo haya llegado, te ha afectado, así que necesitas protegerte —me interrumpe la abuela—. Por ahora vamos a comer, he hecho sopa de almejas.

Cuando vuelvo a la tienda, lo hago con el estómago lleno de sopa y de una infusión reconstituyente. También con un colgante de ámbar y cuarzo ahumado para que aleje las fuerzas negativas que parece que me rodean. Me cambio de mano mi anillo favorito, me pongo el óvalo azabache en la mano izquierda para que me proteja y ahuyente el mal de ojo.

Por cierto, Siobhan me ha escrito, ¡la firma se hará mañana jueves!

31 Amenaza que huele a *pizza*

Antes de cerrar la tienda, saco las cajas de minerales y herramientas y las coloco sobre la mesa que tengo justo debajo de la claraboya para que esta noche, cuando la luna llena llegue a su cenit, los bañe con su luz y los cargue con su energía. Me planteo dormir en el jardín para recibir también una carga de baterías, a ver si así espabilo. Desde los altavoces empiezan los primeros versos de *You might think*, al tiempo que oigo la campanilla de la puerta.

—¿Te han llamado? ¿Tengo que poner yo también una denuncia? —pregunto a modo de saludo.

—¿Llamar? ¿Quién? ¿Denuncia? ¿Te han vuelto a amenazar? —responde Justice con el ceño fruncido.

—Empecemos de nuevo. Hola, ¿a qué debo el honor de su visita, señor jefe de policía?

—Me gustaría hablar contigo. Y vengo de paisano.

—¿No has venido por el ciberataque?

—¿Te han hackeado?

—A la empresa donde tengo el *hosting*. He perdido pedidos y, de momento, la web sigue sin funcionar. Desde ayer que vivo en un caos.

—Yo quería hablar contigo, pero será mejor que lo dejemos para otra ocasión.

—¿Es grave? No sé si seré capaz de gestionar un problema más. Espera..., ¿por qué hueles a *pizza*?

Ríe y alza la mano a la altura de mis ojos, y entonces veo las dos cajas de cartón que lleva y de las que hasta ahora no me había percatado.

—Es de pera y gorgonzola, Georgia me ha dicho que es tu favorita.

Mi estómago ruge hambriento, pero en mi cabeza suena una alerta.

—Si necesitas un gancho como este..., es que es muy malo —suspiro, las últimas palabras tintinean vacilantes.

—No lo es. —Hace una mueca y rectifica—. O eso creo... Mira, será mejor que te deje esto aquí, cena tranquila y descansa. Hablamos otro día.

«Ah, no. Eso sí que no».

No puede lanzar una bomba así y luego huir. Básicamente porque me muero de curiosidad.

Además, verlo tan nervioso me inquieta.

—Tú no sales de aquí hasta que sueltes por esa boquita lo que venías a decirme.

—¿Es una amenaza? —se burla.

—¿Te parece una amenaza encerrarte conmigo en la tienda, con dos *pizzas* que huelen tan bien?

—También he traído vino y tiramisú. —Mueve la bolsa de la otra mano.

—Una tortura total.

Pizza, queso, vino, chocolate... Ingredientes básicos que hacen su magia y convierten un día de mierda en una noche llena de sorpresas.

32 *Alea iacta est* (Justice)

¿Te has preguntado cómo nace una idea?

¿Es como un relámpago? ¿Una descarga eléctrica por el choque de neuronas?

¿O una semilla brotando en tierra fértil?

No, seguro que se asemeja a un bicho. Eso. Algo que crece, que muerde, que tiene patas, que te persigue y no calla ni debajo del agua. Está latente en tu interior y no le prestas atención mientras él se alimenta de tu día a día. Es como la rana metida en la cazuela, se va acostumbrando a la temperatura y, cuando reacciona a que está a punto de morir chamuscada, es demasiado tarde. Pues este «bicho» es igual. Una vez la idea se ha materializado, ya no puedo hacer nada para matar esa chispa que ha provocado.

Creí que, al ser adulto y a base de las hostias que nos da la vida, uno aprende a ser más cauto y con los pensamientos más razonados. Pero llevo todo el día con el mismo runrún, así que no puedo alegar enajenación mental transitoria. Por momentos me parece algo que haría el Justice de quince, ¿debería dejar que tome el control ese dechado de hormonas y acné? Quizá habla el Justice rebelde que siempre he llevado dentro y nunca he dejado salir. A lo mejor solo es un avance de demencia o un claro síntoma de la crisis de los cuarenta que ya me acecha.

Para que haya un cambio, es necesario una acción antes, por eso estoy en la Lunática, con la cena en las manos y mirando a Neli mientras me pregunto de nuevo si esto es una buena idea o la locura más estúpida que voy a hacer en mi vida.

Que digo yo, ¿qué importa cómo ha surgido? ¿Por qué estoy intentando justificarme? Estaba en plenas facultades cuando he salido de trabajar y he ido a casa a ducharme y cambiarme de ropa. O cuando he ido hasta la pizzería del pueblo a por la cena y Georgia me ha dicho cuál es la favorita de Neli; también me ha recomendado el vino y el postre. Justo entonces he sido consciente de lo que implica vivir aquí, donde todo el mundo se conoce y todos están más que dispuestos a ayudarte para darle una sorpresa a tu «novia». Los mismos que te detienen por la calle para felicitarte y no dudan en preguntarte por la relación, y tú te escapabas por la tangente sin dar ni una respuesta. Creen que lo haces para mantener tu intimidad, algunos opinan que esa parte misteriosa es solo para alimentar las habladurías cuando la verdad es que no tienes ni puta idea de qué contestar en esos casos.

También estaba muy lúcido en el trayecto hasta la tienda y he visto luz en su interior. Puede que una parte de mí esperase que ya hubiera cerrado y así tener una excusa para irme a casa y tener cena para el resto de la semana. Pero he abierto la puerta con el ímpetu de quien anhela algo con ferocidad.

Y aquí estoy. Neli sabe que quiero hablar con ella y ya me ha dejado claro que no me irá hasta que se lo cuente.

Alea iacta est.

33 La gilipollez más coherente de la historia

Justice está nervioso. Se refleja en su rostro y en su forma de moverse; en cambio, su energía es como el sonido de las olas llamándote para que te zambullas en ellas un bochornoso día de verano después del trabajo. Cuando notas el calor de la arena bajo los pies, pero no te importa porque sabes que en nada estarás nadando en el mar. Me transmite ese tipo de ansiedad que trae felicidad con ella.

La *pizza* está deliciosa, el gorgonzola tiene el punto picante perfecto que marina con el dulce de la pera. Está tibia, justo como me gusta. Ya sabes que las cosas muy calientes y yo no nos llevamos muy bien. Me ha sorprendido que Justice se pidiera una Margarita con *mozzarella* de búfala. «En la sencillez se esconde el sabor más auténtico», me ha respondido. Hubiera dicho que escogería algo con carne, la típica de *pepperoni* o alguna versión americana con costilla y salsa barbacoa, que es una de las más demandadas, según Georgia. El vino es fresco y burbujeante, de esos que se beben solos. Y que, del mismo modo que baja en la botella, sube a la cabeza.

La trastienda es pequeña, con un mostrador alto que ocupa un lateral y, en el otro, hay estanterías que van del techo al suelo. Junto al ventanuco que da al callejón, está el sofá de tres plazas que heredé de mis padres, de un color mostaza comido por el sol, la luna y con las marcas de las garras de todos los gatos que han acompañado mi infancia. También tengo una nevera pequeña y un microondas. Muchos mediodías no voy ni a casa; me traigo un táper con la comida y así aprovecho para ir adelantando cositas que no puedo hacer cuando la tienda está abierta y estoy pendiente de si entra algún cliente.

Es sorprendente cómo conseguimos evitar el tema que lo ha traído aquí y la conversación es trivial y entretenida. Por un momento hasta me olvido de ello y de quiénes somos.

—Venga, suéltalo. —Desde que ha sacado el postre está callado, como si los nervios hubieran empezado una cuenta atrás y tuvieran secuestrada a su lengua.

—Quiero pedirte algo —murmura, porque casi no le sale la voz. Bebe un trago de vino y se pone en pie.

Me empiezo a preocupar y, por un instante, me distraigo observándolo. Está guapo, lleva un vaquero verde oliva y una camisa azul marino, metida por dentro. El cinturón es de un gastado cuero marrón. Sencillo pero que de alguna forma resalta sus rasgos. El pelo, esa mata alborotada, le da un aire despreocupado que es sexi.

—Vale.

Pienso en su familia, en la mía, en el enfrentamiento, en la carta y la amenaza.

—¡Si aún no sabes lo que es! —exclama y me sostiene la mirada por primera vez desde que ha llegado.

—Digo vale, te doy permiso para que me pidas algo. —Intento no reírme, pero es en vano.

—Es una estupidez.

—Eso lo juzgaré yo... cuando lo sepa. —A este paso, dudo de si llegará ese momento—. ¿Qué es lo que te frena?, ¿tú estás seguro?

—Para ser sincero, a ratos.

—Has venido hasta aquí con la cena, así que no es un arrebato. Has tenido tiempo de pensarlo. —Asiente con la cabeza y siento que avanzamos un poco—. Pues dilo y punto. Sé directo. Para conseguir que una persona confíe en ti y esté dispuesta a darte lo que quieres, tiene que ver tu seguridad.

—Suenas igual que la psicóloga de la academia.

—Señor Collins, está usted acabando con mi paciencia.

Suspira y vuelve a sentarse a mi lado. Esta vez mucho más cerca. Tanto que el calor de su cuerpo viaja en el aire que nos separa y me envuelve. El poder de una fragancia es capaz de dibujarte una imagen, y su perfume me hace ver un bosque de secuoyas cuando miras hacia arriba e intentas divisar el cielo entre sus hojas.

—Quiero que... He pensado... —bufa y sacude la cabeza como si así ordenara las palabras—. La gente ya cree que estamos juntos. Mi familia ha dejado de buscarme novia, ahora solo me piden que me aleje de ti. Están tan «enfadadas y dolidas» que llevo desde el viernes pasado sin saber nada de ellas. Y, joder, qué descanso.

Levanta la cabeza hacia el techo, cierra los ojos y toma una profunda bocanada de aire. Yo aprovecho para coger otra cucharada de tiramisú y, justo cuando la textura cremosa del mascarpone me toca la lengua, ato cabos y mis neuronas cortocircuitan.

—¿No estarás pensando...?!

—Exacto.

—A ver si me aclaro, ¿qué sugieres exactamente?

—Que finjamos que somos pareja. Todo el mundo está convencido de que ya lo somos.

No me da por decirle que es una locura.

Por pedirle que se marche de mi tienda.

Por ponerme en pie y salir corriendo.

Por llamar a la policía o a un manicomio.

Solo me da por reírme.

—¿Te hace gracia? —gruñe, sin esconder que mi reacción lo ha ofendido.

—Ahora entiendo tu reticencia a contármelo. ¿Cuánto tiempo llevas pensando en ello? —Doy un sorbo largo al vino.

—Un par de días... más o menos.

Eso nos lleva al lunes. Al beso. Mis ojos se desvían inmediatamente hacia su boca y me doy cuenta de que tiene un poco de polvo de chocolate en la comisura.

—Tienes... —digo y me toco justo en ese punto.

—Oh, gracias. —Saca la punta de la lengua y se repasa los labios, y noto un sutil cosquilleo en los míos. Como si desde entonces se hubiera quedado algún transmisor encendido. El momento se rompe cuando coge la servilleta y se limpia.

—¿No te parece algo drástico? Somos mayores. Diles la verdad y que te dejen tranquilo.

—Hablamos de mi madre, de mi abuela... Lo de olvidarse o ignorar no va con ellas.

En eso le doy la razón, pero llegar a plantearse esto... Tiene que haber algo más.

—¿Quieres matarlas y has pensado en un disgusto como modo más efectivo y limpio? ¿Es por la herencia?

—Estás loca, pero confieso que serías una buena coartada. —Por fin él también se ríe. Empieza suave y luego vuelca en ella toda la tensión, y termina de forma estruendosa. ¿He dicho ya que su risa tiene un deje rasgado de lo más excitante?—. Hay algo a lo que no paro de darle vueltas, ¿no te sorprende lo rápido que se lo han creído todos?

—Dicen que del amor al odio solo hay un paso, parece que al revés hay medio. ¿En serio crees que esta es la solución?

—No lo sé. —Hace rodar la copa entre sus dedos antes de darle un sorbo—. Pero si tienen que hablar de mí, me gusta saber qué les doy, que controlo el discurso, la situación.

—Los chismorreos no se controlan. De una boca a otra la historia ya ha cambiado.

—Ya...

—¿Cómo sabes que funcionará?

—¿Cómo sabes que no lo hará? —me replica.

Se hace el silencio, pero mi mente va a mil. No termino de verlo.

—No tiene ni pies ni cabeza.

—Piénsalo, la parte complicada, que era que se lo creyesen, ya está hecha. Además, peor no puede ir.

Chasqueo la lengua y cojo otra cucharada de tiramisú. Georgia se ha superado, está buenísimo. El mascarpone está cremoso, el chocolate le da ese toque amargo y el bizcocho se

derriete en la boca; la nota final la da el café con el *amaretto*.

—Perdona que tenga mis dudas.

Él también coge una cucharada y me encanta ver que cierra los ojos para paladearlo. Tiene unas pestañas largas y espesas, un poco más oscuras que su pelo castaño.

—Aún no me creo que se me haya pasado por la cabeza y menos que me haya atrevido a proponértelo —murmura y se da la vuelta para quedar cara a cara—. Di algo, lo que sea, tu silencio me está matando.

—Es lo más descabellado que he oído en mi vida, pero admito que le veo cierta coherencia.
—Me deshago la trenza y me paso los dedos por el pelo. Siento que estoy a punto de librarme de ese peso que he acarreado toda la vida. Pero algo me frena, es una especie de quemazón en el pecho que me recuerda que de una mentira no sale nada bueno.

—A grandes males, medidas excepcionales.

—¿Puedo pensármelo?

—El tiempo que necesites.

34 El final de algo es el inicio de otra cosa (Justice)

Reconozco que no me había planteado su reacción al contárselo. He dado vueltas sobre si era buena idea, los pros y contras. Y solo he visualizado el final, la consecuencia. He pasado horas pensando en cómo decírselo, pero no me he tomado el tiempo para sopesar su respuesta. Si lo medito, creo que no lo he hecho por la simple razón de obtener un no rotundo. Un «no» que evidenciara que se me ha ido completamente la cabeza. Un «no» que demostrara que era una chiquillada, que ya no tenemos edad para ir con mentiras ni teatros. Uno «no» que me llamara ridículo por no enfrentarme a mi familia, por no saber pasar de ellos. En definitiva, un gilipollas de manual.

Pero Neli me ha respondido con un «me lo pensaré» que ha dejado las posibilidades en el aire. Si hubiera aceptado nada más escucharme, me hubiera parecido una tía loca —ya sé, vaya uno para hablar, pero ya me entiendes—. Hubiera sido raro y algo desesperado. Negarse implica cerrarse en banda y un deseo de querer mantener esta rivalidad. Así que estoy satisfecho con su «me lo pensaré». Si yo he tenido tiempo de hacerme a la idea, ella merece lo mismo.

Las razones que me han traído hasta aquí son varias. No hay ninguna que sobresalga más que otra, son un cúmulo que se amontonan y mezclan entre ellas y, al final, ya no distingues cuál es cuál.

Resulta que tener treinta y cuatro años y estar soltero es un problema que mi madre y mi abuela creen que pueden solucionar por mí. No las necesito para nada; mejor dicho, he aprendido a no necesitarlas. Y menos para buscar pareja.

Resulta que tuve la idea de inventarme una novia.

Resulta que, de repente, mi vida privada se ha vuelto de interés municipal.

Resulta que decidimos no hacer nada para desmentir lo que la foto insinuaba.

Dejé que mi familia creyera que mi novia ficticia era Cornelia.

La primera vez que pensé en esto fue el lunes, después del beso en la puerta del Cafetosaurios. Cuando, al separarme, me dije que, si tenía que volver a besarla para que el pueblo hable y mi familia calle, lo haría encantado tantas veces como hiciera falta. Porque los labios de esta bruja

son suaves, cálidos y refrescantes al mismo tiempo. Porque sentí que no besaba a un demonio, como dice mi abuela, sino más bien a una criatura mágica. Neli me resulta tan interesante como la propia magia. Puede que solo sea esa parte prohibida la que le da ese toque misterioso.

Creo firmemente en que, si la gente nos ve juntos, los chismorreos cesarán. Y mi familia, si ve que el pueblo se pone de nuestro lado, al final acabarán solas en su propia guerra y aceptarán la derrota. También se me ha ocurrido que puede que Cornelia sí sepa lo que pasó con nuestras bisabuelas y esté dispuesta a contármelo.

No sé si se apuntará a esta locura. Todos sabemos que el fin de algo es el inicio de otra cosa y que tomar una decisión es estar preparado para asumir las consecuencias.

☾●☾**35 Luna de nieve

Ha soltado la bomba y, poco después, se ha marchado sigilosamente. Como si temiera que le diera una respuesta. Me niego a pensar en su propuesta. Cada vez que mi mente lo intenta es censurada.

A la luna llena de febrero se la conoce como la Luna de Nieve y es propicia para la limpieza y purificación que empezó con el Imbolc. Este plenilunio nos anima a confiar en nosotros mismos y recordarnos cuánto podemos brillar si nos lo proponemos. Su luz nos invita a explorar y a ver las cosas bajo una nueva perspectiva.

Cuando vuelvo a casa, voy directa al jardín. Es una fase de agradecimiento y satisfacción. Es el momento de bailar y reír junto a la Dama. Le hago una ofrenda de semillas y brindo con ella por este nuevo ciclo que cerramos. Me siento sobre la hierba húmeda para meditar y sentir esa profunda sensación de paz. La brisa es fresca, perfecta para limpiar mi mente y dejarla en blanco. Para las brujas, la energía de esta luna es una especie de amplificador cósmico. En estas noches, su luz es tan potente que traspasa el velo de lo invisible para revelar secretos hasta ahora ocultos. Percibo su fuerza entrar a través de mi piel y brillar en mi interior. Cuando vuelvo a abrir los ojos, lo hago con un mensaje: «Imagina que el universo no solo te concede tu deseo, sino que lo hace a un nivel que ni siquiera habías sospechado».

36 Mueve el elefante

Jueves, 17 de febrero

Júpiter en piscis en sextil con Urano en tauro.

Nuevas oportunidades de crecimiento, innovación, suerte y beneficios. Utilizar la sensibilidad, la intuición y la imaginación para llevar a cabo los proyectos. Posibilidad de hacer realidad los sueños.

No sé si te ocurre, pero me cuesta conciliar el sueño cuando es luna llena. Me despierto mil veces durante la noche. También suelo estar más susceptible y agotada, aunque me temo que este estado solo es consecuencia de Justice y su propuesta. Además sigo con esa sensación de resfriado, con dolor de huesos, cabeza espesa y la desagradable pesadez en el pecho.

Nada más pisar el Cafetosaurios, Chispas me ha saludado a gritos. Cuando le pregunto qué le ocurre, responde con un gruñido hosco en el que adivino un «Evelyn».

—Sobre todo esta semana, que mira por dónde coincide con vuestro beso.

«Pues espera a que sepa el plan que ha ideado su hijo».

«Si acepto, claro».

—Lo siento. —Y suena como si le diera el pésame—. Te dije que era «especial».

—Joder, que he estado en el ejército, en la puta guerra, y te juro que en toda mi vida nunca había tenido este deseo de matar a alguien.

—Son vampiros psíquicos, tienen un don para sacar lo peor de cada uno. Yo también he fantaseado con someterla a diferentes torturas.

—Pero ya sé cómo contenerla. —Su voz suena maquiavélica, y Maggie, Poppy y yo soltamos una carcajada—. A partir de ahora, toda comunicación será por escrito. No cogeré ninguna llamada. Así evitaré olvidar o interpretar mal las cosas.

Hemos terminado de desayunar, Maggie ya se ha ido a la floristería, pero Poppy y yo seguimos aquí. Hablamos de la vida de pueblo, tan diferente a la de la ciudad. Dice que donde más lo nota es el ritmo.

—En Jacksonville siempre tengo la sensación de llegar tarde. La gente a tu alrededor va con prisas y se te pega ese paso ligero.

Entro y salgo de la conversación, reconozco que no estoy prestando mucha atención porque tengo la mente en otro lugar. La petición de Justice se repite como un *hit* del verano. La canción no termina de gustarte, pero no dejas de escucharla allá donde vas.

La risa escandalosa de Logan me devuelve a la orilla, después de que mis pensamientos me llevaran a la deriva.

—¿Por qué llamas al tamaño grande T-Rex si en realidad el Patatotigan es el más grande? —le pregunta Poppy.

—Porque ya me parecía una idea arriesgada como para complicarlo más con nombres que se pegan al paladar. ¿Eres una aficionada a los dinosaurios?

—No, para nada. No he visto ni las películas. Me pareció original el enfoque que le has dado a la cafetería y el otro día me dio por buscar información.

—¿Así que eres de esas?

—¿De esas? —pregunta a la defensiva.

—Una persona curiosa. Que se plantea todo y busca una respuesta.

La palabra «respuesta» activa de nuevo mi mente; por suerte, unos dedos chasqueados frente a mi nariz frenan el tren de pensamientos.

—Oye, ¿y a ti qué te pasa? —pregunta Logan.

—¿Es por el ciberataque? —añade Poppy.

—Seguro que tiene que ver con el rebote de Mercurio.

Suelto una carcajada y niego con la cabeza.

—Es Mercurio retrógrado —lo corrijo—. Y no, desde principios de mes, ha vuelto a su movimiento directo. Así que, si tomo una mala decisión, no será por culpa de él. No todo lo que nos ocurre tiene que ver con el universo.

—¿Podemos ayudarte en algo? —Poppy pone su mano sobre mi hombro con gesto cariñoso.

Por un momento pienso en contarles la propuesta y saber su opinión, pero por otro lado siento que es algo que solo me incumbe a mí. Soy dueña de mis decisiones... sean cuales sean.

—No, pero gracias.

—Mi tía, para Navidad, me regaló uno de esos calendarios de mesa con frases motivadoras. El otro día salía un proverbio indio: «Si lo ves todo gris, mueve el elefante».

El elefante que me viene a la mente lleva traje de falda y un collar de perlas.

Se oye el repiqueteo de campanas de la iglesia, me pongo en pie y cojo el bolso. Es hora de volver al trabajo y de llamar a la empresa para ver cómo evoluciona el tema del ciberataque. ¡Por Urano, planeta de la tecnología y la rebeldía! Estoy hasta el moño de la gente que para demostrar su valía jode a los demás. Que inviertan esa energía y ese talento en hacer algo bueno y se

convertirán en héroes.

Ya he abierto la puerta cuando Logan me llama:

—Si necesitas ayuda para darle una patada al elefante, ya sabes dónde estoy.

Asiento y le mando un beso. A veces es como un grano en el culo, pero, joder, qué suerte tengo de que esté en mi vida.

37 La fuerza

Estoy subiendo la persiana cuando me fijo en la tienda de enfrente. Aún no me puedo creer que muy pronto Siobhan formará parte de este callejón. Mientras enciendo las luces, decido llamarla para saber cómo lo lleva. Está nerviosa, acojonada e ilusionada. Como todo el que se lanza a abrir un negocio propio.

—Es que es dejar un trabajo estable para cumplir un sueño de niña.

—Eh, estamos en la edad perfecta para arriesgar. Y ese sueño te ha acompañado toda la vida. Además, irá bien, lo sé. Lo presiento.

—Tu seguridad me tranquiliza. Yo también confío en ello y ya no sé si es la ilusión quien habla o es la mujer emprendedora que llevo dentro que sabe que su plan de negocio es bueno.

Seguimos charlando un ratito más, me cuenta que esta noche va a casa de su hermano, que su mujer ha preparado una cena de celebración para toda la familia. Por mi parte, le explico el jaleo del ciberataque, pero me callo la propuesta de Justice. El elefante no se ha movido. Ahora viste con un tutú lleno de purpurina y da piruetas sobre los patines que lleva en las patas traseras al ritmo de la maldita canción del verano.

La mañana se me pasa entre llamar a la empresa de *hosting* y los clientes curiosos. Decido ir a casa a comer y después me tomo un paracetamol con otra infusión con agua de luna y las hierbas que me dio ayer la abuela y hago la siesta. Cuando despierto una hora más tarde, me siento más despejada.

La tarde sigue con el mismo ritmo, viene una pareja buscando salvia blanca. Me comentan que se acaban de comprar una casa y quieren hacer una limpieza. Después, una mujer preguntando por una baraja de cartas del tarot, la versión gitana. Además, se lleva una preciosa y carísima edición de los ángeles. Skylar aparece después de salir del instituto y su energía es arrolladora. Como cuando llega la primavera y explotan el color y las flores.

—¿Cómo funciona? —Mira una baraja inspirada en el mar. Me gusta tener diferentes ediciones porque sé que hay gente que hace colecciones; aunque en ese sentido, yo soy muy

clásica y prefiero la versión Marsella de Grimaud.

—¿Las cartas? —Asiente sin siquiera mirarme, está concentrada en ojear las diferentes barajas—. No solo es una herramienta para la adivinación, también nos habla del pasado. Los mensajes que nos dan los arcanos nos invitan a la reflexión y a conocernos mejor a nosotros mismos.

Le digo que venga a la trastienda y, mientras preparo unas infusiones, le entrego mi baraja.

—Échales un vistazo. A ver qué te parecen.

Saca su libro de las sombras de la mochila. Se lo regalé para Navidad. Es un cuaderno de falso cuero de los que suelo tener en la tienda, con una triqueta en relieve en la tapa.

—¿Y? —pregunto al cabo de un buen rato.

—Creo que me gusta La Sacerdotisa. —Busca la carta mientras asiente con la cabeza.

—Buena elección. Representa a la gran creadora. Símbolo de sabiduría e inteligencia. De amor incondicional. De seguridad. En el aspecto físico, habla de sensualidad y de disfrutar de los placeres de la vida. A la inversa, es sobreprotección y frivolidad.

—¿Y la tuya? —Echo un vistazo a las cartas que están repartidas sobre la mesa y localizo la que siempre me ha atraído.

—La Fuerza.

Se la tiendo y ella la coge para estudiarla con atención. Me gusta esa curiosidad implícita, no hay duda de que tiene a Mercurio en géminis, es de esas personas que quieren saber de todo. Cuando la veo así, concentrada, me imagino los engranajes de su mente, conexiones, luces y neuronas con gafas de intelectual tomando apuntes.

—Si te hablo de fuerza, piensas en músculo, en algo fuerte, grande. Para entender la magia hay que desprenderse de lo que nos han enseñado. Limpiar la mente para poder «ver y sentir». La han representado con una mujer sujetando las fauces de un león con sus propias manos. Lo está domando y lo hace mirándolo de frente. Su actitud es calmada, paciente. No quiere eliminar la esencia de la bestia, sino someterla a su voluntad. Pero, para llegar a eso, primero ha tenido que vencer sus propios miedos. La Fuerza nos habla del poder de la mente sobre la materia, de la inteligencia sobre la fuerza bruta. Del poder de la resistencia y resiliencia.

«Vencer primero tus miedos. El poder de la resistencia. Actuar desde la inteligencia»; a veces, la decisión aparece justo cuando dejas de pensar en ella. En unas cartas que responden a esa pregunta que ni siquiera les has hecho.

Es agradable saber que no solo los virus se contagian; las ganas, el entusiasmo y alegría de Skylar se me pegan y pasamos el resto de la tarde estudiando cada uno de los arcanos.

38 Síndrome del salmonete

Viernes, 18 de febrero

Sol en piscis. Comienza el mes de la ceniza del árbol celta.

El Sol transita por el último signo del zodiaco y cierra su ciclo anual. Un momento de introspección y preparación para el año nuevo astrológico.

Un día te levantas, te vas a la ducha y es entonces cuando te das cuenta de que estás cantando y bailando bajo el agua. La espuma resbala por tu piel, las burbujas se arremolinan a tus pies y el estribillo se vuelve pegadizo. ¡Hasta que aceptas que es un temazo! Es febrero, pero has decidido dejarte llevar por el *hit* del verano.

Siempre a contracorriente, por algo será que la abuela me llama Salmonete. La culpa es de acuario, mi ascendente, que me convierte en una persona que suele estar siempre fuera del rebaño. Y de tener a Saturno en libra que me aporta sentido de la justicia. Y porque el lema de esta familia es: que una Reed no te impida hacer lo que quieres.

Por todo ello estoy en la comisaría de policía.

—¿Qué haces aquí? —Justice se pone en pie en cuanto abro la puerta de su despacho que está entornada.

—¿Puedo hablar contigo?

—¿Es por el ciberataque? ¿No me digas que es otra carta con una amenaza? Te juro que como ellas estén detrás...

—Frena —lo interrumpo. Sonrío y cierro detrás de mí—, vengo de paisano, como tú dijiste.

—Oh... —Se sienta de nuevo en su silla y lanza un pequeño suspiro que esconde en un carraspeo—. ¿La almohada ya ha dado su sentencia?

—Sí.

—No sé si quiero escucharla. —Achica los ojos y se le forman arruguitas alrededor en las que poder contar su vida.

—¿Te arrepientes de la petición? —le pregunto. No se me había pasado por la cabeza que él pudiera echarse atrás.

—No, pero es justo ese instante en el que acojona tanto el sí como el no. —Saco de la cesta dos tazas de café y una caja—. ¿Qué es todo esto?

—Os he traído el desayuno.

—¿Os?

—Donuts. El soborno infalible para los policías —digo, señalando fuera—. Cosas de novias.

—Por eso están tan silenciosos. —Coge una de las tazas de café y, justo cuando pillas un par de sobres de azúcar, se detiene—. Espera, ¿has dicho «cosas de novias»? ¿Eso es que aceptas?

Me siento enfrente de él y tomo mi café. Le doy un sorbo y, después, me recuesto en la silla.

—Debería negarme. Provocar a las Reed nunca es buena idea.

—Pero... —Me mira expectante, con un amago de sonrisa en los labios.

Coge otro par de azucarillos más y los vierte en su taza. Ahora empiezo a entender por qué su beso me supo tan dulce.

—¿Cómo sabes que hay un pero?

Parto un donut por la mitad y le doy un mordisco que me sabe a gloria. El estrés de los últimos días hace que tenga los niveles de cortisol por las nubes. Para contrarrestarlo, el cuerpo me pide cosas dulces que activen mi cerebro y emita la señal para liberar endorfinas. A tutiplén.

—Por el «debería negarme».

—No utilices tus dotes de poli conmigo. —Me inclino hacia él mientras lo señalo con el dedo.

—Ni tú la magia. —Él también se echa hacia delante y acerca su anular al mío—. Cuando me miras así, siento que intentas hechizarme.

—¿Quién dice que no lo hago? Tu abuela lo tenía clarísimo.

—No me lo recuerdes. —Se zafa de mi mirada y se centra en su taza; la remueve con un par de giros de muñeca y nada más antes de darle un sorbo.

—He traído cucharitas. —Rebusco sobre la mesa y las veo bajo la tapa de la caja de donuts.

—Nunca lo remuevo. Me gusta así. —Me recuerda a Bond y su Martini mezclado, no agitado—. Es un poco como la vida, amarga al principio y dulce al final. ¿Decías...?

—Pero... hay algo me incita a decir que sí.

—¿Los astros?

Pienso en que Júpiter está en sextil con Urano. Con este aspecto se activa la perspicacia y picardía. También favorece la mente abierta. Pienso en la tarde de ayer cuando estuve con Skylar estudiando el tarot. En el arcano de La Fuerza. En su mensaje de derrotar con la inteligencia.

—Seguro que tienen algo que ver. Y la llegada de la primavera. Quizá algo de aburrimiento...

—¿Las ganas de irritar a las Reed? —Ríe como lo haría un leo al salirse con la suya.

—Eso, definitivamente, es un gran aliciente —admito, sonriendo—. Ahora en serio, lo que me motiva es poder hacer algo y que por fin cambien las cosas.

—En eso estamos de acuerdo.

Y entonces me doy cuenta de que esto es lo que nos une. No la rivalidad. Sino todo lo contrario, la paz. Los dos queremos que esto termine y para que eso ocurra debemos ser los primeros en dejar el pasado atrás. A partir de aquí, solo soy Cornelia Evans, la que está sentada enfrente de Justice Collins. Con la sonrisa bailando en los labios, le muestro el dedo pequeño:

—Acepto. ¿Aceptas?

—¿Quieres hacer un pacto de meñiques?

—Un apretón de manos me parece muy profesional para este tipo de acuerdo. Comernos la boca encajaría más, pero es demasiado pronto. ¡No hemos tenido ni una cita!

Estalla en una carcajada que suena a alivio contenido. Tengo claro que fingir ser novios implica que tendrán que vernos juntos, con caricias y besos como el que nos dimos bajo los dinosaurios.

Confesión número 15: Si fuera de las que hacen listas, típico de los libra, los besos de Justice encabezarían el lado de los pros.

Me hace esperar lo que me parece media eternidad antes de enganchar su dedo con el mío.

—Acepto. ¿Así de simple?

—Fingir y amor, ¿qué hay de simple en estas dos palabras? —le respondo.

—No tengo ni idea de lo que digo ni de lo que pretendemos. Es tan descabellado...

—¿Qué plan tienes? —pido mientras me como la otra parte del donut y el glaseado se me pega en los dedos.

—Ninguno —admite, escondiéndose detrás de la taza de café.

—Bueno, es la única manera de que no tenga fisuras.

Desde detrás de la puerta, nos llegan risas escandalosas y voces roncas murmurando en voz baja.

—Tengo que volver a la tienda, se me hace tarde.

—Gracias por el desayuno, no hacía falta.

—Seré la mejor novia del universo. —Me pongo en pie y él también lo hace.

—Eso suena... mmm... inquietante, como mínimo —susurra cuando paso por su lado.

—Suena a que te toca ser el novio perfecto, empezando por prepararme la mejor cita de la historia.

—¡Claro que sí, sin presión! —exclama con voz ronca—. Pero acepto el reto. ¿Esta noche?

—Imposible. Poppy se va y hemos quedado para cenar. ¿Mañana?

—Estaré fuera, nos vamos a pescar. —Asiento. El lunes es el Día de los Presidentes y mucha gente aprovecha para hacer puente.

—Déjame tu móvil. —Alargo la mano hacia él.

—¿Ya quieres curiosear en mis cosas? —pregunta en tono burlón al mismo tiempo que se lo saca del bolsillo, lo desbloquea y me lo tiende.

—Quiero darte mi teléfono. Ya buscaremos un hueco para esa primera cita. —Tecleo los números y se lo vuelvo a entregar.

Abre la puerta y me cede el paso. Cuando salgo, veo que todos están pendientes de nosotros. Bueno, pues parece que ha llegado el momento de empezar con esta locura.

—Ay, Jujú, aún no me he ido y ya te echo de menos —digo en voz alta y pastelosa para que sus compañeros me oigan mientras me doy la vuelta y lo abrazo.

Su olor me invade y el oleaje me sacude con fuerza.

—¿Jujú? —repite contra mi pelo. Su voz es un murmullo como la vibración de un aleteo de colibrí—. No hace ni cinco minutos que es oficial y ya me estoy arrepintiendo.

—Es un mote cariñoso. —Me pongo de puntillas para estar más cerca y él tuerce la boca en una mueca deliciosa—. Cosas de novios.

A la típica pregunta de si eres más de mar o de montaña, nunca he sabido qué responder. Me gustan por igual y resulta que Justice es una mezcla perfecta de los dos. Como imagino que debe de ser una playa del norte, en el estado de Washington, por ejemplo. Un mar rodeado de grandes montañas y frondosos bosques.

Sus compañeros sueltan una carcajada y algún que otro silbido.

—Recuérdame por qué esto es buena idea. —Baja la cabeza un poco más y su sonrisa se ensancha. Una que me dice que, en el fondo, está disfrutando de esto.

Algo me nace dentro, no sé exactamente dónde, si es en el cerebro o es más abajo, en esa parte que lleva tiempo desatendida.

—¿Porque fue idea tuya? —Paso mis manos por su pecho.

—Entiendo que esto de fingir da pleno derecho. —Su mirada me atrapa y me transporta a un nuevo universo del que estoy deseando descubrir todos sus rincones.

—Los hombres de uniforme me parecen muy sexis. Pienso aprovecharme de la situación. Si tengo tu permiso, claro.

—Concedido. ¿Eso quiere decir que puedo poner mi mano aquí —dice, y siento sus dedos recorrerme la espalda— y bajar?

—Permiso concedido, jefe.

Esperaba algo sutil, pero el cabrón va directo a magrear mi culo. Su calor traspasa la tela del vestido y arrasa con todo como un huracán. Contengo la respiración... y las ganas.

—Mmm... ¿sabes qué? —De sus labios escapa una sorda sonrisa—. El plan cada vez me parece más interesante.

—Y a mí. —Rodeo su cuello y enredo los dedos en su pelo. Es tan sedoso que estoy segura de que muchas matarían por tener un cabello así.

—Neli, ¿vendrás al barco? —La voz de Chad rompe el momento.

—¿Eh? —Había olvidado que no estamos solos. Acabo de descubrir que el amor fingido

también hace que pierdas el norte.

—A pescar —me aclara Justice.

—Ah, no, gracias. —Hago que mi mente vuelva al presente y se ponga en marcha—. Necesito un descanso, llevo trece días seguidos.

—¿Mucho trabajo arreglando las cagadas de Cupido? —me interrumpe Eva. Fuimos juntas a la escuela y, aunque no somos amigas, siempre nos hemos tratado con cordialidad.

—Algunas. —Le guiño un ojo y mi mente ya está en marcha—. También vendiendo viagra natural.

—Escucha, Adams, eso te interesa —grita, para que todos la oigamos bien alto.

—¿Tú no te ibas a patrullar? ¡Y solo fue una vez, idiota! —se defiende el jefe de la sección marítima.

—Ese es el problema de los hombres. Vuestra hombría os hace callar cuando, si abrierais la mente, podríais descubrir un mundo nuevo muy satisfactorio para vosotros y vuestras amantes.

—Si ya decía yo que el jefe tenía mejor aspecto desde hace días.

—Adams... —Justice concentra toda una advertencia en esa palabra.

—Envidioso —se burla Carter, que hasta ahora se mantenía callado.

—¡Mira quién habla!

—Basta. —Justice me coge de los hombros y me empuja suavemente hacia la puerta. Ahora soy consciente de por qué me ha acompañado hasta aquí y no ha querido dejarme salir sola de su despacho.

—Disfruta del *finde*.

—Y tú descansa. Preveo una semana... movidita.

39 ¿Y ahora qué? (Justice)

Cornelia ha aceptado mi plan. No sé qué va a ocurrir a partir de ahora. No he querido pensar mucho en ello. Ni en qué pasaría si decía que sí o decía que no. Ni la consecuencia de su respuesta. Soy tauro, hago las cosas con calma y meditadas. Esto se sale de mi zona de confort y me inquieta. También reconozco que si lo que acabo de vivir es un poco de lo que me espera, tiene pinta de ser interesante y sobre todo... entretenido. Mi vida ha sido engullida por un huracán llamado Neli.

Empiezo a comulgar con eso de que las ideas más descabelladas a menudo son las mejores.

40 Marte y Venus

Justice

Hola, novia.

Neli

¿Jujú?

Justice

¿Es que tienes más de un novio?

Neli

Solo quería asegurarme.
Con uno postizo me llega
para volver loco a todo Júpiter.

Justice

¿Qué haces?

Neli

En casa de mi familia,
contándoles las novedades.

Justice

¿La verdad?

Neli

Sí.

No quiero mentirles.

En cuanto he llegado a la tienda, les he enviado un mensaje para decirles que iría a comer. He esperado a estar en los postres, un delicioso *brownie* con Guinness, receta de la abuela, para contarles la propuesta. Hemos llamado a mi madre para que se uniera.

—Ah, odio estar lejos de casa cuando ocurren estas cosas —ha admitido mi progenitora al cabo de un chirriante minuto de silencio después de que les explicara el plan.

—Pensaba que ya tenías asumido que eres una sagitario que odia echar raíces —le he contestado.

Todas sabemos que somos importantes para ella, y que removería cielo y tierra si alguna de nosotras lo precisara, pero es un alma libre a la que no le gusta sentirse atada. Lo curioso es que mi padre es todo lo contrario. La calma de mi padre contra el huracán que es ella. Una soñadora y un realista. Supongo que el éxito de su amor es que juntos consiguen el equilibrio.

—Tú querías hacer de gurú de los famosos —le ha reprochado, riendo, mi tía.

—Mi destino es mediar entre las estrellas de arriba y las de abajo.

—¿Abuela? —Su reacción era la que más me importa.

—Creo que lo que os ha impulsado, a él a proponerte semejante barbaridad y a ti a aceptar, está condicionado por la conjunción de Venus y Marte que tenemos desde el miércoles. Dos fuerzas opuestas, amor y guerra, librando la misma lucha contra el mal.

Justice

Curioso, porque lo hacemos para mentir a la mía.

¿Qué tal ha ido?

Neli

Eso demuestra el porqué de esta rivalidad.

La verdad es que muy bien.

Y tú, ¿qué haces?

Y aquí estoy ahora, tomándome una infusión mientras me balanceo en el columpio que el abuelo colgó del viejo roble. Me encanta sentir el aire bajo los pies. Además, este vaivén siempre consigue ordenarme la cabeza. Como cuando sacudes una bola de nieve y después, poco a poco, la nieve se queda en la base y todo se vuelve nítido. Reconozco que venía con miedo, sin saber muy bien cuál sería su reacción. Si me tratarían de loca e imprudente y me harían llamarlo rápidamente para retirarme, o esto. No solo me apoyan, sino que han conseguido que tenga todo el sentido del mundo. Como ha dicho mi madre, si alguien puede ir en contra de esta rivalidad es una apasionada escorpio con mi sentido de la justicia y de las causas perdidas. Nunú ha puesto la guindilla recordando que el destino sonríe a los valientes.

Justice

Hablar contigo ;)

Hace una semana que he empezado

a entrenar al equipo de béisbol del instituto.

Mañana es mi primer partido como entrenador.

Estoy nervioso.

Neli

Seguro que irá genial.
Ya sabes, la suerte del novato ;)

Justice

¿Puedes invocar algún dios
y pedirle que nos dé la victoria?

Neli

Si eres capaz de pagar una ofrenda a la altura.

Justice

Suponiendo que aceptara...
¿Hablamos de algo como una
donación a una buena causa?
¿El sacrificio de algún bicho?
No me digas que después tengo
que beber de su sangre,
no me llevo muy bien con ella.
¿Algún órgano? Por favor,
no me digas que uno de los vitales.
¡U ofrecer a mi primogénito!

Neli

Con los dioses, el «más» siempre es mejor.

Justice

Pensándolo mejor, olvídalo.
Si ganamos, que sea porque lo merecemos.
Y si perdemos, que sea para aprender.

Neli

¡Así se habla, entrenador!

Justice

¿Por qué no vienes al partido?

Neli

¿Quieres que nuestra primera
aparición pública como pareja
sea conmigo haciendo de animadora?

Justice

Mmm... suena bien.

En mi mente se dibuja una animadora con un top corto y una falda aún más corta con los
colores verdes y rojos del equipo.

Neli

¿Me imaginas en minifalda?

Justice

Prefiero no imaginarte.

No es muy buen momento para ello.

Neli

Mejor, porque no
soy muy de minifaldas.

Justice

Yo no soy muy de pompones.

Esas bolas peludas siempre me han dado grima.

No puedo evitar soltar una carcajada que consigue espantar a un par de jilgueros. Su plumaje
amarillo resalta en el cielo azul.

Neli

Ni sangre ni pompones.
¿Algo más que deba saber?

Justice

Ya lo irás descubriendo.

Si vienes, te regalaré una camiseta del equipo.

Neli

¿Con tu nombre en la espalda?

Justice

Voy encargándola ;)

Neli

Intentaré escaparme.

41 Haz el amor y no la guerra

La noche es joven, pero yo ya no tanto... Creo que sigo arrastrando ese resfriado que no termina de salir. Después de cenar nos hemos venido a uno de los viejos *pubs* del puerto. Es viernes por la noche y se nota que es un fin de semana de tres días, hay más turistas que de costumbre. Poppy se ha integrado perfectamente en nuestro grupo y es como si siempre hubiera estado aquí. Siobhan y ella se entienden de maravilla, las une una fuerte pasión por la literatura. Llevan buena parte de la noche hablando de libros.

El local tiene un aire marítimo. Puede que no sea la mejor criticando la decoración, yo que soy la reina de las compras de chorradas por internet, pero me parece excesivo. Fotos del faro y artilugios de pesca decoran las paredes. Los manteles tienen timones y nudos dibujados. Los sujetacartas son peces de madera y del techo cuelgan mallas de pesca. Es exagerado, pero reconozco que tiene su encanto. Sobre todo, después de la segunda copa. Delante de mí tengo un cóctel de un color verdoso que lleva el nombre de Nemo, supongo que porque te deja sin neuronas. Se burlan de las pócimas de brujas, pero luego lo hace un barman y se paga a precio de lágrimas de unicornio en el mercado negro.

No puedo evitarlo, el banco es de una tela mullida y agradable, tanto que se me cierran los ojos. Chispas, sentado a mi lado, me da un toque con la pierna.

—¿Quieres marcharte?

—No, es solo que estoy agotada. La semana ha sido... complicada.

—Empezando por el beso con el jefe y después el ciberataque, ¿estás que te sales! —Los tres se ríen y yo refunfuño.

—Y hay más. —He buscado el momento para contarles lo de la propuesta, pero he ido dejando pasar el tiempo, hasta ahora.

—¡Estás embarazada! —grita Siobhan. Sin preguntas, toda una afirmación que encima rodea con exclamaciones.

—¿En serio? —La miro sin entender cómo demonios ha llegado a pensar en eso. No somos de esas amigas que hablan a todas horas, pero nos mantenemos al día, y hace meses que no tengo pareja ni tampoco he conocido a alguien.

—No desestimes el poder de unos dinosaurios —me interrumpe Chispas.

Gruño, no quiero reírme, pero al final me uno a ellos y las risas se oyen por encima de la primera estrofa de [Lifeline](#), de Tomás Welding.

—Ni dinosaurios ni palomas, pero es sobre Justice. El otro día me propuso que fingiéramos ser pareja. Hoy le he dicho que sí.

—¿Vais a fingir que sois novios? —pregunta Sio.

—¿Para qué? —añade Logan.

—Para ahuyentar a su familia. Se inventó que tenía pareja, con la portada del *Jupiteriano*, ataron cabos y creen que soy yo. El resto del pueblo hizo que fuera aún más creíble. Sé que es algo descabellado, pero por probar no perdemos nada.

—Perder, no sé, pero ganar... Como mínimo, te llevas unos buenos besos de esos que te dejan atolondrada —se burla Chispas—. Ah, no, perdona, ¿cómo era...? Ah, sí, un tropiezo de bocas.

—No va de eso. —Lo golpeo en el hombro con el puño.

—No va, pero, si yo fuera tú, me aprovecharía tanto como pudiera —sugiere Sio alzando su copa hacia mí.

Me viene a la mente el momento del beso. También el de la comisaría, con mis manos sobre su pecho y la suya en mi culo.

—Eso lo tengo claro. Demasiado tiempo en barbecho. —Cojo la mía y brindo con ella. El cóctel será de un verde radiactivo y de nombre sospechoso pero está dulce y fresco. Casi adictivo.

—Y encima tienes suerte, porque el tío está cañón. Ahora que ya no lo odiamos, podemos decirlo en voz alta, ¿no? —Sonríe con los dientes apretados, como la niña del famoso *gif*.

—Podemos. —Asiento mientras recuerdo la sensación al acariciar su pecho—. Reconozco que nunca me había detenido a mirarlo, pero sí, es guapo.

—Con lo que a ti te gustan los tíos de uniforme —se burla Siobhan.

—Eso no lo sabía, puedo pedir a mi madre que me mande el militar. —Se ríe Chispas.

—¿El blanco, como en *Oficial y caballero*? —pregunta Poppy, que hasta ahora se mantenía callada.

—Ese mismo. ¿A ti también te pone? —Ella afirma con la cabeza y le guiña el ojo—. Vaya, vaya... Lo que aprende uno en una noche de chicas.

Bromeamos un poco sobre el tema hasta que Poppy me pregunta acerca de la rivalidad, su tía le ha hablado de una pelea entre familias. Le cuento la historia que empezó con nuestras bisabuelas y la nula relación que hemos mantenido Justice y yo hasta hace unas semanas.

—Yo no sé si podría. El amor ya es lo suficientemente complicado. —Sacude la cabeza como si quisiera librarse de un mal recuerdo.

—Yo tampoco lo veo claro. Lo planteas como algo seguro y sencillo, aunque a mí me suena a arriesgado y complicado —añade Logan y después chasquea la lengua—. Que diga la verdad a

esas viejas amargadas, que lo dejen tranquilo de una puta vez y, de paso, a vosotras.

—No será porque no lo haya intentado. Es una medida algo drástica, pero esperemos que eficaz. Además, confieso que me da vidilla imaginar cómo debe de joderles que estemos juntos.

—Ten cuidado, ya hemos visto de lo que son capaces. Ahora que he firmado y voy a abrir Diotima...

—Pobre de ellas que se les ocurra intentar algo con alguno de vosotros —la interrumpo. La cojo fuerte de la mano, obligándola a que me mire—. Eso sí que sería la guerra.

Por un momento me dejo llevar por ese camino, en el que las Reed urden alguno de sus planes. Siobhan sabe que la defenderé; ellas tienen contactos, pero las Briand no nos quedamos atrás. Me pregunto qué haría Justice en ese caso, ahora que vive en el pueblo, y sabe de primera mano cómo se las gastan las de su familia.

—¡Haz el amor y no la guerra! —brinda Poppy, y todos nos unimos. Ha interrumpido en el momento justo. Miro a Sio y veo que ella también prefiere no pensar en ello.

—Mejor aún, haz la guerra haciendo el amor —sugiere Logan.

—Y, ¿qué dice tu familia?, ¿se lo has contado? —pregunta Siobhan.

—Sí, este mediodía. Lo ven como una oportunidad para cerrar el círculo. Según la abuela, estamos bajo la influencia de la conjunción de Venus y Marte. Dos fuerzas opuestas, Marte, el dios de la guerra, y Venus, la diosa del amor, librando una lucha contra el mal.

—Me la has puesto dura.

—¡Asqueroso! —me quejo y le doy una patada por debajo la mesa—. Suena a incesto.

—Perdona si la inteligencia me parece sexi.

—¿De verdad? —replica Poppy, incrédula.

—¿Quieres verlo, tocarlo?

—Digo —lo ignora. A Siobhan y a mí nos da un ataque de risa— que si alguien inteligente y que habla de algo que conoce no te parece un pedante.

Ahora mismo su energía es una llamarada azotada por la brisa. Empiezo a atar cabos. La insinuación en la cena de una jefa cabrona, de un exnovio, que encima es compañero de trabajo. Una relación que ha dejado un mal recuerdo. Alguien que la arrincona y la silencia.

—Eso es de ser un mierda, un cabrón, un egocéntrico...

—Frena —le pido a Sio. La conozco y, cuando empieza a ponerse así, no hay quien la detenga—, todos sabemos a lo que te refieres.

—Ella parece que no. —Señala a Poppy, que ahora mismo tiene la cara descompuesta y con ganas de huir.

—No es lo que dicen, sino cómo lo dicen —murmura Logan, sentado a su lado. Su voz es calmada y tranquilizadora—. Hay una gran diferencia entre el que lo hace mostrando su pasión y quien solo busca chulear. Por cierto, a quien le moleste estar enfrente de una mujer más

inteligente que él no merece ni un segundo de tu atención.

42 Una decisión atragantada

—Hablando de pasión, me quedé con ganas de que tu tía me leyera la mano —me confiesa Poppy con una sonrisa a caballo entre el miedo y el interés.

—No a todo el mundo le gusta saber su porvenir. —Al mirarla, adivino lo que la inquieta—. Y, sobre todo, no se juzga a nadie.

—¿Tú sabes leerlas?

—Sé un poco de todo, pero no soy experta en nada.

Agradezco el cambio de tema y tiendo mi mano para que ella ponga su derecha encima de la mía. Los altavoces vibran con «Tírame un salvavidas, esto es demasiado».

—Perdona, están manchadas por las flores y llenas de pinchazos y cortes...

—A mí no me molesta, ¿y a ti?

Se encoge de hombros al tiempo que me regala una sonrisa risueña.

—No. Reconozco que he disfrutado. No imaginaba que algo tan artístico me gustaría.

—Se lee perfectamente y dice que te quedes. Esta paleta de colores te sienta mejor que el gris de Jacksonville.

—Si fuera tan fácil... La vida es complicada.

—Nosotros somos quienes la hacemos tan jodida. Solo somos carne y hueso —le responde Logan.

Si hay algo que me gusta de él es que es cambiante. Todo lo convierte en un reto. Suele ser el más burlón e irónico, pero esta noche, en cuanto ha visto la fragilidad de Poppy, se ha volcado en mostrarle su apoyo y que se sienta comprendida.

—Pero nos toca fingir que somos de hierro —responde ella con un deje de amargura.

—Hay que aprender a decir «no» —insiste él. Se miran a los ojos y yo me siento una entrometida, aquí en medio, con su mano aún sobre la mía.

Poppy carraspea y se desprende de la mirada de Logan. Cuando sus ojos encuentran los míos, de nuevo, le doy un apretón.

—Ese malestar que sientes es solo una decisión atragantada.

Poppy se muerde el labio, presa de la sobredosis de emociones que ahora mismo la embarga.

—Eh, recuerda el elefante —murmura Chispas a su lado, y ella le regala una sonrisa llena de

esperanza.

—No sé en qué punto estás, pero que la edad no nos robe las ganas de soñar y hacerlos realidad —añade Sio—. No hace mucho alguien me dijo que estamos en el mejor momento para liarnos la manta a la cabeza y arriesgar.

Sé que lo dice por mí y suelto una pequeña carcajada, bajando la vista de nuevo a la mano de Poppy. Algo me llama la atención, hago que estire la palma y la muevo hacia un lado y otro para verla bien bajo estas luces en forma de medusa.

—Curioso. —Resigo con el índice su línea de la vida.

—¿El qué? —Su voz está llena de interés. Le pido que me muestre la otra mano. Suele leerse la derecha, pero en algunos casos se requiere la izquierda para determinar la interpretación.

—Esta elipse... Es como si tu vida se doblara.

—¿Hay un Jamie esperándome al otro lado de las piedras? —bromea a pesar de que su rostro se cubre con un velo de pavor.

Ella no quiere seguir y yo tampoco. Algo me quema por dentro, pero como no sé qué es, lo ignoro. A veces me ocurre, es como si recibiera una señal del cosmos que no soy capaz de detectar de forma nítida. Con mi familia siempre bromeo con que soy una radio mal sintonizada.

—¿Hay algo sobre el amor? —Retira la mano y, para disimular, coge la copa y da un trago.

—Chispas está en una web de citas. —Sonríe y yo también doy un sorbo a mi Nemo. El hielo se ha derretido y está demasiado aguado.

Los dos se sonrojan y beben sin quitarse los ojos de encima.

—Déjalo, alcahueta —refunfuña él.

—Solo he puesto las cartas sobre la mesa.

—Guarda la baraja —añade ella.

—Pues vamos a ver qué dice tu horóscopo. —Saco el móvil y le pregunto por su fecha de cumpleaños.

No me sorprende descubrir que es una virgo con capricornio como ascendente. Meticulosa, detallista, observadora. Desconfía de lo que no conoce y es de las que prefiere tener un círculo cercano y reducido. La luna en tauro lo reafirma, adora la seguridad y es paciente. Tiene a Neptuno en la casa cinco, esto me habla de amores platónicos. Con altas expectativas amorosas, lo que le comporta decepciones. En la carta veo que tiene bastantes planetas en el hemisferio norte, lo que me dice que es reservada y algo introvertida, que se enfatiza al tener a más de cuatro planetas en retrógrado. Más de una vez debe de sentirse fuera de lugar, como una extraterrestre.

Seguimos charlando y riendo. Ellas se van a la barra a pedir otra ronda. Es medianoche y debería irme a casa. Mañana tengo que abrir la tienda, pero reconozco que me lo estoy pasando muy bien. A veces, una salida con amigos es tan reparadora como dormir doce horas. El silencio

en la mesa hace que piense en Justice. Me preocupa un poco cómo se tomará la noticia su familia. Después recuerdo que para ellas esto es «real» desde hace semanas. Hoy no ha cambiado nada. Freno este tren de pensamientos antes de que me arrolle. Suspiro y miro al techo. Un pulpo demasiado rosa me mira con cara de vacilón y yo le saco la lengua.

—Antes de que te pongas a charlar con el cangrejo que tienes a tu espalda, será mejor que te saque a bailar. —Chispas se pone en pie y me tiende la mano.

—¿Tú sabes bailar?

—A mi madre le encanta y mi padre lo aborrece, así que me tocó ser su acompañante. Ahora que lo pienso, nunca le he dado las gracias.

—¿Te ha servido para ligar mucho? —pregunto al tiempo que me pongo en pie.

—Pues la verdad es que saber mover las caderas es todo ventajas. —Se acerca y hace una demostración, y mi instinto levanta la rodilla en defensa—. Tranquila, fiera.

—Guarda tu don para otra ocasión.

La pista está llena de parejas. Ha acabado la canción y empieza el piano de [*Dancing with your ghost*](#).

—¿Fuiste al baile de fin de curso? —Me rodea con un brazo y me ofrece su mano.

—Yo... digamos que iba a ir, pero no llegamos a salir del coche. —Se ríe con nostalgia al recordar lo sucedido. No hace falta que me explique nada más, he entendido perfectamente cómo pasó la noche.

—Serás... —digo, tirándole del pelo de la nuca.

—Eh, fue ella la que se me abalanzó en un semáforo. Dijo que estaba tan increíble con esmoquin que no podía resistirse.

—¿Ves?, un traje siempre nos pone... —me burlo.

—¿Cómo puede ser que no me haya dado cuenta antes?

En el estribillo, me hace dar una vuelta y después apoyo la frente en su pecho y cierro los ojos. «Cada noche estoy bailando con tu fantasma» canta Sasha con voz dulce. Imagino a ese Logan de chaval, recolocándose la pajarita antes de salir de casa. Luego lo veo en un desierto, vestido de militar, con pantalones cargo y camiseta verde. Siento esa sensación de que alguien te mira y, al alzar la vista sobre su hombro, lo veo. Al principio, la imagen es borrosa, pero se vuelve cada vez más nítida.

—¿Quién es? —pregunto en un susurro. Es como ver una postal o una vieja fotografía, esas que te atrapan y te transportan. Puedo sentir el calor del desierto, el aire seco que huele a polvo y la calidez de una sonrisa.

—¿Quién?

—El chico del pozo —respondo.

Logan tarda un instante en tensar todo su cuerpo. Se pone alerta como un animal salvaje

acorralado. Se aparta y me mira a los ojos. Oscuros, brillantes. Amenazadores. Le tiembla el labio inferior. Suelta mi mano y se frota la cara. Leo su expresión y reacciono.

—Un chico... al fondo. Detrás de ti. Me estaba mirando. —No dice nada, pero se gira de inmediato. Sus ojos se pasean por el local de un lado a otro, buscando con esa necesidad de encontrar—. No lo veo... —murmuro con la voz trabada—. Voy un momento al baño.

Corro hasta que cierro la puerta tras de mí y me apoyo en ella. Aprieto los párpados con fuerza, la imagen ya no está, pero me ha dejado mal cuerpo. Es raro que yo tenga visiones. Es el don de mi tía. Cuando me ocurren, me acojono y no sé qué hacer. Como ahora. Necesito hablar con tía Clarisse. Al volver a la mesa, Logan ya no está. Se ha despedido diciendo que estaba cansado.

—Sí, yo también debería irme, mañana madrugo.

43 Ver

Ni me planteo volver a casa, camino hasta mi lugar seguro. El único donde ahora mismo puedo obtener alguna de las respuestas que tanto ansío. No me sorprende ver luz en la buhardilla. Mi tía es un pájaro de noche. La llamo al móvil para no despertar a las demás. En un par de parpadeos ya me ha abierto la puerta y me ofrece sus brazos. Casa. Seguridad. Su olor a bergamota y gardenia es mi búnker.

Clarisse es una libra con ascendente en cáncer. Es una persona equilibrada y comprensiva. Con una empatía natural. Lo que llama más la atención de su carta natal es el *stellium*, muchos planetas juntos, que tiene en la casa doce y que le aportan una espiritualidad muy elevada, una conexión con lo invisible.

—Siento las horas —me excuso, y ella me silencia con un murmullo que es la nana que me cantaban de pequeña. El abrazo se intensifica.

—¿Qué pasa? —me pregunta después de que lance un profundo suspiro.

—Acabo de tener una visión —susurro, aún con la aprensión agarrada a la garganta.

Suelta una exclamación y se aparta. Pasa su brazo sobre mis hombros y vamos hasta la cocina. Que no quiera soltarme, que sepa que necesito ese contacto para mantenerme cuerda, es un bálsamo. Es ese tipo de felicidad de la que no siempre somos conscientes. El secreto de la vida es rodearte de gente que sabe lo que necesitas sin pedirlo.

No me sorprende que se dirija a la alacena y al volver lo haga con una botella cuya etiqueta está escrita a mano. Si fuera Nunú, me serviría un vaso de leche con miel y unas galletas. La abuela sería más partidaria de una infusión que prepararía con alguna de las hierbas que cultiva en el invernadero y mi madre sacaría su maletín de homeopatía. Mi padre haría que me pusiera las zapatillas y salir a correr mientras le cuento lo ocurrido. Antes de sentarme, cojo dos copas y, de paso, abro el armario donde guardan el pan y la mantequilla de cacahuete. Necesito meter algo sólido que sea capaz de hacer esponja.

—¿Quieres hablar de ello? —Nos sirve ese brebaje de color dorado que huele a hierbas de verano y un rastro de humo. Las bebemos de un trago y el calor serpentea desde la garganta hasta las profundidades de mi estómago. Vuelve a rellenar las copas.

La primera respuesta es no, pero es el miedo quien habla. La verdad es que si he venido hasta

aquí es porque necesito hacerlo. Afrontarlo. Corto dos rebanadas del pan, hoy es de trigo sarraceno y lino, y las unto con la mantequilla casera. Somos de las que preferimos cocinar que comprar. Entre mordisco y mordico, y algún que otro suspiro, le hablo de la cena, de cuando Poppy me ha pedido que le leyera la mano, de las bromas, de lo bien que lo estábamos pasando hasta que hemos ido a bailar. Sé que es importante que sepa lo que ocurría antes del momento. Si hay algo que lo ha predispuesto. Cómo me sentía.

—Me he imaginado a un Logan joven, vestido de traje para asistir al baile de fin de curso; luego, de militar y, después, esa sensación de que alguien te mira. Le he preguntado quién era el chico del pozo y se ha tensado al instante. Como si hubiera entendido a la primera de quién y de qué imagen le hablaba.

Puede que simplemente fuera la canción de Sasha que habla de perder a alguien querido, del dolor de la pérdida y de no saber cómo despedirse.

—¿Qué te ha dicho?

—Se ha acojonado, y yo he saltado diciendo que había alguien en el fondo del local que parecía mirarnos. Luego, me he escapado al baño y, al salir, él ya se había ido.

—¿Cómo te sientes?

Me distraigo con los helechos que decoran su bata. Lleva el pelo suelto, largo hasta casi la cintura. Parece etérea, quien quiera que la vea y no la conozca sería incapaz de adivinar su edad.

—Agotada. Con la cabeza espesa... No consigo quitarme esa imagen.

—Has roto el contacto tan rápido que te has quedado a medias. —Me acaricia la mano en un masaje sutil que busca calmarme y decirme que está aquí—. ¿Qué sensación te ha llegado?

—Buena. Cálida. Tierna. Puede ser...

—Sí. —Asiente y me regala una sonrisa dulce—. Creo que la visión es que has conectado con un recuerdo de Logan. Seguramente, él estaba pensado en ello en ese momento. No hay duda de que esa persona es importante para él, tú has percibido la energía que le produce.

Ahora entiendo por qué la escena era tan vívida, podía oler el polvo del desierto y he sentido el calor de la sonrisa del chico.

—¿Debería ir a verlo?

—No. Creo que es mejor que esperes a mañana. Necesitas descansar.

—No sé si podré.

—Sabemos lo receptiva que eres. Para lo bueno y lo malo. Puede que, con lo sucedido estos últimos días y el cansancio que llevas encima, seas más propensa a canalizar todo a tu alrededor, pero no tienes que tener miedo a este don.

—No es solo el miedo. —Suelto un suspiro. Si me centro y aparto ese pavor inicial, si me detengo a escuchar lo que siento, es un profundo dolor—. Es que... creo que se querían. Y que el chico del pozo ya no está.

Mi tía asiente. Qué complicado es poner palabras a las emociones y sensaciones. Me dice que confíe en mi instinto. Que acoja este poder. Que todo tiene un sentido, aunque muchas veces no sepamos entenderlo hasta más tarde.

44 Preciosa

Sábado, 19 de febrero

—¿Qué haces aquí? —La voz de Skylar me pilló por sorpresa y pego un brinco. Suelta una carcajada mientras se sienta a mi lado en la grada. No sé cuál de las dos está más sorprendida de ver a la otra en el campo.

—Podría preguntarte lo mismo —respondo, burlona como ella—. No tienes pinta de ser de las que calientan banquillo los sábados por la mañana.

No sabía si iba a aceptar la sugerencia de Justice de venir, pero en cuanto me he levantado, lo he tenido claro. Sí, sé lo que piensas y sí, tienes razón, solo es una mera estrategia para ignorar lo que ocurrió ayer por la noche con Logan. Estoy retrasando el momento de vernos porque lo de fingir no lo llevo muy bien. Sobre todo delante de la gente que de verdad me importa. Voy a hacer lo que me ha dicho mi tía, darnos algo de tiempo. Puede que por eso se ha mostrado tan dispuesta a encargarse de abrir la tienda.

He venido y me he sentado arriba del todo buscando pasar desapercibida, pero no lo he conseguido. Siento un montón de ojos clavados en mí. Hay unos cuantos padres, muy pocas madres, un puñado de chiquillos, supongo que de los de primer año, y muchas chicas.

—Ni tú —bromea, y yo aterrizo al presente—. El siete.

—¿Perdón?

Vuelve la cabeza hacia el campo y yo sigo la trayectoria de su mirada.

—El número siete. Tyler. Vamos juntos a Historia. Aparte de algún saludo por el pasillo y una que otra mirada esquiva en clase, no habíamos hablado hasta la semana pasada. Fue en tu parada del paseo marítimo, iba con su hermana pequeña y le compró un hada. El lunes nos encontramos justo al entrar en el comedor y, desde entonces, nos hemos «tropezado» —entrecomilla la palabra y deja claro que no siempre ha sido por casualidad— cada dos por tres. Ayer me invitó a venir.

—Es guapo. —Es alto, de constitución delgada, comparado con algunos de sus compañeros. Tiene el pelo rubio y ondulado.

—Oh, sí —afirma y alza los hombros como si quisiera esconder esa sonrisa que solo el primer amor provoca.

—Ahora entiendo mejor la fuerza que emanabas el jueves cuando viniste a la tienda.

Puede que el amor nos ciegue pero nos hace brillar.

Unos gritos me hacen volver la vista al frente. Justice está rodeado de sus jugadores, juntan las manos y luego sueltan un grito de guerra. Después, cada uno pasa al lado de la langosta, la mascota, chocan los cinco y ocupan su sitio en el campo. Justo entonces, Justice alza la mirada hacia las gradas, buscándome. Me levanto y grito palabras de ánimo. Cuando nuestros ojos se encuentran, me saluda con la mano y yo le copio el gesto. Sé que acabo de decir que no sé fingir delante de la gente que me importa y al mismo tiempo aquí estoy, haciendo de novia guay que viene a animar a su novio a pesar de no entender una mierda de béisbol.

—Así que tú y el entrenador...

—Eso parece. —Me encojo de hombros, como ha hecho ella hace un momento.

El motivo, por eso, es algo distinto. Yo lo he hecho como evasiva porque, a pesar de haberle dicho ayer a Justice que aceptaba su propuesta y de que he venido a ver el partido, no sé muy bien qué estoy haciendo. Hacemos. Justice y yo. Ahora mismo el plan me parece lleno de fisuras. Pienso en ello mientras empieza el partido. Cada vez que gritan *strike* o vitorean me uno al cántico. Skylar ha entrado en modo concentración. Solo ve a su chico. Sigue y comenta cada jugada; cuando le pregunto cómo sabe tanto, me confiesa que se ha pasado la noche estudiando el juego. ¡Por Venus, lo que somos capaces de hacer por amor!

—Acaba... —me pide, sentándose de golpe.

—No tengo ni idea de béisbol, pero eso es lenguaje universal y significa que esa carrera que acaba de hacer te la ha dedicado. —Sus mejillas se tiñen de un tono que todas las marcas de cosméticos querían tener en su catálogo. Tyler aún está mirando hacia la bancada donde estamos nosotras. Choco mi hombro con el de ella, Skylar alza la vista y, llevada por la emoción, le manda un beso.

Con el pitido de fin del partido, los gritos se multiplican y la banda empieza a tocar [*A sky full of stars*](#) para acompañar a las animadoras. La langosta baila al lado de los jugadores. La gente abandona las gradas y salta al terreno de juego. Nosotras nos miramos dudando un instante, el brillo y la energía que desprende se me contagia, por lo que la cojo del codo y tiro de ella hacia las escaleras. Sé que se muere por bajar y lanzarse a los brazos del número 7. Los jugadores de los dos equipos se dan la mano y los visitantes se van con la cabeza gacha hacia los vestidores. Los nuestros, sí, ya me siento una «langosta» más, siguen en el campo. En cuanto pisamos el terreno, Tyler ya está a nuestro lado. Los dejo solos y camino en busca de Justice, que habla con el otro entrenador. No sé si con tanto ruido puede oír mis pasos o es solo su instinto, pero se da la vuelta y, al verme, me regala una sonrisa preciosa y sexi que me envalentona. Echo a correr

hacia él y, por suerte, intuye mi idea y me coge al vuelo. Menos mal, hubiera quedado fatal pegarme una hostia contra ese muro que llama pecho.

—Déjame adivinar, ¿fingiendo ser la novia orgullosa de su novio?

Mi acto no parece molestarle, todo lo contrario, al teatro le añade un par de vueltas con mis piernas volando en el aire. Miro hacia el cielo, es de un azul que hace que parezca que todo sea posible.

—Exacto. Felicidades.

Entre risas, me devuelve al suelo, pero sin apartar sus manos de mi cintura. Nuestras miradas se buscan, se encuentran, se enlazan. Hay cierta magia que es fugaz y está llena de vida.

—Joder, eres preciosa —susurra.

—¿*Joder*? —repito y le doy un golpe en el pecho—. ¡Lo dices como si te sorprendiera!

45 Prohibido... Hasta ahora (Justice)

—Joder, eres preciosa.

—¿*Joder*? —repite, golpeándome en el pecho—. ¡Lo dices como si te sorprendiera!

«Justice, eres un bocazas». Siempre he tenido claro que tengo un problema y es que suelo hablar sin pasar ningún filtro. Y el resultado de ser tan directo no siempre es bien recibido.

—No es eso —me excuso, atrapado por la forma en que me mira. Es como si me hiciera mil preguntas. Sonríe como si obtuviera todas las respuestas. Paseo mis manos con suavidad desde su espalda hasta la nuca y, de ahí, le acuno el rostro—. Lo digo porque creo que nunca me he permitido mirarte como ahora.

El mensaje que le mandé ayer fue un arrebato. Necesitaba confirmar de alguna forma que no había cambiado de opinión y solo se me ocurrió la excusa de invitarla al partido. La verdad es que no creía que viniera. Pero, cuando la he visto en las gradas, he tenido la certeza de que esto ha sido una buena idea y no podía haber escogido a nadie mejor para interpretar el papel de novia falsa. La propuesta era una auténtica locura y ella está tan loca, no solo por aceptar, sino por hacerlo del todo creíble. Tanto que, por momentos, olvido que nada de esto es real. Pero Cornelia es de carne y hueso. De una carne aterciopelada, sensual y sexi, como me muestran esos *shorts* que me han estado atormentando desde que la he visto por primera vez. Que su pelo huele a flores y a algo prohibido. Y que es preciosa. Es como si siempre la hubiera mirado con ojos de miope. De lejos y, encima, borroso. Pero ahora la tengo en mis brazos y todo se vuelve nítido. Sus ojos azules, cautivadores y desafiantes, que te gritan «a ver si te atreves» y los pómulos ligeramente resaltados. La nariz algo achatada, que no cumple con los estándares de belleza, pero que en su rostro no destaca. Su pelo negro como la noche en contraste con su piel clara, como si hubiera estado arando en la luna. Y, para guinda, esos labios jugosos y rosados.

—Ah, ya; por eso de que nuestras familias se creen los Montesco y los Capuleto, ¿no?

—Exacto. —Sonríe—. Gracias por venir.

—Ha sido divertido.

Una cacofonía de voces se acerca y me aparto. Neli hace un barrido por el campo y se detiene al ver a una pareja, Tyler está hablando con una chica morena que se ríe y se toca el pelo.

—Fíjate bien, estamos presenciando el inicio de un amor.

Voy a preguntar a qué se refiere cuando somos rodeados por una fragancia... a hormonas en pleno crecimiento.

—Oye, Neli, ¿te vienes con nosotros a comer tortitas para celebrar la victoria? Paga tu novio, nos lo prometió —le pregunta Ricky. Es un buen receptor, hábil e inteligente. Le veo un gran potencial.

Lo hice, fue el jueves en el entrenamiento. Me pareció una buena idea hacer algo fuera del campo que nos una como equipo. Ahora mismo, me apetece igual que ir a comer con mi madre. Aunque ella huele mucho mejor que esta pandilla.

—Seríais capaces de ganar la Super Bowl con tal de comer gratis.

—Gracias, suena bien, pero voy a declinar la invitación. No creo ser capaz de lidiar con tanta testosterona.

—Estás rodeada de sementales —dice Denis, el capitán, que por esas casualidades lo tengo justo al lado para darle una colleja.

—Lo siento, entrenador. En mi cabeza molaba, Diana rodeada de ciervos...

—Ya salió el Hobbit —ríe Ricky.

—Es mitología —lo corrige, dándole un puñetazo en el hombro.

—Ahí va el historiador —añade Anderson.

—¿Esto es siempre así? —me pide Neli, que se ha puesto de puntillas para poder susurrármelo al oído.

—Acabo de llegar, pero por lo que recuerdo de esa época... aún son bastante inocentes.

Mi mente vuelve a aquellos años, cuando solo éramos sueños por conseguir.

—Venga, vente, será divertido —insiste Jenny, la capitana de las animadoras, que también se han unido a nuestro corrillo.

—De verdad que no puedo, pero gracias.

—¿Tienes que hacer cosas de brujas? —pregunta Denis. Me tenso al oír la palabra y voy a darle otra colleja, pero la risa de Neli me frena. No se ha ofendido por el comentario.

—Exacto. Tengo a un príncipe que no sé cómo va a terminar. Si en rana o en hombre.

—¡Hombre! —gritan de forma unánime tanto ellos como ellas. Pero estas últimas añaden una risa de esas diabólicas que hacen huir.

—Ya nos encargaremos nosotras de que la opción de pasarse el día en una charca comiendo moscas no les parezca tan mala idea —añade Jenny, colocándose bien la coleta.

Denis suspira y los dos se miran, desafiándose. Está claro que están peleados, lo que no tengo claro es si salían juntos o no, pero algo me dice que sí.

—Felicidades por la victoria. Me voy, tengo que volver a la tienda. Nos vemos, Jujú. —Neli se pone de puntillas y me da un beso, es tan rápido que sus labios ni siquiera rozan los míos.

Después la veo marcharse y mis ojos se pierden en el sutil baile de sus caderas. Malditos

shorts, me han atormentado todo el partido y tengo claro que los cabrones se van a venir a casa y se acoplarán a mis sueños.

—¿Jujú..., entrenador? —se burla Anderson entre dientes.

—Es mejor que «cachorrito» —se mofa Ricky.

—Me las vas a pagar —le grito, y ella me mira por encima del hombro y me saca la lengua.

—Lo estoy deseando.

46 Primera ronda

20:20 P.M.

Neli

Hola,
solo quería saber si has sobrevivido.

Justice

Hola, Cacahuete.
No me lo recuerdes.
Había olvidado lo que puede llegar a comer
un chaval de dieciséis años.
Me han dejado la tarjeta tiritando.

Neli

¿Cacahuete?

Justice

¿Prefieres Sardinilla?
¿Cheerios?
¿Reese's?

Neli

Mi abuela me llama Salmonete,
SOLO ELLA.
Y tú parece que tienes hambre.

Justice

Chad y sus leyes de barco...

Está prohibido cenar hasta que no pesquemos.

Neli

Uy, pues será mejor
que deje que te concentres.

Justice

¿Qué te parece
el miércoles para nuestra cita?

Neli

Perfecto.
Disfruta del finde.

Justice

Y tú.
Descansa mucho.

23:50 P.M.

Justice

Hay una luna gorda y brillante,
me ha hecho pensar en ti.

Neli

¿Por lo gorda o lo brillante?

Justice

Por la Lunática.
Vaya idea tienes de mí.

Neli

No te conozco.
Solo sé que eres un loco que ha pedido
a la enemiga de su familia

fingir que tienen una relación.

Justice

Dice la loca que ha aceptado.

Neli

Dos locos haciendo una locura...

¿Qué puede salir mal?

Justice

¿No has oído eso de que las
peores ideas son siempre las mejores?

Neli

Me suena, sí.

Volviendo a la gorda y brillante...

Sí, está preciosa.

Aquí hay alguna nube
y parece que va vestida de Saturno.

Salúdala.

Justice

¿A la luna?

Neli

Claro.

Obsérvala y siente su poder.

Justice

¿Es lo que tú haces?

Neli

Yo estaba en el
jardín bailando bajo su luz.

Justice

¿Desnuda?

Neli

¿Por qué siempre se relaciona
la desnudez con las brujas?

Justice

¿Por volver al origen?
¿Por natural y pureza?

Neli

Ahí has estado bien.

Justice

Entonces, la miro,
la saludo y... ¿bailo?

Neli

Lo que sientas.
Deja que te llegue su fuerza,
como las mareas o los moluscos.

Justice

¿Quieres que sea como una ostra?

Neli

No.
Tu energía es como la del océano.

Justice

No sé si estoy demasiado ebrio
o demasiado sereno para entender lo que dices.

Neli

Dame tiempo y te enseñaré algunos
de los secretos del universo.

Justice

Suena interesante.

Buenas noches, bruja.

Neli

Buenas noches, neófito.

47 Segunda ronda

Domingo, 20 de febrero

15:08 P.M.

Justice

¿Hay reglas?

Neli

¿Reglas?

Justice

Qué está permitido y qué no.

Las relaciones se me dan fatal

y esta, además, es falsa.

Neli

Olvidaba que tengo delante a un poli.

No sé, señor-que-hace-cumplir-la-ley,

¿las hay?

Justice

Oh, disculpa,

yo tampoco me acordaba de que tenía delante

a una bruja que se rige por las leyes del universo.

Neli

No creo que nos sirvan

ni las terrenales

ni las de la naturaleza.

Justice

En eso estamos de acuerdo.

Neli

No has respondido.

Justice

Tú tampoco.

Neli

Supongo que podemos ir viendo.

Como hasta ahora.

Si uno de los dos hace algo
que no agrada al otro, se dice y punto.

Justice

¿Improvisar?

Neli

Sí, es una forma de ir por la vida
y no está mal.
Te lo prometo.

Justice

Me acaban de preguntar si estamos
intercambiando mensajes guarros.

Neli

¿No les has dicho la verdad?

Justice

No.

Cuanto menos se sepa, mejor.

¿Tú se lo has contado
a alguien más que a tu familia?

Neli

Sí.
Lo siento, no habíamos hablado de ello.
Lo sabe Siobhan, Chispas y Poppy.
Sé que no dirán nada.
Son tus amigos, ¿no te molesta mentirles?

Justice

No te disculpes, no pasa nada.
Confío en ellos, pero de momento prefiero
guardármelo para mí.

No sé por qué, pero me gusta la idea de algo secreto y solo nuestro.

Neli

Si no voy confundida,
Carter es don Cotilleos, ¿no?

Justice

Exacto.
Así que, dime, novia,
¿eres de las que mandarían una foto
a su novio para que le dé calor durante
la fría noche que le espera?

Neli

Ni lo sueñes.

Justice

Puedo censurar mi mente durante el día,
pero en sueños soy libre de imaginarte
con un pijama muy sexi.

Neli

Deja la cerveza y pásate al agua.
Y, para tu información, duermo desnuda.

Justice

Se te da bien.

Neli

¿El qué?

Justice

Provocarme.

Neli

Soy una novia diez ;)

Justice

Empiezo a darme cuenta.

48 Tauro

21:13 P.M.

Neli

¿Sabes el día y la hora en que naciste?

Justice

15/05/1988. 19:05PM.

¿Vas a leerme el futuro?

Neli

Quiero saber qué me dice
el universo de ti.

Justice

Nunca he entendido

eso de que un signo te defina...

No conozco a dos tauro iguales.

Neli

Porque no solo importa la posición del sol
el día en que naciste.

Tu personalidad y cómo te relacionas
depende de dónde estaban
los planetas y los signos.

Es matemática.

Aunque los escépticos
lo describan como frases confusas
y mentiras piadosas.

Justice

Ahora estoy deseando saber
cómo soy según la astrología.

Neli

Te lo contaré en nuestra cita.

En cuanto cierro el teléfono, cojo la tableta y abro la página *online* donde calcular la carta. Añado sus datos y, al clicar sobre el botón de *enter*, me aparece un retrato de Justice dibujado por las estrellas. Tauro tanto solar como lunar y ascendente en escorpio. Se mueve en tierra y agua fija. Cauteloso y realista. Generoso, tranquilo, pero también tenaz. Es precavido, de los que se lo piensan todo antes de dar un paso. Puede llegar a ser rígido, posesivo, rencoroso y goloso. Son personas serenas y pacientes, funcionan bien bajo estrés —tiene a Marte en acuario— y encuentran soluciones rápidas y prácticas. Les gusta controlar el entorno y son capaces de transmitir calma a los demás, lo que le va perfecto con su profesión. Tiene a Mercurio en sagitario, lo que lo hace una persona sincera y con sentido del humor.

49 Tercera ronda

Lunes, 21 de febrero

9:40 A.M.

Justice

Buenos días,
espero que hayas descansado mucho y bien.

Neli

Buenos días,
he dormido de maravilla.
Veo que no has muerto de frío.
Me alegro.

Justice

Soñar cosas ardientes... ayuda ;)

Neli

¿Has soñado con un plato de sopa?

Justice

He soñado.
No preguntes cosas que ni
estás dispuesta a escuchar
ni yo a confesar.

De momento ;)

Neli

De momento ;)

Justice

Estaba consultando el tiempo en el móvil,
y es curioso cómo todos fingen estar
ocupados, pero, por el rabillo del ojo,
los veo pendientes de mí.

Neli

Lo sé, yo tampoco me acostumbro
a ese interés que hemos creado.

Justice

¿Te apetece hacer un juego?
¿Tienes tiempo?

Neli

No pienso moverme del sofá
en todo el día.
¿En qué estás pensando?

Justice

Ronda de preguntas rápidas
hasta que alguno me diga algo.

Neli

Venga.
Pero hagámoslo interesante.
Nos apostamos quién paga la cena.
Yo digo que no tardaran ni cuatro preguntas.

Justice

Acepto.
Yo digo diez.
Empiezo. ¿Color?

Neli

No tengo favorito.
Va por emociones. Por instantes.
Si pudieras viajar al pasado,
¿qué momento revivirás una y otra vez?

Justice

El día del primer partido con los Jays.
Sentí que había logrado todo lo que había soñado.
Sin mis padres. Solo por mí.
¿Un superpoder?

Neli

Aliviar el dolor.
¿Qué quieres ser de mayor?

Justice

Esa me la sé. Feliz.
¿Un viaje?

Neli

Al espacio.
Aunque me conformo con visitar Normandía
y conocer la tierra de mi bisabuela.

Justice

¿Sabes francés?

Neli

La bisabuela era bilingüe,
de padre francés y madre inglesa.
Todas hemos aprendido las dos lenguas.

Justice

Te acompañaría encantado.

Lo único es que me chifla la idea de volar,
pero, en realidad, no soporto la altura.
¿Una comida?

Neli

Cualquier plato que cocine Georgia.
Dime algo que a la última
persona a quien se lo contarías fuera a mí.

Justice

¿Siempre haces preguntas tan complicadas?
¿Dónde ha quedado lo de una película,
tu canción favorita?

Neli

Porque las preguntas habituales
tienen respuestas aburridas.
No has respondido.

Justice

Siempre que volvía a casa,
eras de las primeras personas que veía.
Tenía la sensación de no haber vuelto
al pueblo hasta que me cruzaba contigo.

Neli

Oh, no esperaba tal confesión.

Nuestra vida ha estado ligada desde que nacimos. Puede que no hubiéramos intercambiado una palabra hasta hace quince días, pero lo que acaba de confesar demuestra que, igualmente, hemos estado pendientes el uno del otro. En la distancia, en la ignorancia, pero el hilo que nos separa también es el que nos une.

Justice

Me limito a contestar.

Vas a morir mañana,
¿qué te arrepentirías de no haber hecho?

Neli

Vas aprendiendo... Mmm...
La lista es larga,
pero, por ejemplo, ser madre.
¿A qué no puedes resistirte?

Justice

A una sonrisa sincera.
¿Sigues creyendo que esto es buena idea?

Neli

Sí.
¿Tú has cambiado de opinión?
Por cierto, ¿aún no te han dicho nada?

Justice

Yo tampoco me arrepiento.
Hora de confesar que no han aguantado ni dos preguntas...

Neli

Haces trampas, poli.

Justice

Se hace lo que se puede, bruja.

50 Martes de mierda y sin beso

Justice

Buenos días,
los chicos preguntan si hoy no nos traes el desayuno.

Neli

Diles que no puedo, que estoy quitando mierda.

Justice

¿Literal o forma de hablar?
¿Un mal día?

Malo es quedarse corto. Primero, por Logan, que me ha saludado con evasivas, me ha servido el café con prisas y se ha escondido en la cocina. He entendido que no quiere hablar y, de momento, ni verme. Así que aceptaré el espacio que me pide. Maggie estaba allí y diría que ni se ha percatado. Me ha dado las gracias por la buena acogida que le hemos ofrecido a Poppy. Le he contestado que me ha caído muy bien. La guinda ha sido al llegar a la tienda y ver que la entrada estaba llena de caca de perro... que necesita una visita al veterinario de manera urgente. Esa cantidad y color —y pestazo— no me parece nada sano.

Neli

Literal.

¿Quieres pruebas para poder multar al dueño?

Justice

No.
Pero haremos una nueva campaña de concienciación.

Neli

Me sirve. Gracias.

Nos vemos.

Justice

¿Nos vemos?

Pero ¿qué clase de despedida es esa, *novia*?

Y solo con esa frase consigue que mis labios se curven y dibujen un conato de sonrisa. Rodéate de gente que haga feliz tu día a día, aunque sea un novio falso.

Neli

¿Y qué esperas?

Justice

¿Un beso?

¿Un emoticono amoroso lleno de intenciones?

Neli

Para eso deberíamos esperar al menos hasta la tercera cita.

Justice

Mañana tenemos la primera.

¿Te recojo al cerrar la tienda?

Neli

Perfecto.

Adiós, Jujú.

Justice

Adiós, bruja.

(Sin beso)

Me guardo el teléfono en el bolsillo trasero, miro hacia el cielo encapotado y suelto una risita de las que solo suenan por dentro. No sé muy bien qué estamos haciendo, hacia dónde vamos ni qué vamos a conseguir, pero, de momento, me estoy divirtiendo y eso es lo único que me importa. Por cierto, ¿soy la única a quien ese «sin beso» le ha sonado a uno lleno de intención, de

esos de labios húmedos y donde también intervienen las lenguas?

51 Una rana defendiendo a su princesa (Justice)

Pienso en la rana, en esa que está tan tranquila en la charca, tomando el sol, acompañada por el canto de los grillos y que, de tanto en tanto, saca la lengua para pillar algún insecto. Las chicas tienen razón, ahora mismo me parece un plan maravilloso porque ser hombre y adulto significa hacer cosas que no me apetece en absoluto, como por ejemplo ir a ver a mi madre a su casa. Digo «su casa» porque nunca la he sentido mía, ni siquiera «mi habitación». A pesar de las fotos, los trofeos y algún que otro libro, no hay nada que me represente ni me ate a él. Le tenía mucho más cariño a aquel antro que parecía un iglú —pocas veces he pasado tanto frío— y olía siempre a cera y pelo chamuscado que alquilé al llegar a Toronto.

Pero necesito hablar con mi madre. Saber si este silencio se va a alargar y qué significa. Si solo es enfado o es que está demasiado ocupada maquinando su siguiente ofensa contra las Briand. Si es así, voy a dejarle claro que cualquier cosa que haga que pueda perjudicar a Neli me lo hace a mí. Que, si tengo que posicionarme, lo haré a favor de ella.

La he llamado a media mañana para saber si podía verla a la hora de comer. Me la encuentro en el salón, colocando el ramo de flores que le entregan cada martes en la mesa principal.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —Ni un «hola», ni un beso, ni un «¿qué tal estás, hijo?». No me sorprende. En esta familia las muestras de cariño no se han llevado nunca, tampoco las conversaciones vacías. «Al grano, que tengo mucho que hacer», frase típica de mi padre.

—Deja de ser tan egocéntrica. Aunque te sorprenda, no actúo pensando en cómo fastidiarte. Solo me he enamorado, no tiene nada que ver contigo.

—Claro que tiene que ver. Con todas las mujeres que hay y tienes que fijarte en una Briand. No me fío, seguro que se te acercó por...

—Frena. —la interrumpo. Aunque su tono desprende desprecio, su rostro es inexpresivo—. Primero, fui yo quien le pidió salir. Segundo, no he venido a discutir ni a saber tu opinión. Soy feliz, ¿no es eso lo que esperabas al querer emparejarme con todas esas chicas que me has presentado desde que he vuelto?

—No compares. ¡Es una Briand!

—Olvida el pasado y mira hacia adelante. —Y añado la estocada final, porque he aprendido de ella y sé cómo hacerle perder la compostura—. Piensa en preparar una boda y en ser la mejor abuela.

Coge el jarrón y lo lanza contra la pared. Ahí está, la mujer de hierro que finge ser y que los de casa sabemos que tan solo es fachada.

—¿Casarte, hijos? Pero... ¡si no lleváis ni un mes saliendo!

—Me presentaste a Cindy Foreman y *solo* tardaste media hora en decirnos que nuestros hijos saldrían preciosos y que podríamos celebrar la boda en la casa del lago en otoño.

—Basta.

—Encantado.

52 Recuerdos que nos protegen

El ocaso tiñe el cielo de tonos pastel y me acompaña en mi paseo hasta casa. A través de los auriculares, [Rascal Flatts](#) canta: «No hay carga que no pueda sostener un camino tan difícil. Sé que estaré allí cuando llegue la luz. Solo diles que somos sobrevivientes». Al girar la esquina, veo que hay alguien sentado en el porche de casa, reconozco la silueta y mi corazón se salta un latido. Es Logan. Al verme, se pone en pie y se quita la gorra para peinarse en un gesto que revela que está tan nervioso como yo.

—Hola —digo en un murmullo, como si mi voz hubiera decidido fugarse a Italia a ponerse hasta arriba de vino y queso pecorino para no afrontar el momento que se viene. Busco las llaves en el bolso y las encuentro a la primera.

—Espero no molestarte.

—Claro que no. —Subo los escalones y abro la puerta—. Pasa, ¿una cerveza?

—Por favor.

Al abrir, Juno sale a recibirnos. Chispas se agacha y la coge en brazos. Ella ronronea contenta de que alguien le haga mimos. Me acompaña a la cocina en un silencio que se alimenta de nuestra inquietud y hace que todo tome un volumen más elevado. El ronroneo de Juno. El zumbido de la nevera. La puerta abriéndose. El *chin* de los botellines al chocar entre ellos. La puerta cerrándose. El clic del cajón abriéndose. El clac al quitar el tapón. Otro clac. El clic del cajón cerrándose. El minuterio del reloj. Unos pasos ligeros seguidos de otros más pesados. La puerta corredera del jardín, la mosquitera golpeando la madera, el canto de un gorrión y la brisa moviendo las ramas de la magnolia que está a punto de florecer. Nos sentamos en el columpio del porche y, cuando voy a disculparme, él se me adelanta.

—Siento lo de esta mañana. Es que... lo del viernes...

—Lo sé, no pasa nada. Soy yo la que te pide disculpas. No quería asustarte.

—Lo hiciste.

—Créeme que yo también me acojoné.

—¿Te ocurre a menudo? —pregunta sin apartar la vista de la etiqueta del botellín.

—Por suerte, no. La vidente es mi tía, pero a veces veo cosas.

El silencio se adueña de nuevo. Mi corazón latiendo fuerte, el claxon de un coche, la uña de

Logan rascando sobre la etiqueta. El maúllo de Juno.

—¿Qué viste? —Alza la mirada, sus ojos muestran interés y recelo al mismo tiempo.

Mi suspiro. Su inhalación profunda.

—¿De verdad quieres saberlo? —insisto en un hilo de voz. Sé que no es muy dado a hablar de esa época, de hecho, es muy reservado en general.

—Me muero de miedo y ganas.

Dejo la cerveza en el alféizar de la ventana. Juno, como si presintiera que la necesito, se acerca y salta a mi regazo. Escondo los dedos en su pelaje negro y le acaricio el lomo arriba y abajo.

—Estaba imaginándote de militar y, entonces, lo vi. Era en un desierto o así, estaba al lado del pozo, tenía una bonita sonrisa...

—Hostia puta —me interrumpe con la voz entrecortada.

—Lo siento, no era mi intención.

—¿Cómo coño...?!

—Soy muy receptiva. No solo percibo la energía de la gente, en este caso, fue algo más. No sé si es que en ese momento tú pensabas en él o, como dice mi tía, hay recuerdos que son como una sombra que nos protege.

Asiente y se remueve, inquieto.

—Ojalá lo hubiera podido proteger yo.

—¿Quieres hablarme de él?

Lanza un suspiro y se pone en pie, dándome la espalda. Tarda unos instantes en responder. Espero. No tengo prisa y empiezo a entender lo importante y complicado que es esto para Logan.

—Jamás me había planteado mi sexualidad, pero con él... Coincidimos en Afganistán. Pau era de Barcelona. Los dos éramos expertos en explosivos. Nunca había experimentado una conexión tan fuerte con alguien. —Se da la vuelta y se sienta de nuevo a mi lado. Apoya los codos en las rodillas y se frota la cara con las manos. Es sutil, pero todo su cuerpo tiembla—. Fue la mayor experiencia de mi vida. También la peor. Morir así, en mis brazos, sin que yo pudiera hacer nada...

—¿Por eso dejaste el ejercito? —pregunto, frotándole la espalda.

—Por eso y porque cada día entendía menos qué estábamos haciendo allí.

Pensar en ello hace que perciba más cosas de las que, en un principio, no me percaté. No sé qué le pasó, pero sí que él ya no está. No puedo comunicarme con los muertos, pero a través de esa sonrisa y de lo que me transmite la visión, entiendo mucho más.

—He visto cómo te miraba y, si tienes alguna duda, él sabe que no fue culpa tuya.

Logan rompe a llorar en una pena silenciosa y vieja, pero que sigue viva como el primer día.

—Puede que él me haya perdonado, pero yo no. Fui un cobarde en muchos sentidos.

Pongo mi mano sobre la suya y se la aprieto. No añade más y yo no insisto. Como dijo mi tía, este don tiene un sentido y esta visión puede que solo fuera para darle a Logan este mensaje: «No fue culpa tuya». Ahora mismo me doy cuenta del poder que se nos ha otorgado. Doy gracias por este don que ayuda a la gente que me importa.

—¿Te quedas a cenar?

—Me encantaría.

53 El olor de la locura

Miércoles, 23 de febrero

Marte y Venus en el sextil con Neptuno. Tránsito armonioso que nos empuja al éxito sin regalarnos nada. Potencia las aptitudes para el arte y la espiritualidad, así como la capacidad de hacer realidad las ideas y hasta las fantasías —incluidas las sexuales—. Tendremos el corazón contento, pero cuidado con los amores platónicos.

No sé qué esperar de esta noche, ni qué espera la noche de mí. Tampoco de Justice. Ni él de mí. He llegado a esa edad en la que he entendido que las expectativas causan desilusión. Que lo mejor es dejarse llevar, fluir como un junco. Aprovechar todas las ocasiones y no temer al sufrimiento, verlo como una consecuencia por haber vivido.

He terminado de cerrar la caja de hoy, ¡por fin un día de trabajo normal! A primera hora de esta mañana tenía un *e-mail* de la empresa de *hosting* que decía que el servicio estaba restablecido y todo volvía a estar en marcha. Los pedidos han entrado con el pago correspondiente. Es la era de las compras por internet y, para mi negocio, suponen cerca del cuarenta y cinco por ciento de las ventas.

Me dispongo a recoger y a apagar las luces cuando aparece Justice. En lugar de entrar, espera fuera, apoyado en una de las jardineras del callejón. Me apresuro y cierro la puerta tras de mí. En cuanto me ve, se me acerca con un ramo de margaritas amarillas.

—Yo también sé hacer cosas de novios. —Me lo ofrece, acompañándolo con un beso en la mejilla—. Maggie me ha dicho que no eres muy de ramos, pero que con este acertaría.

—Me encanta, gracias.

Confesión número 16: Creo en la lucha de la mujer y en reivindicar su papel en el mundo, pero también opino que nos estamos excediendo en censurar de más. No hay ningún problema en que nos regalen flores y en que nos gusten. Solo es un detalle.

—¿Lista para nuestra primera cita?

—Pensaba que sería algo más «profesional» y ahora que te veo tan arreglado, las flores... Creo que no estoy a la altura. Ni siquiera he pasado por casa a ducharme.

Cosa que él sí ha hecho. Tiene el pelo aún húmedo y su fragancia a resina y brotes verdes es intensa y envolvente. Es miércoles y hoy tocaba entreno. Me pregunto qué tipo de deporte practica ahora, porque no tengo ninguna duda de que sigue en forma, sobre todo después del magreo en la comisaría. A primera vista parece vestir muy clásico. Vaqueros, camisa azul noche, por dentro, y abrigo de paño marrón camel. Con la segunda pasada te das cuenta de que le ha dado un toque al estilo. Los pantalones son ligeramente estrechos y quedan justo al borde de la bota. El cinturón es ancho y de piel, la camisa se pega a su cuerpo pero no demasiado, y el abrigo hasta medio muslo le da ese toque elegante pero descuidado; encaja perfectamente con su cuerpo alto y corpulento. Los colores realzan su pelo castaño claro y sus ojos verdes hacen juego con su perfume. Está impresionante.

Si me hubiera vestido para una cita, llevaría el pelo lavado y seguramente suelto. Me habría maquillado un poco para sacar todo el potencial a mis ojos y labios. Me hubiera puesto un vestido que realzara mis curvas y unos zapatos que me hicieran ganar algo de altura y acentuaran mis piernas. En cambio, llevo el pelo recogido en una trenza ladeada; la que me he hecho esta mañana y, a estas horas, ya hay más mechones revoloteando fuera de la espiga que en ella. El vestido es largo y cómodo. Rojo con diminutas flores de lis en dorado y el cinturón me dibuja la cintura. Las botas son bajas.

—Así vas perfecta. Estás preciosa.

No puedo evitarlo y se me escapa una carcajada que intento esconder sin éxito oliendo el ramo.

—¿He dicho algo malo?

—Es que sin el «joder» delante, suena soso —admito, mirándolo por el rabillo del ojo.

—No me lo recuerdes —gruñe y se pasa la mano por la barba recién cortada.

—Creo que es el momento perfecto para confesar que, en el fondo, me gustó tu forma de decirlo.

—A veces, soy algo bruto cuando me expreso.

Una pareja sale de la tienda de Felicity con una bolsa de esas enanas típicas de las joyerías. Pasan por nuestro lado sin dejar de mirarnos de reojo, es del todo desagradable, la mujer es una de las amigas de Evelyn. Justice también se da cuenta y me coge de la mano para marcharnos. Me tenso al instante, sorprendida por este arrebató que me pilla completamente desprevenida. Él se da cuenta y empuja su hombro contra el mío en un mensaje cifrado de «estamos juntos en esto».

—¿Dónde vamos? —pregunto cuando recupero el aliento.

—Donde te apetezca.

—Comería algo.

—¿Tienes hambre?

—Sí, soy una humana con la manía de alimentarse cada ciertas horas.

Ríe mientras sacude la cabeza de un lado a otro.

—¿Me refiero a hambre de una ensalada o más bien un costillar de buey?

—Tamaño costillar, aunque no suelo comer mucha carne. Que sea algo fuera del pueblo, paso de miraditas... —murmuro.

—Creo que sé dónde ir.

—Nada pijo —le advierto. Sé los lugares que frecuenta su familia y es capaz de llevarme a un resort de esos de golf. Suelta una carcajada y niega con la cabeza a una velocidad que dice: «Ni loco, eso tampoco es para mí».

—¿Te gusta la comida mexicana? —Asiento—. Pues conozco el sitio perfecto. Tengo el coche en el aparcamiento de la comisaría.

Vamos en dirección al lago Okeechobee, aquí lo llamamos *The Lake* o *The big O*. Me comenta que sus padres tienen una casa allí y conoce un sitio donde hacen, según él, las mejores quesadillas que ha probado en su vida. Suena [*Driving towards the daylight*](#) mientras cruzamos el pueblo. El silencio se instala y me entretengo viendo cómo el paisaje se sumerge en la hora dorada.

—Estoy pensando en temas para conversar y no estar en silencio, pero mientras lo hago... sigo callado. Así que lo haré en voz alta, ¿te parece bien?

—¿Quieres pensar en voz alta para no estar en silencio? —pregunto, conteniendo la risa.

—Exacto. —No quita los ojos de la carretera y, con los pulgares, sigue el ritmo de la percusión de la canción.

—Eh, vale, pero que sepas que a mí no me molestaba. —Me mira de reojo con el ceño fruncido, pero enseguida vuelve a centrarse en la conducción.

—Estoy nervioso. Si fuera una cita de verdad, te hablaría del tiempo, tendría preparada alguna noticia succulenta o una anécdota del pueblo.

Puede que lo esté, pero la energía que percibo de él no lo es. Al contrario, es mansa y cálida como el mar al atardecer, cuando los bañistas ya se han ido y las olas esperan a la luna.

Yo me siento inquieta, pero no por la cita, sino más bien como cuando de niña hacía algo que tenía prohibido y no dejaba de pensar en que me metería en problemas al volver a casa.

—Una cita es quedar con una persona para conocerse mejor y eso es lo que vamos a hacer tú y yo esta noche. Es todo lo real que puede ser. —Resopla y yo sonrío—. Así que cuéntame algo, ¿has salvado algún gatito de un árbol y la abuela te ha regalado un bizcocho?

—¿Está permitido hablar de trabajo en las citas? —responde con una mueca divertida.

—Claro, y más si te hacen parecer un superhéroe.

Se toma un par de instantes para contestar, tiempo que yo dedico a observar su perfil, la nariz

puntiaguda, en sus facciones en forma de diamante suavizadas por la barba.

—Hace años salvé a un gato, pero la dueña solo me dio una colleja porque lo había cogido por el rabo. ¿Y tú?

—Yo no he salvado a ningún animalito. —Reímos y nos quedamos en silencio. Esta vez, a propósito.

El estribillo habla de conducir hacia la luz del día, hacia nuevos comienzos. Me recuesto en el asiento y me concentro en lo que me rodea, como en su olor a bosque y a algo más que no sé muy bien cómo definir. Su respiración es pausada, tengo esa agradable sensación de que no me importa lo lejos que esté, podría quedarme aquí la noche entera.

—Si tuvieras que definir el olor de la locura, ¿qué dirías?

Lanza una carcajada suave que se diluye con las últimas notas del estribillo.

—¿Siempre haces preguntas tan difíciles? —Ladea un segundo la cabeza hacia mí y después la vuelve a la carretera, pero la estela de su mirada sigue ahí un rato más.

—No siempre.

—Pues no se me ocurre nada... ¿Y a ti?

—Tu coche huele así. Una mezcla de tu perfume a bosque con una sutil nota de fondo... Algo que me recuerda a la locura.

54 La primera cita

No es un restaurante, es un *food truck*. El camión está situado justo al lado de la carretera, siguiendo un camino de tierra. Está aparcado de forma permanente en una explanada decorada con guirnaldas y luces que le dan un aspecto casi onírico. Las mesas de picnic tienen coloridos manteles y la música de [Julieta Venegas](#) es la mecha que nos transporta *ipso facto* al otro lado de la frontera.

Mientras esperábamos nuestro pedido, nos hemos sentado en la zona *chill-out* a tomar una michelada y picotear unos totopos con salsa picante sobre unos cojines grandes y mullidos de tela con la típica diadema de flores de Frida como estampado.

—Está increíble —farfulto mientras saboreo el caldo de pollo aderezado con un toque de chile. Para empezar, hemos pedido una sopa de lima y unos tamales.

Nos hemos sentado en una de las mesas un poco alejadas, la música está bien, pero nos apetece hablar, no gritarnos.

—Me alegro de que te guste.

—Venga, empecemos por lo chungo.

—¿Qué es lo *chungo*? —Coge la botella de agua y rellena su vaso.

—Deberíamos preparar una historia. Por si nos preguntan, que digamos lo mismo.

—Una coartada.

—Llámalo como quieras, jefe —me burlo. Pesco un trozo de cebolleta de los tamales que se me ha caído en el plato.

—Yo me ceñiría a la verdad lo máximo posible, es más fácil mantener la versión y hacerlo real. Pasé por delante de la tienda, te ayudé con algo, te presentaste. Empezamos a hablar, a conocernos... y te pedí una cita.

—¿Dónde fue? —sigo, y hago como si tachara un punto de una lista imaginaria.

—¿Aquí?

—Mmm... me parece bien. —Doy un sorbo a la cerveza y el ácido de la rodaja del limón potencia el amargo del lúpulo—. ¿Hasta cuándo tenías pensado...?

—No lo sé. —Tuerce ligeramente la boca, como si meditara la pregunta—. Podemos ir viendo cómo transcurren las cosas.

—Yo también creo que es mejor no poner una fecha. —Choco mi botellín con el culo del suyo—. Sabemos cómo ha empezado, que el destino diga cómo y cuándo termina. ¿Te dejo yo?

—¡Claro! Me tienes que romper el corazón para estar como mínimo medio año hecho polvo.

—Ah, perfecto. Vamos a darle a tu familia otro motivo más para odiarme —exclamo melodramática, y su risa viaja por el aire y me envuelve como una caricia. Después, se echa hacia delante para recortar la distancia que hay entre nosotros—. Confieso que me preocupa un poco.

—¿Ellas?

—Sí. Cómo se han tomado la noticia y las consecuencias que puede comportar.

—Hablé con mi madre y le dejé las cosas muy claras. Están advertidas. Haré todo lo posible para protegerte de ellas y de quien sea. —Y no es lo que dice, sino lo que me transmite su mirada que hace que no dude de la veracidad de sus palabras.

—¿Es una promesa? —murmuro, inclinándome hacia él.

—Es mi deber.

—¿Como policía?

—Como policía. Como falso novio. Como persona. —Me gusta como termina la frase, dice mucho de él. De que, simplemente, lo haría porque no le gustan las injusticias.

Solo de nombrarlas se nos ha avinagrado la cara y el humor; para relajar el ambiente me levanto y voy a buscar otra ronda.

—Tienes razón, están buenísimas. —He pedido una quesadilla de queso, setas y pimienta y él, de pollo adobado.

—Las mejores que he probado. Tenemos que hacer cosas juntos para que nos vean.

—Siempre desayuno en el Cafetosaurios. Podríamos empezar por ahí.

—Me parece bien. Por cierto, mis amigos han organizado una barbacoa para el domingo en casa de Chad. Quieren conocerte.

Lo suelta justo cuando acabo de dar un mordisco y por poco no me atraganto con un trozo de seta.

—¿Sigues sin querer contarles la verdad?

—Sí, esto es solo cosa nuestra.

—¿Quieres que vaya?

—Me gustaría. Son buena gente y no hay nadie del entorno de mi familia. Nos lo pasaremos bien.

—No lo dudo.

La propuesta me inquieta, me digo que no pasa nada, que me gusta conocer gente nueva y es una oportunidad para tratar con vecinos del pueblo con quienes hasta ahora no he tenido contacto. Hay que tener la mente abierta y estar dispuesto, así que acepto la invitación y le

pregunto si tengo que llevar algo.

—He dicho que me encargaba del postre. Pensaba ir a por una *chiffon pie*, si quieres, podemos hacerlo a medias.

—Nadie hace esa tarta como Piper, es mi favorita.

—Y la mía.

—Si quieres, me paso mañana y se la encargo para el domingo.

—¿Eso es que aceptas la invitación?

—Sí.

No sabía qué esperar de la noche, pero reconozco que en ningún momento se me ha pasado por la cabeza que sería así de fácil y natural. Igual que ocurrió cuando cenamos la *pizza* en la Lunática. He salido con gente y he tenido primeras citas, pero nunca me he sentido tan a gusto con un desconocido. Cuando conoces a alguien, te haces una primera impresión, según lo que te han contado, has leído en su perfil de internet o sobre las causalidades que te han llevado a estar enfrente de él. Justice es mi archienemigo y nunca me he preguntado cómo es realmente. La palabra «prohibido» lo convertía en un ser que me producía indiferencia y ahora, en cambio, me provoca una curiosidad insaciable.

—Si esto fuera una cita real...

—Pensaba que habías dicho que lo era —ríe y me muestra esa sonrisa esquivada y perturbadora.

—¿Qué tipo de chica estaría aquí sentada? —Ignoro su interrupción.

Su mirada cae en mí. Estudiándome, como el día del partido. Lo hace de una forma casi palpable. Y es cálida.

—Si te refieres a si sería rubia o morena, no tengo estereotipo. Me gusta que me sorprendan, que sean sinceras, naturales. —Habla mientras, con el índice, acaricia la boca de la botella de forma inconsciente.

Confesión número 17: Es hipnótico y muy sensual.

—¿Por eso respondiste que no puedes resistirte a una sonrisa sincera?

—Sí. Me gustan las mujeres con personalidad y carácter. Odio todo lo encartonado, cortado a patrón. La mentira y la falsedad. —No hay duda de que es una clara referencia a su familia y entorno.

—Si lo detestas, entonces, ¿esto? —Primero lo señalo a él y luego a mí.

—Un mal menor. —Lo miro, me mira. Me sonrío, sonrío. Me gusta la complicidad que está tomando esto.

—Cuando les conté a mi familia que íbamos a fingir ser pareja, la abuela nos comparó con

dos adversarios luchando juntos contra un mismo enemigo.

Asiente y levanta su vaso delante de nosotros para brindar.

—Ya sabes lo que dicen, en el amor y en la guerra, todo vale.

La noche nos ha caído encima y con ella el aire fresco. Saco del bolso el pañuelo y me envuelvo el cuello.

—¿Tienes frío, prefieres que nos vayamos?

—No —niego con demasiado énfasis—, estoy bien. ¿Es verdad lo que dijiste a Logan? Lo de bueno ligando pero malo en las relaciones.

—Sí. Parece que a las mujeres les gusta la sinceridad, pero solo cuando les interesa.

—¿Qué quieres decir? —No sé si alguien se ha quejado de la música, pero han bajado el volumen y la voz de [Natalia Lafourcade](#) parece un susurro del viento.

—Que soy algo bruto diciendo las cosas, tanto las buenas como las malas.

—Eso es porque tienes a Mercurio en sagitario. Sois de los de «digo y después pienso».

—Ah, es verdad, mi carta. Entonces, la próxima vez que me lo reprochen, podré culpar a Mercurio. Me gusta.

—Te dije que descubriría muchas cosas de ti. Aunque eso no es solo cosa de mujeres, sino de la humanidad en general. La gente está acostumbrada a vivir entre mentiras y medias verdades. Yo agradezco que seas sincero, en el fondo, se evitan muchos conflictos.

—Entiendo el amor sin filtros —admite y se limpia con la servilleta. Por mi cabeza se cruza el beso en el Cafetosaurios y su gusto a café y azúcar. Me pregunto cómo sabrán después de esta explosión de sabores—. Tener al lado una persona con la que pensar en voz alta.

Es la segunda vez que lo oigo repetir esta frase tan poco habitual: «Pensar en voz alta». Cuanto más vueltas le doy, más de acuerdo estoy con él. No hay nada más importante que poder ser transparente con tu pareja. Nos han hecho creer que nuestra media naranja tiene que ser alguien con los mismos gustos, cuando en realidad es quien nos acepta tal como somos.

—El problema es que empezamos las relaciones mintiendo —digo—. Nos presentamos fingiendo ser la persona que nos gustaría ser y escondemos nuestros defectos. Normal que después lleguen las desilusiones.

—¡Nos boicoteamos a nosotros mismos! —Hace una pausa y su mirada se posa un instante sobre mi pecho—. Y tú, ¿qué chico estaría aquí sentado? Ya sé que llevaría uniforme.

—¿Lo sabes? —Alzo la voz más de la cuenta.

—Me lo dijiste el viernes en la comisaría.

No me acordaba, supongo que solo retuve el magreo en el culo que me dio justo después y el calor de su pecho bajo mis caricias.

—Tampoco tengo un modelo. La vida es energía, todo lo que nos rodea, incluido el amor. Hay personas con las que sientes una conexión al instante, algo físico que desaparece igual que

llega. Con otras es más lento, más profundo. Hace tiempo que no hay ni lo uno ni lo otro.

—Hay que seguir buscando. —Enreda las palabras en una sonrisa sugerente.

—No creo en el buscar, sino en que todo llega y tiene su momento. Mientras, disfruto de mi soltería. Hasta que un chiflado me ha pedido que finjamos que somos pareja.

—Hay mucho loco suelto por ahí —murmura con los dientes apretados como si fuera un secreto.

—¡Menos mal! —Alzo las manos hacia el cielo y las pulseras tintinean—. Si no, qué aburrida sería la vida.

Se roza el labio inferior con la punta del pulgar, no sé si en busca del rastro de una miga o es un gesto pensativo, pero resulta imposible no fijarse en ello y tener pensamientos... mmm... la palabra que busco es guarros. Guarro de sábanas revueltas. De piel sudorosa. De gemidos amortiguados por la almohada.

—¿Crees que todo está escrito? —Hemos terminado de comer pero ninguno de los dos arece tener prisa por marcharse.

—Sí.

—Pero ¿la idea de que todo está en manos del destino no es una forma de liberarse de la culpa? ¿De eximirse de cualquier decisión tomada?

Lo he dicho, no sabía qué esperar de esta noche y me he pasado el día haciendo conjeturas, pero en ningún momento se me había pasado por la cabeza que hablaríamos del amor, del destino. Justice está siendo todo un descubrimiento.

—Puede que para algunos sea así. Para mí es un camino. Sean cuales sean las decisiones que tome, los aciertos y los errores que cometa, al final, llegaré al mismo punto. Porque ese realmente es mi fin.

Se pasa la mano por el mentón, como si sopesara mis palabras.

—No sé si comparto la idea, pero la acepto.

Seguimos hablando del tema que se alarga hasta los postres. La especialidad de la casa es una bandeja con una sección de dulces típicos mexicanos para compartir. Desde plátano flambeado con tequila a pan de elote, buñuelos y dos cuencos de jericallas, una especie de natilla.

Fingir ser pareja implica tener citas para que nos vean y sea creíble. Las citas implican hablar. Implican conversaciones para conocer a la otra persona. Todo esto en el momento que ocurre es real. Real como los recuerdos que deja.

☾●☾**55 Ritual de luna menguante

Jueves, 24 de febrero

Siempre he tenido el sueño ligero. Cualquier cosa me despierta y, a pesar de que la abuela intenta ser sigilosa, oigo el ruido que llega desde mi jardín. A ella le encanta cuidar de las plantas y yo tengo poco tiempo, las dos encontramos una solución que nos satisface.

Me levanto y me pongo una bata de las que tengo detrás de la puerta. Salgo al patio trasero y la veo recogiendo flores y hojas. Alzo la cabeza hacia el cielo e inspiro profundamente. Por el horizonte se acerca el amanecer y la luna menguante nos vigila desde arriba.

Me acerco y le doy un beso en la mejilla.

—He traído ruda y azufre en polvo. Voy a limpiar la casa de malas vibraciones y, cuando estés lista, haremos un hechizo para alejar la negatividad.

Su voz llena de alarmas dispara las mías.

—¿Estás preocupada por algo?

—Últimamente te rodea una energía que no me gusta. Lo de la carta, el hackeo... —No lo nombra, pero sé que en esos puntos suspensivos esconde a Justice y a su familia.

—Pensaba que veías bien lo que estamos haciendo.

—Siempre he comparado el odio con una flor, si no la riegas, muere. —Mete la mano en el cesto y recoloca las flores a un lado y las hojas en otro—. Cualquier propuesta para intentar que esto acabe es bienvenida. Solo es que no quiero que te perjudique.

La clave de la magia blanca es que nunca se ataca, solo te defiendes. No se busca hacer el mal, concentramos toda la energía en rechazar y evitar el daño que nos envían.

—Ayer fui a cenar con Justice para hablar de cómo vamos a hacer esto y es un buen chico, abuela. De verdad, no se parece en nada a ellas.

Se saca los guantes y los guarda en el bolsillo del delantal. Sus manos rugosas me acarician con ternura las mejillas. «Ay, Salmonete» leo en sus labios de tan bajito que lo pronuncia. Sonrío y le dejo un beso en la palma de la mano. Su forma de mirarme me inquieta. En esta familia, cuando alguien te observa profundamente, te preguntas qué ve o qué siente.

Pienso en la noche de ayer y me invade una sensación agradable. La cena se alargó hasta terminar con el estómago lleno. Las conversaciones se solapaban unas con otras. Fue mi mejor primera cita. Puede que por lo que comentamos, porque al ser fingido nos mostramos como somos, no hay expectativas, y eso hace que fluya de forma natural. El camino a casa lo hicimos en silencio, esa vez, sin malestar ni nervios. A mi mente también acude la imagen de Justice, relajado, con la ventana un poco abierta porque le gusta sentir el fresco en la cara cuando conduce de noche. Con la música de [Moby](#) sonando bajita y un cielo infinito de estrellas escuchando nuestros pensamientos.

Intento transmitir la serenidad y confianza que me dio ayer Justice. Mostrarle que creo en esto y que sé que saldrá bien. Hay una sombra escondida en esa mirada azul tan parecida a la mía, una que dice que es exactamente eso lo que teme.

—Ten cuidado. Las líneas que separan el bien del mal o lo real de la fantasía juegan con nosotros.

Mientras ella termina en el jardín, yo me hago un baño protector con la mezcla de hierbas y sal gruesa que me ha traído. Cuando vuelvo, ya tiene lista una corona con todo lo que ha recogido: flores, hojas, alguna pluma, será nuestra ofrenda para Morrigan, la diosa celta. Dibujamos el círculo de protección y nos sentamos mirando hacia el oeste. Escribo en un papel rojo mis miedos e inseguridades y luego lo quemo junto con una vela también roja, el color de Morrigan. Entierro las cenizas con a la ruda y el romero. «Diosa, libérame de todo lo negativo que me impide ver y avanzar».

56 El sabor de la locura

Cuando salgo de casa, descubro que Justice me está esperando. El sol de las primeras horas de la mañana recorta su silueta, va vestido con el uniforme y está muy sexi. Mis hormonas están en preregla y se nota en el subidón de deseo que llevo encima. También en la poca memoria que tengo, porque no recuerdo haber quedado en que pasaría a recogerme. Al verme, me regala una sonrisa torcida que acompaña con un movimiento enigmático de cejas, estira los brazos hacia delante para enseñarme el periódico.

—¡No me digas que volvemos a ser noticia!

Resopla mientras asiente con la cabeza.

—Te lo digo y te lo enseño. Lo he cogido antes de entrar a trabajar para mirar la agenda y ver qué podemos hacer, pero me he quedado sin abrirlo.

La foto ocupa toda la portada del *Jupiteriano*. En ella se ve el campo de béisbol y, al fondo, el marcador con una clara ventaja para el equipo local. Los jugadores están por aquí y por allá celebrando la victoria con las animadoras. Y en el centro de todo, nosotros. Cuando él me cogió en brazos y dimos una vuelta. Esta vez no hay beso, pero la imagen muestra a una pareja abrazada, riendo y... siendo feliz. Dicen que la fotografía es estar en el sitio adecuado en el momento perfecto, y parece que Kennedy tiene un don para ello.

—Esta chica tiene futuro.

—De verdad que admiro tu forma de tomarte las cosas. Parece que nada te afecta.

—No siempre es fácil y requiere años de práctica. —Me golpeo el pecho al estilo Tarzán y consigo que sonría.

Sin que ninguno de los dos diga nada, de forma sincronizada, nos ponemos a caminar hacia el centro del pueblo. Florida es conocida por sus inviernos templados. Me gusta que por la mañana necesite abrigarme con mil capas que, a medida que el sol avanza, te vas quitando. Me coloco bien la bufanda y me abrocho la chaqueta.

—Entiendo el mensaje oculto de esa afirmación y te pido disculpas por ello.

—Tú no has hecho nada.

—Lo sé, pero son mi familia y me avergüenzo de cómo se comportan.

Me pregunto hasta qué punto es consciente de las maquinaciones de su madre. Cómo, cuando

quise montar la tienda, intentó por todos los medios impedirlo. Desde la elección del local — porque estaba al lado de su queridísima amiga Felicity— hasta con los permisos del ayuntamiento. Por suerte, no consiguió nada por mucho empeño que puso. Ella es poderosa, pero las Briand no nos quedamos atrás. La bisabuela se casó con el hijo del médico del pueblo; la abuela, con un director de banco. Siempre hemos tenido una red de seguridad que velaba por nosotras y no nos han dejado solas.

Me obligo a cambiar de pensamiento y de tema de conversación. Acabo de darme un baño purificador y esto solo va a conseguir amargarme.

—Por cierto, buenos días. —Sonrío y también lo saludo.

—Dámelo, a ver qué encontramos en la agenda para nuestra siguiente cita.

Decidimos acudir mañana a la presentación de una exposición de fotografía.

—¿Tienes tiempo para un café? —le pregunto cuando llegamos a la esquina del Cafetosaurios.

—La verdad es que ya voy tarde. Lo tomaré allí, aunque si le toca hacerlo a Adams, casi prefiero beber petróleo. Con seguridad, será menos denso.

Su voz se distorsiona porque algo detrás de él llama mi atención.

—Tú que eres policía y entiendes de asesinatos, ¿crees que las miradas matan?

Suelta una carcajada que rompe las malas vibraciones que nos estaban rodeando.

—Esa forma de matar tiene mucho de esoterismo y de eso sabes tú más que yo. ¿Por qué lo preguntas?

—Felicity está barriendo la entrada de su tienda y no disimula que está pendiente de nosotros —murmuro, con los dientes apretados.

Ladea la cabeza por encima de su hombro con sutileza, en un movimiento digno de un espía.

—Bueno, el plan de ir a buscarte y todo eso era para que nos vean juntos.

—Misión cumplida.

—Sigamos con el espectáculo, voy a besarte, ¿te parece bien?

—Me parece —murmuro mientras me pongo de puntillas.

Es un roce suave, como si no nos atreviéramos del todo, pero cuando la chispa que nace en los labios llega al cerebro, este se colapsa y el cuerpo toma el control. Sus brazos me rodean, me estrechan y me pegan a él. Alzo las manos y enrosco mis dedos en su pelo. Es un beso para la galería, es nuestro juego, pero, por Venus, cómo echaba de menos que alguien me besara con estas ganas.

Cinco minutos después, puede que en realidad solo haya pasado uno, o un siglo —ahora mismo

soy un ser que gravita por el cosmos, ajena al tiempo y al espacio—, me siento en uno de los taburetes al lado de Maggie.

—No hace falta que te preguntemos qué tal fue la cita de ayer. —Se ríe la florista y me coloca un mechón detrás de la oreja.

No tengo un espejo a mano para mirarme, pero puedo imaginar mi aspecto ahora mismo: labios sonrosados y algo hinchados, mejillas encendidas, pupilas dilatadas y el pelo alborotado. Y me da igual, no me avergüenza presumir de los estragos que ha dejado ese huracán llamado, de forma inocente, beso.

A Maggie lo conté lo de la propuesta el martes, cuando después de limpiar la diarrea canina, fui a buscar dos cafés y me acerqué a la floristería a hablar con ella, nos los tomamos en la puerta de su tienda, pendientes de si llegaba algún cliente.

—Pues no lo hagáis. Ponme un Velociraptor, tostadas y unos huevos.

—¿Toca reponer energías? —se burla Logan mientras escribe mi pedido y lo pasa a cocina.

Como ayer, le pregunto con la mirada si estamos bien y él me guiña un ojo, asintiendo. Sí, sé que a veces puedo resultar pesada, pero perder amigos por mi don es algo que no me es ajeno. Y él me importa demasiado.

—¿Qué tal te fue ayer en la asociación? —Doy un sorbo al café que acaba de servirme.

—Avanzando con la feria y con ganas de matar a Evelyn, nada nuevo.

—Por cierto, le he dicho a Poppy que se venga ese fin de semana y me ayude con el taller que voy a hacer —dice Maggie—. Me ha dado recuerdos para vosotros y que os diga que os echa de menos.

—Dile que nosotros también la añoramos.

—Y que estamos deseando volver a verla —añade Logan.

—No nos desviemos de lo que de verdad importa —nos reprocha Maggie—. Estaréis fingiendo, pero pasó a buscar flores para ti.

—No me desvío, es solo que no tengo nada que decir. Fuimos a cenar y hablamos de cómo llevar esto.

—¿Y ensayando ese beso? —inquire Chispas colocando delante de mí un plato con dos tostadas y unos humeantes huevos revueltos que huelen increíble.

—No, eso ha sido espontáneo. —Las palabras salen anegadas porque recordar el baile de sus labios sobre los míos me hace salivar.

—Qué dura te va a resultar esta batalla, hija. Qué manera de sufrir —se burla Maggie.

—La gente habla, ya no hay sorpresa, sino más bien... expectación. Comentan la bonita pareja que hacéis.

—Ahora solo falta que dejemos de ser noticia.

Los dos sueltan una carcajada y él se da la vuelta para coger el *Jupiteriano* y colocarlo entre

nosotras.

—Si seguís dándoos besos de esos en público, lo dudo —sentencia Logan.

—Deberías recortarla —sugiere Maggie— y hacer un álbum de fotos, algo que enseñar a vuestros hijos.

—¿Hijos? —gruño cual wookiee y la palabra me da vueltas en la boca como un trozo de carne que no consigues masticar ni tragar.

—Sí, faltan niños en la escuela y eso va para ti también. —Señala a Logan.

—A mí me dejás fuera de tus sumas. Que no estoy para amores. —Sonríe de modo ambiguo, como si su mente estuviera muy lejos de aquí.

—Pero ¿no te habías apuntado a una de esas webs de citas? —insiste.

—Sí, pero me he dado cuenta de que aún no estoy listo. —Habla mientras recoge la barra en un gesto mecánico, restándole importancia, pero, cuando alza la mirada hacia mí, sé que solo es una fachada. Está pensando en Pau.

Oigo un *bip* desde el fondo de mi bolso, busco el teléfono y, al leer el mensaje, suelto una estridente carcajada. Esa risa nerviosa en forma de escudo.

Justice

¿Te acuerdas de cuando ayer me preguntaste a qué huele la locura?

Ahora no solo sé cómo huele, sino también cómo sabe.

Que tengas un buen día, novia.

(Sin beso)

57 Segunda cita

Viernes, 25 de febrero

¿No te pasa que a veces tienes la sensación de que vives en un bucle temporal donde todos los días se parecen y de repente ocurre algo y las horas pasan sin que te des cuenta? Pues yo me siento así desde hace una semana. Exactamente desde que acepté la propuesta de Justice.

—Hay algo que no me he atrevido a preguntarte hasta ahora. —Su voz me devuelve al presente.

Estamos en la exposición de fotografía de Angela Johnson. Era profesora de dibujo en el instituto, me encantaban sus clases. Hace seis años le diagnosticaron un cáncer de mama. Cuando lo superó, cogió la mochila y se fue a recorrer la ruta Panamericana en una autocaravana. Desde Tierra del Fuego hasta Canadá, casi veintiséis mil kilómetros. El alcalde está haciendo uno de sus interminables discursos y nosotros estamos fuera, esperando para entrar.

—¿Quieres hablarlo aquí?

Está muy guapo, va vestido como el otro día, pero esta noche ha cambiado la camisa por un jersey fino de cuello alto en un tono antracita.

—Es una conversación como cualquier otra. Cosas de novios —añade esta coletilla con la intención de aligerar el ambiente.

—Ah, ¿es que las parejas hablan?

—Las interesantes, sí. —Me guiña un ojo y lo acompaña con una sonrisa cómplice.

—¿Qué quieres saber?

—Al plantearte esto... no te desmayaste. Ni te marchaste, ni siquiera me abofeteaste.

—¿Esas eran las opciones? —La risa se adueña de mi voz—. ¿Pensaste que te pegaría? —insisto, tapándome la boca con la mano para que nadie nos oiga.

—¡No! —Cambia el peso de una pierna a la otra—. Estaba muy nervioso y no sabía cómo reaccionarías, pero solo te quedaste expectante.

Me inclino hacia él para susurrarle la respuesta:

—Esperaba.

—¿A qué?

—A que terminaras de exponer tu plan. El silencio hace que la gente hable de más, quería saber lo que no me decías.

De fondo, se intensifican las voces y aplausos. Cuando miro hacia el interior de la galería, veo que la exposición ya está abierta. Justice sitúa su mano en mi espalda invitándome a entrar. Cojo un par de folletos que informan que el dinero recaudado esta noche con la venta de las fotografías se donará a una asociación de afectadas por el cáncer de mama.

—¿Como que quería matarlas por la herencia? —murmura en mi oído.

Justice desliza la mano, que sigue teniendo sobre mi espalda, un poco más abajo. Es un movimiento sutil que habla de cercanía, esa misma que resulta ser igual de sorprendente como familiar. Uno que tiene poco de amistoso y menos de fingido. La calidez traspasa la fina tela del vestido que me he puesto y una chispa de calor se expande por mi piel. Hoy sí que me he preparado a conciencia para nuestra cita. Es negro, hasta medio muslo y de corte cruzado en el pecho. Soy de las que opina que la ropa nos define. Yo con este vestido me siento fuerte y sensual. Sé que hemos venido para que nos vean juntos, pero siempre resulta intimidante y desagradable sentirte vigilado por cientos de ojos. Por el rabillo veo a Marie charlando con Angela y con la chef de la empresa de catering, una íntima de Evelyn.

—A ver, es que me dejaste totalmente desconcertada. Necesitaba un momento para pensar si estabas loco o demasiado cuerdo.

Aunque sugieren seguir la línea del suelo para recorrer el viaje en el mismo sentido que hizo Angela, los asistentes se han repartido entre las diferentes salas. Nosotros empezamos por la que hay menos gente, América central. Unos camareros están sirviendo canapés, cuando llegan a nuestro lado, en la bandeja, solo hay uno de *carpaccio* de gambas y otro con queso y tomates cherry. Justice me dice que es alérgico al marisco, así que la elección es fácil.

—Y ahora, ¿a qué conclusión has llegado?

—A que es un *fifty-fifty*. Es una buena jugada de estrategia, aunque hay que estar un poco chiflado para llevarla a cabo.

—Y que aceptaras dice lo mismo de ti. —Sus labios se curvan hacia la izquierda en una sonrisa ladeada y socarrona. No me gusta nada—. He visto que hay una especie de barra, voy a buscar un par de copas de vino.

Confesión número 18: Mentira. Me encanta cuando sonrío así, como si se resistiera a hacerlo, pero conmigo no pudiera.

—Trae un par de canapés más, están buenísimos.

Me quedo sola contemplando las imágenes que hablan de su paso por los Andes. Admiro la valentía que tuvo Angela para dejarlo todo atrás y enfrentarse a la mayor aventura de su vida.

Cuando llegamos a la zona de Perú y su montaña de siete colores, alguien se sitúa detrás de

Justice y le tapa los ojos. Su cara, de repente, queda escondida tras unas manos llenas de anillos, a cuál más grande y feo. Las uñas son largas y afiladas, de esas que, al verlas, te preguntas cómo hacen para una sencilla tarea como es teclear, coger un objeto... o limpiarse el culo. Nos rodea un olor exótico, una mezcla de canela y pachuli que resulta demasiado intenso, casi nauseabundo.

Justice pone sus manos sobre estas y las baja, dejando al descubierto su rostro; ahora sí parece que lleva una máscara. Su rictus es neutro, su sonrisa, la que me ha regalado hace un rato, ha desaparecido y en su lugar emerge una fina línea de labios. Como la traza que dibuja la aguja del electrocardiograma cuando el corazón deja de latir. Esta es nuestra segunda cita, solo hemos compartido un puñado de horas y me parece que es la primera vez que veo a este Justice. La chica se da la vuelta y ahora lo abraza por delante. No me atrevo a medirlo, pero su melena leonada es más larga que su vestido, si es que a ese trozo de tela plateado se le puede llamar así. Da un paso hacia atrás para librarse de ella, casi oigo cómo sus cuerpos hacen clic al separarse.

—Cindy —dice en tono neutro.

—Qué alegría verte aquí. Me encontré a tu madre el otro día saliendo del Diamonds.

Conozco el sitio, es una de las clínicas de belleza más exclusiva de la zona, está en Boca Ratón. Noto algo en la mano, bajo la mirada y veo que es la de Justice buscándome. Cuando sus dedos se entrelazan con los míos, creo oírlo soltar un sutil suspiro. Tira de mí y me pega a su lado.

—Deja que te presente a Neli.

No hace amago de tenderme la mano ni de darme un par de besos; menos mal, porque no me apetece nada acercarme. Toda ella transmite desconfianza, me recuerda a las flores de las trompetas de ángel que hay en muchos jardines americanos, bonitas por fuera y venenosas por dentro.

—¿Estáis juntos? —exclama con sorpresa y nos regala una hipócrita sonrisa que me recuerda a Evelyn. Un movimiento de labios mecánico, con la abertura perfectamente estudiada. Ni muy abierto, para que no cambie el gesto de la cara, ni muy cerrado; lo suficiente para que se muestre un poco de dentadura perfecta y brillante. Si esto es lo que lo rodea, entiendo cuando me dijo que no puede resistirse a una sonrisa sincera.

—¿No has visto el periódico? —pregunto.

—Y muy revueltos —le responde Justice a la vez.

Rodea mi cuello con la mano y, con los dedos escondidos entre mi pelo, me incita a inclinarlo hacia el lado contrario para dejarle sitio para que me bese. Nada hay más honesto que la piel. Si algo le gusta, lo muestra, y la mía ahora mismo se ha erizado por el contacto con sus labios.

—Tu madre estará feliz. —La forma en que me mira dice todo lo contrario.

Odio. Odio profundamente ese tipo de miradas. Esa entonación de voz falsa y venenosa.

Pienso en marcharme, pero me freno. Recuerdo por qué estoy haciendo esto. Visualizo la victoria y me agarro a ella. Hace muchos años me prometí que no me dejaría pisotear. Rodeo la cintura de Justice con los dos brazos y apoyo la cabeza en su pecho como haría una novia en celo. Sobre todo busco que su mar me arrastre con él y me aleje de las nocivas vibraciones que hay en el ambiente.

—Mi suegra siempre es feliz si su hijo lo es. —«Suegra», se me atraganta la palabra y el estómago me da un vuelco.

—Tomaría un vino; Neli, ¿nos traes una copa? —me pide Cindy con una sonrisa despectiva.

Noto a Justice tensarse a mi lado.

—Nosotros ya nos vamos. —Ha bajado la mano y la ha vuelto a poner en la parte baja de la cintura para empujarme hacia la puerta en un gesto que ya resulta natural y que he anhelado durante mucho tiempo—. Tenemos una reserva para cenar.

—Espera, voy un momento al baño. —Los dedos de Justice me retienen por el codo, pero me zafo de ellos con una sonrisa que dice «apáñate tú solo con ella»—. Así tenéis un par de minutos para poneros al día.

Cuando he dicho que la palabra «suegra» me ha removido el estómago, no exageraba. Lo siento pesado, y la cabeza me da vueltas. No es el típico malestar que me provoca estar rodeada de cierta energía negativa, es algo más. Hay cola para poder entrar; al mirar hacia atrás, veo que a la conversación también se ha unido Marie. Decido que más que ir al baño lo que necesito es aire fresco.

Justice me encuentra apoyada contra la fachada de la galería, con la cabeza echada hacia atrás y la vista perdida en el cielo.

—¿Buscando que las estrellas te digan tu destino? —Se coloca a mi lado y copia mi postura.

—Siempre —admito en un conato de sonrisa.

—Y de día, ¿cómo lo haces? —Ladea la cabeza hacia mí y lo pregunta en un murmullo para que la brisa de la noche no se lleve la pregunta con ella.

—Me guío por mi instinto. —Volteo la cara hacia él.

—Yo soy de los que creen en la reflexión. Es lo que nos diferencia de los animales. —Su mirada atrapa la mía y lanza un pequeño suspiro—. Pensaba que te habías ido.

—Estabas muy bien acompañado y creo que ese vino estaba caducado. Necesitaba aire.

—¿Estás mejor?

—Sí, pero prefiero irme a casa.

—Deja que te lleve. —Se pone en pie y me ofrece el brazo, al que me agarro y no suelto hasta

llegar al coche. Me encuentro fatal.

—Gracias —le agradezco cuando me abre la puerta del copiloto.

Se sienta, se abrocha el cinturón y, justo cuando va a arrancar, dice:

—Y que quede claro que prefiero fingir contigo que estar cinco minutos con especímenes como ellas.

—Tampoco te pases.

—¿Por?

—Por el «espécimen». —No son de mi agrado, pero no me gusta denigrar a la gente. Los traumas de pequeño nos marcan para toda la vida.

—Es un dato científico, ahora no recuerdo el porcentaje, pero llega un punto en el que una persona deja de serlo cuando gran parte de su cuerpo está relleno de silicona y otras mierdas artificiales. —El cabrón lo dice tan serio que por un momento me lo creo, como si lo hubiera leído en alguna revista científica. Hasta que estalla en una carcajada cuya vibración seguro que se ha notado hasta en Nepal.

58 Despertares

Sábado, 26 de febrero

Todos nos hemos despertado alguna vez con una resaca tan grande que, por un lapso, no sabes quién eres ni dónde estás. Ese estado en el que, si te dicen que estás en Las Vegas y te has casado con la versión navideña de Bob Marley, te lo crees. Y también eres capaz de creerte que te has ofrecido voluntaria para un rito satánico para salvar el mundo. Ese estado en el que todo es posible. Así me despierto el sábado. En una casa que no conozco, en una cama que no es la mía y con una mano sobre mi cintura que... sí sé de quién es, pero sigue siendo igual de perturbador. Miro hacia mi derecha y me encuentro con Justice. Está acostado sobre la colcha, vestido con los vaqueros de ayer y una camiseta sencilla blanca. En cambio, yo estoy metida bajo unas sábanas suaves y que huelen a suavizante caro.

Esto no tiene ningún sentido. Mi mente, espesa y resacosa, intenta analizar qué demonios ha ocurrido para terminar así. Tengo la misma sensación de cuando me inicié con el tarot y no entendía lo que «veía». Que una noche que empieza con besos en el cuello y manos acariciando la curva donde la espalda casi pierde su nombre termine despertándote al amanecer en una cama ajena no es tan raro. Hasta recibiría el título de «una buena noche». Pero no es el caso. Tienen el mismo inicio y desenlace, pero en el medio no hay orgasmos; aunque hubiera gemidos y mi pelo acabara enredado entre los dedos de Justice.

Dicen eso de «ten a tus enemigos cerca», pero no creo que se refieran a meterse en su cama, exactamente. Yo no debería estar aquí. Ni en esta casa ni con Justice. ¡Es un Reed! Reed es igual a problemas. Reed es igual a cambiar de acera. Reed es igual a dolores de cabeza. Justice es un Reed. Bueno, medio Reed, medio Collins. Así que puedo decir que quien me besó ayer en la puerta de la cafetería era el medio Collins. Ese medio Collins también es con quien fui a cenar el miércoles y esta noche ha cuidado de mí. Que no todo el mundo se arremanga y te sostiene el pelo mientras tu boca parece una apestosa catarata. Hay realidades que crean un efecto del todo irreal. Estoy completamente desubicada, pero por alguna inexplicable razón, me siento cómoda.

—¿Eres de esa gente rara a la que le gusta mirar a otros dormir? —Su voz suena rugosa por el

sueño y sus ojos son pequeñitos, como si no quisiera que el día se filtrara aún por ellos.

—Te estaba mirando sin mirar. Pensaba en cómo he llegado hasta aquí.

—Ah, es uno de esos lapsos de espacio-tiempo. Algo te sentó mal. Tú dices que fue el vino, yo creo que fueron aquellos canapés de gambas.

Recuerdo el viaje en coche, la ventanilla bajada y el fresco de la noche acariciándome las mejillas. Mi estómago agitado, y pidiéndole a Justice que parara, que iba a vomitar. Mi cuerpo quería librarse de ello lo antes posible y de cualquier forma. Justice diciendo que debería ir al hospital. Yo negándome. Al final me trajo a su casa porque quedaba más cerca. Su baño, yo arrodillada frente al váter y él detrás de mí, sujetándome el pelo. Yo pidiendo perdón, él quitándole importancia y burlándose de que, cuando me pidió ser novios, no imaginaba esa escena.

—Me refiero a un tú y yo... en el que un Reed y una Briand terminan durmiendo juntos.

—Ah, entonces es una de esas mañanas de analizar la vida. Para eso necesito café y llevar despierto, como mínimo, cinco minutos.

—¿En ningún momento te has preguntado qué estamos haciendo? —Observo el techo y las sombras que se filtran por las cortinas.

—¿Quieres dejarlo? —Se da la vuelta hacia mí y pone las manos bajo la cabeza, en posición fetal—. ¿Es porque ronco? —Su sonrisa se pega a las sábanas, que me abrigan y cobijan. Opta por la broma, por quitar hierro al asunto y, aunque no es la respuesta que esperaba, sonrío y me doblego ante la verdad.

—Es porque me siento demasiado cómoda.

Se levanta de un salto, está claro que Justice es de los que se despiertan con energía.

—Entonces, esto solo puede mejorar con un café.

—Suenas bien. —Me siento despacio para confirmar que no se me va la cabeza—. ¿Te importa si me doy una ducha primero?

—El baño es la puerta de la derecha —dice desde el pasillo.

Echo un vistazo a la habitación, mi bolso está encima de una cómoda. Mi vena curiosa quiere ponerse a cotillear cada rincón, pero la riño y me apresuro a salir. No hay tiempo para esto.

59 Inesperado (Justice)

Neli está en casa.

Neli está en mi ducha.

Desnuda.

Ha dormido aquí.

Hemos dormido en la misma cama.

Estoy haciendo café para dos.

«Es porque me siento demasiado cómoda», ha confesado, acurrucada a mi lado y ha bautizado un sentimiento que aún no me había atrevido a analizar.

Es todo tan inesperado e inaudito que no quiero pensar en ello. No quiero ser un ser razonable. Alegaré una locura transitoria. Aunque mucho me temo que desde que conozco a Neli estos episodios son de lo más recurrentes y esto me convierte en un loco. Con todas sus letras y sus consecuencias. Y me hace feliz, esa es la verdad. Pensándolo bien, si esto es la felicidad, la cordura está sobrevalorada. Hace años que no me sentía así; solo recuerdo esta energía, una mezcla de euforia y paz, al jugar en las grandes ligas. Cuando sientes que estás viviendo un sueño hecho realidad.

Espera, voy a llevarle un par de toallas limpias.

60 Mi motivo

En cuanto enciendo la luz del baño me doy cuenta de dos cosas. La primera es que Justice tiene unas bombillas que podría confundir a cualquier piloto de que esto es una pista de aterrizaje. Y dos, que ojalá me hubieran dejado ciega, porque el reflejo que me devuelve el espejo hace que suelte una maldición y cierre los ojos con fuerza. Tiene narices. Yo preguntándole a Justice qué demonios estamos haciendo. Él bromeando de si quiero dejarlo porque ronca... Y en ningún momento se me ha pasado por la cabeza el aspecto que puedo tener después de haberme pasado la noche vomitando. Hasta un mapache tiene mejor cara. Dudo de que el agua y el jabón sean suficientes y no tenga que recurrir a medidas más drásticas como puede ser el aguarrás para quitar los pegotes de rímel y las manchas que adornan mis mejillas. Froto y froto, como haría cualquiera con una lámpara mágica esperando un milagro. Cuando creo que ya he llegado a la capa de la dermis, me enjuago y me vuelvo a mirar. Ahora soy la versión de mí en un día de playa sin protección —pariente lejano de Sebastian, el cangrejo colega de la Sirenita—, pero al menos parezco un ser vivo. Dejemos lo de humano para después de la ducha y un litro de café.

Mis ojos se desvían hacia los estantes, en el de arriba hay perfumes, en el del medio, la pasta de dientes y un cepillo con el mango de bambú como los que utilizo yo. Un hurra para Justice, el *ecofriendly*. Justo debajo está su peine. Esas púas me recuerdan mi objetivo. Abro el bolso y saco una de las bolsas que metí cuando acepté su propuesta. Del neceser de auxilio, las pinzas de las cejas. Cojo su peine y quito unos cuantos pelos. Estoy metiéndolos en la bolsa cuando la puerta se abre.

Nota: Sí, estaba entornada. Sí, sé que debía haberla cerrado. No, no estaba aún desnuda ni lista para meterme en la ducha.

—Te he traído toallas limpias y también una camiseta y un pantalón de chándal... —Sus ojos se fijan en mis manos y en lo que tengo en ellas—. ¿Qué coño estás haciendo? Mi abuela tenía razón, quieres hacer alguna mierda de magia conmigo. ¿Vas a verter sobre mí alguna maldición por culpa de mi familia?

—Claro, y necesitaré un par de uñas. —La carcajada se me queda enganchada en el paladar al ver que no está bromeando—. ¿Lo dices en serio?

—Vete ahora mismo de mi casa o...

—¿Vas a llamar a la policía?

—Lárgate. —Me avasalla con su profunda voz.

Con una mano, coge el bolso y, con la otra, me agarra del brazo para sacarme del baño.

—¿Dónde está eso de la presunción de inocencia? —Me zafo de su agarre, completamente alucinada—. Si dejas que me explique...

—Nada de lo que digas puede justificar que me robes un mechón de pelo.

—A no ser que quiera hacer una prueba de ADN.

—¿Cómo dices? —Se detiene en seco en medio del pasillo cuando mis palabras llegan a su cerebro y las procesa.

—¿Cómo va ese café? Creo que lo vamos a necesitar.

61 La verdad nos hace culpables

—¿Qué sabes sobre la rivalidad entre nuestras familias?

El apartamento de Justice es pequeño y básico. Parece uno de esos típicos que se alquilan para los turistas. La cocina es alargada y estrecha, el salón, en cambio, es luminoso y espacioso. Hay un baño y dos habitaciones dobles que dan a la terraza, grande comparado con el resto de la vivienda. No dice nada de Justice, en cambio, encaja perfectamente en un Reed. Está situado en un edificio moderno, de los que hay cerca de los campos de golf y se han apropiado de un terreno sin pensar en la flora y la fauna. Huele a vacío. No en el sentido de llevar tiempo cerrado ni por la falta de mobiliario. Carece de personalidad y de recuerdos que vagan a sus anchas.

Ha servido dos tazas de café y ha sacado una caja de galletas caseras que huelen de maravilla. Nos hemos sentado en los taburetes que hay en la barra que separa el salón de la cocina.

—Poco... Nada, la verdad. —Se da cuenta de que no ha cogido el azúcar y se levanta a por él—. Siempre ha sido un tabú. El otro día aún le pregunté a mi abuela sobre ello, pero no me contestó. Pensaba pedirte a ti... en algún momento.

—Pues el momento ha llegado. —Veo esa ceremonia tan suya de echarse tres cucharadas hasta arriba. Después deja la cuchara en el plato, coge la taza y remueve suavemente un par de veces antes de darle un sorbo.

—¿Tú sabes qué ocurrió? —Utiliza un tono de voz áspero y exigente que me hace sentir que estoy delante de la versión de Justice, el jefe de policía.

—Sí, se supone que nuestras abuelas son hermanas de padre.

—¿*Se supone*? —Frunce el ceño.

—Justice Lewis y mi bisabuela Cornelia se conocieron en Normandía durante la Segunda Guerra Mundial. Allí también se enamoraron. En aquel momento, él ya estaba prometido con tu bisabuela Hannah. Cuando volvió a casa, le dijo que anulaba el compromiso, pero semanas después ella lo fue a buscar para anunciarle que estaba embarazada y se casaron. En fin, para resumir, que se supone que dejó embarazadas a las dos. Que es el padre de mi abuela está claro, de lo que se duda es de que también lo sea de tu abuela.

—Y, entonces, ¿quién sería?

Me pongo en pie, no estoy cómoda. Es la primera vez que estoy con Justice y siento que estoy

enfrente de un Reed. Se ha puesto la máscara que se puso anoche al hablar con Cindy. Está distante. Lejano. Inalcanzable.

Me acerco a la ventana y miro hacia el cielo. Busco una conexión con el exterior que me aleje de la mala energía que proviene de ese mar que hasta ahora era calma.

—Frank White. Se acabó casando con él cuando Justice murió.

Me mira escéptico, pero no bajo la cabeza y lo desafío. Mi familia lleva cargando con esto toda la vida y parece que, por fin, ha llegado el momento de averiguar la verdad. Si consigo que colabore, claro.

—Bueno, esa es tu versión. —Su voz suena oscura como el café.

—Bueno —repito—, esta versión se basa en una prueba de ADN a la que se sometió mi abuela hace años. Se comparó con el de la hermana de Justice, Mildred Lewis, la única pariente que quedaba viva.

—¿Y qué pretendías al robar mi ADN? —Él también se pone en pie y se sirve otro café.

—Es complicado obtener el de Dorothea para compararlo con el de mi abuela y saber si son hermanas, así que solo quería verificar si entre nosotros hay un parentesco.

A veces dice más una reacción que todo un discurso. Me doy cuenta del momento en el que Justice ata cabos y procesa mis palabras.

«Sí, querido, estamos fingiendo ser pareja cuando, según tu familia, podríamos ser primos segundos».

Le dejo tiempo para que se haga a la idea. Se acerca a la barra y, a pesar de coger el azúcar, lo acaba dejando y también la taza, como si hubiera cambiado de opinión. Apoya las manos sobre la madera y baja la cabeza. La verdad es que no me sorprende que ninguna de ellas le haya contado qué ocurrió realmente. Cada casa tiene sus propios secretos familiares.

—¿Por qué no me lo dijiste desde el principio? —Alza solo la vista y, aunque su postura sigue siendo intimidatoria, hay algo en sus ojos que me dice que no está todo perdido.

—Actué pensando en que no me creerías. No tenía ni idea de que no sabías nada de lo que pasó. Lo siento, te juzgué basándome en ellas.

—¿Hay algo más que deba saber y que me ocultas?

—No.

Resopla y, en lo que yo parpadeo, Justice se ha acercado y lo tengo justo delante de mí.

—¿Por eso aceptaste, para acercarte y descubrir la verdad?

—En parte, no te voy a engañar. Creo que sí, al fin, se sabe si realmente somos familia...

—Ellas os dejarán en paz —termina por mí.

—Sí. ¿Estás enfadado? —pregunto en un murmullo.

—Me siento engañado. Pensaba que éramos sinceros.

Confesión número 19: Sus palabras son como una patada en el estómago. Un gusto amargo

me sube por la garganta. Hace un mes éramos enemigos. Hace un par de semanas, desconocidos que se saludan cordialmente. Ahora, no lo considero mi amigo, pero sí alguien cercano y reconozco que no me gusta saber que lo he decepcionado.

—Lo siento. En mi defensa diré que no nos conocemos lo suficiente como para saber cómo te tomarías esto.

—No soy como ellas —me interrumpe.

—Empiezo a darme cuenta de ello.

—¿Por qué crees que hago todo esto? —Me da la espalda y abre la ventana. El aire fresco entra y me golpea la cara. Justo como necesitaba. Respiro hondo.

—Por cobarde. Prefieres mentir que enfrentarlas.

—Vaya imagen tienes de mí. —Me mira un instante por encima del hombro, después la vuelve hacia la terraza y su voz se confunde con el eco del pueblo—. Y te equivocas, no es cobardía, simplemente es pasotismo. Solo quiero tranquilidad.

—Eso es lo que quieren las Briand desde 1945. —Miro hacia el reloj que hay sobre la televisión. Me da tiempo de ir a casa y darme una ducha antes de abrir la tienda—. Será mejor que me vaya.

Mi voz lo saca de sus pensamientos y vuelve a entrar. El también consulta la hora.

—Sí, yo tengo que prepararme. El bus sale en una hora, hoy jugamos en Palm Beach.

Incomodidad. Qué curioso sentirla hoy, después de todo lo compartido y no cuando nos besamos o cogimos de la mano. Ni cuando hemos amanecido en la misma cama. Cojo el bolso, la chaqueta y me calzo las botas mientras él recoge las tazas y guarda la caja de galletas intacta.

—Lo siento —digo antes de ir hacia la puerta.

—Ya hablamos —responde sin mirarme.

62 Familia (Justice)

Familia.

Parentesco.

Primos.

No sé qué me imaginaba sobre el motivo que causó la rivalidad porque admito que nunca le he dedicado más de un par de minutos. Acepto la culpa por no haberme preocupado del tema. Por no insistir más. Siempre lo he tomado como algo que no me concierne. Pero ahora he conocido a Cornelia y es todo menos lejano. Lo que pasó entre nuestras bisabuelas afecta a mi vida.

Neli podría ser mi prima segunda.

¿En qué lío te metiste, Justice?

Ella parece muy segura de su versión. Tiene argumentos, pero también hay un porcentaje de duda, esa que la motivó a decirme que sí cuando le propuse el falso noviazgo.

Esa duda es la que siembra el caos.

Le doy una vuelta. Y otra. No puedo dejar de pensar en ello. En el bus, en el partido. También sobre esa prueba de ADN. En que, sin pretenderlo, tengo en mis manos revelar la verdad que lleva escondida tantos años.

Familia.

Parentesco.

Primos.

63 ¿Continuamos?

Justice

Hemos perdido.

Creo que me faltó tu mensaje de buena suerte.

En un puñado de palabras se escondía el aire que me ha faltado toda esta mañana. Me he ido de su casa con una desagradable sensación y con el estómago revuelto que nada tenía que ver con la vomitera de anoche. Con su «ya hablamos» pensaba que estaría unos días evitándome, sé lo rencorosos y ofendidos que pueden llegar a ser los tauro. También que, con su ascendente en leo, son de los que se enfadan fácil, pero no lo mantienen. El rugido es peor que la mordida. Solo han transcurrido cinco horas. Y cuando se pone en contacto es por el partido. Quiero pensar que solo es una excusa a la que me aferro sin objeción.

Neli

Lo siento por los chicos.

En esta vida se pierde más veces de las que se gana.

Respiro profundamente, porque no puedo quedarme en lo superficial. Si algo me quema, tengo que sacármelo de encima.

Siento lo de esta mañana.

Justice

Yo también siento haber sido tan obtuso.

No me gusta que me manipulen.

Solo quería que supieras que lo voy a hacer.

Antes de salir, he llevado la prueba a un sitio que conozco.

Te paso los datos para que mandes tu muestra.

Mis labios dibujan una perfecta «o» porque no me lo esperaba para nada.

Neli

Gracias por confiar en mí.

Justice

Yo también quiero saber la verdad.

La verdad... Nunca habíamos estado tan cerca de ella. Y da miedo. Entiendo a esa gente que prefiere esconder la cabeza bajo el ala, ignorar y mirar hacia otro lado. No dudo de que su vida sea mucho más fácil, pero yo no soy así. Nunca lo he sido. Me gusta llegar al final de las cosas. La campanilla de la tienda suena y, al levantar la vista, veo que es un grupo de chicas. Imagino que son las que han llamado a primera hora. Están preparando una despedida de soltera y les han hablado de mis *packs*. Son velas, plantas o cremas hechas por nosotras, y cada uno es específico. Desde el de Cleopatra, con sales de baño y aceites esenciales de plantas adecuadas para obtener todo el potencial de tu piel; pasando por el de Curie, que ayuda a la concentración y estimula nuestro cerebro; o el más sensual, el de madame Bovary, que saca a la leona que llevas dentro. Les he dicho que se pasaran por aquí para saber más en detalle qué buscan y poder personalizarlos.

Neli

Tengo que dejarte,
hay clientes en la tienda.

Justice

¿Sigues queriendo venir mañana a la barbacoa?

Neli

Es tu plan.
Tú decides si quieres seguir con él.

¿Quiero ir? ¿Quiero continuar? ¿Tiene sentido seguir con la farsa?

He conseguido lo que anhelaba, hacernos la prueba y, por fin, lograr justicia para las Briand. Él también ha logrado lo que ansiaba, que su familia lo deje en paz.

Lo más sensato sería dejarlo aquí. Entonces, ¿por qué solo con imaginar el fin de esto ya siento añoranza?

Justice

Sí, quiero.

Neli

Yo también.

Nunca he sido alguien que se caracterice por su sensatez.

Soy un salmonete.

Justice

Te pasaré a recoger a las doce.

Soy un salmonete feliz.

Neli

Perfecto.

Lleva a los chicos a celebrarlo igual.

Se aprende más de las derrotas
que de las victorias.

Justice

Eso haré.

Hasta mañana.

Neli

Hasta mañana.

Se despide sin el «sin beso», ese que siempre me ha parecido que escondía todo lo contrario.
Puede que continuemos con esto, pero intuyo que no será como hasta ahora.

64 Acojonada

Domingo, 27 de febrero

Acabamos de aparcar el coche delante de la casa de Chad mientras, por la radio, suena [*Walking on a wire*](#). Me quito el cinturón y, de repente, me paralizó. Bajo la vista hasta mi regazo donde sujeto con fuerza la caja con el *chiffon pie* y otra con un surtido de bombones. No voy a negar que estoy nerviosa. Todos sabemos que da más miedo conocer a los amigos que a la familia. Y sé que esto es una relación ficticia con fecha de caducidad, pero son los amigos de Justice y quiero que vaya bien. Conozco a la mayoría de ellos del pueblo, pero nunca nos hemos relacionado.

—¿Qué les has dicho exactamente sobre nosotros? —pregunto en un susurro, porque mi voz se ha largado a tomarse un tequila para aplacar los nervios.

—La verdad. Solo he omitido expresamente contarles el motivo por el que lo hacemos.

—¿La verdad?

—Como cualquier pareja que empieza a salir, hemos tenido citas. El otro día fuimos a cenar; el viernes, a una exposición. ¿Cierto?

—Sí.

Se mueve en su asiento y se gira hacia mí. Va vestido con unos vaqueros negros y una camisa de cuadros en tonos verdes, arremangada hasta los antebrazos, que se ven fuertes y masculinos. Esta vez, por fuera del pantalón. Lleva una desgastada gorra de los Jays, supongo que la conserva de cuando estuvo en Toronto y fue jugador. Yo he optado por unos pitillo en tono burdeos y un jersey de cuello desbocado. Llevo el pelo suelto y el maquillaje es natural, producto de los nervios.

—Has pasado la noche en mi casa. —Abro los ojos y voy a replicar, pero no me deja—. No pongas esa cara, es la verdad. Lo que cada uno piense de esa frase es su problema. Neli, tú y yo nos estamos conociendo y eso es lo que saben.

—Es que estoy muy nerviosa —confieso. «Y acojonada».

Puede que no sea el mejor momento para psicoanalizarme, pero la razón, esa que no siempre

uno está dispuesto a admitir, es que en el fondo quiero encajar. Quiero mostrarles a ellos, a Justice, a su familia y a todo Júpiter que soy una chica normal. Que me guío por las estrellas, adoro la luna y cultivo plantas medicinales, pero que nada de eso me convierte en un ser temible. Puede que, para ellos, solo sea una comida de domingo con unos amigos, pero, para mí, significa mucho más.

—Si en algún momento te sientes incómoda, me lo dices y nos vamos. —Pone su mano sobre la mía y me da un apretón tranquilizador—. Se trata de pasar un buen día, no de agobiarse.

65 Humana (Justice)

La Neli que conozco ha desaparecido. La optimista, osada y valiente se ha quedado en casa y aquí solo hay una chica. Es la vulnerabilidad hecha persona. De repente, soy consciente de que es tan frágil como cualquiera. Por sus venas corre la magia y sabe comunicarse con la naturaleza, pero Neli también es carne y hueso. Es humana. En el fondo, solo es otra persona más buscando su sitio en el mundo.

66 El tiempo

La casa de Chad y Alice está situada en uno de los barrios más alejados del centro. Una de esas primeras urbanizaciones que se construyeron, que son muy familiares y en las que los vecinos acaban siendo un pariente cercano. Cercanía es lo que he sentido en cuanto nos han abierto la puerta. Como cuando visitas a unos tíos que hace tiempo que no ves. En cinco minutos han conseguido que mis reticencias se esfumaran. Adams y Eva, los solteros del grupo, ya estaban allí; han ido antes para ayudar con los preparativos. Es curioso verlos, porque se llevan como el perro y el gato, pero son incapaces de ignorarse. Se buscan, se observan, se retan. Detrás de nosotros ha llegado Carter con su mujer, Elena, y el pequeño Theo, de nueve meses.

Hemos comido en el porche, protegidos del sol y de la brisa fresca que se ha levantado con la marea del mediodía. Algunas nubes blancas y esponjosas decoran el cielo de este domingo de finales de febrero. He tenido un momento de duda al contemplarlos a todos, preguntándome qué hago aquí y con la desagradable sensación de haberme colado en una fiesta sin invitación. Pero justo entonces, Justice me ha rodeado la cintura con el brazo, haciendo una broma con Carter, y Alice me ha ofrecido una cerveza. Y eso ha hecho «chas», el mago ha quitado el pañuelo y ha salido el conejito. Si retiro la capa de miedo, todos me han tratado como si fuera una más. Solo una vez se ha hablado de mi familia y ha sido para elogiar el tremendo trabajo que hacen cada año para Halloween. En el pueblo, se conoce la casa de la abuela como «el castillo de la bruja»; para aprovecharlo, tía Clarisse y Nunú disfrutaban decorándola, y se ha convertido en todo un reclamo. Theo es un niño risueño que ha pasado por los brazos de todos. Cuando ha sido mi turno, nos hemos entretenido un buen rato observando un caracol. También ha demostrado tener carácter cuando tiene hambre. Elena, sentada a mi lado, me ha contado que es mexicana y entre charla y charla, nos hemos dado cuenta de que tenemos mucho en común, sobre todo en lo referente a creencias.

Y Justice... merece un párrafo para él solo. Estoy descubriendo a un hombre familiar y divertido. Ha estado todo el rato pendiente de mí, preguntándome con la mirada si estaba bien o quería marcharme. Ha tenido gestos que son muy normales entre una pareja y que hablan de complicidad, como cogerme de la cintura, apartarme un mechón de pelo o acariciarme el hombro cuando nos hemos sentado a la mesa, pero por muy cercano que se muestre, falta algo. La

conversación en su casa ha levantado un muro entre los dos.

En la mesa, se habla de la madurez y de que, al final, todo se centra en el tiempo. El que ha pasado. El que te queda. El que crees que necesitas. El que has perdido. Chad, que acaba de cumplir cincuenta años, dice que llega un momento en la vida en que te vuelves un pesimista. Un nostálgico recordando años pasados y en los que parecía que todo era mejor. En cambio, Alice, que en Navidad cumplió los cincuenta y cinco, reconoce que a ella le ha pasado al revés. Que, de repente, todo cobra importancia. Como si sintieras que cada vez queda menos y quisieras absorberlo todo para llevarte la maleta llena.

—Esta comida, por ejemplo. Os doy las gracias...

—No es Acción de Gracias —la interrumpe su marido.

—Siempre es un buen momento para agradecer que hoy estamos aquí, disfrutando, y espero que dentro de unos años me deis la razón y no a este viejo pesimista.

—La balanza, cariño, el secreto es la balanza.

Eso me recuerda a Justice y a mí. No podemos ser más distintos ni más alejados. O eso nos han hecho creer. Lo busco con la mirada, hace un rato que se ha llevado a Theo a dar un paseo, a ver si se calmaba. Están en la charca que hay en el fondo del jardín. Antes he visto que tienen peces de colores. Elena se da cuenta de que lo estoy observando y me dice que es como un domador de leones.

—Su voz tiene algo que lo tranquiliza. Si esto llega a puerto, puedes estar segura de que has encontrado al mejor padre que podrías desear para tus hijos.

Hijos... Por primera vez, la palabra no me da respeto. Al contrario, mi mente dibuja una postal navideña. Fuera está nevando y nosotros estamos decorando el árbol. Yo me peleo con Juno para que suelte la madeja de luces y Justice sostiene sobre sus hombros a una niña que coloca palitos de caramelo entre las ramas del abeto.

¡Es ridículo!

Todos sabemos que en Florida es imposible que tengamos unas navidades blancas.

67 La culpa es del cóctel

«Neli, deja de beber porque, si crees que lo único que chirría en esa postal es la nieve..., tienes un serio problema».

Creo que la culpa es del sol. Antes de comer hemos estado jugando al fútbol y ya se sabe que a mediodía es cuando más calienta. O del cóctel. Oh, sí. Seguro que todo es por ese cóctel de bienvenida que me ha servido Alice y que olía —y sabía— como si el vodka procediera de una destilería clandestina de la época de la ley seca.

68 Nota

Nota de disculpa: Perdón. Se dice que lo peor de las mentiras es que te las crees tú mismo. Que «intente» autoconvencerme de que el vodka o el sol son las razones es una opción indiscutiblemente de necios; pero me siento fatal por ofenderte al pensar que podía engañarte. Lo siento.

69 La casa de la bruja

Lunes, 28 de febrero

Es lunes. En la vida de adultos, eso de «el día de descanso» es la mayor falacia que nos han contado. Me paso la mañana limpiando la casa, haciendo la colada y yendo a comprar. Y todo forma parte de mi rutina, si no fuera por el encontronazo en el supermercado. El que hace que, cuando entro en el coche, tire el bolso en el asiento del copiloto y lance un grito de frustración. Cuento hasta tres y recuerdo que en esta batalla no estoy sola y tengo un aliado. Rescato el bolso y cojo el teléfono.

—Hola, novia. —Aunque utilice nuestra broma para saludarme, su voz me resulta distante. Es curioso, si prestas atención, lo rápido que aprendes a leer a una persona.

—Hoy cenas en mi casa.

—No suena a pregunta.

—Porque no lo es —replico. Busco en mi pecho el collar que me he puesto esta mañana y aprieto fuerte la piedra entre mis dedos. Es un cuarzo turmalina para mantener el equilibrio de la mente consciente e inconsciente.

—Tengo entrenamiento, pero puedo pasarme luego.

—Dale las gracias a tu madre —gruño y, por respuesta, obtengo un carraspeo.

—No sé si atreverme a preguntar. —Ahora sí noto ese trasfondo cantarín tan familiar.

—Estaba en la carnicería, comprando un poco de hígado para Juno, y tu madre estaba allí. No sé cómo, pero me ha liado y he terminado comprando un pollo para hacerte tu plato favorito. Con ella todo es una competición, maldita sea.

—¿Vas a prepararme pollo al estilo *tikka masala*?

—No. Yo pongo la casa y los ingredientes, y tú vienes a preparar la cena —lo corrijo—. Será tu forma de redimir la culpa.

Su risa me golpea el tímpano y sacude mis labios que también sonríen. Así de fácil desaparece todo rastro de la negatividad de Evelyn.

—Me parece justo. Llevaré vino.

—Pues yo me encargo del postre. ¿Alguna preferencia? Ya sabes, para la próxima vez que me la cruce pueda presumir de que has alabado mi tarta diciendo que es mucho mejor que la que hace ella.

—Para empezar, mi madre no ha cocinado en su vida. Pero confieso que tengo debilidad por la tarta de manzana a la sidra que hace Louis, su cocinero.

—Voy a buscar ahora mismo la receta para ver qué necesito, aún estoy en el aparcamiento del supermercado.

—Neli, no hace falta. Cualquier cosa me sirve, soy bastante goloso.

—No, te prometí que sería la mejor novia del mundo y lo voy a cumplir.

Suelta una carcajada y, a pesar de estar al otro lado de la línea, siento el oleaje de su vibración salpicándome los pies.

—Repito lo que te respondí: suena a amenaza.

Justice llega a casa a las seis y media. Viene recién duchado, con el pelo aún húmedo y con ese olor a bosque impregnado en la piel. Pantalones chinos en gris y camisa negra. ¿He dicho ya que me vuelven loca los hombres bien vestidos? Aparece con dos botellas de vino en la mano; en la otra, trae una caja de bombones que me ofrece al tiempo que deja un beso en mi mejilla.

—Adelante.

La casa es pequeña, pero me cuesta imaginarme viviendo en otro lugar. El pasillo es estrecho; a un lado, quedan las escaleras que llevan a las dos habitaciones y el cuarto de baño. A mano derecha, una puerta doble de cristal da acceso a la sala de estar. Hay un ventanal con forma de arco que da al porche delantero y, debajo, un sofá esquinero de tela blanca. Delante de él, una mesa baja. Y de ahí accedemos a la cocina, con muebles bajos y funcionales de madera natural. Junto a la ventana que da al patio trasero, una mesa pintada en verde agua y sillas amarillas.

—¿Va todo bien? —le pregunto cuando lo veo con el ceño fruncido.

—Perdona, es que me ha sorprendido. Tienes una casa muy bonita, llena de... color.

—Déjame adivinar, ¿pensabas que sería oscura? ¿Con gárgolas en las esquinas, búhos y serpientes como animales de compañía? ¿Hasta que dormía en un sarcófago?

—Y el jardín lleno de chuches —ríe y se pasa la mano por la cara—. Perdona, he sido un gilipollas.

—Me gusta sorprenderte. —Algo suave me acaricia las piernas, me agacho y cojo a la gata—. Te presento a mi compañera, esta es Juno.

Alarga la mano para acariciarla, pero ella se remueve y la suelto antes de sentir que clava sus garras en mi jersey.

—Eh, eso suelen hacerlo cuando ya me conocen un poco.

—Justice James Collins, acabas de ser rechazado. —Cojo una de las botellas para abrirla.

Reconozco que estoy nerviosa. Primero, porque Justice está en casa. Y segundo, porque me pregunto qué versión de él tendré esta noche. Si el de los primeros días o el distante del domingo en la barbacoa.

—Tampoco hace falta gritar a los cuatro vientos mi rechazo. Sobre todo, no se lo cuentes a mi madre.

—Ni loca —jadeo, intentando sacar el tapón. Justice ha traído uno de esos vinos buenos que requieren de un sacacorchos y no de los baratos a los que estoy acostumbrada y que llevan rosca. Sus modales de internado y su nivel adquisitivo se aprecian en muchos detalles de su día a día.

—No sé... —Me da un toque con su hombro para que me aparte y él termine la tarea—. Ahora compartís hasta recetas de cocina. A saber qué será lo próximo.

Puede que no suela comprar botellas que cuestan cien dólares, pero gracias a mi adicción por la decoración tengo unas copas de cristal antiguo que son perfectas para la ocasión. Las saco de la alacena y se las paso.

—¿Vas a seguir burlándote o te vas a poner a cocinar de una vez? Tengo hambre.

—Lo que usted mande, chef.

Me ha delegado el trabajo de poner la mesa. Desde el salón nos llegan las notas de [Let me be](#), mientras Justice se ha remangado la camisa y está cortando el pollo para poder aliñarlo.

—¿Qué tal el entreno? —pregunto cuando paso por su lado para coger los cubiertos.

—Bien, me voy sintiendo más cómodo y los chicos son geniales.

—¿Cómo llegaste ahí? —Alza la cabeza y sus ojos parpadean al tiempo que frunce levemente el ceño, como si se hubiera sorprendido de verme delante de él—. ¿Por qué me miras así?

Sacude la cabeza y sus mejillas toman ese color a melocotón maduro que aña sus facciones. Como si se avergonzara de que lo haya pillado. Bebe un sorbo de vino y la copa tintinea sobre el mármol blanco cuando la devuelve a su sitio.

—Porque a veces aún no me creo que esto sea real —admite mientras se lava las manos y después se apoya contra la encimera.

—Ah, ahora eres tú el que tiene un momento de lapsus.

—No exactamente. —Coge aire y lo suelta despacio, dándose el tiempo para ordenar sus pensamientos—. Es que ni recuerdo la última vez que estuve en una situación así.

—¿Así? —Bebo de mi copa. El olor del vino a madera y frutos rojos me recuerda a su perfume. Creo que los dos combinan perfectamente.

—Una noche de invierno cualquiera, fuera llueve y yo estoy preparando la cena mientras charlo de banalidades con una preciosa mujer y tomamos una copa de vino. Hacía mucho tiempo

que no compartía una velada de estas. Y resulta que es contigo. No deja de ser paradójico que tú seas quien me transmite paz.

—Te dije que no soy la bruja malvada del cuento.

Suelta una risa suave que se propaga como el fuego atizado por los alisios. Desde el otro lado de la ventana se oye la tormenta y algún relámpago rompe la oscuridad que nos rodea y aísla del mundo.

—Eso es lo que me da miedo.

—Brindemos por ello.

«¿Por qué brindas, exactamente? ¿Por la paz? ¿Por no ser la mala de la película? ¿Porque no le das miedo? ¿Por más momentos como estos? ¿Porque se muestra cercano?».

—¿Qué decíamos?

—Te preguntaba cómo llegaste a entrenador.

—Ah, sí. John Wilson, el de la tienda de deportes, era quien ocupaba el puesto. Hace un mes fue padre primerizo de gemelos y se sentía desbordado. Fui a por unas zapatillas y salí con una oferta de empleo. Nunca me lo había planteado, pero reconozco que me gusta. Estudiar a cada jugador y buscar la forma para sacar lo mejor de él. Diseñar tácticas para combatir al contrincante. Me gusta sentir que vuelvo a formar parte de ese deporte que tanto me dio.

—¿Siempre tuviste claro que vivirías aquí?

—No. Era demasiado joven y jugador profesional, no me preocupaba el mañana, vivía solo en el presente. Puede que por eso el batacazo fuese tan grande.

—Lo siento, no quería importunarte.

—No pasa nada. —Sus labios esbozan una suerte de sonrisa, aunque en sus ojos brilla un dolor añejo—. Ahora ya lo he asumido y puedo hablar de ello. Hay sueños que duran poco.

Fuera, la lluvia sigue cayendo de forma lánguida; dentro, mientras el pollo y las patatas se doran, la charla continúa. Me habla de la recuperación, de lo perdido que estuvo durante mucho tiempo sin saber qué hacer y hasta dudando de quién era. De los años de terapia y de cómo entró en el cuerpo de policía. De querer vivir en un pueblo tranquilo. De la vacante como jefe de la comisaría en Júpiter. De las primeras semanas. Los silencios se llenan de risas y de voces amortiguadas por el vino. Juno ha salido de su escondite de detrás del sofá y se ha ido acercando discretamente a Justice, hasta que se ha enroscado en su pierna. Él se ha agachado para que lo olisqueara. Al final, Juno se ha dejado coger. Ha dado un par de cabezazos contra su pecho y él le ha acariciado el lomo, la muy gata ha ronroneado extasiada de gusto.

—Hola, pequeña —murmura con voz aterciopelada, y sus labios esbozan una sonrisa de triunfo. Por un instante, deja la mano quieta y ella le pide de un zarpazo que continúe—. ¿Ves?, solo era cuestión de tiempo.

En la mitología romana, Juno se casó con su hermano, Júpiter. Era la diosa de los matrimonios. Y era muy pero que muy celosa, capaz de los mayores castigos. Todo esto te lo cuento porque aquí, ahora mismo, la única celosa soy yo.

¿Puedo culpar al vino por tener envidia a un felino?

70 Reprimirse (Justice)

El pollo ha salido un poco «demasiado» picante porque me he pasado con el jengibre. Las patatas tenían un ligero toque carbonizado y la masa de la tarta estaba grumosa y un punto cruda. A pesar de ello, repetiría de cada plato si eso hiciera que la velada no termine.

A la hora de marcharme, Neli me acompaña hasta la puerta. Es pasada la medianoche, ha dejado de llover y solo queda un fuerte olor a tierra mojada. Se produce un instante de esos en el que no pasa nada, pero que sientes que pasan un millón de cosas. Mis ojos quedan atrapados por los suyos. De fondo, se oye un ruido de contenedores, seguro que es algún mapache.

—Eres diferente a como te imaginaba —confieso en un murmullo.

—Lo he pasado muy bien —decimos al unísono, y eso hace que nos dé la risa. Sus ojos se deslizan hasta mis labios y el beso con el que los dos soñamos se queda en un profundo suspiro.

Qué jodido es reprimirse.

Qué jodido es tener prohibiciones.

Qué jodido es censurar tu mente.

Qué jodido es cerrar los ojos cuando ella es todo luz.

71 Magia negra

Miércoles, 2 de marzo

Luna nueva en piscis. La lunación más sensible y amorosa. Es la última del año astrológico e invita a la reflexión. Es el momento perfecto para pulir esa lista de propósitos que hacemos todos a principios de año. Mercurio en conjunción con Saturno permite acuerdos favorables y una buena planificación.

Y algo que creías una utopía hasta hace relativamente poco, un día cualquiera se vuelve tu rutina. Justice esperando delante de mi casa, el paseo hasta el Cafetosaurios. Ayer se despidió con un beso en la mejilla y se fue directo al ayuntamiento porque tenía una reunión para la gestión de la seguridad en la feria. Hoy ha desayunado con nosotros, y Chispas ha aprovechado para quejarse del incordio y pesadilla que llega a ser Evelyn. «Es peor que mi sargento y eso que estábamos en mitad de una maldita guerra». Esa mujer pone toda su energía en todo lo que hace y casi nunca es positiva. Justice ha bromeado diciendo que su madre es como una mancha de vino, que cuanto más frotas, más grande es y menos solución tiene.

La tienda va mejor que nunca, ha empezado a venir nueva clientela, compran algo para disimular la curiosidad, pero lo importante es que vuelven. Los *packs* que empecé a vender para Navidad son el producto estrella. Mi tía ha venido a media mañana a traerme una nueva remesa. Estamos tomando un té y hablando de los preparativos para esta noche, vamos a celebrar un ritual para bendecir y consagrar el local de Diotima, cuando llega Marie con el correo.

—Os vi en la exposición, pero no me dio tiempo a saludarte.

—Nos fuimos pronto, teníamos una reserva para cenar. —Recuerdo que fue la excusa que dio Justice para marcharnos.

—Sois la pareja de moda, todo el mundo habla de vosotros.

—Estamos deseando dejar de ser el centro de atención, te lo aseguro.

Mi tía sale a mi rescate y le pregunta por su aquelarre. No intervengo. No estoy para charlas, me ha bajado la regla y me encuentro fatal. Pocas veces me ha dolido como lo hace esta vez.

Cuando ve que no le doy cuerda, se va, alegando que tiene trabajo.

—¿Has visto su mano? —me pregunta mi tía. Su tono de voz evidencia su turbación.

—¿Su mano?

—El dibujo en la palma, sobre el monte de Saturno. —Habla rápido mientras se acerca a la puerta y la busca con la mirada, como si necesitara cerciorarse de algo—. Se veía difuminado y, cuando ha visto que me fijaba en él, la ha cerrado y metido en el bolsillo. ¿Qué sabes del tipo de magia que practica?

Me doy cuenta de lo despistada que he estado porque no le he prestado ninguna atención.

—Es magia blanca, solo es una curiosa.

—Esa marca no lo es —me interrumpe. Niega con la cabeza y en sus ojos veo que hay algo que la inquieta—. Eso es un amarre.

Está hablando de magia negra y eso nunca trae nada bueno. Supongo que por eso le ha preguntado por su aquelarre.

—Últimamente, desprende una energía espesa y desagradable —admito.

—Toda su aura lo es, yo también la he percibido.

Mi cara se transforma cuando noto un calambre que me dobla por la mitad.

—¿Por qué no te vas a casa? Yo me encargo de la tienda y de preparar aceite negro. Ve y descansa.

Ese aceite es un ritual hecho a partir de semillas y hojas de enebro y sirve para bloquear. Su fin es levantar una muralla para impedir que llegue la maldad de los enemigos. Si ella lo cree necesario, adelante. En esta familia respetamos muchísimo la intuición de las demás.

No se lo hago repetir dos veces. Sueño con tumbarme en la cama, acurrucarme bajo la manta y atiborrarme de chocolate mientras veo una película de esas que me permite llorar y vaciarme como el cuerpo me pide.

☾●☾**72 La noche de las palabras

La luna nueva es el comienzo de un nuevo ciclo lunar. Podemos poner en marcha un plan y, si tenemos un sueño, no importa lo poco práctico que sea, quizás se logre gracias a esta luna que cae junto al generoso Júpiter.

La magia es una celebración entre nosotros y el mundo intangible. Es la concentración de energías que proyectamos hacia un fin. Esta noche, en el local de Diotima, que tiene los cristales tintados de pintura para dar privacidad y entre escombros y bocetos de la futura librería, se reúnen un grupo de mujeres. Invitan a la Dama a que bendiga y consagre este proyecto. También convocan a los espíritus de escritoras para que se reúnan con ellas a festejar el nacimiento de este espacio dedicado a las palabras.

La noche, que siempre está disponible para una buena historia, se sacia escuchando fragmentos de los libros favoritos de Siobhan. Será la primera vez, pero no la única; de ahí saldrá la idea de «La noche de las palabras», una actividad que, aunque ellas aún no lo saben, será clave para el éxito de la librería y se convertirá en todo un reclamo.

73 Incertidumbre (Justice)

Jueves, 3 de marzo

Marte en conjunción con Plutón en capricornio. Día importante para tomar decisiones en las relaciones, la vida personal, financiera y profesional. Momento de terminar ciclos y tener nuevas actitudes, sobre todo después del período retrógrado de Venus que comenzó en diciembre de 2021.

Justice

No hay nada sobre nosotros en el *Jupiteriano*.

¡Esto no puede ser!

Hemos sido reemplazados por la excursión
que hicieron los abueletes a Palm City
para ver el musical de *El Rey León*.

Neli

Así que la noticia es que no somos noticia.

Justice

Ahora que empezaba a acostumbrarme...

He pensado que me toca devolverte la invitación.

¿Vienes esta noche a casa?

Neli

¿Me harás cocinar?

Justice

Podemos encargar algo.

Neli

Perfecto.
Llamaré a Georgia.

Esta mañana no he podido pasar a buscarla y hacer nuestro paseo porque ha habido un accidente; un camión de reparto ha volcado y hemos tenido que cortar una de las vías de entrada al pueblo. Realmente mi invitación es porque tengo los resultados de las pruebas de ADN. Me las acaba de traer un repartidor por correo certificado. Me gusta cuando la gente es eficaz y entiende el concepto de «prioridad máxima». Aunque no dudo de que el cheque con el «plus de preferencia» haya sido un factor importante. Ni me he atrevido a abrirlo. De golpe, me embarga esa incertidumbre de cuando estás esperando respuestas y de repente las obtienes.

74 Paz

Podría creer que de repente he desarrollado el don de la telepatía, pero nada más lejos de la magia. Empiezo a conocer a Justice y a interpretar las señales que —queriendo o sin querer— transmiten su cuerpo. Está nervioso, expectante, y su forma de mirarme me apremia a entrar.

—Ya tienes los resultados —sugiero sin ápice de duda. Dejo el bolso y la chaqueta en el colgador de la entrada y me quito las botas.

—¿Cómo lo sabes? —Su voz suena a caballo entre la sorpresa y la ironía.

—Tu cuerpo me lo grita —dibujo un círculo en el aire—, y es bastante escandaloso.

Pone los ojos en blanco y resopla. Hay veces que es mejor admitir la realidad que intentar adornarla para desviar la atención.

—Los he recibido esta mañana.

Justice me da la espalda y va hacia la cocina, lo sigo. Tiene abierta una botella de vino blanco y me sirve una copa. Tiene música puesta, me gusta la canción, pero no la conozco, me dice que es *Symphony*.

—¿Y? —insisto después de beber un trago. Está fresco y algo amargo.

—Y... aún no los he abierto —murmura y sus labios esbozan una sonrisa pequeña y esquiva.

—¿A qué esperas? —pregunto con el ceño fruncido. Aprieto con tanta fuerza la copa que me da miedo romper el cristal y mancharlo todo de líquido dorado.

—A hacerlo contigo.

—¿Te preocupa lo que puedan decir?

—A ver, déjame pensar... —se burla de mí mientras se acaricia el mentón con la punta de los dedos—. Lo de ahí dentro confirmará si mi familia ha estado mintiendo durante generaciones. Lo de ahí dentro confirmará si mi abuela y mi madre han omitido la verdad de forma descarada. Ahí dentro dice... —No continúa y yo decido que ha llegado el momento, no puedo esperar ni un minuto más.

Justice, yo y un sobre. Me suena la escena...

—¿Lo abres?

—Hazlo tú —me pide en un matiz desesperado.

Se me escapa la risa.

—Qué valiente es usted, señor jefe de policía.

—Mira, esto es como tener en las manos el botón para desactivar la bomba final. La que salva el mundo... la que...

—Oh, por Saturno, déjate de comparaciones.

Es un momento solemne, pero la ansiedad me puede. Dejo la copa, cojo el sobre y meto el dedo para romperlo. Hay solo una hoja para aclarar un conflicto que lleva vigente desde 1945. Y setenta y siete años después...

Mi vista se pasea por el documento leyendo y sin leer. Busco lo que importa y lanzo un pequeño jadeo. Cuatro generaciones sueltan el aire. Por fin.

—Tú y yo... solo tenemos en común el blanco de los ojos. —Me tiembla la voz, estoy demasiado emocionada.

Se acabó. Paz.

Justice me quita el papel de las manos y voy hasta el sofá. Necesito sentarme. Me siento arrollada por una avalancha de emociones, me cuesta hasta respirar. Pienso en mi bisabuela, aún la veo sentada en el sillón, con su pelo largo y plateado, dejándome que la peinara. Siento la calidez de su sonrisa compartiendo este momento. Inspiro hondo y recuerdo su olor a lilas.

—¿Estás bien? —Se arrodilla frente a mí y, aunque no me toca, lo siento cerca. Muy cerca.

—Sí, es que... —suspiro—. Es... —Me he quedado sin palabras de tantas cosas que tengo en la cabeza.

—Lo sé —murmura con voz dulce. Me coloca un mechón detrás de la oreja y la caricia se prolonga lo que me parece una pequeña eternidad—. Lo siento.

—¿Por qué?

—Te pido perdón en nombre de mi familia. Sé que nunca podré reparar todo el daño que os han hecho. Conseguiré una muestra de mi abuela y te prometo que llegaremos hasta el final de todo esto.

—¿Harías eso? —pregunto, completamente estupefacta. No me lo esperaba para nada.

—Lo que haga falta.

—Gracias.

Sacude la cabeza como quien se niega a recibir un agradecimiento. Baja la mirada y se estudia las manos, que ahora mismo están sobre mis muslos.

—Sabiendo esto... Eh... ¿quieres que rompamos el trato? —Suaviza el tono de voz—. Entiendo que ahora...

—Ni se me había pasado por la cabeza —lo interrumpo.

—Perdona, no es el mejor momento para hablar de ello.

—Claro que lo es. ¿Tú quieres dejarlo?

Niega con reserva y se aclara la garganta. Creo que ninguno de los dos ha asumido aún los

resultados.

—La verdad es que me estoy divirtiendo con todo esto. —Su voz es suave, como la forma de mirarme—. Podríamos esperar un poco más, mientras terminamos de averiguar lo de nuestras abuelas.

El resultado no ha hecho que cambie de opinión. Era uno de los motivos que me incentivaban a decir que sí, pero no el único. Me gusta esto. Sea lo que sea. Me gusta cómo me hace sentir.

—Me parece bien, ¿cenamos?

—¿No prefieres ir a contárselo a tu familia?

—Lo haré el domingo, es el cumpleaños de la abuela. Será el mejor regalo. ¿Me acompañarás?

—Me encantará.

75 Abrir la veda (Justice)

Abrir la veda: Dar principio a la práctica legal de unas u otras modalidades y especialidades de caza.

Es en lo único en lo que puedo pensar.

Se acabó la censura. Reprimirse.

Soy libre. Qué peligro cuando ya no hay prohibiciones.

—¿Qué te ocurre?

—Pienso.

—Creía que te gustaba hacerlo en voz alta. —Hago un gesto con la mano, pidiendo que lo olvide, pero me lanza una mirada de las suyas, desafiantes y sexis. Cómo le gusta provocarme y llevarme al límite. —. Venga, sin filtros.

Termino de aliñar la ensalada que nos ha preparado Georgia para acompañar la lasaña y me lavo las manos. Nos sirvo un poco más de vino.

—Estoy muy cabreado con mi familia, pero no puedo pensar en otra cosa que en que ya no es pecado imaginarte desnuda.

—¿Eres creyente? —Coge una galleta salada de las que he puesto en un bol mientras esperábamos que nos trajeran la cena.

—¿Te digo que fantaseo con follar contigo y tú me sales con que si creo en Dios? —Esta mujer es la criatura más rara que he conocido en mi vida.

Se ríe, como si ya lo supiera y le divirtiera ponerme contra las cuerdas.

—No has respondido.

—Le tengo respeto, como a todo lo desconocido. ¿Y tú?

—Yo no he temido nunca ir al infierno por desearte. Fantasear es tan normal como respirar.

¿Está diciendo que ella también nos ha imaginado en la cama con mi lengua entre sus muslos, llevándola al orgasmo?

¿Soy yo o acaba de lanzarme un zasca en todos los morros de la forma más sagaz posible?

76 Pronoia (Justice)

Al sentarnos a la mesa, todo ha cambiado. Sin proponerlo ni pactarlo, los dos hemos dado por zanjado el tema. El de nuestras familias y, por momentos, dudo de si ese desvarío hablando de sexo ha sido real o solo una fantasía. Con Neli resulta fácil charlar de todo, no hay tema que no hayamos tocado esta noche. Desde política a religión, pasando por el feminismo con el que estamos ahora. Me habla de la revolución de las mujeres. De esa lucha que empezó en los sesenta cuando ya se reivindicaba los salarios equitativos, la píldora o el aborto.

—Por fin se le da a la mujer su papel en la historia. Cada día sale una noticia sobre ello. Nos «descubren» —dice áspera, y entrecomilla la palabra— que siempre hemos estado ahí, pero nos habían olvidado intencionadamente. Al hombre siempre le ha dado mucho miedo ceder el poder. Mira la Iglesia y las brujas. Solo eran mujeres con creencias propias, inteligentes e independientes. Capaces de observar su entorno, sacarle provecho, pensar por ellas mismas.

Soy un cabrón. Lo admito. Porque le doy la razón en todo y me encanta escucharla, pero mientras ella me habla de esa Era de Acuario que llega con cuarenta años de retraso, yo solo puedo pensar en besarla. En desnudarla. En follarla. Con ella encima de mí, cabalgando como una salvaje amazona. Su melena como una cortina de noche, sus pechos erguidos, sinuosos, su piel de luna brillando por una fina capa de sudor. Sí, supongo que tiene razón, fantasear es tan básico como respirar.

Es normal sentirse atraído por lo desconocido. Por la rareza. Por lo que es ajeno a nuestra vida cotidiana. He crecido rodeado de falsedad, creo que por eso me gusta ser directo y franco. Sé que dije que no puedo resistirme a una sonrisa sincera y acabo de darme cuenta de que tampoco a una mujer asertiva. Neli es de ideas claras y las defiende con garra y astucia.

Cornelia ha dejado de ser un «aléjate de mí» para ser un «quiero conocer todos tus secretos». Es un enigma en sí misma. Siempre he estado rodeado de materialistas y ella es tan espiritual, tan intangible. Esta Briand es la mujer más interesante que he conocido en toda mi vida. Y enfrente de tal belleza nadie es inmune. Qué tentador es algo prohibido, ya lo escribió Freud: «Tras cada prohibición, hay un anhelo».

Recuerdo cuando dijo que de noche se guiaba por las estrellas y de día por el instinto, y yo le contesté que era de los que creían en la reflexión. Pero hoy tengo la sensación de haber dejado la

sensatez encerrada en el armario y aquí solo está un animal con sus instintos primarios a flor de piel. No puedo pensar en otra cosa que en lo guapa que está. La sensualidad con la que se mueve y produce que el vestido se ciña a sus curvas. En esos labios que me gritan que los bese. Si esto fuera una cita normal, ya me hubiera lanzado a su boca, la hubiera sentado en la mesa y lamido cada centímetro de su piel. Pero no lo es. A pesar de ser una cita. De no ser parientes. Y de que entre nosotros todo sea tan natural.

Empiezo a no ser capaz de distinguir ya lo que es real y lo que es mentira.

Me pregunto si esas ganas de besarla son mías o es el destino, como cree Neli. Hace muy poco he aprendido una palabra nueva, es pronoiia y significa tener la convicción de que el universo está conspirando a tu favor. Pienso en esas estrellas viéndonos desde el cielo, pendientes de si seguimos el camino que han diseñado para nosotros. Ey, por si me escucháis, es el momento perfecto para que se levante, se siente sobre mi regazo y me bese.

77 Por si nos ven

Sé que el tiempo ha jugado su papel esta noche. Jamás me he reído tanto ni con tanta libertad. Nunca me he mostrado tan yo como en estas últimas horas. Saber que estamos llegando al fin hace que todo lo viva con más intensidad. Como el último mordisco a un *brownie*. Como un helado que casi ya se ha derretido por completo y es cuando está más bueno. La tranquilidad que da la ilusión sin esperanzas de un mañana.

Justice me acompaña a casa. La noche es fresca, pero invita a ir despacio. Puede que sea yo la que no tenga ganas de llegar. La que no quiere que esto termine. Nunca te cansas de las cosas buenas. Con la excusa de «por si nos ven», vamos cogidos de la mano. Justice es de los que juguetea con los dedos y no para de dibujar círculos con el pulgar sobre mi piel. Las farolas pintan nuestras sombras sobre la acera. Miro esas figuras alargadas, en sus contornos que se desdibujan o se fusionan dependiendo de nuestros pasos, pienso que es una metáfora de la vida y de las relaciones.

—¿Por qué caminas con los ojos cerrados?

«Porque no quiero ver nuestro final».

—Así escucho mejor el viento. Confío en que me guiarás.

Suelta una carcajada cálida como un rayo de sol en la cara en pleno invierno.

—La gente normal escucharía música, pero claro, tú eres tú, no sé por qué me sorprende.

—Eso también lo hago a veces. Si tuvieras que poner banda sonora a este momento, ¿qué escogerías?

—Neli y sus peculiares preguntas.

—En el fondo te gusta. —Golpeo mi hombro con el suyo y, de rebote, apoyo la cabeza justo ahí.

—Nunca he dicho lo contrario —murmura antes de dejar un beso en mi pelo—. A ver, una canción... mmm... Tendría que ser calmado, porque no tengo ninguna prisa en llegar. Y sensual... como tu perfume. Lo tengo, es un clásico, pero es Joe. [*Up where we belong*](#) es mi elección.

El sueño que tuve por los Lupercales me viene a la mente y con él la sensación de fascinación y deseo que me provocó. Me cuesta respirar con normalidad.

—¿Te gusta Cocker? —Dibujo las palabras solo con los labios, pero él me oye igual.

—Sí, ¿por qué te extraña tanto?

—Por nada —carraspeo para recuperar la voz—, es que me has sorprendido.

Ladea la cabeza y me dice con la mirada que no se cree ni una palabra, pero que va a dejarlo pasar.

Rompo el momento apartándome para sacar el teléfono y los auriculares. Al meter la mano en el bolso, lo único que encuentro es un puñado de fantasías. Rebusco bien y por fin los localizo. Abro la aplicación, selecciono la canción y le doy uno de los auriculares inalámbricos. «Quién sabe qué traerá el mañana en un mundo donde pocos corazones sobreviven». Desde su casa a la mía, si vas a pie, hay un atajo que pasa primero por el puente que cruza el río y después por el centro del pueblo. Al llegar a la tienda de manualidades, sin decir nada, los dos giramos hacia la derecha, en dirección a la playa, por el camino más largo. «El tiempo pasa. No hay tiempo para llorar. La vida eres tú y yo. Vivos hoy». ¿Qué tendrán estas viejas canciones que convierten el amor en esperanza?

—Y tú, ¿cuál escogerías? —pregunta después de que terminen las últimas notas.

—Estaba pensando en [You & the sea](#), de David Nevory. —La busco y le doy al *play*.

Nota: Solo tú y yo sabemos por qué la he escogido, así que guárdame el secreto.

Así seguimos con un par de canciones más. Cuando vuelve a ser mi turno, escojo a Michael Kiwanuka y su [One more night](#), que habla de contar las horas hasta que llegue el nuevo día y con él la posibilidad de un nuevo comienzo. De poner fin a las mentiras y poder avanzar. Empieza a sonar el estribillo cuando se detiene delante de mi casa y tira de mi mano para quedar frente a frente. Me acuna la cara y me incita a mirarlo.

—Eres...

—Soy...

—Eres... esa canción que no puedes quitarte de la cabeza. —Su voz suena aterciopelada por el vino y la noche.

—¿Soy como un *hit* del verano? —Me ofrece esa sonrisa que reserva para muy pocos.

—Igual de vergonzoso que ese villancico infantil que no confesarías ni bajo tortura que te pasas el día canturreando cuando llega diciembre.

—Me gustan los villancicos. —Su expresión se funde con la luz de las farolas.

—Y a mí —suspira y yo busco las llaves. Al otro lado de la puerta, Juno maúlla para darnos la bienvenida.

«Una noche más hasta la mañana», sigue cantando Michael.

—Por si alguien nos ve. —Sus ojos me advierten de sus intenciones, cuando veo que se inclina hacia mí, tiro de su chaqueta para que baje la cabeza y me lanzo a su boca.

El beso es inesperadamente lento. Como si no quisiéramos que termine. Sus labios se vuelven

exigentes. Los míos responden hambrientos como si quisiera darme un atracón. Puede que no hayamos hecho ningún comentario sobre el tema y lo esquivemos a conciencia, pero sobre nosotros sobrevuela un «puede que sea la última vez» y los dos estamos dispuestos a aprovechar el tiempo que nos queda.

78 La familia (Justice)

Viernes, 4 de marzo

Sol en conjunción con Júpiter en piscis. Optimismo, confianza, expansión y apertura a nuevas ideas. Momento de aprovechar las oportunidades y planificar el futuro.

¿Te acuerdas de la rana y cómo la envidiaba al pensar en visitar a mi familia? Pues esta vez hasta me hace ilusión ser un hombre. Reconozco que estaba retrasando el momento porque no me apetece verlas. Porque imagino el drama, los insultos y gritos, y se me quita hasta el morbo que me produce ser yo quien les dé la noticia. Pero las cosas se han precipitado. Desde esta mañana. Desde la llamada. Qué idiota he sido al pensar que realmente estaban tan enfadadas que se les habían quitado las ganas de manipular y hacer de las suyas. que mis «amenazas» habían surtido efecto.

Hoy he empezado el turno antes para cubrir a Chad que tenía cita para unos análisis. Serían las nueve de la mañana y me estaba bebiendo el tercer café cuando he recibido la llamada de teléfono; una vez he colgado, me han faltado patas para venir a ver a mi madre. Me han ofrecido ser *sheriff* del condado. Un ascenso que no he pedido, ¡ni quiero! Uno que no tiene sentido porque no llevo ni tres meses en este puesto. Uno que huele a manipulación porque resulta que el señor que ocupa actualmente el cargo tiene una casa en el lago y sale a pescar a menudo con mi padre. Esto es lo que tramaban estando en silencio. Si no pueden atacar a las Briand, han buscado alternativas y han optado por alejarme a mí. Qué poco me conocen.

Voy a hacerte un breve resumen de lo que ha sido el inicio: Lo han negado todo. Sí, la abuela también estaba, le he pedido que se acercara porque quería verlas a las dos. Por un momento hasta me han hecho dudar de que ellas supieran la verdad, pero al ir sacando el tema y dándole vueltas, sé que están al tanto de toda la manipulación de la bisabuela.

—Si estáis tan seguras de vuestra versión, es fácil demostrarlo. Te sometes a una prueba de ADN para que se compare con la de Nancy y listo.

—Te han comido la cabeza —insiste la abuela.

—Pues hazlo con tu hermana Gladys. Se supone que sois de padres distintos.

—No tengo que demostrar nada a nadie.

—Hace años que Nancy comparó su ADN con el de la hermana de Justice. Son parientes. Han mantenido este secreto durante años, algo que si saliera a la luz...

—Para eso quieren las pruebas, ¡para chantajearnos! —dice mi madre. De los nervios, le debe de haber saltado algún punto o reventado algo de bótox porque cada vez que habla la mejilla se mueve de forma unilateral.

—Si quisieran hacerlo, ya lo habrían hecho. Llevan años sospechando de esto y nunca han sembrado la duda. Se lo han guardado por respeto a los que ya no están. Lo único que han hecho ha sido defenderse de vuestros ataques porque ellas jamás han iniciado ninguno. Solo piden respeto y que esto termine de una vez. Hasta el pueblo está cansado de esta ridícula guerra. La gente me para por la calle para decirme la buena pareja que hacemos y por haber superado las reticencias. La vida es avanzar y ya va siendo hora de que esto también pase.

—No voy a dejar que ganen —sentencia mi madre.

—¿Es que no me escuchas? —grito, porque han podido con toda mi paciencia—. ¡No hay ganadores ni perdedores! Solo la verdad.

—Necesito tumbarme, me duele la cabeza —se queja la abuela. Y así se termina la conversación. Sé que no conseguiré nada insistiendo.

—Por cierto, he rechazado el «ascenso». —Me levanto y me recoloco el pantalón y la camisa.

—¿Te has vuelto loco? No puedes rechazar ser *sheriff* —grita mi madre que también se pone en pie.

—Nunca he estado más cuerdo ni tan feliz. Me gusta mi trabajo y mi vida en Júpiter, no pienso irme. Dejad de mover los hilos.

—No sé de qué me hablas. —Se quita una imaginaria pelusa de la manga de la camisa.

—Y entonces, ¿cómo sabes que era para *sheriff*? No me busques, madre, porque yo no tengo ni un uno por ciento de la paciencia que han tenido las Briand en todos estos años.

79 Te veo

Estoy desempaquetando la última caja de libros que me ha llegado cuando la campanita suena y entra Justice.

—Hola, ¿qué haces aquí? —pregunto sorprendida.

—Los novios también saben traer el desayuno. —Sobre el mostrador deja la caja con dos tazas de café.

—Oh, me viene genial. —Cojo un *muffin* de zanahoria y nueces y le doy un pellizco.

—¿Un mal día? —pregunta y empieza a abrir los sobres de azúcar para su ritual.

—Digamos que no he dormido mucho.

—¿Por lo de ayer?

Ayer. En su casa. Los resultados. La verdad. Las consecuencias. El futuro. La velada en sí. El paseo, las canciones. Todo estaba metido en mi cama. Me girara hacia un lado o a otro, me topaba con alguno de ellos.

Confesión número 20: Reconozco que he acudido a rescatar el beso más veces de las que me atrevo a confesar.

—Sí —respondo ambigua—. ¿No deberías estar salvando gatitos de los árboles?

—Siento decirte que en este puesto hay más papeleo burocrático que otra cosa. Me he escapado por un asunto familiar.

—¿Desayunar conmigo es un asunto familiar? —Sonrío al comprobar que mi taza ya está fría. Supongo que Logan me lo ha servido de una cafetera anterior.

—Ojalá... He ido a ver a mi madre. Se lo he dicho.

Tengo casi la taza en los labios, pero, por suerte, reacciono antes de beber y atragantarme.

—Creo que necesito algo más fuerte —suspiro.

Quiero saber cómo ha ido, aunque lo imagino. Lo han negado todo. Han insistido en que estamos chaladas. Han repetido que lo estoy manipulando. Hechizado y sometido con sexo. Que ya sé que no suena mal, nada mal someter a Justice a base de orgasmos, pero ellas lo dicen quitando toda la gracia al asunto y lo convierten en una tortura.

—No —ríe e interrumpe mis cavilaciones—. Ha ido bien.

—¡Ja!

—Ha ido bien porque he conseguido que mi abuela se preste para una prueba de ADN.

—¿No te creo! —Del bolsillo de la chaqueta saca la típica bolsa para muestras forenses y me la enseña—. ¿Saber cómo lo has conseguido me convierte en tu cómplice? —Su risa vuelve y me abraza.

—No la he drogado ni amordazado. Me ha costado, y pensaba que me iría sin ella, hasta justo antes de irme, que les he puesto un ultimátum: o me daba una muestra o empezaría yo mismo a contar la verdad.

—Ahora sí que estoy alucinando. ¿Qué le has echado al café? —Suelta una carcajada, pero igualmente huelo la taza, escéptica.

—Y hay más... —anuncia. Tuerce la boca y lanza un suspiro de puro agotamiento.

—¿Más? Ahora sí que me estás acojonando.

—Tenías razón en estar inquieta por su pasividad. —Por Saturno, que no sea nada irremediable—. Eh, tranquila —dice, e imagino que mi cara muestra cómo me afectan sus palabras—, han optado por una vía más diplomática.

—¿Puedes hablar claro? —lo apuro.

—Me han ofrecido un ascenso, ser *sheriff* del condado.

—¿Y eso es malo por...?

—Porque ni lo he buscado ni lo quiero. Han movido sus contactos y odio profundamente esos trapicheos.

—Eso se les da muy bien. —Reconozco mientras me recojo el pelo para soltarlo poco después. Tengo calor, estoy inquieta y agitada.

—Lo sé.

Le suena el móvil y lo saca del bolsillo delantero de la chaqueta. Responde con un movimiento rápido de dedos y luego lo guarda de nuevo.

—Lo siento, debo volver a la comisaría.

—Claro, gracias por el desayuno. Nos vemos el domingo.

—¿No vas a venir a ver el partido? —Su voz denota desilusión.

—No puedo. Tengo que mantener un negocio. —Señalo lo que nos rodea—. Por cierto, tengo un libro para Elena. El domingo, en la barbacoa, estuvimos hablando de diosas de la mitología azteca y me pidió si le podía conseguir alguno. Acabo de recibirlo, ¿se lo harás llegar?

—Dalo por hecho.

Mira el libro y luego a mí. En un abrir y cerrar de ojos, no lo veo venir, me rodea la cintura con el brazo que tiene libre y me pega a él. Inclina la cabeza y choca su frente con la mía. Nado en un mar algo movido aún por la tormenta. Estoy rodeada de un bosque alpino que hace que inspire fuerte y cierre los ojos. Podría acostumbrarme a esto. A esta sensación tan pura y placentera. El roce de sus dedos en la nuca me insta a que los abra de nuevo. Su mirada está fija

en mis labios. Leo sus intenciones, también son las mías.

—Nadie nos ve —murmuro, y me pongo de puntillas.

Mi cerebro intenta poner límites, recordar que esto es una farsa y, como me dijo la abuela, la línea entre lo real y la fantasía juega con nosotros. Pero mi cuerpo, mi instinto, es más fuerte y me gobierna. Siempre me he dejado llevar por él y no me parece que sea el momento de ignorarlo por primera vez.

—Este es porque yo te veo.

«Te veo». Quiero creer que hace una clara alusión a la película *Avatar*. Donde significa: «Veo tu alma. Tu verdadera esencia. Veo quién eres realmente. Te veo y te acepto».

No hay dos besos iguales. Aunque sea con la misma persona. Cada uno es único e irrepetible. Un beso es un encuentro. Un viaje. Este sabe a preludio. A infinitas posibilidades.

80 Excusas (Justice)

Sábado, 5 de marzo

El ser humano tiene una perjudicial tendencia a buscar una explicación a todo y a mí se me ha olvidado el motivo por el cuál estoy de camino a la Lunática, si es que ha habido alguna vez uno. Debería estar en el campo. Debería estar concentrado en el equipo y en la forma de ganar este partido. Pero me es imposible porque no dejo de pensar en Neli. Cuanto más la conozco, más siento esa inquietud, esa ansia de curiosidad que me despierta. Me paso el día cavilando excusas para vernos, para mandarle un mensaje. «He visto a tal y me ha dicho lo feliz que le hace que estemos juntos». De camino ideo la que le daré hoy y hago elucubraciones sobre cómo irá vestida. Si habrá escogido un vestido o, por el contrario, se habrá puesto unos vaqueros ceñidos que remarcan sus muslos y sus nalgas.

No puedo quitarme de la cabeza su voz; me recuerda a esas viejas canciones que hablan de la vida, de vivirla a todo color. El olor a flores que desprende su pelo. En sus ojos de bruja, de ese tono azulado que en momentos me parece violáceo y que es un hechizo en sí mismo. Incluso su sonrisa parece esconder un secreto milenario. En sus labios... Y es que confieso que, desde que sé que no somos parientes, no dejo de imaginarla en mi cama.

—Hola, ¿qué haces aquí? —me regala una sonrisa fugaz a la que me entran ganas de pedir un deseo.

Lleva un pañuelo en tonos azules en la cabeza, una camisa blanca ancha de estilo *hippy*, de mangas de elefante y con los botones desabrochados. Veo de reojo el sujetador del mismo color y el inicio de sus pechos cuando me acerco para darle un beso en la mejilla. Pensándolo bien, su sonrisa es un deseo cumplido.

—Se me ha estropeado la cafetera, he venido a desayunar.

Es sábado y hay más gente de la habitual. Maggie ya está en la tienda y Logan y Bob van arriba y abajo, atendiendo mesas. Cuando Chispas me ve, me sirve una taza y le pido unos huevos con beicon.

Mientras espero, Neli me pregunta por el partido, contra quién jugamos, si son buenos... La

conversación es de lo más trivial y cumple con el propósito inicial que era el de que la gente del pueblo nos viera juntos.

Bob me sirve mi desayuno y, justo cuando doy un mordisco a la tostada, Neli pill a un trozo de beicon con los dedos. A pesar de la distancia, escucho el crujido que hace al morderlo y mi cuerpo se agita cuando la oigo gemir.

—¡Eh! Eso de «cosa de novios» empieza a ser una excusa para aprovecharse del otro de forma descarada. —La agarro del brazo y guío su mano hasta mi boca donde deja el trozo que queda. Lo hace de forma coqueta, como si en lugar de obligarla, me lo ofreciera.

—Se llama compartir y el beicon crujiente es una de mis debilidades.

Estoy a punto de decirle que ella es la mía, pero me freno justo a tiempo.

Un cuarto de hora después estamos en el callejón, a la espera de que suba la persiana. De la floristería salen un padre y su hija con un gran ramo de flores. Hay un adolescente mirando el escaparate de las joyas de Felicity. Entran un grupo de jóvenes a la cafetería, hay el típico bullicio de un sábado por la mañana.

—Te he mentido.

—¿Cuándo? ¿Sobre qué? —Abre la puerta, y luego se da la vuelta hacia mí.

—La verdad es que mi cafetera va estupendamente. Solo he venido a por mi beso de la buena suerte.

Una excusa para verla. Una excusa para besarla.

—¿Eres supersticioso? —Da un paso hacia mí, lo justo para sentirla cerca. La distancia perfecta para que mi brazo rodee su cintura y la pegue a mí. El ruido de la calle, las voces, los pasos... todo queda amortiguado por el sonido de mis latidos.

—Todos los jugadores lo somos, de una forma u otra.

Algunos tienen una rutina. Otros, una comida. Entrar en el campo con un pie concreto. Una señal, un amuleto... Un beso.

Me gusta tantearla, bajar la cabeza y esperar. El instante previo donde se concentran las ganas. Y por fin llega el beso. Descubro el sabor del chocolate y del café en sus labios, disfruto del juego de su lengua, del gemido que suelta antes de morderme el labio inferior.

—Pásate después a buscar el de la victoria —murmura cuando nos apartamos.

Lo dicho, da igual el motivo que inventemos para vernos porque, como dicen por ahí, las palabras se las lleva el viento y solo quedan los hechos. Y es que, si uno busca una razón y si se acerca para un beso, el otro está más que dispuesto a recibirlo.

81 El regalo

Domingo, 6 de marzo

Marte y Venus en acuario. Con este tránsito comienza un nuevo ciclo de relaciones. Estas deben basarse en el compañerismo, la libertad y el respeto a la individualidad. Esta combinación se verá intensificada por su entrada en acuario que nos dará la capacidad de disfrutar de la vida y los placeres.

Justice ha dejado el coche aparcado delante de mi casa y vamos a pie. Me da la mano por inercia y a mí me da la risa.

—Es verdad, con ellas no tenemos que fingir. —Me suelta, y echo en falta su contacto más de lo que soy capaz de reconocer.

—No es por eso, es por verte tan nervioso —lo corrijo. Y busco su mano, esta vez no tiene nada que ver con fingir o por si alguien nos ve, es ese contacto de complicidad que le dice que estamos juntos en esto—. Sé tú mismo, te prometo que no muerden.

—Pero pueden convertirme en rana —bromea mientras columpia nuestras manos—. Saben que vengo, ¿no?

—Claro, y están todos deseando conocerte. —No le hablo de que ayer, durante la cena, apostaron a si se atrevería a venir. Mis padres, que acababan de llegar, fueron los primeros en apuntar su jugada. Mamá dijo que sí. Papá que no, la abuela dudaba por el conflicto de intereses, «al fin y al cabo, son su familia». Nunú y su vena romántica apostó por el sí, y mi tía se unió al no.

Le cuento que no me he podido resistir y que ayer les conté lo de los resultados. Pensé que sería mejor que tuvieran unas horas para asimilar la noticia antes de conocer a Justice.

—Confieso que estoy acojonado. ¿Es demasiado tarde para retirarme?

—Pensaba que el cargo de policía venía con una sobredosis de valentía.

—Nunca me he tenido por un tipo valiente.

Hemos llegado, hago que se detenga y me mire. Su mar está agitado, puedo percibirlo, pero el océano es hipnótico hasta cuando está embravecido.

—Como me dijiste en la barbacoa, si no te sientes a gusto o si prefieres marcharte, no pasa

nada. Esto no es ninguna obligación.

—Quiero hacerlo.

Confesión número 21: Me encanta que, a pesar de todo, no dude en querer enfrentarse a este momento, a mi familia y a la verdad.

—Dime —le recoloco el cuello de la camisa y «plancho» una invisible arruga sobre su pecho —, ¿lo de vestirse así es para causar buena impresión o buscas distraerme?

Lleva un traje de tres piezas gris antracita sobre una camisa blanca, con los botones del cuello desabrochados. Esconde las manos en los bolsillos y enseña su pecho dibujado por el chaleco. Baja la cabeza, pero mantiene la mirada alta y perversa. Después, lentamente, da una vuelta sobre sí mismo. Está imponente. Me pregunto si me dejaría hacerle una foto para mirarla antes de dormir para tener grandes sueños.

—No sé de qué me hablas.

La puerta se abre. No hay duda de que alguno de ellos estaba haciendo guardia desde una de las ventanas. La casa es de estilo colonial, de dos plantas, con una gran terraza en el piso superior y una torreta octagonal en el lado derecho. Los tablones están pintados de un tono amarillo pálido y el tejado es rojo, para darle color y contraste. Salen en tromba a recibirnos. A juzgar por nuestros movimientos y comportamiento, no sabría decir cuál de los siete está más nervioso. A pesar de que toda la casa está rodeada de jardín y vallada para dar privacidad, hasta que no estamos dentro, no hago las presentaciones.

Es curioso ver cómo se comporta cada uno, es un reflejo de quienes son. Mi madre, la optimista y extrovertida, es la primera. Se presenta y le da dos besos. Mi padre, el desconfiado, solo le da un breve apretón de manos. No abre la boca, pero tampoco hace falta, su mirada lo dice todo. Mi tía se le acerca como quien estudia un cuadro con interés. Tiene la carótida hinchada, señal de que está percibiendo algo. Yo noto la energía que ella emana, es parecida a esa sutil vibración cuando chupas una pila para comprobar si está gastada. Le da los dos besos, cierra los ojos y, al abrirlos, me busca y hace un inapreciable gesto de asentimiento. Nunú, la cuidadora, le ofrece algo de beber. Y llega el turno de la abuela. Primero, la felicita y después la coge de las manos; cuando habla, su voz denota la carga que lleva a cuestas.

—Antes de nada, quiero pedirle disculpas en nombre de mi familia. No llego ni a imaginar lo mal que lo han pasado durante años por su culpa y sé que mis palabras no cambiarán lo que les han hecho, pero necesito que sepan que yo... Por mi parte, se acabó.

Me oigo contener el aire; a mi lado, mi madre sonrío y mi padre asiente.

—Tienes buen corazón y tus palabras dicen mucho más de lo que crees —le responde la abuela—. Bienvenido a casa.

Se coge de su brazo y lo invita a acompañarla hasta la mesa.

La comida transcurre en un ambiente distendido. Me gusta ver que mi familia se muestra con él como si fuera cualquier otro invitado. Nadie ignora quién es ni de dónde viene, solo es otra víctima más de las manipulaciones de las Reed. Justice, sentado a mi lado, se va desinflando por momentos; poco a poco, se siente más tranquilo y muestra su faceta más cercana y alegre, la que vi en la barbacoa. Esta vez soy yo quien está pendiente de él, quien le roza el hombro o le aprieta la mano para darle confianza y seguridad. Cuando hago eso, me regala una sonrisa de las que empiezan por la mirada.

No es hasta después de comer la tarta que surge el tema. Es la abuela quien lo inicia y le pregunta si desea ver la única foto que tenemos de Justice y Cornelia juntos y leer las cartas.

—Me encantaría.

—Buda dice que hay tres cosas que no pueden ocultarse por mucho tiempo: el sol, la luna y la verdad —recuerda mi madre en voz alta. Se levanta para coger la caja que ha sacado esta mañana de la biblioteca y ha dejado en la repisa de la chimenea.

82 Justice Lewis y Cornelia Briand

Todo pasó en mayo de 1944. Cornelia tenía diecinueve años y vivía con su familia en una granja cerca de la costa normanda. Justice era aviador, estaba haciendo una exploración del terreno, preparando el día D, cuando uno de los motores se averió y perdió el rumbo. Estaba demasiado cerca y el paracaídas no tuvo tiempo de abrirse del todo y se estrelló contra un árbol. No sabía muy bien cuántas costillas se había roto y las piernas no tenían muy buen aspecto. Fue Cornelia quien lo encontró. Lo puso a salvo en una de las cavas de la granja y lo alimentó y cuidó. Se enamoraron. Él le hablaba de América y de su pueblo, Júpiter. Se lo vendió como una tierra de oportunidades, y Cornelia, muy adelantada para su tiempo, soñó en cruzar el océano con él. Fue la interlocutora con Paul, un compañero del ejército y el mejor amigo del piloto. Con su ayuda, pudieron poner a Justice a salvo y enviarlo de vuelta a casa para recuperarse y con la promesa de encontrarse lo antes posible. Las semanas pasaron y Cornelia descubrió que estaba embarazada. Él le mandó una carta a través de *v-mail*, un servicio tipo telegrama que habían diseñado para que los soldados pudieran hablar con sus familias. Ella lo recibió de la mano de Paul.

«En casa. Ya se lo he dicho a Hannah, soy libre.

Estás presente cada día. Cada noche.

Ojalá muy pronto podamos estar juntos y empezar la vida que soñamos».

Pensó en decirle que estaba embarazada, pero lo conocía y sabía que haría todo lo posible por volver con ella y aún no estaba curado, necesitaba descansar.

Buscó a Paul, lo encontró en el hospital ingresado por unas fiebres. Lo visitó cada día y, cuando se recuperó, ya habían ideado un plan. Se haría pasar por su prometida y viajarían juntos a América. El tío de Paul era uno de los generales y les preparó los papeles para su vuelta.

El viaje no fue como Cornelia había imaginado. Aviones, barcos, trenes... Al cansancio y los nervios por estar en medio de una guerra se le sumaba un complicado embarazo que la hacía vomitar casi todo lo que comía. Cuando a primeros de noviembre llegaron a Júpiter, Paul estaba muy preocupado por ella. Estaba deseando que su padre, un distinguido médico, la viera.

No habían querido decirle nada a Justice y darle la sorpresa, pero fueron ellos los sorprendidos. Hacía una semana que se había casado con Hannah Reed, su prometida. Cornelia no podía creérselo. No se encontraba con fuerzas y, aunque el doctor Moore le dijo que

necesitaba reposo absoluto, pensó en marcharse. Sabía que la niña estaba bien, había soñado con ella. Había imaginado tanto aquella vida siendo una familia que era incapaz de asumir la noticia.

Fue Nancy Moore, la madre de Paul, quien les propuso que, ya que habían viajado diciendo que era su prometida lo hicieran real. Para ninguno de su familia era un secreto que Paul era gay y que siempre había estado enamorado de su mejor amigo. Saber que las fiebres lo habían dejado estéril también era un factor importante. Necesitaban un heredero y la solución estaba delante de ellos. Cornelia les pidió poder hablar con Justice antes de darles una respuesta.

Paul fue a buscarlo. Cuando le dijo que Cornelia también estaba en Júpiter, lo embargó la ira y una profunda tristeza. Le había escrito para contarle lo ocurrido, pero mientras la carta iba en dirección a Francia, ella ya estaba cruzando el océano.

Nada más llegar, Justice había ido a hablar con Hannah para romper el compromiso porque se había enamorado de otra mujer. Ella no se lo tomó nada bien, se marchó y estuvo días sin verla. Ese mismo día escribió a Cornelia para contarle que era libre y que la echaba de menos. El día de su cumpleaños, su amigo Frank lo animó a salir. Frank había resultado herido poco después de que llegaran a Inglaterra. Aunque saludó a la muerte, tuvo suerte y, a pesar de quedar cojo, sobrevivió. Justice no recordaba nada de aquella noche. Nada de nada. Solo que unas semanas después, cuando ya empezaba a andar sin muletas, Hannah le dijo que estaba embarazada y que él debía cumplir. Eso lo destrozó. El dolor fue peor que al caerse y estrellarse contra el árbol con el paracaídas. Escribió a Cornelia. Rompió la carta. Lo intentó una y otra vez. No encontraba las palabras para disculparse por romper con la vida que habían soñado, pero era un hombre de honor. Al final, después de horas, escribió la carta definitiva, aunque llegó demasiado tarde.

El día que Justice fue a verla, llovía. El agua caía del cielo como si el universo llorara con ellos por ese destino truncado. Él solo podía pedirle perdón, Cornelia era incapaz de dejar de llorar. No sabía cómo decirle que ella también estaba esperando una hija suya, lo cogió de la mano y se la llevó sobre la barriga. Estaba de seis meses y la pequeña, como si hubiera intuido de quien era esa caricia, pataleó. Eso acabó de destrozarlo. Se agachó, quitó la manta y observó la redondez de ese vientre que tantas veces había besado. En lo que le pareció otra vida, a la que solo deseaba volver. Apoyó la cabeza y escuchó. «Es una niña», dijo Cornelia en un murmullo y él no lo dudó, sabía lo poderosa que era la mujer que amaba. No lo pudo soportar y se marchó. Volvió al día siguiente, fue entonces cuando Cornelia le dijo que no quería volver a Francia y que había aceptado la oferta de Paul de casarse con él. Estarían cerca y Justice podría ver a su hija siempre que quisiera. Imaginar a su mejor amigo con Cornelia le era insoportable, pero era peor pensar en no volver a verla, ni conocer a su hija.

Paul y Cornelia se casaron una semana después. Hannah no tardó en atar cabos y en saber que aquella francesa era la mujer por la que Justice había perdido la cabeza. Los celos empezaron a hacer mella en ella.

La guerra estaba a punto de llegar a su fin y los dos fueron llamados de nuevo a filas.

El invierno estaba llegando a su fin cuando Cornelia se puso de parto. Le puso a la niña el nombre de Nancy, en honor a la madre de Paul, quien le había abierto las puertas de su casa y la había tratado siempre con cariño. Le escribió a su marido y también a Justice.

«Lo nuestro fue real. Ella lo es».

Pocos días después recibió la respuesta de Justice:

«Nuestro amor nunca morirá porque vive en ella.

Este no es el destino que imaginamos, pero si no es en esta vida, será en otra.

Sea donde sea, allí donde esté, te encontraré y te amaré».

Los soldados volvieron a casa cuando los campos de trigo empezaban a ser un manto dorado. Justice iba a verlas cada día. Las reuniones eran breves y, por respeto a los Moore, nunca estaban solos. Para Cornelia era más de lo que en un principio imaginó y daba las gracias al universo por poder compartir aquellos instantes que siempre le sabían a regalo. Para él, cada despedida era un duelo. No soportaba dejarlas allí. Ni volver a casa con Hannah, ni oír sus reproches, ni los gritos de Dorothea cada vez que se acercaba a la niña. Empezó a beber. Una noche no volvió a casa, a la mañana siguiente encontraron su coche estrellado contra un árbol. No pudieron hacer nada por él, era demasiado tarde. Hannah culpó a Cornelia y vertió toda su amargura contra ella. Ahí empezó todo. A Cornelia, con sus conocimientos de plantas y medicina, no le costó sacarse el título de enfermera y poco después ayudó a su suegro con la consulta. Un año después, Hannah se casaría con Frank, el fiel trabajador de la funeraria.

83 Justicia

—Gracias a ti, por fin se hace justicia —dice la abuela sin esconder lo emocionada que está—. Dar descanso a estas almas que llevan demasiado tiempo esperando que se sepa la verdad.

—El mérito es de Neli —Justice me coge de la mano—, yo no tenía ni idea de todo esto.

—Sabía que ella lo conseguiría, es de las que nunca se rinden.

Justice me mira y asiente. Vuelve a coger la foto que está sobre la mesa y la observa con los ojos de quien ahora conoce la historia. Es en color, algo raro para la época, pero que habla del poder adquisitivo que tenían los Moore. Es del día de la boda. Justice está en medio de Cornelia y de Paul. Ella sonríe, con el cuerpo apoyado en el del aviador en un gesto que habla de cercanía y comodidad, Paul tiene las manos enlazadas delante de él y también ofrece una media sonrisa escondida bajo el bigote. El único serio es Justice, que rodea a su amigo por los hombros y a ella un poco más abajo; en el brazo, si te fijas bien, puedes ver la presión con la que sus dedos se agarran a Cornelia.

—Te pareces a ella. La misma piel de luna y fuerza en la mirada —murmura, y en sus ojos leo todo lo que no dice y que queda ahí, entre nosotros.

—A mamá siempre le pesó la muerte de Justice. Tomó la decisión de casarse con Paul como la única opción para seguir viéndose y que él formara parte de mi vida. Con el accidente de papá y su muerte, ella se sintió culpable porque lo único que había querido al quedarse en Júpiter era su felicidad, pero había conseguido todo lo contrario. —La abuela continúa hablándonos de su infancia.

84 Luz (Justice)

A todos nos ha pasado más de una vez temer algo y, cuando llega el momento, te preguntas: ¿y por esto llevas tres días sin dormir? Eso me ocurre hoy con la invitación para ir a casa de las Briand y celebrar el cumpleaños de Nancy. Una cosa es Neli, y otra es su familia. Y más ahora que se sabe la verdad y que su nieta ha invitado a comer al hijo de una Reed.

—Siento haberme comportado como un extraterrestre —digo a Neli en cuanto salimos y emprendemos el camino hacia su casa—, pero es que todo esto me tiene un poco desubicado.

—Yo también siento si te hemos hecho sentir incómodo.

—¡No! —exclamo más alto de lo normal y hago que se detenga—. Es todo lo contrario. Habéis sido muy amables conmigo, teniendo en cuenta de dónde vengo.

Había esperado cualquier reacción, un reproche, frialdad, escepticismo, pero nada de eso ha ocurrido.

—Todos venimos de algún sitio, lo importante es quiénes somos nosotros.

Sigue caminando y yo tardo un segundo en seguirle los pasos. Cuanto más la conozco y más descubro, más me afianzo a la certeza de que toda ella es un misterio. Su fuerza me atrae y me inquieta. Es generosa, cálida, compleja y sincera. Mi familia me la vendió como una criatura oscura y, en realidad, Neli es un ser de luz.

85 Liar

Al llegar a casa, Justice se detiene y esconde las manos en los bolsillos del pantalón de traje. Se balancea hacia delante y atrás, inquieto.

—¿Qué ocurre?

No lo hemos hablado y ahora me doy cuenta de que he dado por hecho que entraría, que nos tomaríamos algo y luego se quedaría a cenar. Me he acostumbrado muy rápido a su compañía.

—Yo no tengo ni idea de brujería, ni tengo una bola de cristal, pero sé qué pasará si entro contigo.

No sé qué lo delata, si el tono de voz grave con ese matiz sugerente o su forma de mirarme, esa que sientes que te desnuda lentamente. O una mezcla de los dos.

—Ilumínate —le pido igualmente, jugueteo con las llaves a modo de distracción.

—Ahora mismo te besaría. —Da un paso hacia mí.

—Eso ya lo hemos hecho.

—Me refiero a que el Justice real desea besar a Neli. Besarla de verdad.

—Pero... Porque hay un pero, si no ya lo habrías hecho.

—Estaría mal.

—¿Tan mal beso?

—No, todo lo contrario. Pero sería complicar las cosas, y no es lo que dijimos ni queremos.

—No. —Niego con la cabeza y me quedo con los labios apretados.

—No, ¿qué? —Arquea las cejas.

—Yo no dije que no quería complicarme. A mí se me da genial liar las cosas.

—Deberías frenarme. Decir que no.

—¿Por qué iba a hacer eso? Tus besos me gustan y me pregunto cómo sería ir más allá. Si eres de los que les gusta estar encima o, por el contrario, prefieres dejarte dominar. Si eres de los que dicen guarradas y hacerlo salvaje o de los que solo se muerden el labio, gimen en voz baja y te someten despacio, alargando el orgasmo y el placer.

—Calla o no respondo —me interrumpe, poniéndome un dedo sobre los labios y que, como si supiera mis intenciones, aparta antes de que me dé tiempo a pegarle un mordisco.

—¿Hablar de sexo te excita?

—¿A quién no!

—A los sexólogos, por ejemplo. Sería raro. —Me rio y él suelta un bufido que termina en un conato de sonrisa.

—¿Podemos volver al tema principal?

—¿Al que yo quiero acostarme contigo y tú no?

—Yo no he dicho que no quiera acostarme contigo. Dijiste que fantasear era como respirar y te juro que en los últimos días no he hecho otra cosa.

—¿Eso es que sí?

—Cómo te gusta liar las cosas.

—Es que de eso hablamos, de liarnos.

—Ya discutimos en la calle antes de nuestro primer beso, no repitamos la historia.

—Sí, y tú dijiste que era ridículo. Me refiero a discutir, no al beso, claro. Ni al sexo.

—Anda, abre y ofrécame una cerveza.

Cinco minutos después, Justice se pasea por mi salón con Juno en brazos. La gata ronronea mientras él le rasca la mandíbula con aire distraído. Se ha quitado la chaqueta del traje y arremangado las mangas de la camisa. Lleva el chaleco desabrochado y el pelo desordenado después de todo el día. Si supiera dibujar, le haría un retrato, pero como nunca se me ha dado nada bien, lo imagino. La hoja en blanco, un lápiz entre mis dedos esbozando su silueta. El traje, como una segunda piel, donde en cada pliegue de tela se cobija su perfume. El carboncillo perfilando sus labios, el superior delgado y el inferior más mullido, lleno, como si ahí almacenara los besos. Sigo con la curva de su mandíbula, el cuello. El poder de la imaginación es saber cómo huele exactamente ese punto y que la mente lo recree. Continuar con las manos, trazo sus dedos, los nudillos. De nuevo el poder de la mente, me mimetizo con Juno y siento más esas caricias. La fuerza de unos dedos recorriendo con mimo el pelaje de la gata.

Observa las fotos que tengo, algunas con mi familia, otras con Siobhan, que hablan de los largos años que hace que nos conocemos. Una de la Lunática el día de la inauguración, otra con Logan y Maggie de las navidades pasadas, donde posamos en el callejón. Es mirar esas instantáneas y embargarme el calor de los buenos recuerdos. Supongo que por eso me gusta tenerlas a la vista y toparme con ellas de tanto en tanto. Verlas. Recordar. Sonreír. Junto al sofá, hay una mesa baja con libros de hechizos, tradiciones celtas y, encima de todo, los dinosaurios besucones. Cuando los ve, suelta una cálida sonrisa que empieza suave, casi silenciosa, y que termina en una carcajada de esas que te sacuden por dentro.

—Chispas me los dio, dijo que para que los pusiéramos sobre nuestra tarta nupcial.

Me mira por debajo de las pestañas, como quien ve un espejismo, una fantasía. Se ríe y asiente, como si estuviera totalmente de acuerdo con la idea. Como si fuera lo más lógico y normal del mundo. Como si no le sorprendiera.

Justice se toma su tiempo, vuelve a la mesa donde ha dejado el botellín y da un sorbo. Hasta ahora no se había molestado en inspeccionar la casa, y lo hace hoy. Ahora. Y no sé si es que se toma un tiempo para pensar en la conversación de antes o es solo parte del juego. De esos preliminares con los que le gusta torturarme en cada beso.

—Siempre me pides que te diga lo que pienso. —Se da la vuelta y se apoya en la mesa—. Ahora, me gustaría que tú hablaras sin tapujos.

—Ya te he dicho lo que me pasa por la cabeza.

—Una cosa es fantasear y otra muy distinta es ponerlo en la práctica. —Sin dejar de hacer arrumacos a Juno, alza un poco la cabeza y me mira con los ojos entornados. Pestañea lento y percibo la brisa marina que provoca.

Camino hasta él y le quito a la gata de los brazos. Se resiste, pero al final salta hasta el suelo y desaparece escaleras arriba.

—Creo que deberíamos dejar de resistirnos. —Se agarra a la mesa con las dos manos, como si temiera que estas tomaran iniciativa propia—. No quiero que un día me arrepienta solo por una vieja rivalidad. No quiero que eso marque mi vida ni mis decisiones. Por fin te veo como un hombre, sin apellidos ni familia. Sin prejuicios. Es del todo inesperado, pero me gustas, Justice Collins. Cuando me pediste que fingiéramos, ¿pensaste en acostarte conmigo?

—No —responde y lo enfatiza sacudiendo la cabeza de lado a lado.

—Vaya, qué rotundo. ¿Por qué? Forma parte de las relaciones.

—Te dije que se me dan fatal. —Se encoje de hombros y ríe para sí—. Y no, no lo pensé porque me centré en otras cosas. Primero en la idea. Después en cómo preguntártelo. Luego en qué responderías. Fue justo cuando te fuiste de la comisaría que entendí que esto implicaba pasar horas juntos y en que eras tan especial y única que sería toda una aventura. —Hace una pausa y sus ojos me atrapan. Es como observar la luna. Es imposible contemplarla sin soñar—. Estaba cegado; solo buscaba librarme de ellas y tú eras el camino para ese fin, pero te has vuelto el destino.

Se suelta de la mesa, como si se rindiera. Me mira sabiendo que me gusta cómo me mira. No he puesto música. Quería poder escuchar mis latidos, los suyos, el chisporroteo que lanzan las vibraciones que emanamos, quería percibirlo todo sin interferencias.

—Cornelia. —Nunca me he sentido identificada con mi nombre. Siempre ha sido algo ajeno. Hasta ahora. Hasta que Justice lo ha pronunciado. Es como si hubiera despertado algo que llevaba mucho tiempo dormido.

Lo cojo de la mano y voy hasta el patio trasero. Hago que se siente sobre la hierba, con las piernas estiradas. Me siento enfrente de él, con mis piernas sobre las suyas. Me rodea las caderas y me acerca un poco más.

—Esto es un beso tántrico.

Siempre lo he querido probar y nunca había tenido la oportunidad. Deseo acostarme con Justice, pero no tengo ninguna prisa. Quiero disfrutar de esta espera y provocarlo un poco.

—Ajá —murmura dubitativo.

—Vamos a emplear diversos sentidos que nos llevarán hasta la expresión máxima del verbo besar.

—Ajá —repite, ahora mordiéndose el labio para evitar reírse. Sé que no es lo que tenía en mente, pero me gusta que me siga la corriente.

—Haz lo que yo te diga y haga. Primero, vamos a realizar unas cuantas respiraciones profundas para conectar con nuestro ser.

Cierro los ojos y lo hago, abro solo uno y me fijo en que me está copiando. Inspiro y suelto el aire despacio. Oigo su suspiro lento y concentrado. Llevo una de mis manos a su pecho, sobre el corazón, y con la otra le rodeo el cuello. Justice tarda un instante en hacer lo mismo. Siento el calor de su piel contra la mía. Percibo su corazón en mi palma. Nuestras respiraciones son pausadas y los latidos se sincronizan y retumban al unísono. Apoyo mi frente contra la suya, nariz con nariz. Inspiro su aliento, sus ganas retenidas. Es un placer desconocido, es la energía que emerge del deseo contenido. De una conexión que va mucho más allá de la piel.

Cuando mis labios rozan los suyos, su respiración se convierte en un jadeo. Me tumba hacia atrás y estampa su boca contra la mía. El beso que me da podría ser perfectamente un nueve en la escala de Richter. Ha arrasado con cualquier pensamiento. Ha dejado un centenar de neuronas muertas. Me ha quemado la piel e inundado zonas que piden una respuesta inmediata.

—Maravilloso. Perfecto. Pero qué quieres que te diga, en el sexo soy muy materialista. —Con una mano, me sujeta por la cadera y, con la otra, se pone en pie y, conmigo rodeándole la cintura con las piernas, entra en casa.

86 Los secretos del universo

Pierdo la noción del tiempo y del espacio. Solo siento. Tanto y tan fuerte que la palabra pierde su sentido. Soy labios. Hinchados, satisfechos y, aun así, insaciables. Soy piel. Aunque sea incapaz de saber dónde empieza la mía y termina la de él. No sé cómo hemos llegado hasta la cama. Si me ha desnudado él o lo he hecho yo. Tengo *flashes* de risas, de besos. De preguntarle si le ha gustado la experiencia tántrica y su respuesta: «Sí, pero no entiendo la necesidad de ignorar el sentido del tacto, es uno de los mejores».

Me retuerzo bajo su cuerpo, incapaz de soportar más la tortura de sus caricias y su boca. Como respuesta, me muerde el pezón y lo calma después con la lengua, suelto un bufido, exasperada.

—Me las vas a pagar.

—Lo estoy deseando. —La carcajada rebota en mi cuello y aprovecho la oportunidad; lo cojo de los hombros y lo obligo a tumbarse.

Vuelve a penetrarme como quien ya conoce el camino a casa. Me llena. Jadeo. Me remuevo. Gime. La excitación se vuelve ansia de poseer, el poder de controlar.

—Aguanta —me pide, cubre mi pecho con la mano. Pellizca, acaricia y alaba. Alza las caderas y entra más profundo.

—No puedo —jadeo. Quiero moverme rápido, pero me frena, buscando el equilibrio entre el placer y el dolor. Entre la entrega y la espera.

—Sí —me ordena y me abraza para acompasar nuestra respiración con el ritmo de mis caderas. Con una mano me agarro al frescor de las sábanas, y con la otra siento el calor de su pecho y el bum-bum de su corazón.

Siento cómo se tensa bajo mi cuerpo, la fuerza de sus dedos sobre el muslo. Con su otra mano en la espalda, me obliga a inclinarme para besarme. Su boca me sabe a una deliciosa mezcla de los dos. A algo que explota. Que nace salvaje y libre. Se vuelve mi sabor favorito. Jamás había experimentado semejante sensación. No quiero que termine. Me sujeta más fuerte, como si temiera caerse, como si quisiera llevarme con él, y yo me agarro a sus hombros para no soltarme. Siento que caigo, que vuelo. Que me desintegro y me completo. Pierdo la noción de mi cuerpo. De mi conciencia. De mi existencia. Gravito por el tiempo y el espacio. Siento que juntos

podemos descubrir todos los secretos del universo.

87 Besos de trilogía

Miércoles, 9 de marzo

Mercurio en piscis. La comunicación adquiere un tono más emocional, sensible e intuitivo. Mucha imaginación y fantasía que pueden dificultar entender las situaciones desde una perspectiva racional y lógica.

Para mí, la primavera es vida. Es un nuevo inicio de ciclo. Se percibe en el aire, en las aves y en la naturaleza. En uno mismo. Te sientes resurgir, es pura energía. Este año, además, con el montaje de la feria, también se nota en el pueblo. El ayuntamiento ha prestado más atención a parques y zonas ajardinadas para que todo luzca espléndido a finales de mes. Yo también me noto llena de fuerza y vida. Pienso en ello de camino a la tienda mientras Jasmine Thompson canta su versión del [Ain't nobody](#). Giro la esquina y llego al callejón donde me encuentro con dos situaciones, una delante de la otra y a cuál más... interesante. Enfrente de la floristería, Maggie y Olsen hablan muy cercanos, ella tiene la mano sobre el antebrazo de él y se ríen. Los rodea un aura brillante y poderosa. Al otro lado, delante de la cafetería, también hay una pareja, pero no les envuelve nada poderoso. Justice está hablando con Marie. O, mejor dicho, la cartera habla y él asiente ausente, distante. Después de estas semanas conociéndonos, sé cuándo no está cómodo.

Ella se ríe, tocándose la melena rubia, en un gesto que todos entendemos como coquetería. Una imagen acude a mi mente, la de una Marie joven dibujando corazones y escribiendo su nombre de casada. Es tan nítida que, más que mi imaginación, me parece haber visto un recuerdo ajeno. Sacudo la cabeza para borrarla, lo consigo, pero me deja un regusto como de almendra amarga.

Mis pasos los ponen en sobre aviso y Justice se da la vuelta. Su expresión cambia, una supernova se forma con la intensidad que brota de su sonrisa y me atrae hacia él como la luna y las mareas. «Y ahora estamos volando a través de las estrellas. Espero que esta noche dure para siempre», sigue cantando. ¿Qué tendrán estas viejas canciones que hacen que el amor parezca tan fácil?

Marie está tan distraída por lo que le está contando que no se percata de mi presencia hasta que llego a ellos y los saludo. Hace una mueca, torciendo el morro, como si estudiara la mejor cara a ponerme. Al final, es una sonrisa de labios demasiados estirados y enseñando toda la dentadura como haría un rottweiler en posición de defensa.

—Buenos días, voy a pedir el café y a seguir con la ronda.

—Hasta la próxima —se despide Justice. Y yo lo copio, sin más ceremonia ni educación.

Desde que mi tía me dijo lo del amarre en la mano, casi no nos hemos visto y, cuando ha pasado por la tienda para dejar el correo, cada una ha buscado una excusa para que el encuentro fuera lo más breve posible. No me gusta nada el cambio que ha hecho, destila algo oscuro que me provoca recelo e inquietud.

—Últimamente, me la encuentro por todos lados —bufa cuando nos quedamos solos.

—Me dijo que habíais sido novios. —Sonrío, aún con el gusto amargo en el paladar.

—Eso fue en otra vida. Amores de verano que solo son hormonas... —Pone los ojos en blanco. Me acaricia la mejilla y mi cuerpo insaciable responde a su cercanía.

—¿Qué haces aquí? Pensaba que no te vería hasta la cena.

—Tenía antojo de beso. —Mueve la mano hacia el mentón y me incita a levantar la cabeza.

Justice tiene la deliciosa costumbre de mirarme antes de besarme, alargando así el instante previo. Esta pequeña tortura a la que nos somete hace que sea más consciente de mi cuerpo. Me vuelve muy receptiva. Siento su aliento sobre mis labios, que tiemblan insaciables. El calor que emana de sus manos en mi espalda, la sangre fluyendo por mis venas. Del ritmo frenético de mis latidos y también de los suyos. Cada beso lo convierte en codicia, en algo vital que arrasa con todo el resto. No me importa admitir que ocho de cada diez veces soy yo la que lo termina, incapaz de resistirme más. No me importa perder si el premio es él. Su boca me recibe apremiante. Sus labios envuelven los míos y las lenguas se saludan y enredan. Mis manos van directas a su pelo, con el meñique colándose por el cuello de la camisa. Las tuyas se agarran a mis caderas, me coge del muslo y me incita a rodearlo. Hay besos que son una explosión de aire. Oxígeno. Son vida.

Cuando entro en la cafetería, mis piernas aún no han recuperado del todo su solidez y mis labios brillan hinchados. No me sorprende ver que Logan y Siobhan están pendientes de mí. Últimamente, siento que este tramo entre la puerta y la barra, rodeado de mesas, es como el paseo de la fama. A veces, como hoy, siento que es el paseo de la vergüenza, sobre todo desde que ayer les confesé que nos habíamos acostado. Hoy, además, Chispas me saluda con un silbido y mi amiga exclama en voz alta:

—De ese beso, E.L. James saca una nueva trilogía.

Tardo un instante en saber de quién me habla; cuando reacciono, suelto una carcajada.

—Justice es mucho mejor que Grey. —Mi respuesta queda eclipsada por el estruendo que hace la puerta al cerrarse detrás de Marie.

88 Hannah

Es curioso cómo en pocos días acabas conociendo a una persona. Justice es alérgico al marisco, le gusta el café con mucho azúcar sin mezclar y, de noche, antes de acostarse, le encanta comer cereales de chocolate. Una costumbre que arrastra desde que era joven y estaba en el internado. Me contó que escondían el botín en cajas de zapatos en la parte superior del armario. Y aquí me tienes, después de cerrar la tienda, he venido hasta el supermercado a comprar cuatro cosas para la cena y, de paso, llevarme un par de cajas de cereales para que tenga en casa.

De camino al coche, me doy cuenta de algo a lo que hasta ahora no me había percatado. Empezamos esto de fingir con la intención de acudir a sitios para que nos vieran juntos. La primera cita fue al mexicano, lejos del pueblo. La segunda, a la inauguración de la exposición. Me ha venido a buscar a casa y nos hemos paseado de la mano y besado en la calle, pero la mayor parte del tiempo lo hemos pasado solos. La realidad es que casi siempre optamos por quedarnos en casa de uno o el otro y cenar tranquilamente sin estar pendientes de si nos vigilan o de actuar.

No he cogido un carrito y tengo que hacer malabares para sacar las llaves del bolso. Casi lo consigo, si no fuera por una manzana y un limón que han decidido inspeccionar el estado del pavimento. Dejo las bolsas sobre el maletero y, al agacharme para recogerlos, me doy cuenta de que he pinchado la rueda trasera. Si hay algo que se me da fatal, es la mecánica. Estoy a punto de llamar al taller de Benji cuando pienso en Justice.

—Hola, novia, ¿tus dones de bruja han oído que estaba pensando en ti? —Envuelve las palabras con su tono más rasgado y sensual.

—No. En ese contrato verbal de novios, ¿incluía cambiar la rueda?

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿Dónde estás?

—Estoy bien —ríe, algo sorprendida por su tono alarmante—. Acabo de hacer la compra y, al volver al coche, he visto que he pinchado.

—Espera, dame un cuarto de hora y estoy contigo.

—Si estás ocupado, llamo a Benji. No pasa nada.

—Es una emergencia. Un ciudadano requiere de mi ayuda.

—Se me ocurren un par de cosas como agradecimiento por su colaboración, señor que hace

cumplir la ley —digo melosa. Oigo un gruñido, el mismo que hace cuando lo beso en el estómago y voy bajando.

—Dame cinco minutos.

Un rato más tarde, cuando la hora dorada del ocaso pinta el cielo y las nubes en tonos malvas, la rueda está cambiada y yo solo puedo pensar en llegar a casa y darme una ducha. Con Justice. Él para quitarse el sudor y la suciedad, yo para evitar que mi cuerpo entre en combustión. Verlo trabajar, haciendo fuerza, con los músculos tensados y esa sonrisa traviesa perenne en sus labios me ha dejado a punto para un orgasmo. O para dos, que con estas cosas nunca hay que ser tacaño.

Estoy apoyada en su coche mientras él termina de limpiarse las manos. Después, se quita la camiseta. No le importa este viento húmedo y frío que anuncia la llegada de una noche de lluvia. En la vida, uno tiene muy pocas certezas, entre las mías está que nunca me cansaré de ver un amanecer. Ahora mismo añadido a la lista ver el pecho de Justice. Me pasaría la vida contemplando su piel, contando sus pecas.

—¿Te parece un buen sitio para despelotarse?

Lanza la camiseta sucia dentro del maletero y se acerca. Sus pasos son lentos, en su mirada reconozco ese halo salvaje y hambriento.

—Bruja, no me provoques. —Coloca sus manos a cada lado de mi cabeza y se inclina un poco. No se acerca, pero su cuerpo emana un calor que me alborota e inicia un delicioso cosquilleo.

—¿O qué?

Va a contestar, pero oímos un carraspeo justo detrás de nosotros. Justice se da la vuelta y yo miro por encima de su hombro.

—Hannah —dice sorprendido.

—Hola, hermanito.

—¿Qué haces aquí?

—Comprar —responde ella burlona, y a mí me da la risa. Salgo de detrás de él y me coloco a su lado.

—En Júpiter —especifica al tiempo que, de un vistazo, alarga la mano y saca una camiseta limpia de la bolsa de deporte y se la pone.

—Mamá lleva una semana llamándome cada día. Al final he cogido el coche y he venido a verlos. La que habéis liado. —Nos mira a los dos en un gesto de fastidio, pero también de estar disfrutando con ello. No la conozco, es cinco años mayor que yo y, como su hermano, estudió

fuera. Por lo que he oído, vive en Tampa. Es enóloga y se casó con un vinicultor.

Justice reacciona y hace las presentaciones.

—¿Vamos a tomar una cerveza?

Hannah declina la invitación con una sonrisa. Me ha pasado alguna que otra vez, hay personas que emanan una energía sutil que se mimetiza con el entorno. Ella es de esas. Lo único que percibo es como una réplica algo distorsionada del océano de su hermano. Como cuando te llevas una caracola al oído y escuchas la melodía del mar.

—Mejor otro día. —En su voz hay algo que hace que la mire. Por un momento pienso que es por mí, pero, al observarla, algo me llama la atención. Los ojos de una mujer solo brillan así por una razón.

—¿Tú diciendo que no a una cerveza, es que ahora solo bebes vino? —exclama Justice, dejando ver que no la cree y que eso lo disgusta.

La veo tragar con dificultad y actúo sin pensar.

—Es que con este tiempo lo único que apetece es un batido en el Monkie's.

Sus ojos se abren con sorpresa y luego se achican, como quien otea el horizonte en busca de algo. No sé si hay un clima perfecto para tomarse un batido, pero soy de las que creen que siempre es un buen momento para el chocolate.

—¿Al Monkie's también te vas a negar? —le pregunta sin ocultar su enfado.

—No, a eso me apunto —acepta, regalándome una sonrisa cómplice.

—Menos mal —suspira. Justice cree que es por mí, por ser una Briand, tengo ganas de susurrarle que no tiene nada que ver, pero no me corresponde a mí sacarlo del error.

Justice se ha pedido un helado de limón y menta, Hannah ha escogido un batido de fresa y plátano, y yo, uno de café y chocolate. En la mesa hay un plato con las migas de unas *cookies*. La conversación fluye de forma agradable y fácil. No hay duda de que, a pesar de haberse visto poco, hay complicidad entre ellos. Justice le pide disculpas por el jaleo que ha causado y que tenga que aguantar las quejas de su madre y abuela.

—No pasa nada, en el fondo confieso que estoy disfrutando. Por una vez no soy yo la que ha sembrado el caos. El hijo pródigo ha vuelto la espalda a la familia —se mofa, imitando la voz de su madre en un tono teatrero y dramático.

Me pregunta qué tal se ha tomado mi familia nuestra relación y, como hizo su hermano, me pide disculpas por los daños causados.

Justice le cuenta que estuvo en casa celebrando el cumpleaños de la abuela. Que todos lo han tratado con cariño y que debió de caerles bien porque no le han salido cuernos ni tampoco lo han

castrado.

—Hemos aceptado querer a este humano tal como es.

—Sería una lástima desperdiciarlo como un anfibio. —Se ríe Hannah.

Así seguimos, entre bromas y una invitación para ir a Tampa para conocer a su marido Henry y visitar el viñedo.

Es miércoles y Justice tiene entreno. Justo antes de marcharnos, voy un momento al baño. Al salir me encuentro con Hannah, esperándome.

—Me da miedo preguntar cómo lo has sabido. —Me mira a través del espejo.

Odio los prejuicios, pero todos caemos en ellos. Nunca me he molestado en preguntarme cómo serían los hermanos Collins, di por sentado que eran como su madre. Pero no he necesitado ni dos horas para darme cuenta de que Hannah es como Justice. Huyen de las excentricidades y manipulaciones que definen a las Reed. Hasta su forma de vestir, botas, vaqueros y un jersey holgado de cuello desbocado que ha visto ya un par de inviernos, la diferencian del estilo de Evelyn. El único parecido con su madre son los ojos, almendrados y oscuros.

—Brillas como solo lo hace una mujer embarazada. —Cojo un poco de papel para secarme las manos.

Se acaricia la tripa y me mira, veo miedo, pero también ilusión.

—Llevamos años buscando. Ningún tratamiento ha funcionado y cuando creía que ya no lo conseguiría... —Respira hondo con los ojos cerrados, como quien se concentra para controlar las emociones—. Aún no me lo creo. Estamos en una nube y, de momento, no queremos que nadie lo sepa.

—Tranquila, no diré nada. ¿Puedo? —pregunto alargando mi mano hacia ella. Asiente. Coloco mis dedos en su tripa y noto la energía brotando. Es impresionante sentir la vida de esta forma—. Todo va bien, la pequeña está perfectamente.

89 Es imposible odiarte

Esta noche he experimentado un poco con el menú y todos los ingredientes tienen un punto afrodisíaco. He preparado una tabla de diferentes quesos con uvas, mermelada de higos, miel y frutos secos. Pollo al jengibre. Unos rollitos de canela y, cómo no, tarta de chocolate, mucho chocolate, con un toque de menta. Desde los altavoces, ahora mismo suena [Femme like u](#) y su ritmo hace que bailotee mientras pongo la mesa.

Oigo el timbre justo cuando termino. Quería tenerlo todo preparado para cuando Justice llegara y no me ha dado tiempo ni a pasar por la ducha, ni ponerme el vestido que tenía pensado. Ahora mismo solo llevo un viejo camisón de esos camiseros de franela con un estampado de cuadros y unos calcetines gordos. Parece que poco le importa, en cuanto abro la puerta, me alza y yo enrosco las piernas alrededor de su cintura. Sin dejar de besarme, me lleva hasta el sofá. Oigo un «miau» y después unas pisadas felinas alejándose, tengo la gata más discreta del mundo. Justice se sienta en el sofá conmigo en el regazo. Escondo las manos bajo su camiseta y le acaricio la espalda como llevo horas imaginando. Sus dedos se clavan en mis muslos desnudos mientras me besa en el cuello. Los pasea arriba y abajo subiendo la tela de franela a su paso.

—¿Intentas distraerme para que no te pregunte qué ha dicho tu hermana de mí?

—No, tengo hambre. Lo que sea que has cocinado huele muy bien. Como tú... —murmura mientras me desabrocha los botones del camisón y deja al descubierto el hombro. Siento sus dientes en mi piel y cómo la calma después con la lengua. Quiero que continúe, pero tengo la cabeza en otra parte.

No me molesta mostrarme vulnerable. Desde que Hannah ha dicho que le encantaría verlo entrenar, me pregunto qué le habrá comentado de mí. Me recrimino esa necesidad de caer bien, pero los traumas a los que hemos sobrevivido nos marcan el carácter y definen cómo afrontamos la vida.

Hago el amago de bajarme, pero me detiene al ver mis intenciones.

—Dice que no te deje escapar y que tenemos todo su apoyo. Le has caído muy bien.

—Ella a mí también. —Choco mi frente contra la suya y dejo escapar un profundo suspiro. Me abraza con fuerza, como si supiera que es justo esto lo que necesito ahora mismo—. ¿Por qué hueles a mar?

—Ha sido un entrenamiento complicado. Se estaban comportando como capullos y los he castigado a correr hasta la playa. Con baño incluido. No me ha dado tiempo a pasar por casa.

—Y tú, como buen entrenador, te has unido a ellos.

Se ríe suave y todo su cuerpo vibra. Sus brazos me rodean con más fuerza y el resto del mundo pasa a ser fútil. Nuestra respiración se acompasa al estribillo: «Canta conmigo, quiero una mujer como tú. Para llevarme hasta el fin del mundo, una mujer como tú».

—Haces que sea imposible odiarte —susurra contra mi pelo.

—No quiero que me odies.

—Todo lo contrario. —Sonríe. Sus manos van hasta mi culo y lo magrea. Mis caderas responden balanceándose.

—¿Odias quererme? —Me incorporo. Cojo el borde de su camiseta y tiro hacia arriba para quitársela. Alza los brazos, pero se detiene. Lo miro y, en ese instante de silencio, se escribe un nuevo capítulo de nuestra historia.

—Mierda, te quiero —suelta, y después aprieta los labios como si no quisiera que se le escapara otro secreto más.

—Mierda, vaya declaración. —No sé qué me sorprende más, si sus palabras o su reacción—. Aunque después del «joder, eres preciosa» tampoco es tan raro.

—No quería decir eso. —Sacude la cabeza y suelta un bufido. Se está poniendo nervioso y es lo último que deseo. Lo cojo de las manos y las dejo sobre mi regazo. Inmediatamente, se agarra a mis dedos como haría un niño con un globo que solo desea volar.

—¿El qué? ¿El «mierda» o declararte?

—No... Yo... no quería asustarte.

—No lo has hecho. —Pero parece que a él esté a punto de darle un infarto—. ¿Quieres que corramos un tupido velo? Si me concentro, puedo realizar un hechizo y borrar el último minuto.

—¿Estás burlándote de mí? —gruñe, mordiéndose el labio.

—Solo intento que no te dé un siroco. —Le doy un beso. Al principio es reacio, pero poco después su boca me reclama con ansia.

—¿Tú quieres borrarlo? —pregunta sin dejar de besarme.

Siento una especie de pinchazo en el pecho que no llego a distinguir qué es. Ni si es bueno o malo.

—¿Y tú? ¿Dónde ha quedado aquello de pensar en voz alta? Mercurio, ¿recuerdas?

—Te acabo de soltar que me estoy enamorando de ti y no sé a quién ha pillado más de sorpresa.

—Yo también siento algo bonito por ti. —Le doy un beso—. Algo que crece cada día. —Otro beso—. Y que no me asusta. —Y otro más.

Ahora lo distingo, lo que noto es un recuerdo bonito afincándose para siempre. No sé cuándo

dejé de fingir. No sé cuándo esta farsa dejó de ser mentira y fue real. Desde el inicio, Justice tiene algo que me atrae, que me fascina. La foto, el beso. La propuesta. Las ganas de pasar tiempo juntos, por nosotros, no para que nos vean. Porque, en algún momento indeterminado, he pasado de planear qué hacer esta noche o el fin de semana a hacerlo a largo plazo. A pensar en ir juntos a la festividad del Beltane, o adónde iremos en vacaciones. Qué hacer por mi cumpleaños y desear verlo cantar villancicos por Navidad. He ido hasta mucho más lejos, sé que lo recuerdas, como cuando imaginé una vida junto a él y crear una familia.

Nos han vendido que el amor es sentir mariposas en el estómago. No lo es. El amor es sentir que tú eres la mariposa que emprende el vuelo hacia un cielo infinito de posibilidades.

90 Vértigo (Justice)

Acabo de decirle que me estoy enamorando de ella.

Te crees que con una mentira tu vida será mucho más fácil. Que una relación falsa será simple. Sin gritos, ni decepciones. Te crees a salvo. Me gusta sentir que lo tengo todo bajo control y pensé que así dirigía las habladurías, contenía a mi madre. De un día para el otro, Neli pasó de ser una desconocida y una enemiga a ser mi cómplice. De pronto estaba en todas partes. Con mis amigos, en los partidos. En mi día a día. Y encajaba tan bien, tan natural, que pasó desapercibida.

Qué poco ha tardado la vida en decirme que soy un imbécil. Porque he conocido a la bruja y es tan humana y perfectamente imperfecta que resulta perfecta para mí. La balanza que dice siempre Chad. Yo tan tierra árida como el polvo del desierto y ella tan aire puro, libre y salvaje.

Hace muchos años, no recuerdo ni dónde, leí que el vértigo no es tanto el miedo a la caída, sino a la profundidad que se abre ante nosotros. Ahora mismo siento ese tipo de vértigo al pensar en lo que siento por Cornelia. No temo sufrir, me acojona ver la magnitud que ha tomado todo esto que empezó con una mentira.

91 *Love is in the air*

Jueves, 10 de marzo

Luna creciente en géminis. Busca información, conocimiento e intercambios para hacer avanzar los planes e ideas iniciados durante la luna nueva.

Me gusta el amanecer porque está lleno de posibilidades. El rocío brilla sobre las hojas como perlas con los primeros rayos mientras siento la hierba fresca bajo los pies. Hacer el saludo al sol sabiendo que Justice me está esperando en la cama, desnudo, para ir juntos a la ducha. Ahora mismo no se me ocurre mejor forma de empezar el día.

De camino al trabajo se burla de que tenga frío y pase mi brazo por dentro de su cazadora buscando su calor. Una destartalada furgoneta nos adelanta, tiene los cristales bajados y la melodía de [*Following the sun*](#) lo invade todo.

—Hace un rato estabas en el jardín, descalza, vistiendo solo unas bragas y una de mis camisetas y ahora...

—Ahora —lo interrumpo—, tengo hambre y tu cuerpo desprende un calorcito que hace que solo me apetezca abrazarte.

Ríe, pero se detiene, se abre la chaqueta y me invita a acurrucarme. No me lo pienso dos veces, mis brazos rodean su cintura y escondo la nariz en su cuello buscando el bosque. A mi mente acude la noche de ayer, de cuando me levanté a medianoche a buscar agua y Justice apareció en la cocina, se situó detrás de mí y deshizo el nudo de la bata. De cuando coló sus manos dentro. De sus caricias recorriendo mi piel, serpenteando cada curva, su boca en mi nuca. Con sus dedos, instándome a abrir las piernas.

—¿Podemos hacer pellas y volver a casa? —murmuro antes de dejar un beso al inicio del cuello.

—Somos adultos, con... —Las palabras se vuelven jadeos con cada uno de mis besos. La cena de ayer fue un éxito, la noche ha sido perfecta y parece que el efecto aún nos dura.

—¿Con ganas de jugar?

Su teléfono suena y él gruñe, pero se aparta para contestar.

—Con responsabilidades. Ve entrando, pídemelo de siempre.

En el Cafetosaurios, ya está Maggie; esta mañana desprende una energía... como cuando escuchas el estribillo de esa canción que te encanta y solo te apetece cantar y bailar. Los saludo y le pido a Chispas que prepare unas tostadas con huevos para Justice y un trozo de *plum cake* del que tiene en el expositor para mí.

—A ver si a ti te cuenta lo que le pasa. —Logan señala a Maggie con la cabeza mientras me sirve una taza de café.

—¿Tú también lo has notado?

—La bruja eres tú, pero esto brilla hasta para los neófitos como yo.

—Eh, no habléis de mí como si no estuviera delante, es desagradable —se queja.

—Pues cuéntanoslo —insiste él.

—Soy de una generación a la que nos enseñaron que no se habla de estas cosas.

—¿Eso es que ha pasado algo con Olsen? —Me tapo la boca para no soltar un grito. ¡Pensaba que este día nunca llegaría!

—¿Por fin te ha pedido una cita?

—No exactamente. —Niega con la cabeza y bebe de su batido verde, que toma todas las mañanas y que dice que le va tan bien para ir al baño.

—¿Cómo puede ser eso? —insiste Chispas.

Se pone colorada hasta las orejas. Se ríe y nos contagia a nosotros.

—Fui yo quien se lo pidió. Fue sin querer, creí que lo pensaba, pero lo dije en voz alta, y solo me di cuenta cuando vi su reacción. Os juro que no sé a quién le sorprendió más. Pero ahora que ya ha pasado el bochorno inicial, estoy muy orgullosa de haberlo hecho. Hemos quedado el domingo. Iremos a Palm Beach, a ese mercado de antigüedades del que me hablaste. —Fui las navidades pasadas y me encantó.

—Después de dos años de cortejo, ¡ya era hora! —exclama Logan.

—No digas tonterías.

Justice llega justo entonces y nos ponemos a desayunar. La charla y las bromas continúan hasta que Siobhan entra con cara de sueño.

—No me gusta madrugar. Esto no tiene que ser nada bueno para el cutis. —Nos saluda a todos con su típico abrazo y después se sienta a mi lado, cruza los brazos sobre la barra y recuesta la cabeza.

—Piensa que con el dinero que vas a ganar con la tienda te podrás pagar el mejor tratamiento de belleza —bromeo, despeinándola—. ¿Qué haces aquí tan temprano?

—Se supone que tenía que venir un lampista. Hay que rehacer toda la instalación, está vieja y es un peligro. Es el segundo al que llamo, el primero me pedía un pastizal y este ni se ha

presentado. Empiezo a dudar de que Diotima haya sido buena idea, solo tengo facturas y problemas.

—Los principios siempre son duros, pero todo pasa —la anima Maggie.

—Puedo hacerlo yo —se ofrece Chispas—. Cuando compré el local, rehíce toda la de la cafetería. Si quieres me paso luego a echar un vistazo.

—¿De verdad lo harías? —Se incorpora de golpe.

—Los vecinos están para ayudarse. Solo será comprar el material.

—Yo puedo echarte una mano —dice Justice—. No tengo ni idea de electricidad, pero sé cumplir órdenes.

El teléfono de Chispas suena. Cuando lo saca del bolsillo trasero y mira la pantalla, exclama:

—Joder, otra vez tu madre.

—Lo siento —se disculpa Justice sin dejar de reír.

—Por favor, poneos a hacer nietos y dadle trabajo para que me deje en paz.

—No ha hecho de madre, ¿y va a hacer de abuela? —dice Maggie con un matiz de desprecio que no pasa desapercibido para nadie.

Siobhan asiente con la cabeza y yo miro a Justice para saber si se ha ofendido. Nada más lejos. Pone la mano en mi muslo y se inclina para susurrarme:

—Parece que hoy todos nos mandan de vuelta a la cama. —Suelto una carcajada que él silencia con un beso lleno de promesas.

92 Luna creciente

Vuelvo a casa poco antes del anochecer, con la luna creciente velando mi camino. Hay dos momentos al día en los que parece que el tiempo se detiene y que estás entre dos mundos: el alba y el crepúsculo. Instantes de transición entre el día y la noche que invitan a la reflexión sobre lo eterno y lo atemporal. Para mí, estas son las horas místicas y las perfectas para meditar. Salgo al patio y hago un pequeño ramo con las flores primerizas que han florecido. También recojo la primera fresa. La parto por la mitad, un trozo me lo como y el otro se lo ofrezco a La Dama, igual que el ramo. Me siento sobre la hierba caliente por el sol. Respiro hondo, cierro los ojos y me concentro en lo que siento. Me fundo con la energía que me rodea. Me pierdo en el tiempo y el espacio.

Abro los ojos y busco la luna. Dejo que su brillo y su luz me bañe por dentro y por fuera. Doy gracias por los cambios que han llegado con este nuevo ciclo. Justice. La verdad sobre nuestros antepasados a los que les deseo por fin un descanso eterno.

—Abrazo los cambios. Los acepto y prometo velar por ellos como tú velas por nosotros.

93 Creo

Viernes, 11 de marzo

Me encanta compartir con Justice mi ritual de los viernes de película. He pasado por el videoclub, y Joe me ha propuesto una película de béisbol protagonizada por Susan Sarandon y Kevin Costner. Sigue sorprendiéndome cómo la gente del pueblo ha aceptado nuestra relación. El ser humano no deja de maravillarme, a veces, por malo; otras muchas, por suerte, en positivo.

Estamos en su apartamento, es la segunda noche consecutiva que me quedo a dormir aquí. Como pareja. De verdad. Es curioso que, cuando les he contado a mi familia o a mis amigos que los dos nos hemos dado cuenta de que sentimos algo real por el otro, todos han dicho que eso se sabía desde el principio. Que solo hay que estar con nosotros para ver que no había nada fingido.

Me ha confirmado lo que imaginaba, el piso se lo regalaron sus padres al cumplir los dieciocho años. Ellos lo llamaron inversión; él, un sitio propio al que volver y no estar en su casa. Cuando pienso en su infancia, me embarga una profunda tristeza. No imagino lo que es crecer sin el cariño de una familia y el calor de un hogar.

Mañana viaja a Orlando con el equipo, donde jugarán y habrá ojeadores. Por lo que me ha contado, no sé quién está más nervioso, si los chicos o él. Esta tarde he estado haciendo una pulsera con un ónice para cada uno de ellos. Esta piedra aumenta la fuerza y la resistencia, por eso es perfecta para los atletas.

Está preparando la cena, dice que cocinar lo relaja, que le gusta.

—Tengo la sensación de que siempre he comido lo que me han obligado. Primero, en el internado y luego, como jugador profesional con una dieta muy estricta. Ahora, por fin, puedo decidir, tener antojos y satisfacerlos. Es un lujo.

—No lo había pensado.

—¿No vas a ayudarme?

—No puedo, estoy muy ocupada. ¿Tú sabes el esfuerzo que implica quedarme quietecita, observando cómo se te tensan los músculos al amasar y, encima, beber vino al mismo tiempo? Es agotador.

Su carcajada es compleja y llena de matices, como los que aportan los taninos al vino, y se funde con el dúo de los hermanos de Amistat cantando [*Build a home*](#).

—¿Tanto como para dejarme sin postre? —Se pasa la lengua por el labio inferior y yo suelto un suspiro, como si de repente me sobrara aire. Y ropa.

Justice tumbado en la cama, desnudo y su cuerpo dibujado con trazos de leche condensada, chocolate y adornado con frutas...

—Tu cena me dará fuerzas para satisfacer todos tus deseos. Y los míos. Por cierto, sea lo que sea que tienes en esa sartén huele muy bien.

Se da la vuelta y me coge de la cintura para sentarme sobre la encimera. Mientras, con una mano, aparta la tela del vestido para dejar a la vista el sujetador, sus labios rozan mi cuello y bajan hacia el esternón.

—Cornelia. —Me encanta la manera en la que sus labios dibujan mi nombre. En sus ojos brilla el deseo y determinación—. Eso mismo pienso de ti.

Confesión número 22: Será porque me he puesto un perfume con feromonas, que parece funcionar realmente bien.

El beso es profundo, con esa ansia frenada que lo caracteriza y de la que me he vuelto una devota. Como de las caricias de su lengua, el juego de sus labios buscando mi gemido. El mordisco que le doy cuando siento que quiero más, que lo quiero todo.

Estamos en el sofá, acurrucada y con la cabeza sobre su pecho mientras su mano traza infinitos en mi hombro descubierto. La peli es *Los Búfalos de Durham*. Va de una chica de pueblo que cada temporada escoge un jugador para que sea su amante y ella, a cambio, será una especie de musa que le traerá suerte. Esta vez tiene un dilema, no sabe si escoger al entrenador o a un jugador. Es entretenida, pero lo que más me gusta son los diálogos. Como cuando están hablando sobre la química del amor y Susan le pregunta a Kevin:

«—Entonces, ¿tú en qué crees?

—Pues yo creo en el alma. En la vagina. En el pene. En la espalda de una mujer. En las bolas con efecto. Comida de régimen. Buen *whisky*. Que las novelas de Susan Sontag son una basura desmesurada y sobrevalorada. Creo que Lee Harvey Oswald actuó en solitario. Creo que debería haber una enmienda constitucional prohibiendo los campos de hierba artificial. Creo en el bateador suplente. La pornografía muy suave. En abrir los regalos el día de Navidad en lugar de en Nochebuena. Y creo en besos largos, lentos, suaves y húmedos que duran tres días... Buenas noches.

—¡Vaya! —le responde ella».

Justice pone una mano bajo mi mentón y me hace la misma pregunta. Me incorporo para sentarme en su regazo.

—Creo en la energía. En el alma. En la empatía. Que al llegar al final del día todo puede arreglarse con una copa de vino. En el efecto curativo de un abrazo. —Empiezo a desabrocharle la camisa, lentamente, botón a botón—. En un beso lento que termina quitando ropa.

Justo cuando me agarra del pelo para besarme, su teléfono suena, y suelta una maldición. Supongo que ha programado un timbre diferente que lo alerta de quién es sin mirar la pantalla.

—Es de la comisaria, tengo que contestar. —Me aparto para dejar que se levante.

Pongo la película en pausa. Inmediatamente, echo de menos el calor de su cuerpo y me tapo con la manta que guarda en un cesto junto al sofá. No sé qué ha pasado, pero por la entonación de su voz imagino que no es muy habitual. Cuando cuelga, suelta un «abuf» que hace que me incorpore.

—Han entrado en casa de Marie a robar y la han golpeado. Tengo que ir.

—Ostras, pobre, ¡qué susto! —Hago el amago de ponerme en pie, pero él me frena.

—Quédate, por favor. No sé el tiempo que me llevará esto, pero me encantaría encontrarte en mi cama cuando vuelva.

—De acuerdo. —Me da un beso rápido en los labios y se va.

No termino de ver la película. Paso por el baño para lavarme los dientes y luego me voy a la cama. Quiero leer un poquito, pero en cuanto me arrebujó bajo las cálidas sábanas que huelen a frondosos bosques y mañanas nubladas me quedo dormida.

Me despierta el sonido de una llamada entrante. Busco el móvil, primero en la mesita y luego recuerdo que estaba leyendo y que debe de haberseme caído en la cama, lo encuentro bajo la almohada.

—Hola, ¿te he despertado?

—Sí, pero no pasa nada. —Bostezo y me siento—. ¿Cómo está?

—Muy asustada. Se enfrentó y la golpearon. La casa está bastante destrozada. Acabo de traerla del hospital. Me ha pedido que me quede hasta que llegue su hermana.

Puede que últimamente no me guste lo que me transmite Marie, pero lo que le ha ocurrido es horrible e imagino la angustia y el miedo que debe de haber pasado.

—¿Tú estás bien?

—Agotado. Estas cosas dejan mal cuerpo. A ver qué dice la científica, pero dudo de que encuentren algo. Todos tenemos la sensación de que lo han hecho un par de profesionales.

—Es raro que pasen estas cosas en Júpiter.

—Esperemos que sea un caso aislado —dice preocupado—. Sigue durmiendo, te veo en un rato.

94 Duérmete (Justice)

Llevo toda la noche pensando en esto. En llegar a casa. Desnudarme y meterme en la cama. Abrazar a Neli. Respirar.

—¿Estás bien? —pregunta soñolienta, dándose la vuelta. Me gusta cómo se hace una bola y se acurruca casi encima de mí.

—Ahora sí. —Le beso el pelo mientras mis dedos acarician la curva de su cadera—. Duérmete.

—¿Qué hora es?

—Está amaneciendo.

La hermana de Marie, Stella, vive cerca de Boca Ratón, a poco más de una hora de trayecto. Mientras la esperábamos, le he preparado una infusión y yo me he servido un café. No sé cómo ha pasado, pero me he quedado dormido y, cuando me he despertado, eran casi las seis de la mañana. Marie seguía en el sofá, me ha dicho que al verme tan a gusto no ha querido despertarme y que su hermana había salido a comprar el desayuno. En cuanto ha vuelto, me he despedido de las dos con el único deseo de llegar lo antes posible a casa. Sigo sin entender cómo es posible que me haya quedado dormido.

—Hueles raro —murmura con sus labios sobre mi cuello.

Estoy agotado, pero como siga así en nada la siento sobre mi regazo. ¿Qué tendrá su piel de luna que me vuelve tan loco?

—Los hospitales apestan a desinfectante.

—No es eso. —Como un sabueso, mueve la nariz e inhala. Me hace cosquillas y clavo mis dedos en su muslo—. Es a humo, hierbas...

—¿Te molesta, me ducho?

—No. Duerme, que en nada sonará el despertador. Descansa lo que puedas para coger fuerzas para el fin de semana que te espera.

95 Presentimiento (Justice)

Sábado, 12 de marzo

Me paso todo el trayecto hasta Orlando pendiente del móvil, como están haciendo todos los jugadores a los que, como mínimo, les doblo la edad. Estoy tan nervioso como ellos, sé que para algunos este fin de semana es crucial para su vida y en un futuro ser jugador profesional. Recuerdo esa época, la presión, la ilusión, como cuando sientes que rozas tu sueño con la punta de los dedos. No echo nada de menos vivir con esa ansiedad. Lo que sí añoro es lo que he dejado en casa. Aún me estoy acostumbrando a sentir que ese apartamento es mi casa. ¿Qué hace que nos sintamos en casa? ¿Un sofá, una fotografía, rodearnos de objetos con los que tenemos un vínculo, sea un recuerdo o el solo hecho de haberlo escogido y comprado? ¿O simplemente es una sensación que nada tiene que ver con lo material, sino más bien en un estado? Por fin entiendo que un hogar es un refugio en el que te sientes a salvo, en paz, y eso, para mí, es Neli.

Justice

Hemos perdido, pero los chicos han jugado muy bien.

Muchos (sin beso).

Por cierto, no devuelvas la película.

Tengo ganas de saber cómo acaba.

Me sorprende que no responda a mis mensajes. Puede que esté ocupada con la tienda, pero sé que siempre está pendiente del teléfono. Espero hasta el mediodía, al final la llamo, pero me salta el buzón al instante.

Me planteo llamar a Logan, pero no quiero pasar por un novio controlador y paranoico solo porque no sé nada de ella. Puede que solo vea fantasmas después de lo que ocurrió ayer en casa de Marie, pero no consigo desprenderme de la sensación de que pasa algo. Tengo un

presentimiento, puede que estar con una bruja me haga más receptivo.

«Mierda, Neli, coge el teléfono de una puta vez».

96 Juno

Entro en casa, parece que hace un siglo que no vengo cuando la verdad es que solo he pasado dos noches fuera. Me cuesta hasta abrir la puerta, tengo que darle un empujón con el hombro para conseguirlo. Una vez dentro, veo que lo que la bloqueaba eran cartas y un catálogo de jabones naturales de un proveedor. No entiendo por qué Marie las ha dejado aquí, siempre las lleva a la tienda. No tengo ni ganas ni tiempo de darle vueltas. Lo recojo todo y lo dejo sobre la cómoda que tengo en la entrada. Me quito la chaqueta y el pañuelo, me descalzo y miro al suelo de forma mecánica esperando a Juno. Una lágrima se me cae al ser consciente de la realidad. Pongo a cargar el móvil y, en cuanto se enciende, empieza a pitar por la llegada de mensajes y llamadas perdidas. Me siento en el suelo y aprieto sobre el nombre de Justice.

—¡Por fin! —suspira—. Me tenías muy preocupado. ¿Estás bien?

—No... Sí. Es Juno.

—¿Qué ha pasado?

Intento hablar, me cuesta. Mi mente hace una recopilación de las últimas horas. Desde que me he despertado con la llamada de la abuela diciendo que fuera a casa corriendo. Esta mañana, cuando ha ido a regar, al entrar en la cocina se ha encontrado a Juno. Había vómito por todos lados y ella... Hemos llegado demasiado tarde. Mi gata ha muerto sola sin que yo estuviera con ella. El veterinario nos ha dicho que se ha envenenado con matarratas. No lo entiendo, porque yo no utilizo y no tengo en casa. Hemos deducido que pudiera ser que ayer, cuando mi abuela también fue al jardín, que comiera o jugara con algún ratón que tuviese la sustancia.

Ente hipidos le cuento lo ocurrido, intento calmarme, pero no lo consigo.

—Odio oírte llorar y no poder hacer nada. Voy a ver si consigo que alguien me sustituya...

—No —lo interrumpo—. Ojalá estuvieras aquí, pero tienes que estar ahí para los chicos, es importante. Mis padres han cogido un vuelo y han llegado hace un rato. Se han quedado en el veterinario para terminar con los papeles. Yo... es que no podía más.

—¿Y tu abuela?

—Está muy afectada. He pasado a verla, pero ya se había acostado. Dice mi tía que estaba algo más calmada.

—Estaré aquí todo el rato que quieras. No hace falta que hablemos. Lloro, grito o hálame de

Juno. Lo que necesites.

—Sé que la muerte es parte del ciclo de la vida, pero es que ha sido tan de repente... Además, la imagino aquí sola, palideciendo y...

—Lo siento de verdad.

97 Alertas

Domingo, 13 de febrero

Sol en conjunción con Neptuno. Sensibilidad agudizada e intuición. Mayor comprensión, empatía y conexión espiritual.

He sido incapaz de conciliar el sueño. Mamá se acostó conmigo y me ha abrazado toda la noche, pero ha sido imposible dormir.

Ayer, cuando llegaron, se encargaron de limpiar todo mientras yo seguía sentada en el suelo hablando con Justice. Estuvo conmigo hasta que fue la hora de bajar al restaurante del hotel a cenar con el equipo. Parece mentira la paz que puede dar sentir la respiración de una persona al otro lado de la línea. Me di un baño y luego me fui a la cama.

Cuando los crueles rayos de sol entran e invaden mi habitación sin mi permiso, decido levantarme. Necesito un café y un calmante, a ver si me aligera este insoportable dolor de cabeza. En la cocina, mi madre está sentada a la mesa delante de una taza humeante. Me tomo la pastilla y me sirvo otra para mí. Está tan caliente que le echo un poco de agua fría de la nevera.

—Papá ha ido a comprar el desayuno.

—No tengo hambre.

—Tenemos que hablar. —Qué mal suena esta frase. Sea la hora que sea, sea quien sea quien la diga.

—Ahora no, por favor. —Me dejo caer en la silla, enfrente de ella, y mis ojos se van hacia el rincón donde encontramos a Juno. Aprieto los párpados, pero aún la puedo ver acercándose con sus andares felinos tan elegantes y sigilosos.

—Ahora sí —sigue y se pone en pie. Se sitúa detrás de mí y empieza a peinarme con los dedos. Es un gesto cariñoso y que sabe que me encanta, aunque ahora mismo hace que me ponga en alerta—. Lo que te voy a decir no te va a gustar, pero es lo que tiene la verdad. A estas alturas, me sorprende que no seas capaz de distinguir entre un hecho ocasional y algo recurrente y ¡que no te salten las alarmas!

—¿Qué quieres decir? —Hago el intento de darme la vuelta para mirarla, pero no me deja y

sigue haciéndome la trenza.

—Te rodea algo desagradable que no me gusta. Clarisse dice que también está en la tienda. Lamento que haya sido Juno, pero no quiero ni pensar que pueda ocurrirte a ti. —Sus dedos se crispan y sin querer me tiran del pelo.

—Ha sido un accidente —balbuceo. De nuevo, la pena me congestiona la nariz y los ojos.

—No lo ha sido. Ni algo aislado. Es una continuación. Todo tiene un inicio y mucho me temo que es desde que estás con Justice.

Me quedo rígida, se me eriza la piel y mi corazón se olvida por un instante de seguir bombeando. Una parte de mi cerebro se pone a gritar no, no, ¡no! La otra la silencia e inmediatamente hace una lista de esas excepciones que puede que al final no lo fueran tanto. La carta con la amenaza que ya lo relacionaba con Justice. El ciberataque. El malestar general que he ido arrastrando y que pensaba que era un virus. Hablando de virus, ¿lo de la inauguración fue una leve intoxicación? El nubarrón que me rodeaba y que toda mi familia percibió. La rueda pinchada. Juno. Ojalá me dijera que es por Mercurio retrógrado, pero no lo hace, no hay rastro del optimismo de mi madre. Delante de mí está su lado más exigente, el que observa, examina y razona.

—Los Reed no tienen nada que ver, no es su estilo —vacilo. Puede que sí que haya estado un poco (demasiado) despistada y no me he dado cuenta de nada.

—Hasta ahora —me interrumpe—. No me fío de esa gente. Justice parece un buen hombre, pero hay *algo* que no ve bien que estéis juntos. El universo nos manda todo tipo de señales, pero solo las vemos cuando estamos listos. No esperes a que sea demasiado tarde.

—Pero... —empiezo sin saber cómo continuar, lo que le da pie a seguir.

—Estás confundiendo la realidad con tus deseos, eso se llama distorsión cognitiva.

Mi madre es de esas personas que tienen a Mercurio en acuario, le encanta discutir. Y a mí es lo último que me apetece. Vuelvo a probar y ahora sí me permite darme la vuelta. Veo en ella a una madre preocupada y a una bruja inquieta.

—¿Qué sugieres?

—Clarisse dice que hay algo interfiriendo en el futuro de Justice, es incierto y rodeado de niebla. Te pido que dejes tu intuición y sensibilidad a un lado y utilices la cabeza. —Modela el tono y me acaricia la mejilla con suma ternura, como si sostuviera a un pajarillo caído del nido —. Nada es visible si no lo queremos ver.

98 Tiempo

Estoy sentada en el porche delantero esperando a que Justice venga. Hace unos minutos me ha llamado para decirme que acababan de llegar y venía directamente desde el campo. Oigo el ruido de su coche y me pongo en pie. Lo espero en las escaleras. Estoy deseando verlo. Perderme en su bosque. Zambullirme en su mar. Pero una parte de mí desea alargar el momento porque tengo que hacer algo que no quiero pero necesito.

Se quita las gafas de sol y se las pone encima de la gorra. Bajo un par de escalones para reducir la distancia y, por fin, me pierdo en sus brazos. Dicen que hay tres lugares mágicos donde, durante un rato, el mundo deja de doler: la ducha, el sueño y un abrazo.

—Siento haber tardado tanto.

Rompo a llorar, incapaz de controlar las emociones que me desbordan.

Justice es el ansia de un amanecer. Es la calidez de la lluvia. La sensualidad de la noche. No puede ser malo. ¿Qué es lo que no ve bien de esta relación? ¿A quién perjudica? ¿Es real o he proyectado en él mis deseos más ocultos?

—No puedo —murmuro, agarrándome de su cuello con más fuerza. Como si pudiera adherir ese abrazo a mi piel.

—Estoy aquí. Día a día. —Me besa en el pelo con delicadeza.

—No es por Juno. —Inspiro hondo para llenarme de aire y coraje. Lo cojo de la mano y nos sentamos en un escalón—. Es por nosotros.

—No te entiendo. —Tiene el ceño fruncido y cara de cansado. Aun así, me parece el hombre más guapo que he visto en mi vida.

No sé por dónde empezar. Pienso en el tiempo que hemos pasado juntos. En las charlas. En su risa. En sus mensajes y sus «sin beso». En quedarme dormida oyendo su latido. En despertar con sus caricias. En el alucinante sexo. En cómo ha aceptado mi forma de ser y mis preguntas extrañas. En sus respuestas. Quiero darle las gracias por todo lo que hemos compartido, pero no puedo. Siento que eso forma parte de una despedida y soy incapaz. Decir adiós es duro, hacerlo a dos seres queridos en menos de veinticuatro horas es demasiado cruel. Es inhumano.

—Lo siento, pero necesito reordenar mi vida. Desde que estamos juntos, me están ocurriendo cosas muy raras.

—¿Hablas de Juno? ¿Crees que es por mi culpa? ¿Que ha sido mi familia?

—No. —Sacudo la cabeza con más determinación de la que siento en realidad.

—Pero... —Tiene los codos apoyados en las rodillas y las manos juntas. Su voz es serena a pesar de tener los nudillos blancos de la presión que ejerce.

—Creo que hay algo más fuerte que nosotros que nos junta, y también nos separa. Ya no distingo lo que siento.

—No lo entiendo. Pensaba que estábamos bien.

Llevo todo el día procesando las palabras de mi madre. Repasando lo que ha ocurrido en estas últimas semanas. Todo empezó como un juego y con un objetivo claro: descubrir por fin la verdad sobre nuestras bisabuelas. Pero me he dejado llevar por esta nueva ilusión que me ha cegado. Tiene razón, necesito poner distancia para aclararme. Verlo desde otra perspectiva. La consecuencia de un cúmulo de coincidencias es que tarde o temprano colisionan.

—Todo ha pasado muy rápido. Empezamos con una mentira... —Siento el sol en la nuca que contrasta con el frío que me sacude bajo la piel.

—¿Qué importa el motivo que nos trajo aquí? —me interrumpe. Se quita la gorra y la deja a un lado para poder pasarse la mano por la cabeza y después bajarla por su cara—. Importa lo que sentimos.

—Pero es que no sé qué siento. Ya no sé qué ha sido real y qué no.

Soy demasiado apasionada, intensa, sensible y emotiva. Cuando funcionan en armonía, son buenas cualidades, pero cuando lo hacen en baja vibración, me saturó y colapso. Necesito aislarme, abstraerme del mundo para agitarme como una bola de nieve y que, poco a poco, todo se deposite y vuelva a la calma. Como bruja, una de las primeras cosas que te enseñan es a distinguir entre lo real, lo que no lo es y cuál es la diferencia. Ahora soy incapaz.

—Tú misma lo dijiste en la primera cita. No hemos buscado impresionar al otro, nos hemos mostrado tal cual somos. Contigo no he fingido. Cada palabra, beso o roce ha sido real. —Se da la vuelta y me coge las manos. Busca mi mirada como un vínculo al que agarrarse y al que no puedo negarme. Apoyo mi frente contra la suya y él suelta un suspiro—. Entiendo que te dé miedo. Yo tampoco había sentido nunca nada parecido, pero confío en nosotros. Sea lo que sea esto, lo averiguaremos juntos.

Quiero rendirme, tirarme a sus brazos. Entrar en casa y preparar la cena, tomar una copa de vino. Terminar de ver la película, pero perdernos el final por estar demasiados ocupados follando en el sofá. Sería tan fácil... Pero no puedo. Si esto es real, si realmente lo que sentimos tiene solidez, podrá resistir esta pausa.

—Justice —suspiro su nombre.

Me acaricia la mejilla y, cuando lo miro a los ojos, entiende que no va a hacerme cambiar de opinión.

—¿Qué me pides exactamente?

—Unos días.

El universo tiende al equilibrio. Toda la energía busca igualar, compensar y armonizarse; aunque, normalmente, para llegar a esa estabilidad haya que atravesar un periodo de caos.

Recoge la gorra y las gafas, supongo que para tener las manos ocupadas. Baja la mirada hacia sus pies y asiente.

—De acuerdo —dice como si las palabras se le resistieran—. Estoy dispuesto a darte lo que quieres y, si es tiempo, pues te lo daré.

Quiero pedirle que me bese, que me abrace. Pero me da pánico sentir que sea la última vez. Me pregunto cuántos besos nos robó el miedo.

99 Karma (Justice)

Soy demasiado racional y resolutivo para ser místico. No entiendo nada del mundo de Neli. Nunca me ha interesado y ahora empiezo a arrepentirme. Ojalá pudiera hablar con la luna, como hace ella, y preguntarle qué hago ahora.

Todo estaba trazado y parecía un buen plan. Me daba seguridad. Me relajé.

Una relación falsa.

Ella me dejaría.

Ella me destrozaría.

Pero aún no sé cómo todo se ha vuelto realidad.

Me he enamorado de Neli.

Ella me ha dejado.

Ella me ha destrozado.

No entiendo nada sobre las leyes del universo ni de astrología, pero sé que esto es el puto karma.

☾●☾**100 Ritual de poder

Su madre cuenta que la misma noche que supo que estaba embarazada soñó con que sería una niña y que su nombre sería Clarisse. La que ve lo invisible. La magia funciona por la convicción, la fe. Siempre ha abrazado su don y lo ha ofrecido a quien lo necesitara. Se pregunta de qué sirve tener un poder si la vuelve ciega con sus familiares más cercanos y no puede ayudarlos. El hilo que las une es tan fuerte que la debilita.

Por eso esta noche acude a la Dama en busca de una manifestación. Está en su fase creciente, sus vibraciones son enérgicas y, por lo tanto, más fáciles de recibir. Entre los dedos sostiene una piedra de ágata de musgo para conectar con los espíritus de la naturaleza. Llama también a la diosa Navia y pide la obtención de conocimiento y la capacidad de «ver con claridad» qué es y de dónde procede la sombra que persigue a su sobrina.

101 Atracción o recuerdos

Martes, 15 de marzo

Confesión número 23: He descubierto una parte masoquista que hasta ahora no sabía que tenía. Supongo que solo es un efecto secundario del caos que llevo encima. Ayer pasé la tarde en el sofá viendo viejas películas. Entre ellas, *Tal como éramos*. Es de mis favoritas y siempre me remueve cosas, aunque esta vez me la pasé llorando gran parte del tiempo. Desde entonces, sigue sonando su [melodía](#) en mi cabeza. Después de cerrar la tienda, he venido a la cala buscando mi refugio. Estoy hecha un lío.

Me gusta Justice. Me gusta lo que somos juntos. Me gusta quien soy con él. Disfruto de su compañía. Me atrae el hombre que es con sus amigos o como entrenador. Me vuelven loca sus caricias y sus besos.

¿Es solo deseo?

¿Nos hemos acomodado porque estábamos solos y echábamos de menos tener pareja?

¿Me he dejado llevar por esta mentira y al final me la he creído?

Se suponía que solo era diversión y que no involucraría al corazón, pero lo he hecho.

¿Y si lo que creía que era atracción solo son recuerdos?

¿Realmente somos almas gemelas como cree la abuela? Me lo dijo ayer, cuando pasé a verla. «El universo siempre conspira para unir a dos almas sedientas de amor y faltas de paz», dijo, enseñándome la carta que Justice escribió a la bisabuela: «[...] Si no es en esta vida, será en otra. Sea donde sea, allí donde esté, te encontraré y te amaré».

¿Saludé a Justice con la intención de romper la rivalidad, buscando paz... o simplemente fue porque reconocí en él a mi alma gemela?

¿Es por eso por lo que siento esa conexión?

Eso explicaría por qué desde el inicio lo sentí tan cercano. Porque nunca he tenido la sensación de estar conociendo a alguien nuevo, sino encontrarme con un viejo amigo que hace tiempo que no ves.

Recuerdo las sensaciones después de aquel primer beso el día de San Valentín, el que me dejó

tan desconcertada. Aquella emoción que no había experimentado nunca. La fuerza de un vínculo que iba más allá de lo tangible y físico. Una conexión. A lo mejor, solo era el despertar de un amor que llevaba años esperando su momento.

Siempre he pensado que nuestro destino era odiarnos y que con esto de fingir habíamos cambiado el curso. Pero ¿y si realmente nuestro destino era encontrarnos de nuevo?

Estoy hecha un lío.

102 San Patricio

Jueves, 17 de marzo

Hace un rato que el cielo se ha encapotado y empiezan a caer algunas gotas. Pocas cosas dan tanta calma y placer como una siesta mientras oyes llover. Estoy acurrucada en el sofá de la trastienda, en ese estado de duermevela. La tarde es tranquila, supongo que todo el mundo está ocupado preparando su propia celebración para San Patricio. El patrón de Irlanda tiene muchos adeptos por aquí, no hay bar o restaurante de Júpiter que no haga algo especial para esta noche.

A última hora de la tarde, mientras Niall Horan canta su tema [Meltdown](#), alguien entra y hace sonar la campanilla. Me estoy poniendo en pie cuando oigo el saludo cantarín de Siobhan. Aparto la cortina y me la encuentro en medio de la tienda con un sombrero de copa verde y el carro de la compra. Vale, reconozco que había olvidado cómo le gusta esta fiesta que le recuerda sus raíces irlandesas.

—Te vienes a casa, y ni se te ocurra negarte. La tienda me tiene agobiada y tú necesitas animarte —dice, y me doy cuenta de que es justo el mensaje de la canción que trata sobre ser ese amigo que te apoya en tiempos de crisis.

—Me has leído el pensamiento.

No, no lo ha hecho. Ni de lejos. Pensaba llegar a casa y cenar cereales. Espachurrarme en el sofá y ver una película. Tenía en mente *Tenías que ser tú*. Matthew Goode y su mirada turquesa es el único que podrá despistarme de seguir añorando a Juno y a Justice. Si con su papel en *El descubrimiento de las brujas*, consiguió que los vampiros me resulten fascinantes, podrá con una sobredosis de melancolía. No, los Cullen nunca me han gustado.

—He ido a comprar. También he pasado por la pastelería de Piper a por una tarta de Guinness, seguro que no estará tan buena como la de tu abuela, pero valdrá.

—Seguro que está buenísima. Dame un par de minutos para cerrar. Ha sido un día tranquilo. ¿Qué tal van las obras?

—Hoy han llegado las estanterías. Me han dicho que mañana ya vienen a montarlas, pero hasta que no lo vea, no me lo creo. Empiezo a entender que la relación entre «hoy, mañana y

pasado» no es la misma para todo el mundo. Ayer terminaron la instalación eléctrica.

No lo nombra, tampoco hace falta. Sé por Logan que se han pasado la semana aprovechando las tardes y horas libres en la Diotima. Ayer, cuando cerré, al darme la vuelta, me encontré con Justice al otro lado del callejón. No nos movimos. No nos saludamos. Solo nos mantuvimos la mirada un instante. Durante ese lapso, me dio tiempo a imaginarme corriendo hacia él. Para que él corriera hacia mí. Para que me gritara que me quiere con una de sus peculiares confesiones. Para que yo le suplicara que me perdone.

—¿Hasta cuándo vas a seguir así? —me pregunta como si supiera que estaba pensando en Justice.

—No lo sé.

—Hace tiempo me dijiste que solo los miedicas dicen «no sé». Los valientes responden «sí» o «no». Tienes que tomar una decisión.

103 Elena

Viernes, 18 de marzo

Luna de gusano. Luna llena en virgo. Comienza el mes del árbol celta del aliso. Es perfecta para la planificación y la organización. Podremos tomar decisiones importantes, ya que su energía aleja la confusión y la duda. Nos guiarán los sentimientos.

Levantarse con resaca es el mal. Ir a trabajar en este estado es aún peor. Siobhan y su idea de celebrar San Patricio y su «si hay que ahogar las penas, que sea en alcohol». No me quejo, fue divertido. Cada vez que sacábamos una cerveza de la nevera, dejábamos dentro un problema. Al final de la noche, bailábamos en el jardín bajo la lluvia como dos fénix a ritmo de [*Dancing in the moonlight*](#).

Al despertar, hemos vuelto a ser nosotras con nuestras cargas. Me paso la mañana bebiendo un batido que Chispas ha preparado para mí, según él, es perfecto para combatir este malestar. Aparte de hacerme ir al baño, me sirve de poco. En la cabeza sigo teniendo el maldito martillo, zumba que zumba.

A la hora de comer me acerco a la farmacia para comprar paracetamol. Al salir decido ir hasta la playa para ver si la brisa marina me despeja un poco. Al cruzar el parque, el lloro de un bebé me llama la atención. Hay una mujer sentada en un banco con un niño en brazos. A pesar de la distancia, reconozco a Elena. Camino hacia allí, está tan despistada que no oye ni mis pasos sobre la gravilla.

—¿Elena? —murmuro cuando llego a su lado. Alza la vista hacia mí y me percató de que también está llorando. Parece dudar de quién soy, como si no me ubicara de qué me conoce.

—Oh, sí... Neli, la novia de Justice.

Confesión número 24: Justice y «novia» en la misma frase me provocan un cosquilleo en el corazón y un pinchazo de nostalgia, de algo lejano que echas de menos.

—¿Estás bien? ¿Ha ocurrido algo?

—No calla. No duerme. No come. Solo llora. Dicen que son los dientes, pero no hay forma de calmarlo. Carter está en un curso en Miami para pasarse a la marítima y hasta la semana que

viene no vuelve a casa.

Y ella está sola y agotada. No hace falta que lo diga. La energía que percibí el día de la barbacoa era una sensación agradable, como la de bailar sobre la hierba húmeda por el rocío, pero ahora mismo no hay nada de eso. Es solo un charco de agua de lluvia de hace días.

Creo en el vínculo entre madre e hijo. En que uno percibe el estado del otro. Theo me mira y me tira del pelo. Estiro los brazos hacia él y, aunque parece que se resiste, al final se inclina hacia mí. Lo cojo y él se entretiene con mi colgante, una amatista. Eso lo despista, y poco después su lloro se vuelve un hipido. Elena coge un pañuelo del bolso y se limpia la cara.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—No, gracias. Será mejor que me vaya. —La veo dudar un instante antes de continuar—. ¿Te apetece tomar un café? —Hay una necesidad implícita en su tono de voz que hace que me olvide de la resaca.

—Me encantaría.

Vamos hasta su casa, ella empujando el carrito y yo con Theo en los brazos. Me da las gracias por el libro sobre mitología azteca que le hice llegar por Justice.

—Estoy deseando tener un poco de tiempo para empezar a leerlo. Últimamente, si me siento en el sofá o me tumbo en la cama, me quedo dormida *ipso facto*.

Viven en una vieja casa de pescadores de las que quedan cerca del puerto. Es estrecha, de dos plantas, con un pequeño porche delantero y un jardín trasero bastante grande.

—¿Un café, té?

—Una infusión de lo que tengas.

La planta principal es diáfana. Sin paredes, la luz circula sin obstáculos y da la sensación de calidez y amplitud. Le prepara un biberón a Theo y le da una dosis de paracetamol para que lo calme. Mientras yo espero al hervidor, ella aprovecha para cambiarle el pañal. Cuando nos sentamos en el sofá, hace el amago de dejarlo sobre la mullida alfombra para que juegue, pero Theo llora y se agarra a su cuello.

—Solo quiere estar en brazos.

—Tomate la infusión, yo me ocupo de él. —Theo, como si supiera que hablamos de él, me mira y levanta los brazos hacia mí para que lo coja.

—¡Pero se te enfriará!

—Tranquila, no soporto las bebidas calientes.

—Le gustas.

—Supongo que me recuerda de la barbacoa. Qué bien huelen los bebés, es como poder oler la paz.

—Se nota que no has cambiado muchos pañales —ríe.

Me cuenta lo duro que es, que pensaba que la maternidad sería más fácil y que echa mucho de

menos tener a su familia cerca. Carter solo tiene a su padre y no están muy unidos. Cada vez, las pausas son más largas y Elena está más recostada hasta que al final se queda dormida.

La tapo con una manta y llevo las tazas a la cocina. Dudo un momento por si me meto donde no me llaman, pero al final pienso que, si yo estuviera en el lugar de Elena, agradecería la ayuda. Lavo los platos, cargo la lavadora y recojo la ropa que está tendida mientras le canto canciones a Theo. Se pone a llorar de nuevo, se friega los ojos y recuerdo que mi madre decía que la única forma de dormirme era salir a dar un paseo. Aún es pronto para abrir la tienda. Nunca he cuidado de un bebé, pero ~~tengo~~ tenía un gato y soy mujer. Antes de salir, le dejo una nota con mi teléfono.

104 Elección (Justice)

Si mi madre tiene una cualidad, es que es un as organizando y planificando eventos. Los años de experiencia la han hecho mejor y más resolutive. Mañana empieza la feria. Desde esta semana el pueblo está sumido en un organizado caos, pero sobre todo hoy. Señalizaciones especiales para cada actividad, aparcamientos, baños... Han empezado a llegar los primeros vendedores ambulantes, que van de un lado a otro descargando cajas, tablonos y toldos para montar sus puestos. En el escenario, está ensayando uno de los grupos que tocará en el baile del domingo y nos llega las notas enérgicas de [Someone to you](#).

Llevo dos horas de reunión con mi madre y de lo único que hemos hablado ha sido de la feria. Cada vez que intenta sacar otro tema, niego con la cabeza. Estamos terminando de repasar la seguridad para la comparsa que habrá antes del baile del domingo cuando veo a Neli. No va sola, con una mano empuja un cochecito y en brazos lleva un niño de pelo rubio que juraría que es el hijo de Carter. A pesar de la distancia, sé que es ella solo por cómo responde mi cuerpo. ¿Puede ser que aún esté más guapa? Decir que esta semana ha sido un infierno sin poder estar con ella es quedarme corto. El miércoles la vi justo al salir de la Diotima cuando me iba al entreno; nadie sabe el esfuerzo que hice para quedarme allí plantado y no correr hacia ella y cargarla sobre mi hombro. Le prometí que le daría el tiempo que necesitase, pero nunca pensé que me costaría tanto mantener mi palabra. Se han detenido justo al lado de un payaso. Da vueltas bajo grandes pompas de jabón con el niño en brazos. El viento, como si fuera mi cómplice, me trae el sonido de su risa. Admiro que mantenga su ingenuidad. Su capacidad de ilusionarse por un caracol. Que mire a las estrellas buscando su destino, que hable con la luna y salude al sol. ¿Conoces a alguien que escuche el viento? Yo solo a ella. La chica que persiguió la verdad. Que demostró que se puede cambiar el mundo simplemente con un saludo.

—¿Estáis enfadados? —Arrancarme una muela me parece más agradable que la voz de mi madre devolviéndome a la realidad.

—No te metas —le advierto, dándome la vuelta hacia ella.

—Te dije que no era de fiar. Es una Briand...

—La quiero —la interrumpo. Mi voz suena tajante y serena—. ¿Me oyes? La quiero. —Esta pausa era para que Neli supiera qué siente, pero también ha servido para que yo tenga muy claros

mis sentimientos. Miro hacia el jardín, pero allí ya no hay nadie. Ni Neli ni el payaso. Por un momento dudo de que haya sido real o solo uno de esos sueños que últimamente me perturban día y noche. —Me da igual si lo apruebas o no. Si ella me acepta, quiero intentarlo todo.

—Solo quiero lo mejor para ti. —Es curioso que no suene cariñoso, más bien destila acritud y reprimenda.

—Si la conocieras, verías que Neli es excepcional. Es una mujer increíble, cariñosa, divertida e inteligente. Si fueras capaz de dejar esa rabia y te atrevieras a conocerla, descubrirías que tenéis muchas cosas en común. Por ejemplo, las ganas de organizar y querer lo mejor para este pueblo. No digo que cambies, sino que te adaptes. Que te abras a conocer gente nueva y no a esas sanguijuelas con las que te relacionas. Tú decides si quieres compartir mi felicidad o verla desde lo lejos. Puede que algún día lleguen nietos, y te juro que no quiero esta amargura cerca de ellos o de mí.

No dice nada, pero su mano tiembla cuando se recoloca los puños de la camisa. Creo que nunca me ha visto en este estado y no es el mejor sitio para hablar de ello, odio tanto como ella los espectáculos, pero no he podido frenarme.

—Por último, quiero que sepas la verdad. Me inventé que tenía novia solo para que me dejarais en paz. Lo de la foto en el periódico solo fue un malentendido. En aquel momento no había nada entre nosotros, pero dejé que lo creyerais porque afianzaba mi mentira. Fui yo quien le propuso que fingiéramos tener una relación.

—Pero ¿qué estás diciendo? —grita con los dientes apretados.

—Que todo era una farsa, pero en el proceso nos hemos conocido y enamorado.

Va a decir algo, pero la interrumpe mi teléfono.

—Hola, Elena —respondo al ver su nombre en la pantalla.

—¡Theo! —grita desesperada—. ¡Theo ha desaparecido!

—Está con Neli. ¿No lo sabías? —pregunto desconcertado.

—Yo... me he quedado dormida y... —solloza.

Vuelvo a mirar hacia el jardín, no entiendo nada.

—Los acabo de ver en la feria. Los busco y vamos a tu casa. Tranquila, estaban los dos divirtiéndose con un payaso.

Levanto de nuevo la vista y miro hacia un lado y otro para ver si veo a Neli, pero no la localizo.

—¿Está todo bien? —pregunta mi madre.

—Tengo que encontrar a Neli.

—Voy a seguir con las verificaciones, si necesitáis algo, me lo dices.

Reconozco que me sorprende que no insista, que solo me ofrezca su ayuda. Asiento y empiezo a caminar hacia donde la he visto por última vez mientras la llamo. Tengo que marcar

dos veces y esperar todos los tonos. Maldita sea, estoy a punto de mandar una patrulla cuando por fin me lo coge.

—Hola —responde titubeante.

—Elena no sabía que te has llevado a Theo —digo con mala leche.

—Ay, por Mercurio, ¡pero si le he dejado una nota!

—Dime dónde estás y os recojo ahora mismo.

105 Un momento

No puedo imaginar el miedo que ha pasado Elena al despertar y ver que su hijo no estaba. Solo sé que yo sigo temblando y mi latido es incapaz de bajar el ritmo desde que Justice me ha llamado. No ha visto la nota. No recordaba que yo había estado en su casa tomando una infusión. Qué peligroso es el agotamiento.

Justice nos ha recogido en la entrada del paseo marítimo y hemos ido directos a su casa. De camino le he contado todo lo ocurrido.

Elena nos esperaba en medio de la calle. Llorando, ha cogido a Theo, que al verla tan agitada también se ha puesto a gimotear. Las dos nos hemos desecho en perdones y «lo siento». Justice se ha quedado un rato con ellos y a mí se me hacía tarde para abrir la tienda y al final me he ido.

Soy incapaz de estarme quieta ni de concentrarme en nada. He quitado el polvo, limpiado los cristales, barrido. Hasta me he puesto a recolocar las piedras, aunque no servirá de nada porque en cuanto guarde la caja y vuelva a sacarla se moverán. Pero tengo que mantenerme ocupada para tener controladas las emociones, o intentarlo como mínimo. Juno, Justice, ahora esto...

La puerta se abre y la campanilla repiquetea, como hace mi corazón al ver quien ha llegado.

—¿Puedo? —pregunta Justice, sosteniendo la puerta abierta—. Solo quería saber cómo estabas.

Dejo de pensar, me guio por el instinto y corro a su encuentro. Me lanzo a su mar y sus brazos me engullen, pegándome a su cuerpo.

—Lo siento.

—Para de pedir disculpas. —Se aparta y el frío me rodea. Me acaricia las mejillas y se lleva mi pena con los pulgares—. Elena se siente fatal por lo ocurrido, ha dicho que te llamará. He hablado con los chicos y todos vamos a echar una mano. Alice ha llegado con la compra y le dejaré comida preparada. Has hecho lo correcto. Solo ha sido un malentendido. Todos colapsamos.

Entre nosotros se instala el silencio, el cómplice y confortable.

—Te echo de menos —murmura y su mirada se desliza cálida hasta mi boca. Sobre mis labios se posa el aire de un beso perdido.

—Y yo —respondo, pero mis palabras no se ven respaldadas por ningún gesto y entiende que

aún no estoy preparada. No quiero jugar con él, ni confundirlo aún más.

—Cornelia —es todo lo que dice, mi nombre. Como si fuera la primera palabra de un hechizo. Y la última. Suspira y yo inhalo su mar—. Tengo que volver al trabajo.

Soy yo la que le he pedido tiempo. Si no me besa como deseo es por mí. Si se va y no se queda. Porque sigue habiendo un «pero» que me frena. Que no sé definir exactamente qué es, ni por qué. Está ahí, en medio del camino y no sé cómo librarme de él. Llevo casi una semana desmigando el último mes que hemos pasado juntos y todo lo que ha ocurrido, y sigo sin ser capaz de encontrar qué es lo que nos rodea. Qué nos acerca y qué es lo que nos aleja. Solo encuentro niebla y dudas. No solo me preocupo por mí, tiemblo al pensar que pueda pasarle algo por mi culpa como le ha ocurrido a Juno.

—Gracias por venir a verme.

Asiente y se marcha sin mirarme.

Poco después, me llama Elena y, entre disculpas, lloros y risas, pasamos un rato. Al colgar, veo que tengo un mensaje nuevo.

Justice

Me presenté diciendo que hablaba demasiado y me he dado cuenta de que contigo es al revés. Me quedan tantas cosas por decirte...

¿Recuerdas al principio, el juego de las preguntas? Me pediste que escogiera un momento al que volvería sin parar. Te respondí que al primer partido como profesional.

Hoy te digo que escogería cada uno de los que hemos compartido. El beso de San Valentín. La primera cita. La inauguración y el mareo. Dormir contigo. Vigilar tu sueño. La cena en tu casa. En la mía. Cuando nos acostamos. Cuando desperté y te vi enroscada a mi lado. A prepararte la cena. A tus preguntas raras. A verte saludar al sol y bailar bajo la luna.

Volvería a todos y a cada uno de ellos.

Volvería sin pensármelo dos veces.

Ojalá tengamos muchos más donde desear volver.

No me conformo con solo este puñado de recuerdos. Esto no es un punto final porque, si lo miras de cerca, verás que en su interior contiene nuestra vida entera.

Me has pedido tiempo y te lo he dado, ¿qué son unos miles de minutos cuando tenemos por delante la eternidad?

☾●☾**106 Luna de gusano

Las Briand se han reunido para celebrar un nuevo ciclo lunar. Se encuentran sentadas bajo el roble que hay en el jardín, a la luz de la luna llena. La abuela, como maestra de ceremonias, toma la palabra y el resto la escuchan como si hablara la propia Madre Tierra.

—Para entender la vida, debemos observar el árbol. Mientras se yergue vivaz hacia el cielo, sus raíces nos enseñan que hay cosas invisibles a nuestros ojos y que debemos aprender a mirar más allá de la superficie. Que en ellas se sustenta la vida y son la base que nos dan fuerza para afrontar la adversidad. En sus ramas observamos la complicidad entre la flexibilidad de las nuevas y la resistencia de las viejas. Las nuevas se encargan de florecer para atraer a las abejas para su polinización, en las viejas madura la fruta. El árbol nos recuerda que, mientras él proclama su lugar en el mundo, ofrece sombra, casa y alimento a otros seres. La vida no es solo buscar nuestro lugar, sino ayudar a los otros a encontrar su propio camino.

107 Ostara

Domingo, 20 de marzo

Sol en aries. El Sol inicia un nuevo viaje por el zodiaco y empieza la primavera.

Durante el equinoccio de primavera, los días y las noches tienen la misma medida. Se dice que el universo está en equilibrio. Los contrarios se armonizan. Los elementos de la naturaleza se igualan. Lo femenino y masculino se nivela. Ostara es uno de los eventos más importantes para el calendario celta. Cuentan que la diosa Navia recorre los campos haciendo brotar cada planta y aumentando el caudal de los ríos. Los animales se unen para la reproducción.

La abuela ha venido a primera hora de la mañana para preparar el jardín para recibir a Ostara. Me gustan estos momentos con ella, rodeadas de semillas, flores y el olor de la tierra fértil. Me habla de que todo es cíclico, que todo empieza y acaba en una rueda sin fin.

—No podemos renunciar a los principios. A nuestras raíces. Somos quienes somos por quienes fuimos. El universo es caprichoso y cuando encuentras algo que te hace feliz, debes atraparlo. Tienes la capacidad de valorar, un corazón para sentir y una intuición para guiarte y saber cuál es tu camino. Escúchate y hallarás todas las respuestas.

Es el primer fin de semana de la feria y todo el mundo está de acuerdo en que ha sido un gran éxito. Se inició el viernes con el concurso de pintura mural y después, el cine al aire libre. Ayer se realizaron talleres de huerta y jardinería, y Maggie impartió una *masterclass* para hacer ramos de flores y cómo mantenerlos más tiempo y secarlos. Poppy ha venido a pasar el fin de semana. Me ha gustado ver que se ha librado de esa niebla que la perseguía. No se ha desvanecido del todo, pero su actitud ha cambiado. Nos ha contado que hasta se ha apuntado a un curso de floristería. Los días que pasó aquí han despertado algo en ella que la hace feliz. Por la noche se hicieron salidas a alta mar para observar el cielo y las constelaciones.

Esta mañana me he apuntado a un taller de cocina con plantas. Me he encontrado con Alice y

me ha pedido hacer equipo juntas. Mientras preparamos unas *focaccia*, flores de calabacín rellenas, natillas de lavanda o caramelos de violeta, hablamos de Elena y me cuenta que todos se han volcado para estar a su lado. Theo ya está mejor. Ayer Adams se pasó a cortar el césped y Eva se presentó poco después con la comida.

—Qué casualidad, ¿eh? —Se ríe y me contagia. Qué bien sientan esas bromas que te hacen sentir parte de un grupo.

—¿Qué hay entre esos dos?

—Ellos dicen que nada.

—Pues desde fuera parece otra cosa.

—¿Y vosotros? Me ha dicho Justice que estáis en un parón. No es asunto mío, pero quiero que sepas que eres muy importante para él.

—Y él para mí —confieso y me limpio la cara de harina con el hombro derecho—, pero no es fácil.

—Olvida a la gente —susurra mientras clava los dedos en la masa de la *focaccia*, con la que mucho me temo que nos hemos pasado con la cantidad de aceite—. Céntrate en tu vida y no dejes que el miedo te dé excusas para retrasar aquello que deseas, ni se apodere de ti. Los años pasan a una velocidad vertiginosa. No hay nada más doloroso que un «demasiado tarde». No sé si debería decírtelo, pero el otro día discutí con Evelyn y, al final, le contó que todo empezó con una farsa.

—¿Lo sabe, lo sabes? —la corto y, del temblor que me entra, se me caen las flores de lavanda al suelo.

—El viernes vino a casa, se quedó a cenar y nos lo contó. Espero que no te moleste.

—No —niego con demasiado brío, fruto de los nervios que me gobiernan ahora mismo y que hacen que mi voz suene trabada—. Siento haberos engañado.

—Eso es lo de menos. —Esparce el romero y las flores de capuchinas sobre la masa—. Lo importante es que al final se ha vuelto real. Tan real como para que Justice le diga a su madre que tú eres su elección. Y eso es el amor de verdad, te lo aseguro yo, que llevo cincuenta años con Chad. Con el tiempo te enamoras y desenamoras tantas veces que pierdes la cuenta. No siempre te gustará lo que hace o lo que piensa. Lo importante es que, a pesar de ello, a la hora de acostarte, te digas que él sigue siendo tu elección. Hace poco leí que enamorarse es querer las coincidencias, y querer es enamorarse de las diferencias.

108 *Per aspera ad astra*

He descubierto que tengo un nuevo don. Un potentísimo radar que, por esas casualidades, solo funciona con Justice. Sé exactamente dónde está en cada momento. Hemos venido al baile, primero ha tocado un grupo de chicos del pueblo. Me he encontrado con Skylar y me ha presentado de forma oficial a su novio, Tyler. Es curioso las vibraciones tan potentes que lanza el primer amor, te embarga esa emoción que te hace sentir capaz de todo.

Ahora, en el escenario está la Royal Band, un cuarteto de Royal Palm Beach que hace versiones. Siobhan está embobada y babeando con el bajista. El tipo encaja en su prototipo de hombre; rubio, pelo largo y pinta de ser de los que rompen bragas. Y corazones.

—Joder —ronronea, mojándose los labios.

Una imagen fugaz cruza mi mente, aunque por suerte casi no me ha dado tiempo a atraparla.

—Sí, te vaticino mucho de eso —rio, pasando mi brazo por encima de sus hombros mientras saltamos al ritmo de [*Break your wall*](#).

—¿Es uno de los guarros?

—De calcetines y calzoncillos bajo las sábanas. —Pone cara de asco y arruga su pecosa nariz antes de soltar una carcajada.

—Me da igual si es capaz de mover la lengua de esa forma. Ese *piercing*... —Se baja un poco la cazadora, lo justo para que resalten sus pechos.

—De eso te llevarás un buen recuerdo —murmuro, recordando la imagen.

Vuelvo la mirada hacia Justice, sigue en el mismo sitio. Está hablando con un grupo, entre los cuales está Marie, que lo coge del antebrazo y ríe apoyando la cabeza en su hombro. Imagino que les habla del robo y de cómo él se quedó haciéndole compañía, su propio héroe. O puede que recuerden su juventud, en aquel verano que compartieron días de playa y noches de besos bajo las estrellas. Sí, estoy celosa. Los apasionados escorpio tendemos a ser «un poquito» obsesivos.

«Déjame romper tu muro. Déjame derribarlo. Para poder robar tu corazón, deja que tu muro caiga», canta el público entregado.

Logan se une a nosotras después de llevar a Poppy a la estación para coger el último tren de vuelta a Jacksonville. Nos tomamos otra cerveza mientras Chispas se burla de nosotras porque Sio sigue babeando por el bajista y soñando en voz alta con una gran noche de sexo, y yo

continúo oteando entre cabezas, peluches y globos para saber qué hace Justice. Ahora mismo está bailando con Marie; suerte que no le caía bien... Ejem.

Logan interpreta mal mi reacción y me invita a bailar ahora que han empezado a tocar [Drive on](#).

—¿Estás seguro? La última vez... —Le cojo la mano sin estar muy convencida.

No me responde y tira de mí hacia la multitud.

—Ojalá yo pudiera volver a ver a Pau una vez más y no solo en sueños. —No hay pena en su voz, sino ese tipo de utopías que ya te hacen un poco feliz solo con desearlas.

—Si me ocurre de nuevo, te prometo que no tendré miedo e intentaré ayudarte con el contacto.

—Gracias. Yo también te prometo no salir huyendo.

Entre vuelta y vuelta, nos vamos acercando a donde están ellos. No sé si son mis pasos los que nos llevan hacia allí o es Logan que me conoce demasiado bien. Los ojos de bosque de Justice se encuentran con los míos y algo hambriento me pellizca las entrañas.

—Pau llevaba una frase tatuada en el antebrazo: *Per aspera ad astra*. No hagas como yo, sé valiente —murmura antes de soltarme.

Conozco la expresión latina, sé que significa que no importa lo áspero que sea el camino porque el destino son las estrellas. Ojalá fuera tan fácil. Ojalá pudiera hacer caso a la abuela, a Alice o Logan. Todos me dicen que sea valiente y que no desperdicie ni un minuto más. Pienso en ello cuando me doy cuenta de que el mar me coge de la mano y me arrastra con él. Alzo la mirada y choco con la sonrisa tímida de Justice. Está nervioso, lo percibo, pero también cómo se arma de valor, me agarra más fuerte y empieza a moverse. Nos balancea, apartándonos del centro de la pista.

El vínculo surge y nos aleja en un silencio donde todo se percibe, hasta el movimiento de los planetas a nuestro alrededor. Justice da media vuelta y la luna ilumina su rostro. «Tú tampoco puedes resistirte a acariciarlo, ¿eh? Tranquila, te comprendo demasiado bien. Disfruta tanto como yo hice cuando tuve la oportunidad». Me quema la piel de la espalda donde tiene la mano y el calor de su cuerpo derrite poco a poco mi rigidez. Doy cabezazos, resistiendo las ganas de apoyarla contra su pecho.

—¿Has cambiado de colonia?

—¿Perdón?

—Hueles diferente. —El bosque ha sido arrasado por un olor oriental, como de pachuli.

—He pensado en qué te diría al verte, cuando volviera a tenerte en mis brazos, pero... en fin, no sé de qué me sorprende si siempre consigues desconcertarme.

—Lo siento.

—¿Por qué te disculpas?

—Por todo. Por desconcertarte, por no saber llevar esto mejor... —me detengo y resoplo.

—¿Quieres marcharte?

—¡No! —Para reafirmarlo, le aprieto la mano más fuerte.

—Joder, menos mal, porque no tenía ningunas ganas de soltarte.

Suelto una risita y las barreras se desintegran, reducidas a polvo. Me pongo de puntillas y apoyo la cabeza en su pecho. Todo se vuelve natural y sencillo. El amor de verdad está en la piel.

—Puede que no huelas igual, pero esa declaración sí que es de mi Jujú.

—¿Aún soy tu Jujú? —Me coge del mentón para que lo mire. Tiene las cejas fruncidas, pero hay un conato de sonrisa prendido en sus labios.

—Mi familia cree que somos almas gemelas. Que nuestro vínculo procede de los viejos Justice y Cornelia.

—No sé si comparto la idea de la reencarnación, pero hay cosas que no se pueden explicar y siento que esto —se lleva nuestras manos sobre su corazón— va más allá de esta vida y que es más grande que yo. Dime una cosa, ¿te arrepientes?

—No —respondo contundente sin un ápice de duda, mientras el cantante dice «no importa dónde mires, siempre es primavera».

—¿Entonces dime qué te frena? Piensa en voz alta. Compártelo conmigo. No me dejes fuera de esto.

—Tengo miedo. Algo malo me persigue y no soportaría que te pasara nada por mi culpa.

—Juntos somos más fuertes, ¿es que aún no te has dado cuenta?

Sería más fácil tomar una decisión si no hubiera sentimientos de por medio. Pero ya es demasiado tarde porque han echado raíces y las flores son tan bonitas que ni se me ocurre arrancarlas, sé que volverán a brotar. La verdad se abre frente a mí, como el sol emergiendo en el cielo después de la tormenta. En un jardín abandonado, el rosal sigue brotando cada primavera.

—Estás temblando, ¿tienes frío? ¿Quieres que hablemos en otro lugar?

—¿Puedes irte? —Va vestido de calle, con un conjunto *total black*, vaqueros y camisa. Encima, un abrigo de corte militar de color gris ceniza. Está... para desnudarlo lentamente.

—Sí, mi turno ha terminado esta tarde. Paso un momento por el puesto de seguridad y luego te llevo a casa. ¿Te parece bien?

Basta de miedo, basta de trabas y de confusión. Confío en Justice y en esto. Sigo sin saber qué es lo que nos castiga, pero me he dado cuenta de que alejándome tampoco lo he descubierto. Como bien dice él, juntos somos más fuertes. Pudimos con las mentiras de las Reed. Hemos hecho ver a la gente del pueblo que no hay rivalidad. Juntos somos. Somos lo que quiero para mi futuro.

—Sí. —El aire entre nosotros se vuelve espeso, ardiente como las palabras que tengo atrapadas en la garganta.

—Toma mi chaqueta, las llaves del coche están en el bolsillo. Ve tirando, no tardaré.

Al llegar, las busco y extraigo algo más. Pensando en que es una bola de pelusa, voy a tirarlo cuando me freno. Lo froto para deshacerlo y, a pesar de la escasa luz, pronto descubro que es lo que me imaginaba. Se me revuelve la sangre, y la respiración se me acelera para buscar más aire del que soy capaz de obtener. Tiene toda la pinta de ser un amarre. La mala energía que percibo me quema la punta de los dedos, tiemblo y las llaves se me caen. Al agacharme, veo que en la puerta también hay un dibujo; a primera vista, parece barro, pero al mirarlo de cerca y en detalle, veo que es simbología de magia negra.

—Mierda, los dos somos los objetivos.

Estoy tan distraída que no oigo unos pasos acercarse hasta que algo me golpea tan fuerte la cabeza que caigo al suelo y todo se vuelve negro.

109 La loca (Justice)

Lunes, 21 de marzo

Mercurio en conjunción con Júpiter en piscis. Ampliación del conocimiento y posibilidad de evaluar las situaciones con una visión más amplia.

Está despuntando el día cuando por fin estoy en el hospital y me siento en el maltrecho sillón al lado de la cama donde está Neli. Entiendo que la gente pierda la cabeza cuando un ser querido corre peligro y no puedes hacer nada para ayudarlo. Estoy agotado, pero la adrenalina me mantiene despierto. No he podido evitar que la golpeará una vez, pero sí una segunda. He llegado justo a tiempo. Poco después, una ambulancia se llevaba a Neli inconsciente por una conmoción cerebral, y Marie era detenida. Ha pasado la noche declarando en la comisaría. Sí, Marie es la responsable de todo.

Dicen que hay tantas opiniones como culos, que cada uno tiene el suyo. También de verdades. Y de realidades. Cada uno de nosotros, con lo que hemos vivido, tenemos una opinión, vemos una verdad y una realidad que no siempre coincide con las de los demás. Marie está convencida de que volví al pueblo gracias a un hechizo que me lanzó. ¿Quién se puede creer que por un ritual un tío se va a enamorar de ti? Entiendo lo que dice Neli del peligro de la magia. No de la magia en sí, sino de la locura que supone creer que tienes ese poder.

Pero tenía que enamorarme de Marie, no de Neli. Así que mi chica se volvió un obstáculo. Según la loca, una piedra del camino que había que eliminar. Fue Marie quien, después de ver la foto en el *Jupiteriano*, rompió el corazón que colgamos para San Valentín y le mandó la carta con la amenaza. En la inauguración, también fue ella quien manipuló el canapé de marisco, porque sabía que yo era alérgico y que solo lo tomaría Neli, y todo porque había visto la foto del partido. Pagó a un pirata informático para el ciberataque. Se puso en contacto con un gurú, ha hablado de magia negra y de cosas que no he entendido, pero que seguro que Neli me sabrá explicar mejor. La rueda pinchada en el aparcamiento del súper también fue cosa de ella. La muy perra ha estado realmente ocupada. Juno fue su última venganza, echó veneno junto a un montón de cartas que tiró por el buzón de la puerta. No dejo de pensar en que, si hubiera tardado un par

de minutos más en llegar al aparcamiento, ahora...

Bajo la vista hacia nuestras manos, la piel de luna de Neli rivaliza con la blancura de las sábanas y contrasta con el moreno de las mías. Qué necios somos al pensar que nos sobra el tiempo cuando, en realidad, lo que sobran son miedos. Noto un sutil movimiento de dedos y, al alzar la vista, veo que se está despertando. Siento como si de repente me hubieran liberado de una losa que me oprimía el pecho. Me levanto, haciendo chirriar el sillón, y toco el timbre.

—Hola, Bella durmiente.

110 Primavera en Júpiter

Viernes, 25 de marzo

Luna menguante en capricornio. Fin de la lunación en piscis. Momento para evaluar los proyectos implantados este mes y reflexionar si existe un verdadero compromiso y responsabilidad por las acciones y elecciones.

Marie es la culpable de todo, hasta de la caca de perro que encontré en la puerta de la Lunática. Llegó a pagar hasta para que unos chiflados entraran en su casa a robar; todo fue un montaje para que Justice la salvara. Ahora todo cuadra, la energía que desprendía, los amarres en la mano, hasta el pestazo con el que llegó Justice el día del «robo», cuando, si se quedó dormido, fue porque le echó unas gotas de sedante en la taza para poder hacer un ritual con él. La magia es cruel y tiene su propia ley. Utilizarla para algo negativo trae consecuencias. Todo lo que hagas se te devolverá tres veces.

Después de cuatro días en el hospital, hoy por fin me dan el alta. El dolor de cabeza ha mejorado considerablemente y, sobre todo, he recuperado el equilibrio y la coordinación. Mi padre hace el segundo viaje al coche para llevar todas las flores que he recibido. Hasta hay un ramo de las Reed en el que me desean una pronta recuperación; aunque Justice lo niegue, sé que él ha tenido algo que ver. Mi madre recoge todo lo que hay en el baño y lo guarda en el neceser. La puerta se abre y Justice entra como lo hacen los rayos de sol en invierno, de forma lenta y cautivadora. Ha venido cada día después de trabajar y nos ha ido contando todo el proceso. Como que Marie ha entrado en prisión a la espera de juicio y que también se ha presentado una orden de alejamiento. Sigo sin creérmelo del todo.

—Os dejo solos —dice mi madre, después de saludarlo—. Voy a bajar esto al coche. Llámame cuando estés lista.

—Así que te vas a casa —dice Justice, sentándose a mi lado en la cama.

—¡Sí, por fin!

—Ahora que empezaba a encontrarte sexi con la bata de hospital —bromea—. Discúlpame, supongo que antes de decir algo así, deberíamos tener esa conversación que quedó pendiente.

Va con el uniforme, como si al salir de trabajar no hubiera perdido el tiempo en ir a casa a cambiarse de ropa. Sus visitas han sido muy... amicales. Como si esperara a que estuviera en todas mis facultades para continuar donde lo dejamos el domingo por la noche. Me hablaba del equipo o de los chicos e historias del trabajo, pero nada personal. Una mañana vino a decirme que habían recibido los resultados del ADN de nuestras abuelas, y que confirmaban lo que ya sabíamos.

A pesar de la migraña, estos días he tenido tiempo para pensar en que los seres humanos tenemos una tendencia a buscar a todo un punto de inicio y un final. Nuestro cerebro parece incapaz de procesar la idea de lo infinito. Sea del universo o sobre el amor. ¿Acaso importa saber el momento exacto en que me enamoré de él? ¿Si fue en el beso que nos dimos en las puertas del Cafetosaurios o si fue durante alguna de nuestras charlas? ¿Es algo que aparece de la nada o, más bien, crece poco a poco? ¿Es algo nuevo o solo se ha despertado? Todo en esta vida es la consecuencia de algo previo. Si realmente somos las almas gemelas de Justice y Cornelia, merecen que les demos ese final feliz que no tuvieron en su momento y que llevan décadas esperando. Ahora sabemos lo que enturbiaba el futuro de Justice y qué era lo que nos impedía estar juntos. El instinto me dice que confíe en nosotros y que juntos podremos enfrentarnos a lo que sea, como hicimos al inicio con la farsa. Solo quiero nadar en esta marea y dejarme llevar por su corriente. Como dice Logan, no importa cuán difícil sea el camino si el destino son las estrellas.

Pero cuando abro la boca, no digo nada de todo esto, meto los dedos entre los botones de su camisa y tiro de él para acercarlo a mí. Su mirada me grita: «No esperes nada, tú sal a buscarlo todo». Y eso hago, cubro sus labios con los míos en ese beso que llevamos semanas retrasando. Un beso que es sol y cielo azul. Campos verde brotando y floreciendo de color. Un beso que es primavera.

—Este es porque yo también te veo —digo recordando sus palabras, aquel día en la tienda cuando nos besamos sabiendo que ninguno de los dos estaba fingiendo. Aquello fue un preliminar de lo que en pocos días convertiríamos en certeza.

—¿Y ahora? —Sonríe sobre mis labios y el movimiento es como el de un pájaro emprendiendo el vuelo.

Me pongo en pie y estiro el brazo hacia él:

—Ahora dame la mano y veamos cómo es la primavera en Júpiter.

Epílogo

Miércoles, 21 de diciembre

Comienza el tránsito del sol en capricornio. Nos motivará la responsabilidad y el orden. Venus en escorpio hace oposición a Urano y Júpiter retrógrados en tauro. Puede ocurrir algo inesperado que remueva tus emociones, es fundamental que te mantengas centrado. Solsticio de invierno. Yule para los paganos.

La vida es cíclica. Todo lo es. Todo tiene un inicio y un final que solo habla de un nuevo principio. Esto es lo que se celebra con el Yule, el renacimiento. El retorno de la luz del sol. Es la época de mayor oscuridad, es el día más corto y la noche más larga. Esta festividad normalmente se celebra al alba.

Capricornio, regido por Saturno, portavoz de la vejez y el señor del karma, nos invita a la reflexión y a hacer balance de este año. Me he acordado de las galletas, esas que me salieron tostadas por debajo y bien rubitas y bonitas por arriba. Por fin he entendido por qué se unieron las trece galletas y quedó solo una. Porque me siento completa. Con mi vida. Con Justice. Mi alma y mi cuerpo caminan a la par. Porque he hallado la paz. La de mi familia y la mía.

Por casa las cosas siguen su ritmo habitual. El callejón se ha llenado de más vida aún con la llegada de Diotima. Desde que obtuvimos el resultado de la prueba de nuestras abuelas, es como si a las Reed se les hubieran acabado las pilas. No ha habido ningún tipo de acercamiento, pero hemos conseguido vivir en paz e ignorancia. Cada uno hace su vida. Y sé por Justice que, si alguien saca el tema de nuestra relación o simplemente se nombra a las Briand, responde que lo único que cuenta es que él es feliz y que de nosotros no quiere hablar. Que es pasado y tiene que seguir allí. En primavera fuimos a ver a Hannah a Tampa, fue entonces cuando le dijo a su hermano que iba a ser tío. La pequeña Mila nació en septiembre.

Llevamos todo el mes de vacaciones, convencí a Justice para venir hasta Normandía y pasear por esta tierra que vio nacer a mi bisabuela y fue testigo de su amor por Justice, el aviador. Al mío

sigue sin gustarle volar, subió al avión casi más drogado de lo que estuve yo en los días en el hospital. Sé que no se arrepiente de haber venido, lo veo disfrutar y empaparse de esta cultura tan distinta a la nuestra, pero que sentimos tan cercana. Hay algo en estas tierras llenas de historia que te hechiza para siempre.

Mi madre me pasó el contacto de un aquelarre de Barfleur, y nos han invitado a celebrar el Yule con ellos. Es la noche más larga del año, hace frío y la niebla es densa. Nos hemos encontrado en el faro de Gatteville para honrar la salida del sol. Hay una hoguera y los asistentes entonan cánticos alegres mientras esperan.

—¿Sigues queriendo hacer esto? —le pregunto, colocándole bien el cuello de la chaqueta.

Ambre, la sacerdotisa del aquelarre, nos dijo que dos parejas aprovecharían la festividad para celebrar una boda celta. Que si queríamos, podíamos añadirnos.

La unión de manos es un rito de matrimonio antiquísimo en la tradición celta, en el que las parejas juntan sus manos con un lazo que simboliza el amor eterno. Creían que no solo se unían dos personas, sino dos almas que después de mucho tiempo por fin se encontraban para convertirse en una. En la antigüedad, esta ceremonia se celebraba un año antes de la boda. Durante este tiempo convivían como si fueran marido y mujer; una vez finalizado, decidían si querían formalizar el enlace o, por el contrario, separarse.

Me gustó que cuando se lo expliqué a Justice no dudara. No sé si vio la ilusión que me hacía o que él también sintió el deseo de prometernos una vida juntos, y hacerlo aquí. «Solo quiero recordarte que, según los astrónomos, un año en Júpiter dura doce años terrestres», fue su respuesta. Nos dio la risa, nos besamos y después le dijimos a Ambre que nos encantaría unirnos a la ceremonia.

—Sí. No he cambiado de opinión, ¿y tú? —Me roza la mejilla con la punta de los nudillos y me baja un poco la bufanda para darme un beso en los labios.

—Yo tampoco.

—Pues vamos. —Me rodea los hombros con el brazo y tira de mí hacia la hoguera donde nos aguarda la sacerdotisa.

Serie Júpiter

Si te ha pasado como a mí, que quieres seguir viviendo en Júpiter, desayunar en el Cafetosaurios, comprarte unas flores y después perderte durante horas en la librería Diotima, no te preocupes, que volveremos.

Hasta entonces, a disfrutar de la vida al máximo.

Un abrazo,

Dona Ter